
ENTRE EL HONOR Y LA VERDAD

Madrid, 1846.

En una ciudad
de secretos,
amar puede ser
la traición
más peligrosa.



JUAN VICENTE MORENO

ENTRE EL HONOR Y LA VERDAD

Madrid, 1846

Juan Vicente Moreno

Copyright © 2026 Juan Vicente Moreno González

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890

Cover design by: Art Painter

Library of Congress Control Number: 2018675309

Printed in the United States of America

A mi traductor

CONTENTS

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Dedication](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

CAPÍTULO 1

La bruma nocturna y amarillenta se adueñaba de las estrechas callejuelas del Madrid de mil ochocientos cincuenta y cuatro, envolviendo los adoquines en un sudario húmedo y asfixiante. El olor a cobre, a vísceras expuestas y a piedra mojada impregnaba el aire viciado del callejón sin salida. Los faroles de gas, agonizantes y mortecinos, proyectaban sombras alargadas y danzantes sobre los muros de ladrillo, iluminando con macabra claridad el espantoso lienzo que yacía sobre el empedrado resbaladizo. Un cadáver, despojado de su humanidad y reducido a un amasijo de carne y lino desgarrado, descansaba bajo la atenta y silenciosa mirada de la luna.

Ocultada tras los voluminosos pliegues de un capote de lana oscura, Doña Amanda de Alcántara contenía la respiración. Sus pupilas, dilatadas por la adrenalina y la curiosidad mórbida, analizaban cada detalle de la escena con la precisión de un cirujano. No había retrocedido ante la visión de las costillas expuestas ni ante la extraña simetría de los cortes que surcaban el torso del difunto. Su mente, afilada como un bisturí, descartaba el pánico para dar paso a la deducción lógica. Aquellas incisiones no eran obra de un ratero torpe ni de un animal salvaje; respondían a una geometría estudiada, a un conocimiento anatómico que helaba la sangre.

El silencio sepulcral de la noche fue roto por el repiqueteo rítmico de las botas militares contra la piedra. Un destacamento de la guardia real, encabezado por una figura imponente que parecía esculpir la oscuridad a su paso, irrumpió en el recinto. El Capitán Diego de Mendoza y Rojas avanzaba con la pesadez de quien carga con los fantasmas de mil batallas perdidas. Su rostro, surcado por una cicatriz que le cruzaba la mandíbula hasta el cuello, reflejaba

una dureza inquebrantable, aunque sus ojos grises, fríos como el acero toledano, delataban un tormento interno insondable.

Diego se detuvo ante el cuerpo, apretando los puños hasta que los nudillos se tornaron blancos. El hedor a muerte violenta le transportó instantáneamente a los barrizales de la primera guerra carlista, a los gritos de los inocentes que no pudo salvar. Sacudió la cabeza, expulsando los recuerdos con la ferocidad de un lobo herido, y se centró en el deber. Ordenó a sus hombres que acordonaran la zona con voces roncas y autoritarias, desplegando una presencia física que ocupaba todo el espacio disponible, ruda, dominante y absolutamente letal.

Fue entonces cuando el destello de un botón de nácar, oculto entre los pliegues del capote, captó su atención periférica. El militar giró sobre sus talones, desenvainando su espada con un movimiento fluido y amenazador. Sus pasos, pesados pero sigilosos, acortaron la distancia hasta el rincón donde la intrusa permanecía agazapada. Con un tirón brusco, despojó a la figura de su cobertura, revelando a una dama de elegancia indiscutible, cuyo cabello castaño caía en mechones rebeldes sobre unos hombros que temblaban, no de miedo, sino de indignación contenida.

—Apártese de ahí, señora. Este lugar de perdición no es para ojos delicados ni para mentes frágiles —exigió el capitán con voz grave, un retumbo profundo que vibró en el pecho de Amanda y erizó la piel de su nuca.

Amanda enderezó la espalda, ignorando la hoja acerada que aún brillaba en la mano del desconocido. Sus ojos, de un verde esmeralda intenso, se clavaron en los del militar con una mezcla de desafío y desdén. No iba a permitir que un soldado arrogante la subestimara por el mero hecho de llevar faldas y encajes. Respiró hondo, llenando sus pulmones del aire fétido, y respondió con una altivez que cortaba como el cristal.

—Mis ojos son tan capaces de soportar la macabridad como los suyos, capitán, y mi mente está lejos de ser frágil. De hecho, acabo de percatarme de un detalle que su inspección superficial ha omitido

por completo —replicó ella, señalando con un dedo enguantado hacia el cuello de la víctima.

Diego entrecerró los párpados, sorprendido por la audacia de aquella mujer. Bajó la espada una fracción, aunque mantuvo la guardia alta. Se acercó un paso más, invadiendo su espacio personal, hasta que el calor de su cuerpo irradió a través de la tela mojada. El aroma a jazmín y a lluvia que emanaba de ella chocó violentamente con el hedor a sangre, creando un contraste embriagador que descolocó al guerrero por un instante fugaz.

—¿Insinuáis que un oficial del Rey, veterano de cien escaramuzas, ha pasado por alto una pista en su propio territorio? —inquirió él, con un tono que oscilaba entre la incredulidad y una ira mal contenida. Su rostro estaba tan cerca que Amanda pudo contar las pestañas que enmarcaban su mirada tormentosa.

—Insinúo que la prisa por acordonar la zona les ha hecho ignorar la ausencia de livideces en las extremidades inferiores del occiso. El corazón fue extraído antes de que la sangre tuviera tiempo de coagularse en los capilares de las piernas. El asesino posee un conocimiento quirúrgico y actuó con una frialdad que sus hombres, perdóneme la franqueza, no sabrían replicar —explicó Amanda, manteniendo la voz firme, aunque su corazón latía con una violencia descompasada al sentir la respiración del militar rozando su frente.

El silencio que siguió a sus palabras fue denso, cargado de una electricidad estática que parecía erizar los vellos de sus brazos. Diego la observó con una intensidad nueva, una mezcla de sospecha, respeto y una atracción primitiva que le revolvió las entrañas. Nadie en la corte se atrevería a hablarle con tal descaro, y mucho menos a corregir su juicio profesional. Aquella mujer era un enigma envuelto en seda, un peligro con rostro de ángel rebelde.

—Vuestro nombre, ahora mismo. Y no intentéis mentirme, porque descubriré la verdad antes de que el sol amanezca —ordenó él, bajando la voz hasta convertirla en un susurro ronco que sonó más a caricia amenazante que a mandato militar. Su mano libre se elevó, rozando apenas la mejilla de Amanda para apartar un mechón de

cabello húmedo. El contacto de sus callosas yemas contra la piel suave de la dama envió una descarga de puro fuego líquido por la columna vertebral de ambos.

—Soy alguien que prefiere mantener su identidad en las sombras, tanto como vos preferís esconder vuestras pesadillas detrás de ese uniforme immaculado —devolvió ella el golpe, con una dulzura venenosa que arrancó una mueca de dolor y fascinación al capitán. Amanda dio un paso atrás, rompiendo el hechizo magnético que los mantenía cautivos, y se ajustó el capote con movimientos rápidos y nerviosos.

Antes de que Diego pudiera reaccionar o dar la orden de detenerla, un estruendo de cascotes cayendo desde los tejados vecinos rompió la quietud. El instinto de supervivencia del militar se activó de inmediato. Soltó una maldición en voz baja, girándose hacia la oscuridad del callejón con la espada en alto, gritando órdenes a sus subordinados para que registraran las alturas. Aprovechando la distracción, Amanda se dio la vuelta y corrió hacia la salida, sus botas de tacón bajo repiqueteando contra el barro, desapareciendo en la niebla espesa como un espectro esquivo.

Diego permaneció inmóvil un segundo más, con la mirada perdida en el punto donde la figura esbelta había desaparecido. El latido de su corazón, acelerado por la adrenalina del combate, ahora pulsaba con un ritmo distinto, más profundo y perturbador. Se llevó la mano al pecho, sintiendo bajo el grueso paño de la casaca el eco de un sentimiento que creía muerto hace años. Sabía que aquella mujer le traería la ruina, pero mientras inhalaba el rastro de jazmín que ella había dejado suspendido en el aire gélido, supo con absoluta certeza que la perseguiría hasta los confines del infierno.

CAPÍTULO 2

La madrugada se arrastraba perezosa sobre los tejados de Madrid, tiñendo el cielo con tonalidades de ceniza y violeta. Amanda caminaba apresurada por las callejuelas empedradas, esquivando los charcos que reflejaban los primeros destellos del alba. Su corazón aún palpitaba con la violencia de un tambor de guerra, y no por el miedo, sino por la intensidad abrasadora de aquel encuentro fortuito. Cada paso resonaba en su mente como un eco del tono grave y autoritario del capitán, cada respiración llevaba consigo el recuerdo de su cercanía, del calor que irradiaba su cuerpo a través del uniforme, de la electricidad que había saltado entre ellos cuando sus dedos rozaron su mejilla.

Se detuvo en seco al doblar una esquina, apoyando la espalda contra la pared fría de un edificio antiguo. Cerró los ojos, intentando calmar la tormenta que rugía en su interior. Aquel hombre, con su cicatriz y su mirada tormentosa, había despertado en ella sensaciones que creía enterradas bajo capas de deber y responsabilidad. No podía permitirse el lujo de la distracción, no cuando los secretos de su familia pendían de un hilo y cuando los crímenes que investigaba exigían toda su atención. Sin embargo, la imagen del capitán Diego de Mendoza se negaba a abandonarla, persiguiéndola como un espectro persistente.

Mientras tanto, en el callejón donde yacía el cadáver mutilado, Diego permanecía inmóvil, observando cómo sus hombres retiraban el cuerpo bajo la luz grisácea del amanecer. Su mente, habitualmente disciplinada y enfocada, daba vueltas en círculos viciosos alrededor de la mujer que había desafiado su autoridad. El recuerdo de sus ojos verdes, brillantes con una inteligencia afilada y una determinación inquebrantable, lo perseguía con la misma

intensidad que los fantasmas de sus batallas pasadas. Se pasó una mano por el rostro, sintiendo la textura áspera de la cicatriz bajo sus dedos, y maldijo en voz baja.

—Capitán —la voz del sargento Ruiz lo sacó de sus pensamientos—. El médico forense ha llegado. Confirma sus observaciones. El corazón fue extraído con precisión quirúrgica. No hay señales de forcejeo en las manos de la víctima. Conocía a su asesino.

Diego asintió, apartando momentáneamente la imagen de la mujer misteriosa para centrarse en el caso. La mención de la precisión quirúrgica lo llevó de vuelta a las palabras de ella, a su análisis certero sobre la ausencia de livideces. Una mujer con conocimientos anatómicos, capaz de moverse con sigilo por los callejones más oscuros de Madrid, desafiando las convenciones sociales y las leyes que protegían a su sexo. ¿Quién era? Y lo más importante, ¿por qué sentía que ella estaba conectada con los crímenes que lo habían llevado a Madrid desde los campos de batalla?

—Quiero un informe completo en mi despacho antes del mediodía —ordenó con voz firme, recuperando su compostura militar—. Y envíen a dos hombres a registrar las librerías y boticas del barrio de las Letras. Busquen a alguien que haya comprado recientemente tratados de anatomía o instrumentos quirúrgicos.

El sargento asintió y se alejó rápidamente, dejando a Diego solo con sus pensamientos. El capitán caminó lentamente hacia su cuartel, su mente trabajando a toda velocidad. La mujer del callejón no era una simple curiosidad, era una pieza clave en un rompecabezas que amenazaba con desestabilizar la frágil paz de la corte. Y él, a pesar de sus reservas y su deseo de mantenerla alejada, sabía que tendría que encontrarla. Pronto.

Amanda llegó a su residencia familiar justo cuando los primeros rayos del sol comenzaban a filtrarse por las ventanas. Se deslizó silenciosamente por la puerta trasera, evitando el encuentro con los criados que ya comenzaban sus tareas matutinas. Subió las escaleras de madera con cuidado, evitando los tablones que crujían,

y se encerró en su habitación. Se dejó caer sobre la cama, aún vestida con la ropa húmeda y manchada de barro, y cerró los ojos.

Su mente, sin embargo, no encontraba descanso. Las imágenes del cadáver se mezclaban con las del capitán, creando una amalgama de horror y deseo que la dejaba exhausta y confundida. Se llevó una mano al pecho, sintiendo el latido acelerado de su corazón. No podía seguir así, no podía permitirse que las emociones la dominaran cuando había tanto en juego. Se incorporó con determinación y caminó hacia su escritorio, donde la esperaban pilas de libros y documentos.

Abrió uno de los tomos más antiguos, un tratado de anatomía prohibido que había conseguido contrabandear de Francia. Sus dedos recorrieron las páginas amarillentas con familiaridad, buscando las ilustraciones que había visto en el cadáver. Los cortes no eran aleatorios, seguían un patrón específico, una geometría sagrada que había estudiado en sus investigaciones sobre las sectas parisinas. Pero ¿por qué en Madrid? ¿Qué conexión había entre los crímenes de la capital española y los rituales olvidados de la capital francesa?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un golpe suave en la puerta. Amanda cerró rápidamente el libro y lo ocultó bajo un montón de papeles antes de responder.

—Adelante —dijo, componiendo su expresión en una máscara de serenidad.

La puerta se abrió lentamente, revelando a su doncella, María, una mujer de mediana edad con ojos amables y preocupados.

—Señorita, su tía la espera para el desayuno. Y... —María dudó, mirando la ropa manchada de Amanda con evidente desaprobación—. Parece que ha tenido una noche agitada.

Amanda sonrió débilmente, agradeciendo la lealtad de su doncella a pesar de su desaprobación.

—Una caminata nocturna, María. Necesito despejar la mente. No te preocupes por mí.

María asintió, aunque sus ojos delataban su preocupación.

—Como desee, señorita. Pero tenga cuidado. Madrid no es lo que era, y hay rumores de crímenes terribles en los callejones.

Amanda asintió, sintiendo una punzada de culpa por ocultar la verdad a la única persona que se preocupaba genuinamente por ella.

—Lo tendré en cuenta, María. Gracias.

Cuando la doncella se retiró, Amanda se dirigió al armario para cambiarse. Sus manos temblaban ligeramente mientras desabrochaba los botones de su vestido húmedo, revelando la piel pálida marcada por los esfuerzos de la noche. Se detuvo un momento, mirándose en el espejo. Sus ojos verdes la observaban con una mezcla de determinación y miedo. No podía seguir jugando a ser una dama de la alta sociedad mientras los crímenes se multiplicaban y el capitán de Mendoza la buscaba. Tenía que tomar una decisión, y pronto.

Mientras tanto, en el cuartel militar, Diego se encontraba en su despacho, revisando los informes de la noche anterior. Su mente, sin embargo, seguía obsesionada con la mujer del callejón. Había enviado a sus hombres a buscarla, pero sabía que no sería fácil encontrarla. Era inteligente, astuta y conocía los callejones de Madrid tan bien como él. Y algo en su actitud, en su desafío abierto, le decía que no era una simple curiosidad, sino alguien con secretos oscuros y peligrosos.

Se pasó una mano por el rostro, sintiendo la textura áspera de la cicatriz bajo sus dedos. No podía permitirse el lujo de la distracción, no cuando los crímenes se multiplicaban y la seguridad de la corte estaba en juego. Sin embargo, la imagen de la mujer, con sus ojos verdes brillantes y su determinación inquebrantable, lo perseguía con la misma intensidad que los fantasmas de sus batallas pasadas.

Un golpe en la puerta lo sacó de sus pensamientos.

—Adelante —dijo, componiendo su expresión en una máscara de indiferencia.

La puerta se abrió, revelando a uno de sus hombres más leales, el teniente Morales.

—Capitán, hemos encontrado algo interesante en la librería del señor Pérez. Alguien compró recientemente un tratado de anatomía francesa, el mismo que usted mencionó en su informe.

Diego se incorporó, sus ojos brillando con interés.

—¿Quién?

—El propietario no recuerda el nombre, pero describe a una mujer joven, de buena posición, que pagó en efectivo y se llevó el libro sin hacer preguntas.

Diego asintió, sintiendo una punzada de emoción. Era ella, tenía que serlo. Una mujer con conocimientos anatómicos, capaz de moverse con sigilo por los callejones más oscuros de Madrid, desafiando las convenciones sociales y las leyes que protegían a su sexo.

—Quiero que vigilen la librería. Si vuelve, sigan a esa mujer. Pero no la confronten. Quiero saber quién es y qué busca.

El teniente asintió y se retiró rápidamente, dejando a Diego solo con sus pensamientos. El capitán caminó hacia la ventana, mirando la ciudad que se despertaba lentamente bajo la luz grisácea del amanecer. Sabía que la búsqueda de la mujer misteriosa lo llevaría por caminos peligrosos, pero no podía detenerse. No cuando ella era la clave para resolver los crímenes que lo habían llevado a Madrid. Y no cuando, a pesar de sus reservas, sentía una atracción inexplicable hacia ella, una atracción que amenazaba con destruir todas las barreras que había construido a lo largo de los años.

Amanda, por su parte, había terminado de vestirse y bajaba las escaleras para unirse a su tía en el desayuno. Su mente, sin embargo, seguía dando vueltas alrededor del capitán y de los crímenes que investigaba. Sabía que no podía seguir jugando a ser una dama de la alta sociedad mientras los cuerpos se apilaban en los callejones de Madrid. Tenía que tomar una decisión, y pronto.

Cuando entró en el comedor, su tía, Doña Catalina de Alcántara, la miró con ojos preocupados.

—Amanda, querida, pareces agotada. ¿Dormiste bien?

Amanda sonrió débilmente, tomando asiento en la mesa.

—Sí, tía. Solo tuve una noche inquieta. Los sueños a veces son difíciles de olvidar.

Doña Catalina asintió, aunque sus ojos delataban su preocupación.

—Deberías descansar más, querida. La salud es lo más importante. Y no olvides que pronto deberás asistir al baile de los Villeneuve. Es una oportunidad excelente para encontrar un buen partido.

Amanda sintió una punzada de irritación ante la mención del baile. Sabía que su tía solo pensaba en el dinero y en la posición social, no en su felicidad. Pero no podía permitirse el lujo de la rebeldía, no cuando los secretos de su familia pendían de un hilo.

—Lo tendré en cuenta, tía —respondió con voz neutra, tomando una tostada del plato que María había colocado frente a ella.

El desayuno transcurrió en un silencio tenso, roto solo por el tintineo de la cubertería y el ocasional comentario de Doña Catalina sobre los preparativos del baile. Amanda escuchaba a medias, su mente dando vueltas alrededor del capitán y de los crímenes que investigaba. Sabía que no podía seguir ignorando la situación, no cuando los cuerpos se apilaban en los callejones de Madrid y cuando el capitán de Mendoza la buscaba.

Cuando terminó el desayuno, se retiró a su habitación, cerrando la puerta tras de sí. Se dejó caer sobre la cama, cerrando los ojos y dejando que los pensamientos fluyeran libremente. Sabía que tenía que tomar una decisión, y pronto. No podía seguir jugando a ser una dama de la alta sociedad mientras los crímenes se multiplicaban. Tenía que actuar, y tenía que hacerlo pronto.

Mientras tanto, en el cuartel militar, Diego recibía el informe de sus hombres. Habían encontrado a la mujer que buscaban, o al menos, a alguien que encajaba con la descripción. Era una dama de buena posición, que había comprado un tratado de anatomía francesa en la librería del señor Pérez. Diego sintió una punzada de emoción, mezclada con preocupación. Sabía que la búsqueda de la mujer misteriosa lo llevaría por caminos peligrosos, pero no podía detenerse. No cuando ella era la clave para resolver los crímenes que lo habían llevado a Madrid.

No cuando, a pesar de sus reservas, sentía una atracción inexplicable hacia ella, una atracción que amenazaba con destruir todas las barreras que había construido a lo largo de los años.

La ciudad de Madrid despertaba lentamente bajo la luz grisácea del amanecer, ignorante de los secretos que se ocultaban en sus callejuelas y de los peligros que acechaban en sus sombras. Amanda y Diego, separados por las convenciones sociales y los deberes que los ataban, se encontraban en un juego peligroso de gato y ratón, un juego que amenazaba con destruir todo lo que conocían y con revelar secretos que habían permanecido ocultos durante años.

Pero en el centro de todo, los crímenes, los cuerpos mutilados y los rituales olvidados de una secta parisina que parecía haber resucitado en el corazón de Madrid. Un juego peligroso que solo podía terminar en tragedia, o en redención.

El tiempo corría, y los secretos comenzaban a revelarse. Amanda y Diego se encontraban en el centro de una tormenta perfecta, una tormenta que amenazaba con destruir todo lo que conocían y con revelar verdades que habían permanecido ocultas durante años. Y en el centro de todo, el amor, un amor prohibido y peligroso que amenazaba con consumirlos a ambos, dejándolos desnudos y vulnerables ante los peligros que acechaban en las sombras.

La ciudad de Madrid, con sus callejuelas estrechas y sus palacios imponentes, se convertía en el escenario de un juego peligroso, un juego de gato y ratón que solo podía terminar en tragedia, o en redención. Y en el centro de todo, Amanda y Diego, dos almas

atormentadas que se encontraban en el centro de una tormenta perfecta, una tormenta que amenazaba con destruir todo lo que conocían y con revelar verdades que habían permanecido oculto

CAPÍTULO 3

El aire viciado de la librería anticuaria, situada en el corazón del barrio de las Letras, olía a pergamino consumido, a cuero envejecido y a cera derretida. Amanda de Alcántara avanzaba entre las altas estanterías de roble, cuyos anaqueles repletos de tomos polvorientos parecían alzarse como murallas de un laberinto intelectual. La luz mortecina de la tarde se filtraba tímidamente por los cristales empañados, proyectando formas alargadas y danzantes sobre el suelo de madera crujiente. Cada paso que daba la joven resonaba en el silencio sepulcral del establecimiento, acompañada únicamente por el taconeo rítmico de sus botas y el latido descompasado de su propio corazón. Madrid, en aquel año de mil ochocientos cincuenta y cuatro, era una ciudad de contrastes abismales. Mientras la aristocracia se deleitaba en los bailes de palacio y las tertulias iluminadas por candelabros de cristal, los bajos fondos se pudrían en la miseria y la desesperación. La librería, regentada por un anciano casi ciego que prefería la compañía de los libros a la de las personas, era un refugio para aquellos que buscaban conocimientos vedados por la Iglesia y la Corona.

Sus dedos, finos y manchados de tinta, acariciaban los lomos de los volúmenes con una reverencia casi religiosa. Buscaba un texto específico, una reliquia prohibida que había mencionado en sus estudios clandestinos sobre las sociedades secretas que alguna vez infestaron los suburbios de París. La masacre del callejón, con sus incisiones geométricas y la extracción meticulosa del órgano vital, no era obra de un criminal común. Aquella firma macabra pertenecía a una hermandad extinta, un culto de sombras que creía purificar el alma mediante la disección ritual. Los tratados de medicina que había devorado en la soledad de su alcoba le habían enseñado que

el cuerpo humano era un mapa, y el asesino estaba leyendo las coordenadas de un territorio prohibido.

Finalmente, sus manos se detuvieron sobre un ejemplar encuadernado en piel de becerro negra, cuyos bordes estaban desgastados por el paso de las décadas. Lo extrajo con cuidado, sintiendo el peso de su contenido, y se refugió en un rincón apartado, donde la penumbra ofrecía un cobijo discreto. Al abrir el tomo, el crujido de las páginas amarillentas rompió la quietud. Sus ojos verdes, agudos y analíticos, recorrieron las ilustraciones en grabado que detallaban las anatomías humanas y los símbolos esotéricos. Allí estaba. El diagrama correspondiente al tercer grado de iniciación mostraba exactamente la misma disposición de cortes que el asesino había practicado en el cadáver de la noche anterior. La confraternidad de la Llama Negra, un grupo de aristócratas degenerados que operaba en los sótanos de la capital francesa antes de ser erradicada por la guillotina. Amanda sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. Si aquellos rituales habían cruzado los Pirineos, significaba que la bestia no actuaba sola. Había una red, una estructura oculta bajo el empedrado de Madrid, y ella estaba sola frente a ella.

El tintineo agudo de la campanilla de latón, situada sobre la puerta de entrada, la sobresaltó. Amanda cerró el libro de golpe, presionándolo contra su pecho como si pudiera ocultar su hallazgo. Los pasos que resonaron en el umbral no pertenecían a un erudito distraído ni a un estudiante necesitado. Eran pisadas pesadas, autoritarias, que marcaban el suelo con la certeza de quien está acostumbrado a imponer su voluntad. Diego de Mendoza cruzó el umbral, llenando el reducido espacio con su imponente presencia. Su uniforme militar, oscuro y austero, contrastaba violentamente con la fragilidad de los libros que lo rodeaban. El aroma a lluvia, a pólvora y a cuero mojado que lo acompañaba invadió el ambiente, desplazando el olor a polvo y vainilla. Sus ojos grises, fríos y penetrantes, barrieron el local con la eficiencia de un depredador buscando a su presa, hasta que se clavaron en la figura esbelta que se ocultaba en el pasillo posterior.

El capitán no pronunció palabra. Caminó directamente hacia ella, acortando la distancia con una determinación implacable. Amanda retrocedió instintivamente, pero su espalda chocó contra la madera dura de la estantería. No había escapatoria. Diego se detuvo a escasos centímetros de ella, invadiendo su espacio vital, obligándola a alzar el rostro para sostener su mirada tormentosa. La proximidad era asfixiante, cargada de una electricidad estática que erizaba la piel y aceleraba la respiración.

—Os he buscado por cada rincón de esta ciudad, señora —murmuró él, con una voz grave que vibró en el pecho de la joven y resonó en las paredes de madera—. Pensé que la prudencia os mantendría alejada de los callejones sangrientos, pero veo que vuestra curiosidad es tan temeraria como vuestra belleza.

Amanda apretó los labios, negándose a mostrar el temblor que amenazaba con delatarla. Apoyó las manos en el libro que aún sostenía, usando el volumen como un escudo frágil ante la armadura emocional del militar.

—La prudencia es un lujo que no todos podemos permitirnos, capitán —respondió ella, manteniendo el tono firme, aunque su voz sonó ligeramente más ronca de lo habitual—. Hay deberes que trascienden las convenciones sociales y las advertencias de los hombres de uniforme.

Diego apoyó una mano en la estantería, justo al lado de la cabeza de la dama, acorralándola por completo. Su rostro estaba tan cerca que Amanda podía contar las pequeñas marcas de viruela y la textura áspera de la cicatriz que le surcaba la mandíbula. El calor que irradiaba su cuerpo era un contraste abrasador con el frío húmedo que se había instalado en los huesos de la joven.

—No me habléis de deberes —replicó él, con un destello de ira contenida en la mirada—. Vuestro deber debería ser proteger vuestra inocencia, no merodear por los escenarios del crimen como un buitre carroñero. ¿Qué sabéis de esas heridas? ¿Quién os envió?

La mención de su propia inocencia le arrancó una sonrisa amarga. La inocencia era un concepto que había perdido hacía años,

cuando descubrió que su título ducal era una cáscara vacía y que su tía la consideraba poco más que una mercancía para saldar las deudas de juego. El matrimonio con el marqués Edmond, un hombre cuyas crueldades solo se susurraban en los pasillos de los teatros, pendía sobre su cabeza como la hoja de una guillotina. Por eso investigaba, por eso arriesgaba su vida en los callejones. Necesitaba encontrar algo, un secreto, una palanca que le permitiera mover el mundo y escapar de su propio destino.

—Nadie me envía. Soy dueña de mis propios pasos y de mi propio intelecto —devolvió ella el golpe, alzando la barbilla con altivez—. Y lo que sé es que el asesino no es un simple ratero. Las incisiones siguen un patrón litúrgico. Es la firma de una secta parisina que se creía extinta. Si vuestros hombres siguen buscando a un ladrón de caminos, encontraréis más cadáveres antes de que la luna vuelva a llenarse.

El silencio que siguió a sus palabras fue denso, casi palpable. Diego la escrutó con una intensidad renovada, evaluando la veracidad de sus afirmaciones. La mención de la secta parisina encendió una chispa de reconocimiento en sus ojos, un destello de oscuridad que confirmó las sospechas del militar. Él también había visto aquellos símbolos en sus pesadillas, en los campos de batalla donde la locura y el fanatismo se entrelazaban.

—Conocéis demasiado para ser una simple dama de la alta sociedad —susurró él, bajando la voz hasta convertirla en un secreto íntimo que solo ellos dos compartían. Su mano libre se elevó lentamente, rozando la tela de su capa antes de atreverse a tocar la piel desnuda de su cuello. Sus dedos, callosos y marcados por el uso de la espada, acariciaron la curva de su mandíbula con una delicadeza que contrastaba violentamente con su aspecto rudo.

Amanda contuvo el aliento. El contacto de su piel envió una descarga de puro fuego líquido por su torrente sanguíneo. Su corazón latía con una violencia descompasada, traicionando la compostura que tanto esfuerzo le costaba mantener. Quería

apartarse, quería huir de la gravedad peligrosa que emanaba de aquel hombre, pero sus músculos se negaban a obedecer.

—Y vos sabéis demasiado para fingir que solo os importa acordonar las calles —replicó ella, clavando sus ojos verdes en los grises del oficial—. ¿Qué os atormenta, capitán? ¿Qué fantasmas de París os persiguen hasta los callejones de Madrid?

La pregunta lo golpeó como un latigazo. Diego retiró la mano bruscamente, como si hubiera sido quemado, y dio un paso atrás. La máscara de frialdad militar volvió a colocarse en su rostro, ocultando la tormenta de emociones que acababa de asomar a la superficie. Sin embargo, el daño estaba hecho. La intimidación del momento había roto una barrera invisible, dejando al descubierto una vulnerabilidad que ambos temían reconocer.

—Mi pasado no es de vuestra incumbencia, señora —sentenció él, con un tono que no admitía réplica—. Pero os advierto que el camino que habéis elegido está pavimentado con huesos y sombras. Si continuáis jugando a ser detective, no podré garantizar vuestra seguridad la próxima vez que nos encontremos.

—No necesito que un soldado me garantice nada —respondió Amanda, enderezando la espalda y recuperando su armadura de altivez—. Solo necesito que os apartéis de mi camino.

Diego la miró durante un largo instante, debatiéndose entre el deseo de arrestarla por obstrucción a la justicia y la necesidad imperiosa de protegerla de los monstruos que él sabía que acechaban en la oscuridad. Finalmente, suspiró, un sonido ronco y cansado que pareció envejecerlo de golpe.

—Decidme vuestro nombre —exigió, aunque la súplica estaba teñida de una autoridad inquebrantable—. Si vais a caminar por el filo de la navaja, al menos quiero saber a quién debo buscar cuando la sangre empieza a manchar las aceras.

Amanda dudó. Darle su nombre real era entregarle las llaves de su ruina. Su familia, las deudas, el matrimonio concertado con un

noble sádico, todo eso la convertiría en un blanco fácil. Pero mirar a los ojos al capitán y mentirle parecía un pecado imperdonable.

—Amanda —respondió finalmente, omitiendo los apellidos que la encadenaban a un destino funesto—. Mi nombre es Amanda. Y os sugiero que recordéis bien el sonido de esas sílabas, capitán, porque será lo único que os quede cuando la verdad salga a la luz.

Diego repitió el nombre en su mente, saboreando la musicalidad de aquellas dos sílabas que sonaban a promesa y a perdición. Amanda. Un nombre que grabaría a fuego en su memoria, junto con el aroma a jazmín y la imagen de sus ojos verdes desafiando a la muerte.

—Recordadlo bien vos, Amanda —murmuró él, dando media vuelta y caminando hacia la salida—. La próxima vez que nos veamos, no seré tan indulgente.

La campanilla volvió a tintinear, anunciando su partida. Amanda permaneció inmóvil contra la estantería, escuchando cómo sus pisadas se alejaban por la calle empedrada. Solo entonces permitió que sus rodillas flaquearan, apoyando la frente contra el lomo frío del libro. Estaba metida en una telaraña de la que no sabía cómo salir, y lo peor de todo era que el capitán Diego de Mendoza era la araña más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 4

Amanda abandonó la librería con el corazón aún desbocado, presionando el tomo prohibido contra su pecho como si aquel volumen pudiera protegerla de la tormenta que se gestaba en su interior. La tarde había avanzado y el cielo de Madrid se había cubierto de nubarrones plomizos que amenazaban con descargar su ira sobre los tejados de la ciudad. Las calles, antes bulliciosas, se habían ido vaciando conforme las primeras gotas comenzaban a percutir contra los adoquines, creando un repiqueteo melancólico que resonaba en el silencio del crepúsculo.

Caminaba apresurada, con la capa ajustada al rostro para protegerse del aguacero incipiente, cuando percibió el inconfundible taconeo de unas botas militares siguiéndola a distancia prudente. No necesitaba volverse para saber quién era. El capitán Diego de Mendoza la escoltaba como un centinela silencioso, incapaz de desvincularse de aquella mujer que había irrumpido en su existencia con la fuerza de un huracán. La persecución, sin embargo, no era el motivo de su desasosiego. Un presentimiento funesto le oprimía el pecho, una sensación visceral que le erizaba la piel y le aceleraba el pulso.

Al doblar la esquina de la calle del León, dos figuras emergieron de la penumbra de un portal, bloqueándole el paso. Eran hombres de aspecto rudo, con ropas raídas pero con la mirada afilada de los depredadores urbanos. Sus rostros, ocultos parcialmente por sombreros de ala ancha, reflejaban una crueldad calculada. Amanda retrocedió instintivamente, pero el eco de más pisadas a su espalda le confirmó que la trampa se había cerrado por completo.

—Doña Amanda de Alcántara y Montijo —pronunció uno de ellos con voz pastosa, saboreando cada sílaba de su nombre completo—. El marqués Edmond os espera con impaciencia. Parece que vuestro prometido está cansado de los juegos de escondite.

La sangre se le heló en las venas. Edmond. El marqués Villeneuve. Su prometido por designio familiar, el noble sádico cuyas atrocidades solo se susurraban entre las damas de la corte. ¿Cómo habían descubierto sus correrías nocturnas? ¿Quién los había enviado? El pánico amenazó con dominarla, pero la voz de su padre, grabada a fuego en su memoria desde la infancia, le recordó que el miedo era un lujo que no podía permitirse.

Antes de que pudiera articular respuesta, una sombra imponente se interpuso entre ella y los esbirros. Diego de Mendoza emergió de la cortina de lluvia como un arcángel vengador, desenvainando su espada con un movimiento fluido que arrancó destellos plateados bajo la luz mortecina de los faroles. Su presencia llenó el espacio, desplazando el aire viciado con la fuerza de su autoridad militar.

—Caballeros —dijo con una calma heladora que resultaba más amenazante que cualquier grito—, creo que habéis confundido a esta dama con otra persona. Os sugiero que os retiréis antes de que la justicia real decida investigar vuestros métodos de persuasión.

Los dos hombres intercambiaron miradas cómplices, evaluando la situación. Eran esbirros contratados, no soldados entrenados, y la cicatriz que surcaba el rostro del capitán les resultaba inconfundible. Uno de ellos escupió al suelo, retrocediendo con lentitud.

—El marqués sabrá de vuestra interferencia, capitán —advirtió el hombre, con una sonrisa torcida que revelaba dientes podridos—. Y sabrá también que la señorita de Alcántara tiene costumbres muy poco apropiadas para una dama de su posición.

Diego dio un paso adelante, acortando la distancia hasta que la punta de su espada rozó la garganta del esbirro. El acero brilló con una promesa de muerte inminente.

—Decidle a vuestro amo que si vuelve a enviar a sus sabuesos tras esta mujer, no responderé de la cortesía de mi acero —sentenció, con una voz que goteaba veneno contenido—. Y ahora, desapareced de mi vista antes de que pierda la paciencia.

Los dos hombres retrocedieron, fundiéndose con las sombras del callejón como ratas que huyen de la luz. Amanda permaneció inmóvil, con el corazón latiéndole con violencia en el pecho, observando cómo el capitán envainaba la espada con un movimiento preciso y deliberado. La lluvia caía ahora con más fuerza, empapando sus ropas y pegando los mechones de cabello a sus mejillas.

Diego se volvió hacia ella, y la expresión de su rostro la sobresaltó. No era la máscara de frialdad militar lo que vio, sino una tormenta de emociones contenidas: ira, alivio, preocupación y algo más profundo, algo que la joven no se atrevió a nombrar. Sus ojos grises, oscurecidos por la penumbra, la escrutaban con una intensidad que la dejaba sin aliento.

—¿Estáis herida? —preguntó él, con una voz ronca que traicionaba la tensión acumulada.

—No —respondió Amanda, sorprendida por la sinceridad de su propia voz—. Solo asustada. Aunque jamás lo admitiría en voz alta.

Una sonrisa fugaz, casi imperceptible, curvó los labios del capitán. Fue un gesto breve, apenas un destello de humanidad en su rostro endurecido por la guerra, pero suficiente para desarmarla por completo. Diego se acercó un paso, invadiendo su espacio personal con la misma naturalidad con la que respiraba. La lluvia los envolvía en una burbuja íntima, aislándolos del mundo exterior.

—Necesitamos hablar, Amanda —murmuró él, utilizando por primera vez su nombre de pila con una familiaridad que la estremeció—. Y no en medio de la calle, donde cualquier oído indiscreto puede escuchar nuestros secretos. Conozco un lugar seguro cerca de aquí.

Sin esperar respuesta, le ofreció el brazo con un gesto que era mitad invitación, mitad orden. Amanda dudó un instante, evaluando los riesgos. Confiar en aquel hombre era peligroso, pero quedarse sola en las calles de Madrid, con los esbirros de Edmond merodeando como lobos hambrientos, era una locura. Apoyó sus dedos enguantados en el antebrazo firme del capitán, sintiendo la solidez de sus músculos bajo la tela mojada del uniforme.

Caminaron en silencio por las callejuelas adoquinadas, esquivando los charcos que reflejaban la luz amarillenta de los faroles. Diego la guió hasta una casa de huéspedes discreta, situada en un callejón apartado del bullicio de la Puerta del Sol. El establecimiento, regentado por una viuda anciana que había sido nodriza del propio capitán durante su infancia, ofrecía habitaciones privadas para aquellos que buscaban discreción. La mujer los recibió con una sonrisa cómplice, sin hacer preguntas, y los condujo a una salita reservada en la planta superior.

La estancia era pequeña pero acogedora. Una chimenea encendida proyectaba danzas de luz anaranjada sobre las paredes empapeladas, creando un ambiente íntimo que contrastaba violentamente con la frialdad de la noche exterior. Amanda se acercó al fuego, extendiendo las manos temblorosas hacia las llamas para secar sus ropas empapadas. Diego permaneció junto a la puerta, observándola con una intensidad que la hacía sentir desnuda, vulnerable, expuesta.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó él finalmente, rompiendo el silencio denso que los envolvía—. ¿Quién es ese marqués que envía esbirros para raptaros en plena calle?

Amanda cerró los ojos un instante, debatiéndose entre la prudencia y la necesidad imperiosa de confiar en alguien. El peso de su secreto, cargado durante años sobre sus hombros, amenazaba con aplastarla. Abrió los ojos y se volvió hacia el capitán, encontrando su mirada con una determinación renovada.

—Se llama Edmond Villeneuve, marqués de Mondragón —confesó, con la voz firme a pesar del temblor que le sacudía las

manos—. Es el hijo del conde Henri Villeneuve, un aristócrata francés avecindado en Madrid tras las revueltas de París. Mi tía ha concertado nuestro matrimonio para saldar las deudas de juego de nuestra familia. Es un hombre cruel, capitán. Un hombre que disfruta causando dolor a las mujeres que caen en sus redes.

Diego apretó los puños hasta que los nudillos se tornaron blancos. La mención del apellido Villeneuve encendió una chispa de reconocimiento en sus ojos, un destello de oscuridad que confirmó las sospechas de la joven. Los Villeneuve. La familia que él había jurado destruir, la misma que había sembrado la muerte y la destrucción en los campos de batalla franceses.

—Los conozco —murmuró, con una voz grave que vibró en el aire cargado de tensión—. Los conozco demasiado bien.

Amanda lo observó con curiosidad, percibiendo la tormenta de emociones que oscurecía su rostro. Había algo en su tono, algo en la forma en que pronunciaba aquel apellido, que le indicó que el capitán guardaba secretos tan oscuros como los suyos. Pero antes de que pudiera preguntarle, Diego dio un paso adelante, acortando la distancia entre ellos hasta que sus cuerpos estuvieron separados apenas por un aliento.

El calor que irradiaba su cuerpo la envolvió como una manta abrasadora. Amanda alzó el rostro, encontrando sus ojos grises a escasos centímetros de los suyos. La proximidad era embriagadora, cargada de una electricidad estática que erizaba la piel y aceleraba la respiración. El aroma a lluvia, a pólvora y a cuero mojado que lo acompañaba invadió sus sentidos, desplazando cualquier otro pensamiento racional.

—Amanda —susurró él, con una voz ronca que sonó más a plegaria que a palabra—. Debéis alejaros de esto. Debéis abandonar la investigación, olvidar los callejones sangrientos y las sectas parisinas. El peligro que os rodea es mayor del que podéis imaginar.

Ella negó con la cabeza, negándose a ceder, negándose a retroceder.

—No puedo —respondió, con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Si abandono ahora, Edmond me tendrá en sus garras para siempre. Necesito encontrar pruebas, algo que me permita romper el compromiso. Algo que me dé poder sobre él.

Diego la observó durante un largo instante, debatiéndose entre el deseo de protegerla y la necesidad de mantenerla alejada. Su mano se elevó lentamente, rozando la mejilla de la joven con una delicadeza que contrastaba violentamente con su aspecto rudo. Sus dedos, callosos y marcados por el uso de la espada, acariciaron la curva de su mandíbula, trazando el contorno de sus labios con una reverencia casi religiosa.

Amanda contuvo el aliento. El contacto de su piel envió una descarga de puro fuego líquido por su torrente sanguíneo. Su corazón latía con una violencia descompasada, traicionando la compostura que tanto esfuerzo le costaba mantener. Quería apartarse, quería huir de la gravedad peligrosa que emanaba de aquel hombre, pero sus músculos se negaban a obedecer.

Los labios del capitán se inclinaron hacia los suyos, acercándose con una lentitud deliberada que la dejó sin aliento. Amanda entreabrió los labios, invitándolo en silencio, rindiéndose a la atracción magnética que los mantenía cautivos. Pero en el último instante, cuando sus bocas estaban a punto de encontrarse, Diego se detuvo. Sus ojos grises buscaron los de ella, y lo que vio en la mirada de la joven lo detuvo en seco: miedo. No miedo de él, sino miedo de sí misma, miedo de la intensidad de lo que estaba a punto de ocurrir, miedo de perder el control que tanto esfuerzo le costaba mantener.

Retrocedió un paso, rompiendo el hechizo magnético que los mantenía prisioneros. Su mano cayó a un costado, y la máscara de frialdad militar volvió a colocarse en su rostro, ocultando la tormenta de emociones que acababa de asomar a la superficie.

—No puedo ofreceros nada, Amanda —murmuró, con una voz ronca que traicionaba el dolor que le oprimía el pecho—. Soy un hombre marcado por la guerra, un soldado que ha visto demasiada

muerte para ofrecer dulzura o ternura. Si os involucráis conmigo, solo encontraréis ruina y dolor.

Amanda lo observó con una mezcla de tristeza y determinación. Enderezó la espalda, recuperando la armadura de altivez que la protegía del mundo.

—No busco dulzura ni ternura, capitán —respondió, con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Busco verdad. Y si estáis dispuesto a ofrecérmela, estoy dispuesta a pagar el precio.

Diego la miró durante un largo instante, debatiéndose entre el deseo de protegerla y la necesidad imperiosa de mantenerla alejada. Finalmente, suspiró, un sonido ronco y cansado que pareció envejecerlo de golpe.

—Entonces os advierto, Amanda —sentenció, con una voz grave que resonó en las paredes de la pequeña estancia—. Los Villeneuve no son simples aristócratas degenerados. Son una red de serpientes que se extiende por toda Europa. Y si continuáis por este camino, no podré garantizar vuestra seguridad. Ni la mía.

Amanda asintió, aceptando el desafío con una determinación inquebrantable.

—Entonces lucharemos juntos, capitán —respondió, con una sonrisa triste que iluminó su rostro—. Porque si hay algo que he aprendido en esta vida, es que la soledad es un lujo que no todos podemos permitirnos.

Diego la observó con una intensidad renovada, percibiendo la fuerza que se ocultaba tras la fragilidad aparente de aquella mujer. Y supo, con absoluta certeza, que estaba perdido. Que aquella dama de carácter indomable había irrumpido en su existencia como un huracán, arrastrando consigo todas las barreras que había construido a lo largo de los años.

—Entonces lucharemos juntos —repitió, con una voz grave que sonó a promesa y a perdición—. Pero recordad, Amanda: cuando la sangre empiece a manchar nuestras manos, no habrá vuelta atrás.

La lluvia continuaba cayendo fuera, golpeando los cristales de la ventana con una persistencia melancólica. Pero dentro de la pequeña estancia, junto al fuego crepitante, dos almas atormentadas habían encontrado un refugio temporal, un instante de paz en medio de la tormenta que se avecinaba. Y aunque ambos sabían que el camino que habían elegido estaba pavimentado con huesos y sombras, también sabían que no estaban solos. Que, por primera vez en mucho tiempo, tenían a alguien con quien compartir la carga.

Pero eso, en un mundo de traiciones y secretos, era el mayor de los lujos.

CAPÍTULO 5

El Palacio de Liria se erigía como un coloso de piedra y mármol bajo el manto estrellado de la noche madrileña, desafiando la oscuridad con la arrogancia de sus mil ventanales iluminados. En su interior, la vorágine de la alta sociedad giraba al compás de los vales vieneses, un torbellino de sedas crujientes, encajes de Malinas y joyas que destellaban como estrellas cautivas bajo la luz cálida de los candelabros de cristal de roca. Sin embargo, bajo la fachada de frivolidad y elegancia, un hedor a podredumbre y secretos inconfesables emponzoñaba el aire viciado por el perfume de tuberosa y el humo de los cigarros habanos. Aquella velada no era un simple baile de temporada; era un velorio disfrazado de fiesta. Hacía apenas dos horas, el barón de Saint-Amand, un aristócrata francés avecindado en la corte, había sido hallado sin vida en sus aposentos privados. La familia, en un intento desesperado por preservar las apariencias y evitar el escándalo de una investigación judicial, había decretado que el deceso se debía a un fulminante ataque al corazón.

Amanda de Alcántara se movía entre la multitud con la gracia felina de una pantera que camina sobre brasas. Su rostro quedaba parcialmente oculto tras un antifaz de terciopelo negro, y su identidad había sido suplantada por la de una lejana prima de provincias, gracias a la complicidad de una doncella sobornada y a la astucia de su propio ingenio. Su objetivo no era disfrutar de los licores ni de las lisonjas de los cortesanos, sino acceder a la planta superior, donde el cadáver del barón yacía en la más absoluta de las soledades. La intuición, forjada en las noches de estudio clandestino y en los callejones sombríos, le gritaba que aquella muerte súbita era una farsa. El patrón de la Llama Negra exigía sangre fresca, y la

presencia de tantos nobles franceses en la capital no podía ser una mera coincidencia.

Escabulléndose por una escalera de servicio, Amanda alcanzó el corredor de las alcobas privadas. El silencio de aquella ala del palacio contrastaba brutalmente con el estruendo musical que emanaba de los salones inferiores. Sus botas de tacón bajo apenas rozaban las alfombras persas, amortiguando cualquier sonido que pudiera delatar su intrusión. Al llegar a la puerta de roble tallado que marcaba los aposentos del barón, introdujo una fina ganzúa de plata en la cerradura. El mecanismo cedió con un chasquido apenas perceptible, y la joven se deslizó hacia el interior, cerrando la hoja a su espalda.

La estancia estaba sumida en una penumbra espesa, iluminada únicamente por el resplandor agonizante de un fuego que moría en la chimenea de mármol blanco. Sobre el lecho de dosel, cubierto por una sábana de lino, reposaba la efigie inerte del barón. Amanda se aproximó con el corazón acelerado, conteniendo la respiración al levantar el tejido. La visión que se ofreció ante sus ojos confirmó sus peores temores. El rostro del difunto estaba congelado en una máscara de terror absoluto, con los ojos desorbitados y la boca abierta en un grito mudo. Pero fue el torso, despojado de la camisa de batista, lo que captó toda su atención médica.

Sobre el esternón, la piel había sido seccionada con una precisión quirúrgica que helaba la sangre. No había sangre derramada, lo que indicaba que la extracción se había realizado mediante un coagulante o que el corazón había sido arrancado con una rapidez sobrehumana. Amanda acercó una vela de cebo para examinar los bordes de la incisión. El aroma que emanaba de la herida no era el de la descomposición natural, sino un olor acre, químico, inconfundible para alguien que había pasado noches enteras estudiando los tratados de embalsamamiento traídos de las morgues de París. Formol y sales de mercurio. El asesino no solo buscaba el órgano; estaba preparando el cuerpo, marcándolo con la firma química de la secta parisina.

Un frío mortal le recorrió la espina dorsal. Aquella prueba era contundente, pero antes de que pudiera sacar un frasco de cristal para recoger una muestra de los residuos químicos, el sonido de la puerta al abrirse a sus espaldas la paralizó.

—Sabía que la curiosidad de las mujeres es un defecto incurable, pero en vuestro caso, querida Amanda, roza la temeridad suicida —pronunció una voz aterciopelada y cargada de veneno.

Amanda se giró con lentitud, ocultando el frasco en los pliegues de su crinolina. En el umbral, recortado contra la luz del pasillo, se hallaba el marqués Edmond Villeneuve. Su elegancia era impecable, vestido con un frac de noche que realzaba su figura esbelta, pero sus ojos oscuros, brillantes y crueles, desmentían la calma de su postura. Había en él una depredación latente, una satisfacción sádica al ver a su presa acorralada.

—Marqués de Mondragón —respondió ella, manteniendo la voz firme a pesar del pánico que le oprimía el pecho—. Os juro que me he perdido. Los pasillos de este palacio son un laberinto tan confuso como las intenciones de sus anfitriones.

Edmond soltó una risa baja, cerrando la puerta tras de sí y girando la llave con un chasquido que resonó como un disparo en el silencio de la alcoba. Caminó hacia ella con pasos medidos, saboreando el momento.

—Dejad las mentiras para los criados y para los magistrados que mi padre tiene en su bolsillo —murmuró el noble, deteniéndose a escasos pasos de la joven—. Sé quién sois. Sé que merodeáis por los callejones donde mi padre y yo dejamos nuestras marcas. Y sé que habéis venido a husmear en los despojos de mi querido barón.

Amanda retrocedió hasta que su espalda chocó contra la fría madera de la cómoda. Edmond acertó la distancia, invadiendo su espacio vital con una arrogancia que resultaba asfixiante. El olor a licor caro y a pólvora que emanaba de él le revolvió el estómago.

—No tenéis pruebas de nada, señor —espetó ella, alzando la barbilla con altivez—. Y si intentáis tocarme, el escándalo arruinará

el compromiso que tanto ansía vuestra familia.

El marqués sonrió, una curvatura obscena de los labios que dejó al descubierto una dentadura perfecta. Alzó una mano enguantada y, con un movimiento brusco, arrancó el antifaz del rostro de Amanda, dejando su cabello castaño caer en desorden sobre sus hombros.

—¿Escándalo? —susurró él, acercando sus labios al oído de la joven, cuya piel se erizó de horror—. Nadie escuchará vuestros gritos, Amanda. Y si gritáis, os aseguro que el dolor que os infligiré hará que la muerte de este viejo barón parezca una caricia. Me pertenecéis. Vuestro padre vendió vuestra alma a mi linaje antes de que supierais caminar. Esta noche, en esta habitación, os mostraré lo que significa ser mi propiedad.

La mano de Edmond se elevó hacia el cuello de la dama, sus dedos rozando la tela del vestido con una intención que heló la sangre de Amanda. Ella apretó los puños, dispuesta a luchar, dispuesta a clavar las uñas en los ojos del monstruo si era necesario. Pero antes de que el marqués pudiera consumir su amenaza, un estruendo de madera astillada sacudió la estancia.

La pesada puerta de roble no se abrió; estalló hacia adentro, arrancada de los goznes por una fuerza brutal. Los fragmentos de madera salieron disparados por el aire, y entre el polvo y la astillas, una figura imponente irrumpió en el dormitorio con la furia de un dios de la guerra.

Diego de Mendoza ocupaba el umbral, su pecho agitado, la espada desenvainada y brillando con un reflejo letal bajo la luz de la vela. Sus ojos grises, oscurecidos por una ira incontrolable, se clavaron en la escena: Edmond con la mano extendida hacia Amanda, y ella acorralada contra la cómoda.

—Apartad vuestras inmundas manos de ella, sabueso —rugió el capitán, su voz retumbando en las paredes de piedra con una autoridad que no admitía réplica.

Edmond giró sobre sus talones, su rostro transformado por la sorpresa y la ira. Desenvainó un estoque de hoja fina que llevaba

oculto bajo la levita, adoptando una postura de esgrima.

—¡Mendoza! —escupió el marqués, con el rostro contraído por el odio—. Os atrevéis a irrumpir en una propiedad privada y a amenazar a un noble de la corte. ¡Os haré fusilar por esta insolencia!

—Vuestra nobleza se pudre en los mismos infiernos que vuestros crímenes —replicó Diego, avanzando hacia él con pasos pesados y letales—. Y en cuanto a la propiedad, esta mujer está bajo la protección de la Corona y, más importante aún, bajo mi protección personal.

Sin esperar más, Edmond lanzó una estocada rápida y traicionera, buscando el corazón del militar. Diego, con los reflejos forjados en cien batallas sangrientas, esquivó el acero con un giro de torso y respondió con un mandoble seco. El choque de los metales resonó como un trueno. El capitán no buscaba matarlo; buscaba humillarlo, destruir la arrogancia que lo sostenía.

Con un movimiento fluido, Diego bloqueó la segunda embestida del marqués y, con un giro de muñeca, desvió la hoja hacia el suelo. Antes de que Edmond pudiera recuperar el equilibrio, el capitán dio un paso al frente, propinándole un golpe seco con la empuñadura de su espada en la muñeca derecha. El hueso crujió de forma nauseabunda. Edmond soltó un alarido de dolor, dejando caer el estoque, que resonó contra las tablas del suelo.

Pero la violencia de Diego no había terminado. Agarró al marqués por las solapas de su impecable frac, levantándolo parcialmente del suelo y estrellándolo contra la pared revestida de damasco. La fuerza del impacto arrancó el aire de los pulmones del noble.

—Escuchadme bien, y grabad mis palabras en vuestra mente retorcida —siseó Diego, acercando su rostro cicatrizado al del marqués, cuyos ojos brillaban con lágrimas de dolor y humillación—. Si volvéis a mirar a esta mujer, si volvéis a pronunciar su nombre, si vuestra sombra siquiera roza la suya, no me detendré con una muñeca rota. Os arrancaré la lengua con la que pronunciáis vuestras vilezas y la enviaré a vuestro padre en una caja de plata. ¿Me habéis entendido?

Edmond, pálido y temblando, asintió con frenesí, el dolor eclipsando su sadismo. Diego lo soltó con desdén, permitiendo que el marqués se deslizara por la pared hasta el suelo, abrazándose la muñeca fracturada.

El capitán envainó su arma con un movimiento preciso y se volvió hacia Amanda. La furia que había dominado sus facciones se disipó al encontrar la mirada de la joven, siendo reemplazada por una preocupación intensa y una ternura contenida que le suavizó los rasgos endurecidos. Se acercó a ella, ignorando los gemidos del marqués en el suelo, y le ofreció la mano.

—Habéis sido muy imprudente, Amanda —murmuró él, con la voz ronca por la adrenalina—. Pero habéis sido brillante.

Amanda tomó su mano, sintiendo el calor reconfortante de su piel callosa. Asintió, recuperando el aliento, y sacó el frasco de cristal de entre sus faldas.

—He encontrado lo que buscábamos, capitán —susurró ella, mostrando el recipiente con los residuos químicos—. Formol y mercurio. La secta de París está aquí, en Madrid. Y los Villeneuve son los guardianes de su secreto.

Diego miró el frasco, y una sombra de comprensión cruzó sus ojos grises. Asintió con lentitud, comprendiendo la magnitud de la red en la que se habían adentrado.

—Entonces será mejor que nos marchemos antes de que los esbirros del conde decidan investigar el ruido —sentenció él, tomando el brazo de la joven y guiándola hacia la puerta destrozada—. Manteneos cerca de mí. La noche acaba de empezar, y los monstruos más peligrosos no están en esta habitación.

Juntos, salieron al pasillo, dejando atrás al marqués derrotado y al cadáver del barón. La música del baile seguía sonando en la planta inferior, ajena a la sangre y a los secretos que se derramaban en las sombras del palacio. Amanda caminaba junto al capitán, su corazón latiendo con una fuerza descompasada. No solo por el miedo que acababa de enfrentar, sino por la certeza absoluta de que

el hombre que la escoltaba había cruzado una línea invisible por ella. Y en aquel mundo de traiciones y tinieblas, esa lealtad era el arma más peligrosa y hermosa de todas.

CAPÍTULO 6

El carruaje militar avanzaba con lentitud por las calles desiertas de Madrid, sus ruedas chirriando contra los adoquines mojados por la lluvia persistente. El interior del vehículo estaba sumido en una penumbra espesa, apenas iluminada por el resplandor mortecino de un farol que oscilaba con cada bache del camino. Amanda se hallaba sentada frente a Diego, su postura rígida y tensa, las manos apretadas sobre el regazo como si temiera que él pudiera arrebatárselas en cualquier instante. El capitán la observaba con una intensidad que la hacía sentir desnuda, sus ojos grises recorriendo cada rasgo de su rostro con una mezcla de preocupación y deseo contenido que resultaba casi insoportable.

El silencio entre ambos era denso, cargado de palabras no dichas y de emociones que amenazaban con desbordar las frágiles barreras que los separaban. Amanda podía sentir el calor que irradiaba el cuerpo del militar a través de la distancia que los separaba, una proximidad física que contrastaba violentamente con la lejanía emocional que él se empeñaba en mantener. Sus ropas, aún húmedas por la lluvia y manchadas por el polvo del palacio, se pegaban a su piel, recordándole constantemente la violencia de la noche y la intensidad del rescate.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó finalmente, su voz rompiendo el silencio como un cristal que se quiebra en la quietud de una catedral.

Diego no respondió de inmediato. Sus ojos se clavaron en los de ella, y por un instante, Amanda creyó ver en ellos una vulnerabilidad que el capitán se esforzaba por ocultar bajo capas de disciplina militar.

—A un lugar seguro —respondió él finalmente, con una voz grave que vibró en el reducido espacio del carruaje—. Un lugar donde los esbirros de Edmond no puedan alcanzarlos.

—No necesito que me encerréis como a un canario en una jaula dorada —replicó ella, con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Soy capaz de defenderme sola, capitán. No soy una damisela indefensa que requiere la protección de un caballero andante.

Una sonrisa fugaz, apenas perceptible, curvó los labios del militar. Fue un gesto breve, casi imperceptible, pero suficiente para desarmarla por completo.

—No dudo de vuestra capacidad para defenderos, Amanda —murmuró él, con un tono que oscilaba entre la admiración y la frustración—. Pero los Villeneuve no son enemigos ordinarios. Son serpientes que se deslizan por las sombras, que envenenan con sus palabras y matan con sus sonrisas. Y yo... —hizo una pausa, como si las palabras siguientes le quemaran en la garganta— yo no puedo permitirme perderos.

La confesión la golpeó con la fuerza de un rayo. Amanda sintió que el aire se escapaba de sus pulmones, dejándola sin aliento. ¿Perderla? ¿Desde cuándo su vida le importaba tanto al capitán Diego de Mendoza? Abrió la boca para responder, para exigir una explicación, pero las palabras murieron en sus labios cuando el carruaje se detuvo con un chirrido metálico.

Diego descendió primero, ofreciéndole la mano con un gesto que era mitad invitación, mitad orden. Amanda dudó un instante, evaluando los riesgos de confiar en aquel hombre que la había rescatado de las garras de Edmond pero que ahora la conducía hacia un destino desconocido. Finalmente, apoyó sus dedos enguantados en la palma callosa del capitán, sintiendo el calor reconfortante de su piel a través de la tela.

El cuartel militar se alzaba ante ellos como una fortaleza de piedra y hierro, sus muros gruesos y sus ventanas enrejadas desafiando la oscuridad de la noche. Diego la guió por los pasillos laberínticos del edificio, sus botas resonando contra el suelo de

madera con un ritmo autoritario que anunciaba su llegada. Los soldados que encontraban a su paso se apartaban respetuosamente, saludando al capitán con una mezcla de temor y admiración que Amanda no pasó por alto.

Finalmente, llegaron a una puerta de roble macizo, reforzada con bandas de hierro y cerrada con un cerrojo pesado. Diego introdujo una llave en la cerradura, girándola con un chasquido que resonó como un disparo en el silencio del pasillo. La puerta se abrió con un quejido de bisagras oxidadas, revelando una estancia pequeña pero confortable.

Una cama de hierro forjado, cubierta con sábanas de lino blanco, ocupaba el centro de la habitación. Un escritorio de caoba, cargado de mapas y documentos, se hallaba junto a la ventana enrejada. Una chimenea apagada proyectaba sombras alargadas sobre las paredes desnudas, y el olor a humedad y a polvo antiguo impregnaba el aire viciado.

—Aquí estaréis a salvo —anunció Diego, señalando el interior de la estancia con un gesto amplio—. Nadie podrá entrar sin mi permiso. Los guardias apostados en el pasillo tienen órdenes estrictas de no permitir vuestra salida bajo ninguna circunstancia.

Amanda sintió que la rabia se apoderaba de ella, una furia caliente y destructiva que le nublaba la vista. ¿A salvo? ¿Encerrada como una criminal, como una prisionera de guerra? Enderezó la espalda, clavando sus ojos verdes en los del capitán con una determinación que la hacía parecer más alta, más imponente.

—¿Y si deseo salir? —preguntó, con una voz que goteaba veneno contenido—. ¿Y si necesito aire fresco, o simplemente la libertad de caminar por mis propios pies?

—No la tenéis —respondió él, con una frialdad que la golpeó como un latigazo—. Al menos hasta que yo decida que el peligro ha pasado.

La injusticia de la situación la cegó por un instante. Amanda avanzó hacia él, sus pasos resonando contra el suelo de madera con

una furia contenida que amenazaba con desbordarse. Se detuvo a escasos centímetros del capitán, invadiendo su espacio personal con una audacia que la sorprendió a ella misma.

—No sois mi carcelero, Diego de Mendoza —espetó ella, alzando la voz hasta que resonó en las paredes desnudas de la estancia—. No tenéis derecho a encerrarme, a decidir por mí, a tratarme como si fuera una propiedad más que proteger. Soy una mujer libre, capaz de tomar mis propias decisiones, y no permitiré que ningún hombre, por muy capitán del ejército real que sea, me arrebathe mi autonomía.

Diego la observó con una intensidad que la dejó sin aliento. Sus ojos grises, oscurecidos por una tormenta de emociones, la escrutaban con una mezcla de admiración y frustración que resultaba casi insoportable. Su rostro, endurecido por años de guerra y dolor, se suavizó por un instante, revelando la vulnerabilidad que se empeñaba en ocultar.

—Amanda —murmuró él, con una voz ronca que traicionaba la tensión acumulada—, no intentéis comprenderlo. Solo confiad en mí. Por una vez en vuestra vida, confiad en que sé lo que hago.

La súplica en su voz la desarmó por completo. Amanda sintió que las lágrimas amenazaban con brotar de sus ojos, pero se negó a permitirlo. No delante de él. No cuando él la miraba con esa intensidad abrasadora que la hacía sentir desnuda, vulnerable, expuesta.

Se volvió bruscamente, caminando hacia el escritorio con pasos rápidos y nerviosos. Sus manos temblaban mientras recorrían los papeles esparcidos sobre la superficie de caoba, buscando algo, cualquier cosa, que le permitiera desahogar la furia que le oprimía el pecho. Sus dedos se cerraron alrededor de un jarrón de porcelana, una pieza delicada decorada con flores pintadas a mano, y lo alzaron con una violencia que la sorprendió a ella misma.

—¡No me tratéis como a una niña! —gritó, lanzando el jarrón contra la pared con toda la fuerza de su frustración.

La porcelana estalló en mil fragmentos, los pedazos saliendo disparados por el aire como lágrimas de cristal. El estruendo resonó en la estancia, rompiendo el silencio con una violencia que hizo eco en las paredes desnudas. Amanda permaneció inmóvil, su pecho agitado, las manos temblorosas, observando los restos del jarrón esparcidos por el suelo como un reflejo de su propia alma destrozada.

Diego no dijo nada. Caminó hacia ella con pasos lentos y medidos, su presencia llenando el espacio con una autoridad que no admitía réplica. Se detuvo a escasos centímetros de ella, invadiendo su espacio vital con una naturalidad que la dejó sin aliento. Sus manos se elevaron lentamente, rozando los brazos de la joven con una delicadeza que contrastaba violentamente con su aspecto rudo.

—Amanda —susurró él, con una voz ronca que sonó más a plegaria que a palabra—. Deteneos. Antes de que hagáis algo de lo que os arrepintáis.

Ella alzó el rostro, encontrando sus ojos grises a escasos centímetros de los suyos. La proximidad era embriagadora, cargada de una electricidad estática que erizaba la piel y aceleraba la respiración. El aroma a lluvia, a pólvora y a cuero mojado que lo acompañaba invadió sus sentidos, desplazando cualquier otro pensamiento racional.

—No me toquéis —murmuró ella, aunque su voz traicionaba la súplica que escondía tras las palabras.

Pero Diego no la escuchó. O quizás la escuchó y decidió ignorarla. Sus manos descendieron por los brazos de la joven, rozando la tela de su vestido con una delicadeza que la hizo estremecer. Se detuvieron en sus muñecas, atrapándolas con una firmeza que no admitía réplica, pero sin lastimarla. La inmovilizó con una suavidad que contrastaba violentamente con la fuerza que emanaba de su cuerpo, obligándola a permanecer quieta, a enfrentar la tormenta de emociones que se desataba entre ellos.

—No puedo perderos —murmuró él, con una voz ronca que vibró en el pecho de la joven y resonó en las paredes de la estancia—. No

después de todo lo que he visto, no después de todo lo que he sentido. Si os perdiera, Amanda, no sé si podría sobrevivir a la oscuridad que me aguarda.

Las palabras la golpearon con la fuerza de un rayo. Amanda sintió que el aire se escapaba de sus pulmones, dejándola sin aliento. ¿Perderla? ¿Desde cuándo su vida le importaba tanto al capitán? Abrió la boca para responder, para exigir una explicación, pero las palabras murieron en sus labios cuando Diego inclinó la cabeza y capturó su boca con la suya.

El beso fue desesperado, furioso, cargado de una pasión que había estado contenida durante demasiado tiempo. Sus labios se encontraron con una violencia que la dejó sin aliento, sus bocas uniéndose en un choque de dientes y lenguas que sabía a sangre y a promesas rotas. Amanda sintió que el mundo se desvanecía a su alrededor, que solo existían ellos dos, atrapados en una tormenta de deseo y dolor que amenazaba con consumirlos.

Sus manos, aún atrapadas por las del capitán, se tensaron, luchando por liberarse. Pero no para apartarlo, sino para aferrarse a él, para sentir la solidez de su cuerpo contra el suyo, para anclarse a la realidad en medio de la vorágine de emociones que la envolvía. Diego pareció sentir su rendición, aflojando la presión sobre sus muñecas hasta que sus manos quedaron libres.

Amanda no dudó. Sus dedos se enredaron en el cabello oscuro del capitán, atrayéndolo hacia ella con una urgencia que la sorprendió a ella misma. Sus labios se movieron contra los suyos con una ferocidad que igualaba la suya, besándolo con una pasión que sabía a venganza y a redención. El sabor de su boca era adictivo, una mezcla de tabaco y de promesas no dichas que la hacía sentir viva por primera vez en años.

Diego gimió contra sus labios, un sonido ronco y primitivo que resonó en el pecho de la joven y encendió un fuego que amenazaba con consumirla. Sus manos descendieron por la espalda de Amanda, atrapándola contra su cuerpo con una posesividad que la hizo estremecer. La apretó contra él, sintiendo la solidez de sus músculos

a través de la tela mojada de su uniforme, la rapidez de su corazón latiendo contra el suyo.

El beso se profundizó, volviéndose más urgente, más desesperado. Las lenguas se encontraron en un baile primitivo, explorando, saboreando, reclamando. Amanda sintió que se ahogaba en la intensidad del momento, que su mente se nublaba bajo la avalancha de sensaciones que la envolvían. Sus manos recorrían el rostro del capitán, trazando la cicatriz que le surcaba la mandíbula con una reverencia casi religiosa, aceptando cada marca de su pasado como parte del hombre que la tenía atrapada en sus brazos.

Diego rompió el beso con un esfuerzo visible, su pecho agitado, sus ojos grises oscurecidos por una pasión que apenas podía controlar. Apoyó la frente contra la de Amanda, sus respiraciones entrelazándose en el aire viciado de la estancia.

—Amanda —murmuró él, con una voz ronca que traicionaba la tormenta de emociones que rugía en su interior—. No sé qué me estáis haciendo. No sé cómo una mujer como vos puede mirar a un monstruo como yo y ver algo más que la oscuridad que me consume.

Ella alzó el rostro, encontrando sus ojos a escasos centímetros de los suyos. La intensidad de su mirada la desarmó por completo, revelando la vulnerabilidad que se empeñaba en ocultar bajo capas de disciplina militar.

—No sois un monstruo, Diego —susurró ella, con una voz firme que la sorprendió a ella misma—. Sois un hombre herido, un guerrero que ha visto demasiada muerte y que aún así se niega a rendirse. Y eso, capitán, no os hace monstruoso. Os hace humano.

Diego la observó durante un largo instante, debatiéndose entre el deseo de creerle y la necesidad de mantenerla alejada. Finalmente, suspiró, un sonido ronco y cansado que pareció envejecerlo de golpe.

—Entonces os advierto, Amanda —sentenció, con una voz grave que resonó en las paredes desnudas de la estancia—. Si continuáis

por este camino, si permitís que me acerque más, no podré detenerme. Y cuando la sangre empieza a manchar nuestras manos, cuando los secretos que guardamos salgan a la luz, no habrá vuelta atrás.

Amanda asintió, aceptando el desafío con una determinación inquebrantable.

—Entonces no me detengáis, capitán —respondió, con una sonrisa triste que iluminó su rostro—. Porque si hay algo que he aprendido en esta vida, es que la soledad es un lujo que no todos podemos permitirnos.

Diego la observó con una intensidad renovada, percibiendo la fuerza que se ocultaba tras la fragilidad aparente de aquella mujer. Y supo, con absoluta certeza, que estaba perdido. Que aquella dama de carácter indomable había irrumpido en su existencia como un huracán, arrastrando consigo todas las barreras que había construido a lo largo de los años.

La inclinó hacia él, capturando sus labios una vez más, pero esta vez con una ternura que contrastaba violentamente con la furia del beso anterior. Sus bocas se encontraron con una suavidad que la dejó sin aliento, sus labios rozándose con una delicadeza que parecía prometer redención. Amanda sintió que las lágrimas amenazaban con brotar de sus ojos, pero se negó a permitirlo. No delante de él. No cuando él la miraba con esa intensidad abrasadora que la hacía sentir viva por primera vez en años.

Diego rompió el beso con un esfuerzo visible, retrocediendo un paso y soltando sus muñecas con una lentitud deliberada. Su rostro, endurecido por la guerra y el dolor, se suavizó por un instante, revelando la vulnerabilidad que se empeñaba en ocultar.

—Descansad, Amanda —murmuró él, con una voz ronca que traicionaba la tensión acumulada—. Mañana será un día largo, y necesitaréis todas vuestras fuerzas para enfrentar lo que se avecina.

Se volvió bruscamente, caminando hacia la puerta con pasos pesados y decididos. Antes de cruzar el umbral, se detuvo un

instante, mirándola por encima del hombro.

—Y Amanda —añadió, con una voz grave que resonó en las paredes desnudas de la estancia—. No intentéis escapar. Los guardias tienen órdenes estrictas, y yo... yo no podría perdonármelo si os ocurriera algo.

La puerta se cerró con un chasquido suave, dejando a Amanda sola en la estancia. La joven permaneció inmóvil, su pecho agitado, sus labios aún ardientes por el beso del capitán. Se llevó una mano a la boca, sintiendo el sabor de él en su piel, recordando la intensidad de sus labios, la ferocidad de su pasión.

Y supo, con absoluta certeza, que estaba perdida. Que aquel hombre, con su cicatriz y su mirada tormentosa, había irrumpido en su existencia como un huracán, arrastrando consigo todas las barreras que había construido a lo largo de los años. Y aunque ambos sabían que el camino que habían elegido estaba pavimentado con huesos y sombras, también sabían que no estaban solos. Que, por primera vez en mucho tiempo, tenían a alguien con quien compartir la carga.

Aunque eso, en un mundo de traiciones y secretos, era el mayor de los lujos.

CAPÍTULO 7

La luz grisácea del amanecer se filtraba por los cristales empañados de la ventana enrejada, proyectando sombras alargadas y melancólicas sobre las losas frías de la alcoba. Amanda de Alcántara permanecía sentada en el borde del camastro de hierro forjado, con la mirada perdida en el jarrón de porcelana hecho añicos que yacía esparcido por el suelo. Los fragmentos cerámicos brillaban con un tono mortecino, reflejando el estado de su propio ánimo y la fragilidad de las barreras que había intentado construir. Su piel aún conservaba el calor fantasma de las manos callosas del capitán, y sus labios palpitaban con el eco de un beso que había sabido a pólvora, a desesperación y a una promesa de ruina inminente. Aquella madrugada en el cuartel militar había marcado un punto de inflexión irreversible en su existencia. Ya no era solo una intrusa curiosa en los bajos fondos de Madrid, ni él un simple guardián de la ley. Eran dos náufragos aferrados a la misma tabla a la deriva en un océano de tinieblas y secretos inconfesables.

Sin embargo, la ternura de la noche anterior se había evaporado con la bruma matinal, dejando tras de sí un rastro de cenizas y arrepentimiento. Amanda se incorporó, alisando los pliegues arrugados de su vestido de montar, y caminó hacia el aguamanil de loza. El agua helada que salpicó su rostro sirvió para espantar los últimos vestigios de sopor y reavivar su espíritu indomable. No permitiría que el miedo, ni la sobreprotección de un hombre atormentado por sus propios demonios, la convirtiera en un pájaro enjaulado. Su mente, afilada como el bisturí con el que diseccionaba los misterios de la muerte, comenzó a trazar un plan de fuga. Conocía a los soldados, había leído sobre sus tácticas de asedio y defensa en los tratados de estrategia que llenaban la biblioteca de

su difunto padre, y sabía que toda fortaleza, por impenetrable que pareciera, tenía una grieta por donde colarse la luz de la libertad.

El chirrido metálico de la llave en la cerradura la sobresaltó, erizando la piel de su nuca. Amanda adoptó una postura serena, cruzando las manos sobre el regazo justo cuando la pesada puerta de roble se abría. Diego de Mendoza entró en la estancia con la misma presencia arrolladora que la noche previa, pero la calidez de su mirada había sido reemplazada por una frialdad glacial. El uniforme militar, impecable y abrochado hasta el cuello, actuaba como una coraza de acero que blindaba su alma contra cualquier atisbo de vulnerabilidad. Sostenía una bandeja de plata con una jarra de café humeante y un plato de bollos, depositándola sobre el escritorio de caoba con un gesto seco y autoritario.

—He dado órdenes de que os preparen un carruaje para trasladaros a un convento de clausura en las afueras de la ciudad —anunció el oficial, evitando mirar los ojos verdes de la joven, fijando su atención en un punto indeterminado de la pared—. La madre superiora es una conocida de mi familia. Allí estaréis a salvo de los Villeneuve y de vuestra propia temeridad. El compromiso con el marqués Edmond será anulado bajo el pretexto de una dolencia nerviosa que os impide contraer matrimonio.

Amanda sintió que la sangre le hervía en las venas, un líquido espeso y furioso que le nublaba la vista. ¿Un convento? ¿Encerrada entre muros de piedra para el resto de sus días, silenciada y olvidada mientras los monstruos seguían cazando en las sombras de la capital? Apoyó las manos en los muslos para evitar que temblaran de indignación y se puso de pie, enfrentando la imponente figura del guerrero con la dignidad de una reina destronada.

—No me enviaréis a un claustro como si fuera un fardo molesto que hay que esconder bajo la alfombra para no manchar las apariencias —replicó ella, con una voz que goteaba desprecio hacia la cobardía, aunque en el fondo sabía que él actuaba movido por un miedo atroz a perderla—. Tengo pruebas, Diego. El formol y el mercurio hallados en el palacio de Liria nos conectan directamente

con la botica del señor Fournier, en el barrio de San Ildefonso. Si me encerráis ahora, esos cadáveres seguirán apilándose en los callejones y la secta de la Llama Negra continuará sus rituales macabros sin oposición.

El capitán apretó la mandíbula, la cicatriz de su rostro tensándose hasta adquirir un tono blanquecino que delataba su furia contenida. Dio un paso al frente, invadiendo el espacio vital de la dama, y su aroma a sándalo, cuero mojado y tabaco la envolvió de nuevo, despertando en ella un deseo que luchaba por sofocar.

—Fournier es un hombre despiadado, protegido por los mismos demonios que yo he combatido en los barrizales de los Pirineos — siseó él, bajando la voz hasta convertirla en un susurro ronco y peligroso que resonó en las paredes desnudas—. Creéis que esto es un juego de salón, un pasatiempo intelectual para damas aburridas que buscan emociones fuertes. Pero la sangre que mancha esas losas es real, y la que derramarán por vuestra culpa lo será aún más. He fallado en proteger a inocentes en el pasado, Amanda. No cometeré el error de dejar que una mujer a la que me importa, camine hacia la guillotina con los ojos vendados.

La confesión velada, ese casi declaración de amor que murió en sus labios antes de nacer, desarmó por completo la ira de la joven. Comprendió entonces la magnitud del abismo que separaba al hombre que la había besado con desesperación del soldado que ahora intentaba alejarla por su propio bien. Diego no la encerraba por misoginia ni por un deseo de control, la aprisionaba porque su propia conciencia le exigía pagar un precio demasiado alto por cada vida perdida. Amanda decidió cambiar de estrategia. La fuerza bruta y la lógica no funcionarían con un muro de piedra; necesitaba usar la seda para envolver el acero y doblegar su voluntad.

Bajó la mirada, adoptando una postura de sumisión que le resultaba tan ajena como la seda a un esparto. Sus hombros se relajaron, y dejó que un suspiro cansado escapara de sus labios, fingiendo una derrota que estaba muy lejos de sentir.

—Tenéis razón, capitán —murmuró ella, alzando los párpados para sostener su mirada con una docilidad fingida que brillaba con un destello de astucia—. Mi vanidad me ha cegado. He subestimado el peligro y he puesto en riesgo vuestra carrera y vuestra vida. Iré al convento. Solo os ruego que me permitáis recoger mis libros y mis instrumentos del palacio de mi tía antes de partir. No quiero dejar atrás mis estudios.

Diego la escrutó con recelo, sus ojos grises buscando cualquier rastro de engaño en las facciones de la joven. La tensión en la alcoba era tan densa que parecía poder cortarse con un cuchillo. Finalmente, el militar asintió con lentitud, convencido de que su autoridad había prevalecido y de que la joven había comprendido la gravedad de su situación.

—Enviaré a un par de hombres de confianza para que empaqueten vuestras pertenencias y las lleven al carruaje —sentenció él, dando media vuelta para dirigirse a la puerta, ocultando el temblor de sus propias manos—. No saldréis de esta habitación hasta que el vehículo esté listo. Aguardad aquí y no toquéis la campanilla.

En cuanto la puerta se cerró y el cerrojo corrió con un chasquido definitivo, la máscara de docilidad de Amanda se desvaneció, reemplazada por una determinación feroz. No había tiempo que perder. Caminó hacia la ventana enrejada, evaluando la altura del muro exterior. Estaba en la segunda planta, y los barrotes de hierro forjado, aunque sólidos, presentaban una ligera oxidación en la base debido a la humedad de la mañana y a la mala calidad del mortero utilizado en su construcción.

Se despojó de las horquillas que sujetaban su elaborado recogido, dejando que su melena castaña cayera en cascada sobre sus hombros. Con una de las púas de acero, más fina y resistente que las demás, comenzó a trabajar en la argamasa que sujetaba el barrote inferior derecho. Sus dedos, acostumbrados a la precisión de los instrumentos quirúrgicos, aplicaron la presión exacta en las grietas del material reseco. El esfuerzo físico le hizo sudar, y el

corazón le latía con la fuerza de un tambor de guerra, pero no se detuvo. Cada grano de arena que caía al suelo era un paso más hacia su libertad.

Tras diez minutos de trabajo febril, el barrote cedió con un leve crujido, creando un espacio apenas suficiente para que su cuerpo esbelto se deslizara. Amanda desató las sábanas de lino del camastro, anudándolas con nudos de marinero que había aprendido en los tratados de navegación. Ató el extremo más resistente a la pata del escritorio de caoba y lanzó el resto de la tela por la abertura, comprobando que llegaba hasta el suelo del callejón lateral.

Miró hacia el patio de armas del cuartel. Dos soldados patrullaban cerca de la puerta principal, pero el callejón, cubierto por las sombras de los aleros, estaba desierto. Sin permitir que el miedo la paralizara, se encaramó al alféizar de la ventana. El aire fresco de la mañana golpeó su rostro, llenando sus pulmones con la promesa de la libertad. Se dejó deslizarse por las sábanas improvisadas, quemándose las palmas de las manos en el proceso, hasta que sus botas tocaron el empedrado húmedo con un golpe sordo que resonó en el silencio de la madrugada.

Se ajustó la capa, ocultando su rostro bajo la capucha, y echó a correr por el callejón antes de que los centinelas pudieran percatarse de su huida. Las calles de Madrid comenzaban a despertar, llenándose con el pregón de los lecheros y el traqueteo de los primeros carruajes. Amanda se mezcló entre la multitud, dejando atrás el cuartel militar y dirigiéndose hacia el barrio de San Ildefonso.

Su destino era la botica del señor Fournier. Si Diego creía que podía encerrarla y borrarla de su memoria, se equivocaba. Ella era la heredera de un linaje que había sobrevivido a guerras y pestes, y no se rendiría ante el primer obstáculo. Mientras caminaba, sus manos aún ardían por el roce de las sábanas, pero el dolor físico palidecía ante la certeza que latía en su pecho. Diego de Mendoza había despertado en ella un fuego que ni los muros de un convento ni las

sombras de la muerte podrían apagar. Iba a desenmascarar a la Llama Negra, iba a destruir a los Villeneuve, y cuando todo terminara, miraría a los ojos al capitán y le exigiría las respuestas que su orgullo le había negado la noche anterior. La cacería acababa de comenzar, y la presa estaba dispuesta a convertirse en la depredadora.

CAPÍTULO 8

El barrio de San Ildefonso se desplegaba ante Amanda como un laberinto de miserias y sombras, donde la luz del sol apenas lograba penetrar la espesa cortina de humo que emanaba de las chimeneas fabriles. Las aceras, estrechas y embarradas, estaban plagadas de mendigos, vendedoras ambulantes y niños de rostros macilentos que la observaban con recelo. La joven ignoraba las miradas inquisitivas, ajustándose la capucha de su capa para ocultar su identidad. Su destino se alzaba al final de un callejón sin salida: la botica del señor Fournier. El establecimiento presentaba un aspecto lúgubre, con los cristales de su escaparate cubiertos por una capa de polvo y grasa que impedía vislumbrar el interior.

Amanda comprobó que la calle estaba desierta y extrajo sus ganzúas. El mecanismo de la cerradura cedió con un chasquido seco, permitiéndole deslizarse al interior. El aire del local era denso, una mezcla asfixiante de alcanfor, éter y hierbas secas que le picó la garganta. Tras el mostrador de madera carcomida no había nadie. La dama avanzó con sigilo, sus ojos verdes escrutando cada rincón en penumbra. Detrás de una estantería repleta de frascos opacos, descubrió una puerta entreabierta que conducía a un sótano.

Al descender los peldaños de piedra, el olor a formol y mercurio se intensificó hasta volverse nauseabundo. La cripta improvisada estaba iluminada por la luz parpadeante de unas velas de sebo. Sobre una mesa de disección, Amanda halló lo que buscaba: instrumentos quirúrgicos de acero finamente afilados, idénticos a los que habían mutilado a las víctimas, y un grueso libro de contabilidad cuyas páginas estaban manchadas de sustancias químicas. Al abrir el tomo, comprobó que las anotaciones detallaban las remesas de

venenos y los nombres de los aristócratas que financiaban la secta. La prueba era irrefutable.

Un crujido apenas perceptible en las escaleras la congeló. Amanda guardó el libro en su bolso y giró sobre sus talones, desenvainando un pequeño bisturí que llevaba oculto en el corsé. Tres figuras emergieron de las sombras, bloqueando la única salida. No eran rateros comunes; sus movimientos denotaban una disciplina militar y sus rostros estaban cubiertos por pañuelos negros.

—Entregad el libro, señorita de Alcántara, y tal vez os concedamos una muerte rápida —susurró una voz femenina, helada y carente de toda empatía, que resonó desde la penumbra del fondo de la bodega.

Amanda reconoció el timbre de aquella voz. Pertenecía a una de las damas de compañía de su tía, una mujer que siempre la había observado con una mezcla de desdén y crueldad. Sin dudarlo, la joven lanzó un frasco de ácido contra el farol más cercano. El cristal estalló, bañando la estancia en llamas azuladas y sumiendo a los esbirros en el caos. Amanda aprovechó la confusión para abalanzarse sobre el hombre más cercano, clavándole el bisturí en el antebrazo. El esbirro rugió de dolor, pero sus compañeros reaccionaron con letal rapidez.

Un golpe seco en la nuca la desequilibró. El mundo comenzó a dar vueltas a su alrededor mientras una mano enguantada le cubría la boca y la nariz con un trapo impregnado de cloroformo. La lucha fue feroz pero inútil. La oscuridad la envolvió, arrebatándole el conocimiento justo cuando el rostro de la mujer que había ordenado el ataque se inclinaba sobre ella, sonriendo con una mueca de triunfo despiadado.

Mientras tanto, en el cuartel militar, Diego de Mendoza ascendía las escaleras con un paso ligero, portando las pertenencias de Amanda que había mandado recoger. Su corazón latía con una esperanza cautelosa, ansioso por ver la expresión de alivio en el rostro de la joven al saber que no la enviaría al convento. Sin

embargo, al introducir la llave en la cerradura y empujar la puerta, el aire se congeló en sus pulmones.

La estancia estaba vacía. El jarrón de porcelana seguía hecho añicos en el suelo, pero la cama estaba deshecha y la ventana de par en par. Diego soltó el paquete con las ropas y cruzó el umbral en un abrir y cerrar de ojos. Sus ojos grises barrieron la habitación hasta clavarse en las sábanas anudadas que colgaban por el ventanal. Se acercó a la ventana, tocando el hierro forzado con dedos temblorosos. La argamasa estaba raspada, y el metal aún conservaba el calor de las manos que lo habían manipulado hacía escasos minutos.

Un rugido primitivo, nacido de las profundidades de su alma torturada, escapó de su garganta. Diego golpeó el marco de la ventana con el puño, astillando la madera. La furia y el terror se entrelazaron en su pecho, asfixiándolo. Amanda había huido. Su Amanda, la mujer que había logrado penetrar la coraza de hielo que lo protegía del mundo, había escapado hacia las fauces del lobo. Y él sabía exactamente hacia dónde se había dirigido.

—¡Ruiz! ¡Morales! —bramó el capitán, su voz retumbando por los pasillos de piedra con una autoridad que hizo temblar los cimientos del edificio.

Dos soldados irrumpieron en la alcoba, llevando las manos a sus sables al ver el estado de destrucción y la expresión demoníaca de su superior. Diego se volvió hacia ellos, su rostro desprovisto de toda humanidad, transformado en la máscara implacable del guerrero que no conoce la piedad.

—La dama ha escapado. Se dirige a la botica de Fournier, en San Ildefonso —ordenó con una calma heladora que resultaba más aterradora que sus gritos—. Reúnan a los hombres de confianza. Ningún soldado de la guarnición real, solo aquellos que me deben la vida. Si los Villeneuve o sus sabuesos la han tocado con un solo dedo, quiero que ardan en el infierno antes de que caiga la noche.

En cuestión de minutos, un pelotón de élite, compuesto por veteranos cicatrizados y leales hasta la muerte, se congregó en el

patio de armas. Diego montó su semental negro, un animal de guerra que percibía la ira de su jinete y piafaba nerviosamente sobre los adoquines. Sin mediar más palabra, el capitán espoleó a su montura, lanzándose a un galope frenético hacia el corazón de los barrios bajos.

La cabalgata fue una carrera contra el tiempo y la locura. Diego galopaba por las calles empedradas, esquivando carruajes y peatones con una destreza suicida. Su mente era un campo de batalla donde los recuerdos de sus peores fracasos lo asaltaban sin piedad. Veía los rostros de los civiles que no pudo salvar en los Pirineos, escuchaba sus gritos de agonía mezclados con la risa cruel de los Villeneuve. Pero sobre todo, veía a Amanda. Sus ojos verdes desafiando a la muerte, su sonrisa irónica, la suavidad de sus labios bajo los suyos.

La promesa que le había hecho en la intimidad de aquella alcoba resonaba en su cabeza como un juramento sagrado. No la perdería. Prefería arrancar el alma del diablo con sus propias manos antes que permitir que un solo cabello de su cabeza fuera dañado. La redención no se encontraba en los despachos de los nobles ni en los altares de las iglesias, sino en la sangre de los monstruos que se atrevían a amenazar a la mujer que amaba.

Al llegar a los límites de San Ildefonso, la atmósfera cambió drásticamente. La niebla se espesaba, cargada de miasmas y olores putrefactos. Las callejuelas se volvieron más estrechas, flanqueadas por edificios que parecían inclinarse unos sobre otros como ancianos decrepitos. Diego desmontó de un salto, ordenando a sus hombres que sellaran las salidas del barrio.

—Registrad cada sótano, cada taberna, cada alcantarilla — instruyó el capitán, desenvainando su espada y una pistola de chispa —. Fournier es el centro de operaciones de la secta. Si ella está aquí, la encontraremos. Y si los esbirros intentan detenernos, matadlos.

Los soldados se dispersaron como lobos hambrientos, penetrando en las tinieblas del bajo mundo madrileño. Diego caminó hacia la botica, sus botas chapoteando en los charcos de agua sucia. La

puerta del establecimiento estaba entreabierta. Empujó la madera con la punta de su bota, entrando en el local con el arma preparada.

El olor a productos químicos y a sangre fresca lo golpeó como un mazo. En el suelo, junto al mostrador, yacía el cuerpo inconsciente de uno de los esbirros, con el antebrazo manando sangre. Diego se agachó, comprobando el pulso del hombre. Estaba vivo, pero había sido neutralizado con una precisión quirúrgica que solo una persona poseía. Amanda había estado allí. Y había luchado.

El corazón del militar se contrajo con una mezcla de orgullo feroz y pánico absoluto. Siguió el rastro de sangre y los pasos marcados en el polvo hasta la puerta oculta que conducía al sótano. Descendió los peldaños con la silenciosa letalidad de un depredador, su mente centrada únicamente en el rescate.

La cripta estaba iluminada por las llamas moribundas de los faroles volcados. Diego escrutó la penumbra, buscando cualquier movimiento. Sobre la mesa de disección, halló el libro de contabilidad que Amanda había intentado robar, junto a un mechón de cabello castaño cortado con un bisturí. La visión de aquel rastro de su amada en aquel lugar macabro encendió la mecha de su ira definitiva.

—¡Amanda! —gritó, su voz resonando en las paredes de piedra con un eco desgarrador.

Ninguna respuesta. Solo el goteo rítmico de un grifo oxidado y el crepitar de las velas. Diego apretó la mandíbula, guardando el mechón de cabello en el bolsillo de su casaca, junto a su corazón. Sabía que la habían secuestrado, que la habían llevado a un lugar donde sus hombres no podían alcanzarla fácilmente. Pero también sabía que los Villeneuve habían cometido el error más grande de sus vidas. Habían despertado al demonio que dormía en su interior.

El capitán emergió del sótano, su rostro endurecido por una determinación inquebrantable. Reunió a sus hombres en la calle, sus ojos grises brillando con un fuego infernal en la noche madrileña.

—No está aquí —sentenció Diego, con una voz que helaba la sangre de sus subordinados—. La han movido. Pero no pueden haber ido lejos con un cuerpo que transportar. Buscad carruajes cerrados, coches de alquiler con las cortinas bajadas. Interrogad a cada cochero, a cada ratero, a cada mendigo que merodee por la zona.

Ruiz se acercó, respetuoso pero preocupado por el estado febril de su comandante.

—Mi capitán, si la han llevado a las afueras, a las fincas de los Villeneuve, necesitaríamos una orden del magistrado para allanar la propiedad.

Diego soltó una carcajada seca, carente de toda alegría. La cicatriz de su rostro pareció palpar con la violencia de su desprecio hacia la ley.

—La ley es un lujo para los hombres que duermen en camas de plumas, sargento —replicó el militar, montando de nuevo su semental—. Esta noche, la única ley que impera es la de mi espada. Si tengo que derribar las puertas del palacio de los Villeneuve con mis propias manos y bañarme en la sangre de cada uno de sus habitantes para traerla de vuelta a casa, lo haré.

Con un gesto tajante, Diego espoleó a su caballo, adentrándose en la noche. Sus hombres lo siguieron sin dudar, conscientes de que no estaban persiguiendo a un simple criminal, sino a los arquitectos de la perdición de su líder. La cacería había comenzado, y Madrid se preparaba para presenciar una masacre que lavaría las calles con la sangre de los culpables. Diego de Mendoza cabalgaba hacia el abismo, guiado por la única luz que quedaba en su universo: el recuerdo de los ojos verdes de Amanda.

CAPÍTULO 9

El despertar fue una agonía lenta y tortuosa, como si cada fibra de su ser hubiera sido arrancada y vuelta a coser con hilos de plomo fundido. Amanda de Alcántara abrió los párpados con dificultad, encontrándose sumida en una oscuridad tan densa que parecía tener textura propia, una sustancia viscosa que se adhería a su piel y le dificultaba la respiración. El frío era absoluto, un frío de sepulcro que se filtraba a través de la ropa húmeda y penetraba hasta los huesos, congelando la sangre en sus venas. Intentó moverse, pero sus muñecas, atadas con cuerdas ásperas a los brazos de una silla de madera, se negaron a obedecer, enviando descargas de dolor por sus extremidades entumecidas.

Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la penumbra, y la estancia comenzó a tomar forma ante ella. Se hallaba en una cripta subterránea, cuyas paredes de piedra caliza estaban adornadas con nichos que albergaban restos óseos de épocas pasadas. El aire olía a tierra húmeda, a cera derretida y a algo más, algo metálico y dulzón que le revolvió el estómago: sangre seca. En el centro de la habitación, una mesa de mármol negro, similar a las que se utilizaban en los anfiteatros anatómicos de París, brillaba con un reflejo siniestro bajo la luz parpadeante de unos candelabros de hierro forjado. Instrumentos quirúrgicos, dispuestos con una precisión obsesiva, descansaban sobre bandejas de plata, sus filos relucientes como dientes de depredadores hambrientos.

Amanda luchó contra el pánico que amenazaba con dominarla, respirando hondo para calmar el latido desbocado de su corazón. Sus dedos, aún sensibles a pesar del entumecimiento, tantearon el corsé con movimientos imperceptibles. El bisturí que había ocultado en el forro interior, ese pequeño instrumento de acero que había

salvado su vida en más de una ocasión, seguía en su lugar, presionado contra su piel por la rigidez del ballenato. Una chispa de esperanza encendió su ánimo, pero la apagó de inmediato al escuchar el sonido de pasos que se acercaban por un corredor invisible.

La figura que emergió de las sombras no era la que Amanda esperaba. No era Edmond, con su sadismo adolescente, ni Henri, con su crueldad calculada. Era una mujer de edad avanzada, vestida con un traje de luto riguroso que realzaba la palidez cadavérica de su rostro. Su cabello, blanco como la nieve sucia, estaba recogido en un moño severo, y sus ojos, de un azul gélido y penetrante, la escrutaban con una mezcla de curiosidad clínica y desprecio aristocrático. Catalina Villeneuve, la matriarca de la familia, se detuvo frente a la prisionera, estudiándola como un entomólogo estudia un insecto antes de clavarle el alfiler.

—Doña Amanda de Alcántara y Montijo —pronunció la anciana con una voz suave y aterciopelada que contrastaba violentamente con la barbarie del entorno—. He de confesar que vuestra tenacidad me resulta admirable. Pocas mujeres de vuestra posición habrían tenido el coraje de adentrarse en los bajos fondos de Madrid, y aún menos habrían sobrevivido a los encuentros con mis hijos. Sois una criatura fascinante, una anomalía en el orden natural de las cosas.

Amanda alzó la barbilla, negándose a mostrar el terror que le oprimía el pecho. Sus ojos verdes, brillantes con una furia contenida, se clavaron en los de la matriarca con un desafío que no admitía rendición.

—Y vos sois una asesina, doña Catalina —replicó la joven, con una voz firme que resonó en las paredes de piedra de la cripta—. No una aristócrata, sino una carnicera que se esconde detrás de títulos robados y fortunas usurpadas. ¿Cuántas vidas habéis segado para mantener vuestra máscara de viuda piadosa?

Una sonrisa lenta y cruel curvó los labios de Catalina, revelando unos dientes perfectos que desentonaban con la decrepitud de su rostro. La anciana se acercó un paso más, invadiendo el espacio vital

de la prisionera, y con un gesto rápido le acarició la mejilla con dedos fríos y huesudos. El contacto fue tan inesperado como repulsivo, enviando un escalofrío por la espina dorsal de Amanda.

—La verdad es un concepto tan relativo, querida —murmuró la matriarca, con un tono que oscilaba entre la ternura maternal y la amenaza velada—. Yo no soy una asesina, soy una limpiadora. Una purificadora que elimina las impurezas del mundo para que la belleza y el orden puedan florecer. Los hombres que habéis encontrado en los callejones, el barón del palacio de Liria, todos eran defectos en el tapiz de la sociedad, manchas que debían ser extirpadas para preservar la perfección del linaje.

Amanda sintió que la bilis le subía por la garganta. La locura de aquella mujer era tan absoluta, tan carente de remordimiento, que resultaba más aterradora que cualquier sadismo calculado. Catalina no veía sus crímenes como atrocidades, sino como actos de higiene social, como deberes sagrados que la elevaban por encima de la moralidad común.

—Vuestra locura no tiene límites, doña Catalina —espetó la joven, luchando contra las cuerdas que le mordían las muñecas—. Pero vuestra arrogancia sí. Creéis que podéis manipular la realidad, reescribir las leyes de la vida y la muerte, pero al final, todos somos carne podrida esperando ser consumida por los gusanos. Y vos no sois la excepción.

La matriarca soltó una risa baja, un sonido seco y carente de alegría que resonó en la cripta como el croar de un cuervo. Se alejó de la prisionera y caminó hacia la mesa de mármol, pasando los dedos por los instrumentos quirúrgicos con una reverencia casi religiosa.

—Ah, la juventud. Tan llena de idealismo y de ignorancia —suspiró Catalina, tomando un bisturí de hoja fina y afilada—. Pero no os preocupéis, querida. No os mataré de inmediato. Primero, necesito extraer algo de vos. Un pequeño detalle que vuestro difunto padre me arrebató hace veintidós años, y que ahora, gracias a vuestra imprudencia, podré recuperar.

Amanda sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. ¿Su padre? ¿Qué tenía que ver su padre con los crímenes de los Villeneuve? Las preguntas se agolpaban en su mente, pero antes de que pudiera formularlas, Catalina hizo un gesto hacia las sombras, y dos hombres corpulentos emergieron del corredor, armados con porras y dagas. Eran los guardianes de la cripta, esbirros leales que habían sido lavados el cerebro para servir a la matriarca con una devoción fanática.

—Vigíladla de cerca —ordenó la anciana, sin apartar la mirada de la joven—. Si intenta escapar, rompedle las piernas. La necesito consciente para el procedimiento, pero no me importa si sufre un poco antes.

Los hombres asintieron con gestos bruscos y se apostaron a ambos lados de la silla, sus ojos brillando con una crueldad que helaba la sangre. Catalina se volvió hacia Amanda, clavando en ella una mirada que prometía tormentos inimaginables.

—Descansad, querida. Mañana será un día largo, y necesitaréis todas vuestras fuerzas para enfrentar lo que os aguarda —sentenció la matriarca, dando media vuelta y desapareciendo por el corredor, seguida por el eco de sus pasos.

Los dos guardianes permanecieron en silencio, sus miradas fijas en la prisionera con una vigilancia que no admitía distracciones. Amanda cerró los ojos, fingiendo agotamiento, mientras su mente trabajaba a toda velocidad. El bisturí seguía oculto en su corsé, pero las cuerdas que la ataban eran demasiado gruesas y estaban demasiado tensas para poder cortarlas sin que los esbirros se percataran. Necesitaba una distracción, algo que desviara su atención el tiempo suficiente para liberarse.

Sus ojos se abrieron lentamente, recorriendo la estancia en busca de cualquier objeto que pudiera utilizar. Los candelabros de hierro forjado, sujetos a las paredes por soportes oxidados, llamaron su atención. Si lograba soltar uno de ellos, el estruendo alertaría a los guardianes, pero también podría proporcionarle el arma que

necesitaba. Sin embargo, el riesgo era demasiado alto. Si fallaba, los esbirros la neutralizarían de inmediato.

Entonces, una idea audaz cruzó su mente. Los guardianes eran hombres rudos, carentes de imaginación y de paciencia. Si lograba provocar una discusión entre ellos, podría aprovechar su distracción para actuar. Amanda comenzó a hablar, su voz suave y seductora contrastando con la crudeza del entorno.

—Debéis de estar cansados, caballeros —murmuró, con un tono que oscilaba entre la compasión y la provocación—. Vigilar a una prisionera debe de ser una tarea tediosa, especialmente cuando vuestra ama os trata como a perros falderos. ¿No os gustaría ganar un poco más de oro por vuestros servicios?

Los dos hombres intercambiaron miradas recelosas, pero uno de ellos, el más joven y de rostro más brutal, respondió con una risa burlona.

—Cerrad la boca, perra aristócrata —escupió él, escupiendo al suelo—. No nos engañaréis con vuestras palabras melosas. La condesa nos ha ordenado vigilaros, y eso es lo que haremos.

El otro guardia, más viejo y de aspecto más astuto, frunció el ceño, mirando a su compañero con desconfianza.

—No deberíais hablarle así, imbécil —gruñó el veterano—. Si la condesa se entera de que la habéis insultado, os cortará la lengua. Y yo no lloraré por vos.

La discusión escaló rápidamente, las voces elevándose en el aire viciado de la cripta. Amanda aprovechó el momento de distracción para deslizar sus dedos hacia el forro del corsé, tanteando el mango del bisturí. Con un movimiento preciso, extrajo el instrumento y comenzó a cortar las cuerdas que ataban sus muñecas, ocultando el movimiento bajo los pliegues de su vestido.

Los guardianes, absortos en su pelea, no se percataron de sus acciones. El más joven había desenvainado su daga, amenazando a su compañero, mientras el veterano respondía con insultos y

amenazas. La tensión en la cripta era tan densa que parecía poder cortarse con un cuchillo.

Con un último corte, las cuerdas cedieron, liberando las muñecas de Amanda. La joven permaneció inmóvil un instante, frotándose la piel irritada por el roce de las sogas, y luego, con un movimiento rápido y preciso, se liberó de las ataduras que la sujetaban a la silla. Los guardianes, sorprendidos por el sonido, se volvieron hacia ella, pero ya era demasiado tarde.

Amanda se lanzó sobre el más cercano, clavándole el bisturí en el antebrazo con toda la fuerza de su desesperación. El hombre rugió de dolor, soltando la daga que empuñaba. La joven la recogió del suelo con un movimiento fluido y se volvió hacia el segundo guardia, quien ya desenvainaba su arma.

La pelea fue breve pero brutal. Amanda, impulsada por la adrenalina y el instinto de supervivencia, esquivó los golpes del veterano con una agilidad que la sorprendió a ella misma. Su mente, entrenada en la anatomía humana, identificó los puntos débiles de su oponente con una precisión quirúrgica. Un golpe seco en la rodilla lo desequilibró, y antes de que pudiera recuperarse, la joven le clavó la daga en el muslo, atravesando la arteria femoral.

El hombre cayó al suelo, gritando de dolor mientras la sangre manaba de su herida. Amanda no se detuvo a comprobar si estaba muerto. Corrió hacia la mesa de mármol, recogiendo el bisturí que había soltado durante la pelea, y se dirigió hacia el corredor por donde había desaparecido Catalina.

Su corazón latía con una violencia descompasada, y sus pulmones ardían por el esfuerzo, pero no se detuvo. Sabía que los guardianes no estaban solos, que más esbirros merodeaban por la cripta. Pero también sabía que cada segundo que pasaba era un segundo más cerca de la libertad, un segundo más lejos de las garras de la matriarca.

El corredor era estrecho y oscuro, iluminado únicamente por el resplandor mortecino de unas antorchas que proyectaban sombras alargadas y danzantes sobre las paredes de piedra. Amanda avanzó

con sigilo, sus botas apenas rozando el suelo embarrado. Al final del pasillo, una puerta de roble macizo se alzaba ante ella, entreabierta, revelando un destello de luz al otro lado.

La joven empujó la hoja con cuidado, asomando la cabeza por la rendija. Se hallaba en una bodega subterránea, cuyas paredes estaban repletas de barriles de vino y toneles de aguardiente. El aire olía a madera húmeda y a alcohol fermentado, un aroma que le revolvió el estómago. En el centro de la estancia, un hombre corpulento, vestido con ropas de cochero, dormitaba sobre un taburete, con las llaves de un carruaje colgando de su cinturón.

Amanda sonrió para sus adentros. La fortuna, por fin, se aliaba con ella. Se deslizó al interior de la bodega con la silenciosa letalidad de un felino, acercándose al cochero dormido. Con un movimiento rápido, le arrancó las llaves del cinturón y, sin hacer ruido, se dirigió hacia la puerta que conducía al exterior.

Antes de cruzar el umbral, se detuvo un instante, mirando hacia atrás. La cripta, con sus horrores y sus secretos, quedaba atrás, pero sabía que no había terminado. Catalina Villeneuve seguía suelta, y los crímenes de la Llama Negra no habían cesado. Pero por ahora, por este breve instante, era libre. Y eso era suficiente.

Amanda empujó la puerta, emergiendo a la noche madrileña. El aire fresco golpeó su rostro, llenando sus pulmones con la promesa de la libertad. Corrió hacia el carruaje, subió de un salto y espoleó al caballo con un grito de triunfo. Las ruedas chirriaron contra los adoquines, y el vehículo se lanzó a toda velocidad por las calles desiertas de la capital.

Mientras cabalgaba hacia la noche, con el corazón latiendo con una fuerza descompasada, Amanda supo que la batalla apenas comenzaba. Los Villeneuve no se rendirían fácilmente, y Catalina, con su locura y su crueldad, seguía siendo una amenaza mortal. Pero ella ya no era la misma mujer que había entrado en la botica de Fournier. Había enfrentado a la muerte y había salido victoriosa. Y ahora, con las llaves del carruaje en una mano y el bisturí en la otra,

estaba dispuesta a destruir a los monstruos que habían amenazado su vida y la de los inocentes.

La cacería había cambiado de dirección. Ahora, ella era la depredadora, y los Villeneuve, la presa.

CAPÍTULO 10

El carruaje no llegó a arrancar. Amanda apenas había tomado las riendas cuando el estruendo de cascos múltiples resonó en la bodega, ahogando el chirrido de las ruedas. Por la puerta principal, que ella había dejado entreabierta, irrumpió una docena de jinetes encapuchados, bloqueando la única salida. Sus antorchas proyectaban sombras danzantes sobre los barriles de vino, tiñendo las paredes de un rojo infernal que parecía presagiar la sangre que pronto derramarían. Al frente de la formación, montado en un semental negro que piafaba con nerviosismo, se hallaba Edmond Villeneuve, con el brazo fracturado inmovilizado en un cabestrillo de seda y una sonrisa de triunfo despiadado curvando sus labios finos.

—¿De verdad creísteis que podríais escapar de nosotros, querida Amanda? —murmuró el marqués, su voz aterciopelada resonando en la bóveda de piedra con un eco burlón—. Mi madre os conoce mejor de lo que imagináis. Sabía que intentaríais huir por la bodega, y por eso apostó a mis mejores hombres aquí. Vuestra astucia os ha traicionado, como siempre.

Amanda apretó los puños alrededor de las riendas, sintiendo cómo el pánico amenazaba con dominarla. Su mente, sin embargo, se negó a claudicar. Calculó las distancias, evaluó las posibilidades, descartó la rendición como una opción inaceptable. Sacó el bisturí del corsé con un movimiento fluido, dispuesta a vender cara su vida. Prefería morir con las manos manchadas de sangre enemiga antes que permitir que aquellos monstruos la arrastraran de nuevo a la cripta.

—No me tocaréis sin pagar un precio, marqués —espetó ella, con una voz que goteaba veneno contenido—. Y os juro que el primero

que se acerque probará el filo de este acero en su garganta.

Edmond soltó una carcajada seca, carente de toda alegría. Hizo un gesto con la mano, y sus esbirros comenzaron a descender de las monturas, desenvainando sables y dagas con una lentitud deliberada que pretendía prolongar el terror de la presa. El aire se cargó de una tensión asfixiante, y Amanda pudo sentir el olor a sudor, a cuero y a muerte inminente impregnando cada rincón de la bodega.

Fue entonces cuando las puertas traseras del establecimiento estallaron en mil pedazos.

La madera crujiente salió disparada por los aires, y entre el polvo y las astillas, una figura imponente irrumpió en la estancia con la furia de un arcángel vengador. Diego de Mendoza ocupaba el umbral, su pecho agitado, la espada desenvainada y brillando con un reflejo letal bajo la luz de las antorchas. Sus ojos grises, oscurecidos por una ira incontrolable, barrieron la escena con la eficiencia de un depredador buscando a su presa, hasta que se clavaron en la figura de Amanda, acorralada junto al carruaje.

—¡Apartaos de ella, sabuesos! —rugió el capitán, su voz retumbando en las paredes de piedra con una autoridad que hizo temblar los cimientos del edificio.

Detrás de él, sus hombres de confianza irrumpieron como una marea de acero y furia, lanzándose sobre los esbirros de Edmond con una violencia que helaba la sangre. El choque de los metales resonó como un trueno, y los gritos de dolor se mezclaron con el crujir de los huesos rotos y el chapoteo de la sangre sobre el suelo embarrado. La masacre fue brutal, rápida y despiadada. Los soldados de Diego, veteranos de cien batallas, no mostraban piedad, y sus espadas danzaban con una precisión letal que dejaba tras de sí un reguero de cadáveres.

Diego no se detuvo a observar la carnicería. Sus ojos estaban fijos en Amanda, y sus piernas lo llevaron hacia ella con la velocidad de un lobo que ha encontrado a su compañera. Edmond, al verlo acercarse, soltó un alarido de odio y desenvainó su estoque con la mano sana, lanzándose sobre el capitán con una ferocidad suicida.

—¡Mendoza! —escupió el marqués, con el rostro contraído por la rabia—. ¡Hoy moriréis los dos!

El capitán esquivó la estocada con un giro de torso, respondiendo con un mandoble seco que hizo saltar chispas del acero enemigo. Sin embargo, Edmond no estaba solo. Dos de sus esbirros, más astutos que su amo, aprovecharon la distracción para atacar por los flancos. Diego giró sobre sus talones, desviando el primer golpe con la espada, pero el segundo, una daga envenenada que brillaba con un tono verdoso bajo la luz de las antorchas, lo encontró desprevenido.

El acero se clavó en su costado derecho, atravesando el uniforme militar y penetrando en la carne con un sonido húmedo y nauseabundo. Diego gruñó de dolor, pero no cayó. Con un rugido primitivo, giró la muñeca y clavó su espada en el pecho del esbirro, arrancándole la vida con una eficiencia letal. El hombre se desplomó al suelo, muerto antes de tocar el empedrado.

Amanda gritó, un sonido desgarrador que resonó en la bodega como un lamento de mujer hada. Abandonó el carruaje y corrió hacia Diego, sus manos extendidas para sostenerlo cuando las rodillas del capitán finalmente cedieron. Lo recibió en sus brazos, sintiendo cómo el peso de su cuerpo la arrastraba casi hasta el suelo. La sangre manaba de la herida, tiñendo el uniforme de un rojo oscuro que se extendía rápidamente, empapando la tela y goteando sobre el suelo embarrado.

—Diego —susurró ella, con la voz quebrada por el terror—. No, no, no. Aguantad, capitán. Aguantad conmigo.

El militar alzó el rostro, sus ojos grises encontrando los de ella con una intensidad que la dejó sin aliento. A pesar del dolor, a pesar de la sangre que manchaba sus labios, sonrió. Una sonrisa triste y cansada que revelaba la vulnerabilidad que se empeñaba en ocultar bajo capas de disciplina militar.

—Os dije que no podría perderos, Amanda —murmuró él, con una voz ronca que traicionaba la tensión acumulada—. Y no lo haré.

Ni aunque tenga que arrancar el alma del diablo con mis propias manos.

Edmond, aprovechando la distracción, había logrado escapar por una puerta lateral, dejando atrás a sus hombres muertos y su orgullo destrozado. Los esbirros supervivientes, viendo que la batalla estaba perdida, arrojaron las armas y huyeron por los callejones, perseguidos por los soldados de Diego. El capitán hizo un gesto a Ruiz, quien se acercó de inmediato, su rostro pálido por la preocupación.

—Mi capitán, estáis herido. Necesitamos un médico, ahora mismo.

Diego negó con la cabeza, apretando los dientes para sofocar un gemido de dolor.

—No hay tiempo. Los Villeneuve alertarán a la guardia real. Si esperamos, nos arrestarán antes de que podamos explicar lo ocurrido. Llevadnos a la cabaña del bosque de El Pardo. La conoce mi padre, está abandonada desde hace años. Nadie nos buscará allí.

Ruiz asintió con gestos bruscos, y junto con Morales, ayudó a Diego a incorporarse. Amanda se negó a soltarlo, apoyando su hombro contra el suyo para sostener su peso. Juntos, salieron de la bodega y montaron en el carruaje que los esbirros habían preparado. Ruiz tomó las riendas, lanzando al caballo a un galope frenético hacia las afueras de Madrid.

El viaje fue una agonía silenciosa. Amanda presionaba un pañuelo contra la herida del capitán, intentando detener la hemorragia con manos temblorosas. Diego permanecía en silencio, su rostro pálido como el mármol, los ojos cerrados y la respiración entrecortada. Cada bache del camino le arrancaba un gemido ahogado, pero se negaba a quejarse, aferrándose a la conciencia con una determinación férrea.

Finalmente, tras una hora de viaje frenético, el carruaje se detuvo frente a una cabaña de madera, oculta entre los árboles centenarios del bosque de El Pardo. La estructura, modesta pero sólida,

presentaba un aspecto abandonado, con las ventanas cubiertas de polvo y las enredaderas trepando por las paredes. Ruiz y Morales ayudaron a Diego a descender del vehículo y lo llevaron al interior, depositándolo sobre un camastro de paja que ocupaba el centro de la única estancia.

Amanda se arrodilló junto a él, examinando la herida con la precisión de un cirujano. La daga había penetrado profundamente, rozando el pulmón. Si no actuaba con rapidez, el capitán moriría desangrado o por una infección. Sus manos, aunque temblorosas, se movieron con una determinación férrea. Desabrochó el uniforme con dedos ágiles, exponiendo la herida a la luz parpadeante de una vela que Ruiz había encendido.

—Necesito agua hirviendo, vendas limpias y agujas —ordenó, con una voz que no admitía réplica—. Y alcohol, si lo tenéis. Rápido.

Los soldados obedecieron de inmediato, saliendo de la cabaña en busca de los suministros. Amanda permaneció junto a Diego, tomando su mano entre las suyas. El calor de su piel la reconfortó, anclándola a la realidad en medio de la vorágine de emociones que la envolvía.

—No os atreváis a morir, capitán —susurró ella, con la voz quebrada por las lágrimas que se negaba a derramar—. Me debéis una explicación por todo esto. Me debéis la verdad sobre vuestro pasado, sobre los Villeneuve, sobre por qué me habéis salvado la vida esta noche.

Diego abrió los ojos lentamente, sus ojos grises encontrando los de ella con una intensidad que la dejó sin aliento. Alzó la mano libre, rozando la mejilla de la joven con una delicadeza que contrastaba violentamente con su aspecto rudo.

—Os salvaría mil veces más, Amanda —murmuró él, con una voz ronca que sonó más a plegaria que a palabra—. Porque desde el momento en que os vi en aquel callejón, supe que mi vida había encontrado un propósito. Vos sois la luz que ilumina mi oscuridad, la razón por la que aún respiro.

Las palabras la golpearon con la fuerza de un rayo. Amanda sintió que el aire se escapaba de sus pulmones, dejándola sin aliento. ¿Amor? ¿Desde cuándo el capitán Diego de Mendoza la amaba? Abrió la boca para responder, pero las palabras murieron en sus labios cuando Ruiz y Morales regresaron con los suministros.

La cirugía fue larga y dolorosa. Amanda, con las manos manchadas de sangre, trabajó con una precisión quirúrgica que habría impresionado a cualquier médico de la corte. Limpió la herida, extrajo los fragmentos de tela incrustados, cosió la carne con hilos de seda y vendó el torso del capitán con una destreza que revelaba años de práctica clandestina. Diego soportó el dolor en silencio, apretando los dientes y aferrándose a la mano de la joven con una fuerza que le dejaba marcas en la piel.

Cuando finalmente terminó, Amanda se dejó caer sobre una silla, exhausta y temblorosa. Sus ropas estaban manchadas de sangre, su cabello caía en desorden sobre sus hombros, y sus ojos verdes brillaban con una mezcla de alivio y terror. Diego la observaba con una intensidad que la hacía sentir desnuda, vulnerable, expuesta.

—Sois extraordinaria, Amanda —murmuró él, con una voz ronca que traicionaba la emoción acumulada—. No hay nada que no podáis hacer.

Ella sonrió débilmente, acercándose a él para alisar el cabello que caía sobre su frente. El contacto de sus dedos contra su piel envió una descarga de puro fuego líquido por su torrente sanguíneo.

—Y vos sois un necio, capitán —replicó ella, con una voz que goteaba ternura contenida—. Arriesgar vuestra vida por mí es una locura.

—No es locura —susurró él, tomando su mano y llevándola a sus labios para besarla con una reverencia casi religiosa—. Es amor. Y os amaré hasta mi último aliento, Amanda de Alcántara. Aunque vos no podáis corresponderme.

La confesión la desarmó por completo. Amanda sintió que las lágrimas finalmente brotaban de sus ojos, rodando por sus mejillas y

cayendo sobre la mano del capitán. Se inclinó hacia él, capturando sus labios con los suyos en un beso desesperado, furioso, cargado de una pasión que había estado contenida durante demasiado tiempo. Sus bocas se encontraron con una violencia que la dejó sin aliento, sus lenguas uniéndose en un baile primitivo que sabía a sangre y a promesas eternas.

Diego gimió contra sus labios, un sonido ronco y primitivo que resonó en el pecho de la joven y encendió un fuego que amenazaba con consumirla. Sus manos, débiles por la herida, se elevaron para enredarse en su cabello, atrayéndola hacia él con una urgencia que la hizo estremecer. La apretó contra su cuerpo, sintiendo la solidez de sus curvas contra el suyo, la rapidez de su corazón latiendo contra el suyo.

El beso se profundizó, volviéndose más urgente, más desesperado. Amanda sintió que se ahogaba en la intensidad del momento, que su mente se nublaba bajo la avalancha de sensaciones que la envolvía. Sus manos recorrían el rostro del capitán, trazando la cicatriz que le surcaba la mandíbula con una reverencia casi religiosa, aceptando cada marca de su pasado como parte del hombre que la tenía atrapada en sus brazos.

Finalmente, Diego rompió el beso con un esfuerzo visible, su pecho agitado, sus ojos grises oscurecidos por una pasión que apenas podía controlar. Apoyó la frente contra la de Amanda, sus respiraciones entrelazándose en el aire viciado de la cabaña.

—Amanda —murmuró él, con una voz ronca que traicionaba la tormenta de emociones que rugía en su interior—. Hay algo que debéis saber. Algo sobre mi pasado, sobre los Villeneuve, sobre por qué os he estado protegiendo desde el primer momento.

Ella alzó el rostro, encontrando sus ojos a escasos centímetros de los suyos. La intensidad de su mirada la desarmó por completo, revelando la vulnerabilidad que se empeñaba en ocultar bajo capas de disciplina militar.

—Decidme, Diego —susurró ella, con una voz firme que la sorprendió a ella misma—. Decidme la verdad. Sea cual sea.

Diego cerró los ojos, como si las palabras siguientes le quemaran en la garganta. Cuando los abrió de nuevo, brillaban con una mezcla de dolor y determinación que heló la sangre de la joven.

—Hace veintidós años, en París, durante las revueltas, yo era un joven soldado al servicio del ejército francés —confesó, con una voz ronca que vibró en el pecho de la joven—. Recibí la orden de ejecutar a un traidor que había robado documentos secretos de la corona. Lo encontré en un callejón, intentando huir con su familia. No sabía quién era, no me importaba. Solo cumplía órdenes.

Hizo una pausa, tragando saliva con dificultad. Amanda sintió que el suelo se hundía bajo sus pies, un presentimiento funesto apoderándose de su alma.

—Lo maté, Amanda —continuó él, con la voz quebrada por el dolor—. Lo maté frente a su esposa y su hija pequeña. Y solo años después, cuando investigué los archivos de los Villeneuve, descubrí la verdad. Aquel hombre no era un traidor. Era vuestro padre biológico, y los documentos que robó eran las pruebas de que los Villeneuve habían usurpado vuestra fortuna y vuestra identidad.

El mundo de Amanda se desmoronó en un instante. Las palabras del capitán resonaron en su mente como un trueno, destrozando cada certeza, cada recuerdo, cada verdad que había creído inquebrantable. Su padre. El hombre que la había amado, que la había protegido, había sido asesinado por el hombre que ahora la amaba, por el hombre que la había salvado esa misma noche.

Se apartó de él con violencia, poniéndose de pie y retrocediendo hasta que su espalda chocó contra la pared de madera de la cabaña. Sus ojos verdes, brillantes con lágrimas de dolor y traición, se clavaron en los del capitán con una furia que la hacía parecer una diosa de la venganza.

—¿Cómo pudisteis? —susurró ella, con una voz que goteaba veneno contenido—. ¿Cómo pudisteis matar a mi padre y luego pretendéis amarme? ¿Cómo pudisteis tocarme con las mismas manos que lo asesinaron?

Diego se incorporó con dificultad, ignorando el dolor que le atravesaba el costado herido. Sus ojos grises brillaban con una desesperación que la dejó sin aliento.

—Amanda, os juro que no lo sabía —suplicó él, extendiendo la mano hacia ella, aunque se detuvo a medio camino, consciente de que no merecía su perdón—. Cuando descubrí la verdad, intenté rectificar, intenté protegeros de los Villeneuve, intenté...

—¡Bastardo! —gritó ella, lanzándole un escupitajo que lo golpeó en el rostro—. ¡Mentiroso! ¡Asesino!

Se volvió bruscamente, corriendo hacia la puerta de la cabaña. La abrió de un tirón, saliendo a la noche fría del bosque. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, cegándola, ahogándola. Corrió hacia los árboles, sin rumbo, sin destino, solo huyendo del hombre que había destrozado su mundo.

Diego la observó desaparecer en la oscuridad, su corazón destrozado en mil pedazos. No intentó detenerla, no intentó seguirla. Sabía que no merecía su perdón, que no merecía su amor. Se dejó caer sobre el camastro, cerrando los ojos mientras las lágrimas finalmente brotaban, lavando la sangre y el dolor de su rostro marcado por la guerra.

La cabaña quedó en silencio, solo roto por el crujir de las ramas bajo el viento y el llanto ahogado del capitán. Y en el bosque, Amanda corría hacia la noche, con el corazón roto y el alma destrozada, llevándose consigo el único amor que había sido capaz de despertar en ella.

Pero, aunque ambos sabían que el camino que habían elegido estaba pavimentado con huesos y sombras, también sabían que la tormenta apenas comenzaba.

CAPÍTULO 11

La tormenta desataba su furia sobre la espesa canopia del bosque de El Pardo, transformando el cielo nocturno en un lienzo de tinta rasgado por relámpagos que iluminaban la escena con destellos esmeralda y violeta. El viento aullaba contra las tablas carcomidas de la cabaña abandonada, colándose por las rendijas de la madera podrida para depositar un frío mordaz, capaz de helar la sangre en las venas de los más audaces. En el interior, la atmósfera era densa, saturada por el olor acre de la sangre fresca, del sudor y de las hierbas medicinales que Amanda de Alcántara hervía en un caldero de hierro ennegrecido por los años. El resplandor vacilante de una única vela de sebo proyectaba sombras danzantes sobre las paredes de piedra, dibujando los contornos de un santuario de fortuna donde la vida y la muerte libraban una batalla silenciosa.

Amanda se movía con una precisión quirúrgica, sus gestos traicionando una urgencia que se esforzaba por contener. Sus dedos, finos y manchados de tinta, temblaban ligeramente no por el miedo, sino bajo el peso de una adrenalina pura, cruda, que le electrificaba la epidermis. Disponía sobre la mesa de madera tosca los instrumentos que había salvado de su bolso de cuero: agujas curvas, hilo de seda esterilizado, vendas de lino limpio y un frasco de láudano. Cada objeto tintineaba contra la madera, un sonido metálico que horadaba el rugido de la tormenta exterior.

Sobre el camastro de paja húmeda yacía Diego de Mendoza. El capitán había perdido el conocimiento tras abandonar la bodega, su cuerpo inmenso y cicatrizado desplomado en una inmovilidad que aterraba a la joven. Su uniforme, antaño inmaculado, no era ya sino un amasijo de barro y carmesí. Amanda se aproximó a él, su aliento corto formando leves nubes de vapor en el aire gélido de la estancia.

Asió su cuchillo, la hoja reluciendo siniestramente a la luz de la bujía, y emprendió la tarea de cercenar el paño de lana que se adhería a la herida abierta en el costado derecho del guerrero.

El tejido cedió con un crujido seco, revelando la carne martirizada. La lesión era profunda, una mordedura de hierro envenenado que había desgarrado los músculos y rozado las costillas. La sangre había coagulado en costras sombrías, pero la herida permanecía abierta, amenazante, supurando un líquido que olía a fiebre y a podredumbre. Amanda reprimió una arcada, forzando su mente racional a imponerse sobre el horror visceral que le anudaba las entrañas. Ya no era una dama de la alta sociedad madrileña, ni una heredera arruinada acechada por monstruos. Era un médico de las sombras, un salvavidas frente al abismo.

Impregnó un lienzo con agua hirviente mezclada con sal y vinagre, luego lo presionó con firmeza contra la herida. Diego emitió un gruñido sordo, un sonido animal que vibró en el pecho de la joven. Sus párpados aletearon, revelando iris gris tormenta, oscurecidos por el dolor y los residuos del láudano que había ingerido para soportar el trayecto.

—Dejadlo, murmuró con voz ronca, desgañitada por el suplicio. Es perder el tiempo. El veneno ya ha alcanzado mi sangre.

—Callaos, capitán, replicó Amanda con una autoridad que no admitía réplica. Vuestra sangre me pertenece mientras respiréis, y no tengo intención de dejar que se corrompa sobre este lecho infecto.

Retomó su labor, sus movimientos de una suavidad calculada contrastando con la violencia de la tempestad que hacía temblar los cimientos de la cabaña. Limpió los bordes de la herida, apartando las fibras de tela incrustadas en la carne. Diego apretó los puños, los nudillos blanqueados por el esfuerzo sobrehumano que desplegaba para no gritar. Observaba a la joven con una fascinación mezclada de incredulidad. Los reflejos dorados de la bujía acariciaban las curvas de su rostro, realzando la determinación feroz que endurecía sus rasgos delicados. Era magnífica. De una belleza salvaje,

indomable, que desafiaba las convenciones de su época y las leyes de la naturaleza.

—Sois una criatura de paradojas, Amanda, suspiró, la mirada clavada en sus manos ágiles que manejaban la aguja curva. Una dama de terciopelo y seda, que sin embargo no retrocede ante el horror de la carne desgarrada.

—El mundo en el que evolucionamos no perdona la debilidad, Diego, respondió ella sin alzar los ojos, concentrada en la sutura. Los salones madrileños ocultan abismos de crueldad peores que esta herida. Al menos aquí, el mal es visible. Puede ser reparado.

Tiró del hilo de seda, cerrando los labios de la herida con un rigor implacable. Cada punto era una victoria arrancada a la parca. Cuando anudó el último hilo y aplicó una cataplasma de hierbas astringentes, un largo suspiro de alivio escapó de sus labios. Se irguió, enjugando el sudor que perlaba su frente con el dorso de la mano, y se permitió finalmente contemplar al hombre tendido ante ella.

Diego la miraba con una intensidad que la clavó en el sitio. La fiebre comenzaba a subir, enrojeciendo sus pómulos y tornando su mirada ardiente, febril. Pero no era solo la enfermedad lo que consumía sus pupilas; era una emoción cruda, devastadora, que ya no lograba disimular bajo su armadura de cinismo y deber.

—¿Por qué? preguntó, la voz quebrada por la emoción. ¿Por qué arriesgáis vuestra vida, vuestra reputación, vuestra alma por un hombre que no es sino ruina y sangre? Podríais estar a salvo, lejos de estas catacumbas y de estos nobles caídos.

Amanda se aproximó al camastro, arrodillándose en la paja sin importarle el barro que maculaba su vestido de seda. Tomó la mano callosa del capitán entre las suyas, sintiendo el calor abrasador de su piel.

—Porque la seguridad sin verdad no es sino una prisión dorada, susurró. Y porque vuestra alma, Diego, a pesar de las tinieblas que

la habitan, brilla con una luz que no he encontrado en ningún otro lugar de esta ciudad de mentiras.

Las palabras de la joven actuaron como un bálsamo sobre las heridas invisibles del guerrero. Una lágrima, única y ardiente, rodó sobre la mejilla cicatrizada de Diego, perdiéndose en la barba de varios días que ensombrecía su mentón. Llevó la mano de Amanda a sus labios, depositando un beso de una reverencia absoluta, un homenaje rendido a la única divinidad que aún creía digna de adoración.

—Soy un hombre condenado, Amanda. Mis manos están demasiado manchadas para tocar vuestra pureza.

—Vuestra pureza reside en vuestra lealtad, en vuestra capacidad de amar a pesar del horror que habéis visto, replicó ella con un fervor que hizo temblar su propia voz.

La fiebre alcanzó su paroxismo, difuminando las fronteras entre la razón y el instinto. Diego atrajo a la joven contra él, ignorante del dolor que le desgarraba el costado. Sus labios capturaron los suyos con una urgencia desesperada, un hambre devoradora que tenía de supervivencia y de condenación. Amanda no resistió. Se abandonó a aquel beso, gustando la sal de las lágrimas, el hierro de la sangre y la promesa de un futuro incierto.

El mundo exterior, con sus tormentas, sus asesinos y sus aristócratas corrompidos, dejó de existir. Ya solo estaban ellos, sus cuerpos entrelazados sobre el camastro de fortuna, la respiración entrecortada que se mezclaba con el ritmo de la lluvia batiente contra los cristales sucios. Las manos de Diego, primero vacilantes, recorrieron las curvas de la joven con una veneración que la hizo estremecer. Desató los cordones de su corsé con una lentitud deliberada, como si desvelara un relicario sagrado, revelando la palidez de su piel a la lumbre moribunda de la vela.

Amanda respondió a su llamada con una pasión que la sorprendió a ella misma. Desabrochó los botones de la camisa ensangrentada del capitán, posando sus palmas a plano sobre su torso desnudo, sintiendo los latidos precipitados de su corazón, ese tambor de

guerra que latía ahora únicamente para ella. Cada cicatriz que rozaba con la yema de los dedos era una historia de supervivencia, un testimonio de la rudeza del siglo, y las aceptaba todas, grabándolas en su propia memoria como juramentos tácitos.

Sus cuerpos se unieron en una danza primitiva, una fusión de las carnes y las almas que trascendía el dolor y el miedo. Era un acto de rebelión contra la muerte que acechaba afuera, una afirmación de vida en el corazón de las tinieblas. Diego la penetró con su mirada antes de unirse a ella totalmente, sus alientos confundándose en el aire viciado de la cabaña. Había en su abrazo una suavidad infinita, una ternura que contradecía la brutalidad de su existencia, pero también una rudeza, una urgencia nacida de la certidumbre de que cada instante podía ser el último.

Amanda se arqueó contra él, sus uñas hundiéndose en los hombros anchos del guerrero, anclando su mente en la realidad de aquella voluptuosidad devastadora. Gritó su nombre, un sonido que se perdió en el estruendo del trueno, liberando todos los miedos, todas las frustraciones, todas las esperanzas que había contenido durante años. Diego la envolvió con su masa protectora, absorbiendo sus temblores, murmurando palabras de amor y protección en el hueco de su cuello, sellando sus destinos con el fuego de su deseo.

Cuando el apaciguamiento finalmente los envolvió, la tempestad exterior parecía haberse agotado, no dejando lugar sino a una lluvia fina y regular que lavaba el bosque de sus pecados. Amanda reposaba contra el torso de Diego, escuchando el ritmo apaciguado de su respiración. El capitán había pasado un brazo alrededor de su cintura, manteniéndola contra él como un tesoro inestimable, su rostro hundido en los cabellos odorantes de la joven.

—Os pertenezco, Amanda, murmuró en la penumbra, su voz vibrando de una certidumbre inquebrantable. Hasta mi último aliento, hasta que los astros se apaguen. Os protegeré de los Villeneuve, de la corte, de mí mismo si es necesario.

Amanda alzó la cabeza, posando un beso sobre la cicatriz que surcaba la mandíbula de su amante. Una paz frágil, pero absoluta, se había instalado en su corazón. Creía en sus palabras, creía en la solidez de aquel vínculo forjado en la sangre y la supervivencia.

—Y yo seré vuestro escudo y vuestra espada, Diego, respondió con una solemnidad que resonó en la pequeña estancia. Estamos unidos por el destino, más allá de las leyes de los hombres y de los secretos de Madrid.

Sin embargo, en la sombra de la cabaña, el peso de una verdad indecible comenzaba a oprimir el pecho del capitán. El secreto que guardaba enterrado desde hacía veintidós años, aquel que unía su pasado a la sangre de la familia de Amanda, amenazaba con salir a la superficie. El amor que acababan de sellar en el dolor y la pasión era puro, absoluto, pero reposaba sobre las cenizas de una mentira histórica. Diego cerró los ojos, estrechando a la joven contra él con una fuerza desesperada, sabiendo que el alba traería no solo la luz, sino también la revelación que amenazaba con reducir a cenizas el paraíso que acababan de construir. La noche les había ofrecido la eternidad, pero el día exigía su tributo de verdad.

La joven se acurrucó contra el pecho del guerrero, escuchando los latidos de su corazón, ese ritmo constante que la anclaba a la realidad. Sus dedos trazaban distraídamente los contornos de las cicatrices que surcaban la piel del capitán, cada marca una historia de batallas pasadas, de lealtades juradas y de promesas rotas. Diego mantenía los ojos cerrados, pero su mente era un torbellino de pensamientos contradictorios. La amaba con una intensidad que le desgarraba el alma, pero el peso de su secreto se volvía cada vez más insoportable.

—Diego, susurró Amanda, su voz suave como el terciopelo en la quietud de la cabaña. ¿Qué os atormenta? Vuestra respiración se ha vuelto irregular, y vuestro corazón late con una violencia que me alarma.

El capitán abrió los ojos lentamente, encontrando la mirada inquisitiva de la joven. Sus ojos verdes brillaban con una

preocupación sincera, una ternura que le destrozaba el alma. ¿Cómo podía confesarle la verdad? ¿Cómo podía destruir el paraíso que acababan de construir con sus propias manos? Pero sabía que el silencio solo prolongaría el dolor, que la verdad, por cruel que fuera, era el único camino hacia la redención.

—Amanda, comenzó, su voz ronca traicionando la tensión acumulada. Hay algo que debéis saber. Algo sobre mi pasado, sobre los Villeneuve, sobre por qué os he estado protegiendo desde el primer momento.

Ella alzó el rostro, encontrando sus ojos a escasos centímetros de los suyos. La intensidad de su mirada la desarmó por completo, revelando la vulnerabilidad que se empeñaba en ocultar bajo capas de disciplina militar.

—Decidme, Diego, susurró ella, con una voz firme que la sorprendió a ella misma. Decidme la verdad. Sea cual sea.

Diego cerró los ojos, como si las palabras siguientes le quemaran en la garganta. Cuando los abrió de nuevo, brillaban con una mezcla de dolor y determinación que heló la sangre de la joven.

—Hace veintidós años, en París, durante las revueltas, yo era un joven soldado al servicio del ejército francés, confesó, con una voz ronca que vibró en el pecho de la joven. Recibí la orden de ejecutar a un traidor que había robado documentos secretos de la corona. Lo encontré en un callejón, intentando huir con su familia. No sabía quién era, no me importaba. Solo cumplía órdenes.

Hizo una pausa, tragando saliva con dificultad. Amanda sintió que el suelo se hundía bajo sus pies, un presentimiento funesto apoderándose de su alma.

—Lo maté, Amanda, continuó él, con la voz quebrada por el dolor. Lo maté frente a su esposa y su hija pequeña. Y solo años después, cuando investigué los archivos de los Villeneuve, descubrí la verdad. Aquel hombre no era un traidor. Era vuestro padre biológico, y los documentos que robó eran las pruebas de que los Villeneuve habían usurpado vuestra fortuna y vuestra identidad.

El mundo de Amanda se desmoronó en un instante. Las palabras del capitán resonaron en su mente como un trueno, destrozando cada certeza, cada recuerdo, cada verdad que había creído inquebrantable. Su padre. El hombre que la había amado, que la había protegido, había sido asesinado por el hombre que ahora la amaba, por el hombre que la había salvado esa misma noche.

Se apartó de él con violencia, poniéndose de pie y retrocediendo hasta que su espalda chocó contra la pared de madera de la cabaña. Sus ojos verdes, brillantes con lágrimas de dolor y traición, se clavaron en los del capitán con una furia que la hacía parecer una diosa de la venganza.

—¿Cómo pudisteis? susurró ella, con una voz que goteaba veneno contenido. ¿Cómo pudisteis matar a mi padre y luego pretendéis amarme? ¿Cómo pudisteis tocarme con las mismas manos que lo asesinaron?

Diego se incorporó con dificultad, ignorando el dolor que le atravesaba el costado herido. Sus ojos grises brillaban con una desesperación que la dejó sin aliento.

—Amanda, os juro que no lo sabía, suplicó él, extendiendo la mano hacia ella, aunque se detuvo a medio camino, consciente de que no merecía su perdón. Cuando descubrí la verdad, intenté rectificar, intenté protegeros de los Villeneuve, intenté...

—¡Bastardo! gritó ella, lanzándole un escupitajo que lo golpeó en el rostro. ¡Mentiroso! ¡Asesino!

Se volvió bruscamente, corriendo hacia la puerta de la cabaña. La abrió de un tirón, saliendo a la noche fría del bosque. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, cegándola, ahogándola. Corrió hacia los árboles, sin rumbo, sin destino, solo huyendo del hombre que había destrozado su mundo.

Diego la observó desaparecer en la oscuridad, su corazón destrozado en mil pedazos. No intentó detenerla, no intentó seguirla. Sabía que no merecía su perdón, que no merecía su amor. Se dejó caer sobre el camastro, cerrando los ojos mientras las

lágrimas finalmente brotaban, lavando la sangre y el dolor de su rostro marcado por la guerra.

La cabaña quedó en silencio, solo roto por el crujir de las ramas bajo el viento y el llanto ahogado del capitán. Y en el bosque, Amanda corría hacia la noche, con el corazón roto y el alma destrozada, llevándose consigo el único amor que había sido capaz de despertar en ella.

Aunque ambos sabían que el camino que habían elegido estaba pavimentado con huesos y sombras, también sabían que la tormenta apenas comenzaba.

CAPÍTULO 12

El alba se abrió paso entre los jirones de la tormenta con una timidez melancólica, tiñendo los cristales empañados de la cabaña con tonalidades de ámbar y rosa que acariciaban los cuerpos entrelazados sobre el camastro de paja. Amanda de Alcántara reposaba contra el pecho desnudo de Diego de Mendoza, escuchando el ritmo sosegado de su corazón, ese tambor de guerra que había latido con tanta ferocidad durante la noche que ahora se había convertido en el único compás que lograba aquietar su propia alma. Sus dedos, con una delicadeza que contrastaba con la rudeza de las batallas libradas, trazaban distraídamente el contorno de las cicatrices que surcaban la piel del capitán, cada marca un testimonio mudo de supervivencia, cada queloides una historia de lealtades juradas y promesas rotas.

Diego mantenía los ojos cerrados, pero el sueño había huido de él horas atrás. Su mente, habitualmente disciplinada y enfocada en la estrategia militar, era ahora un campo de batalla donde los fantasmas del pasado desfilaban en procesión implacable. Veía los callejones empedrados de París bajo la lluvia, escuchaba los gritos de la mujer que suplicaba clemencia, contemplaba el rostro del hombre que había ejecutado creyendo cumplir con el deber. Y sobre todo, veía a Amanda, a la niña de tres años que había observado la masacre con ojos desorbitados, sin comprender que el soldado de uniforme manchado de barro que empuñaba el mosquete estaba segando la vida de su propio padre.

El peso de aquella verdad, guardada durante veintidós años en el sótano más profundo de su conciencia, se había vuelto insoportable. Cada caricia de Amanda, cada suspiro compartido, cada promesa susurrada en la penumbra de la cabaña, se convertía en una losa de

plomo que aplastaba su pecho. La amaba con una ferocidad que desafiaba a la razón, con una devoción que habría hecho arrodillarse a reyes, pero aquel amor, puro y absoluto, reposaba sobre los cimientos podridos de una mentira histórica. Y Diego, a pesar de todas sus cicatrices, a pesar de toda la sangre que había derramado, no era capaz de vivir sabiendo que había construido su paraíso particular sobre la tumba del padre de la mujer que amaba.

—¿Qué os atormenta, Diego? —murmuró Amanda, alzando el rostro para sostener su mirada. Sus ojos esmeraldas, todavía somnolientos pero penetrantes como bisturíes, escrutaban las facciones del guerrero con una preocupación que le encogía el alma—. Vuestro corazón late con una violencia que me alarma, y vuestra respiración se ha vuelto irregular desde que el sol comenzó a despuntar.

El capitán abrió los ojos lentamente, encontrando los de ella a escasos centímetros de los suyos. La intensidad de su mirada lo desarmó por completo, revelando la vulnerabilidad que se empeñaba en ocultar bajo capas de disciplina militar. Amanda no era solo su amante, su compañera, su espada y su escudo; era la única persona en el mundo capaz de leer las verdades que él se negaba a pronunciar en voz alta.

—Amanda —comenzó, con la voz ronca traicionando la tensión acumulada—. Hay algo que debéis saber. Algo sobre mi pasado, sobre los Villeneuve, sobre por qué os he estado protegiendo desde el primer momento en que os vi en aquel callejón de Madrid.

La joven alzó una ceja, incorporándose ligeramente sobre el codo. La sábana de lino resbaló por su pecho, dejando al descubierto la palidez de su piel bañada por la luz dorada del amanecer. Sus dedos se detuvieron en su movimiento, y una sombra de presentimiento cruzó sus pupilas.

—Decidme, Diego —susurró ella, con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Decidme la verdad. Sea cual sea.

Diego cerró los ojos, como si las palabras siguientes le quemaran en la garganta. Tragó saliva con dificultad, sintiendo cómo el nudo

que le oprimía el pecho se volvía más asfixiante con cada segundo de silencio. Cuando los abrió de nuevo, brillaban con una mezcla de dolor y determinación que heló la sangre de la joven.

—Hace veintidós años, en París, durante las revueltas que siguieron a la caída de la monarquía, yo era un joven soldado al servicio del ejército francés —confesó, con la voz quebrada por la angustia—. Recibí la orden de ejecutar a un traidor que había robado documentos secretos de la corona. Lo encontré en un callejón, intentando huir con su familia. No sabía quién era, no me importaba. Solo cumplía órdenes.

Hizo una pausa, tragando saliva con dificultad. Amanda sintió que el suelo se hundía bajo sus pies, un presentimiento funesto apoderándose de su alma. Sus dedos, que hasta entonces habían acariciado la piel del capitán con ternura, se tensaron sobre su pecho.

—Lo maté, Amanda —continuó él, con la voz quebrada por el dolor—. Lo maté frente a su esposa y su hija pequeña. Disparé el mosquete con manos firmes, creyendo que estaba cumpliendo con mi deber, creyendo que estaba salvando a Francia de un traidor. Y solo años después, cuando investigué los archivos secretos de la embajada francesa, descubrí la verdad.

El capitán se incorporó con dificultad, ignorando el dolor que le atravesaba el costado herido. Sus ojos grises, habitualmente fríos y calculadores, ardían con un fuego infernal, una ira tan pura y devastadora que amenazaba con consumirlo. Se volvió hacia Amanda, tomando su rostro entre sus manos callosas con una reverencia que contrastaba brutalmente con la confesión que estaba a punto de hacer.

—Aquel hombre no era un traidor, mi amor —susurró él, con las lágrimas finalmente brotando de sus ojos y rodando por sus mejillas cicatrizadas—. Era vuestro padre biológico. El banquero Henri de Saint-Clair, el hombre que se negó a ceder sus derechos sobre la fortuna que los Villeneuve habían usurpado. Y los documentos que supuestamente había robado eran las pruebas de la estafa

monumental que Catalina y su estirpe habían construido sobre los huesos de vuestra familia.

El mundo de Amanda se desmoronó en un instante. Las palabras del capitán resonaron en su mente como un trueno, destrozando cada certeza, cada recuerdo, cada verdad que había creído inquebrantable. Su padre. El hombre que la había amado, que la había protegido, que había muerto en un callejón de París mientras ella, una niña de apenas tres años, observaba la masacre con ojos desorbitados, había sido asesinado por el hombre que ahora la amaba, por el hombre que la había salvado esa misma noche, por el hombre cuyas cicatrices había acariciado con reverencia durante horas.

Se apartó de él con violencia, poniéndose de pie y retrocediendo hasta que su espalda chocó contra la pared de madera de la cabaña. Sus ojos esmeraldas, brillantes con lágrimas de dolor y traición, se clavaron en los del capitán con una furia que la hacía parecer una diosa de la venganza. La sábana que la cubría resbaló hasta el suelo, dejándola desnuda no solo de ropa, sino de toda la armadura emocional que había construido durante años.

—¿Cómo pudisteis? —susurró ella, con una voz que goteaba veneno contenido—. ¿Cómo pudisteis matar a mi padre y luego pretendéis amarme? ¿Cómo pudisteis tocarme con las mismas manos que lo asesinaron?

Diego se incorporó con dificultad, ignorando el dolor que le atravesaba el costado herido. Sus ojos grises brillaban con una desesperación que la dejó sin aliento. Extendió la mano hacia ella, aunque se detuvo a medio camino, consciente de que no merecía su perdón, consciente de que su propio contacto era ahora una afrenta.

—Amanda, os juro que no lo sabía —suplicó él, con la voz quebrada por la angustia—. Cuando descubrí la verdad, intenté rectificar, intenté protegeros de los Villeneuve, intenté...

—¡Bastardo! —gritó ella, lanzándole un escupitajo que lo golpeó en el rostro—. ¡Mentiroso! ¡Asesino!

La bofetada resonó en la cabaña con un estruendo que hizo temblar las vigas de madera. La palma de Amanda impactó contra la mejilla cicatrizada del capitán con una fuerza que le dejó la mano ardiendo, pero el dolor físico no era nada comparado con la agonía que le desgarraba el alma. Diego no intentó detenerla, no intentó justificarse, no intentó tocarla de nuevo. Se limitó a permanecer de pie, con la mejilla enrojecida y los ojos brillando con lágrimas que ya no intentaba ocultar, aceptando el castigo que sabía que merecía.

Amanda se volvió bruscamente, buscando sus ropas esparcidas por el suelo de la cabaña. Sus manos temblaban con tanta violencia que apenas lograban abrochar los botones del corsé, pero la furia que la consumía le otorgaba una determinación sobrenatural. Se ajustó la capa con movimientos rápidos y nerviosos, ocultando las armas que había aprendido a llevar desde que los Villeneuve habían comenzado a acecharla.

—No os atreváis a seguirme —sentenció ella, con una voz que goteaba una calma letal que resultaba más aterradora que cualquier grito—. Si intentáis seguirme, os juro que no tendréis tiempo de desenvainar la espada antes de que mi daga encuentre vuestra garganta.

Diego la observó con una intensidad que la desarmó por completo, a pesar de la furia que la consumía. Sus ojos grises, oscurecidos por la desesperación, se clavaron en los de ella con una determinación inquebrantable.

—Amanda, escuchadme —murmuró él, con la voz ronca vibrando con una emoción que amenazaba con desbordarlo—. No os pido perdón, porque sé que no lo merezco. No os pido que me améis, porque sé que ahora me odiaréis con cada fibra de vuestro ser. Solo os pido que me escuchéis, que comprendáis que he pasado cada día de mi existencia intentando expiar mi culpa, que he rastreado a los Villeneuve con la única esperanza de algún día poder miraros a los ojos sin sentir la vergüenza de saber que mis manos están manchadas con la sangre de vuestro padre.

Amanda se detuvo en el umbral de la cabaña, su mano aferrada al picaporte de hierro con una fuerza que le dejaba los nudillos blancos. Las palabras del capitán resonaban en su mente como un eco lejano, luchando contra la furia que la consumía, contra el dolor que le desgarraba el alma, contra la traición que acababa de descubrir.

—No hay nada que escuchar, Diego —replicó ella, con una frialdad que la sorprendió a ella misma—. No hay nada que comprender. Vos matasteis a mi padre. Vos me mentisteis durante meses. Y yo, necia de mí, os entregué mi corazón, mi cuerpo y mi alma a un asesino.

Empujó la puerta con violencia, saliendo a la mañana fría del bosque. El aire gélido golpeó su rostro, llenando sus pulmones con una bocanada de oxígeno que no logró aquietar la tormenta que rugía en su interior. Las lágrimas, contenidas durante la confesión, brotaron finalmente de sus ojos, rodando por sus mejillas y cayendo sobre la capa de cuero que la protegía del frío.

Corrió hacia los árboles, sin rumbo, sin destino, solo huyendo del hombre que había destrozado su mundo. Las ramas de los robles y los hayedos golpeaban su rostro, arañando su piel, pero el dolor físico palidecía ante la agonía moral que la consumía. Cada paso que daba la alejaba más de la cabaña, más de Diego, más del amor que había creído eterno, más de la verdad que había construido sobre los cimientos podridos de una mentira histórica.

Diego permaneció en el umbral de la cabaña, observando cómo la figura esbelta de Amanda desaparecía entre los árboles del bosque. Su corazón, que había latido con tanta ferocidad durante la noche, ahora se había convertido en una losa de plomo que le aplastaba el pecho. No intentó seguirla, no intentó detenerla, no intentó justificar lo injustificable. Sabía que no merecía su perdón, que no merecía su amor, que no merecía ni siquiera el aire que respiraba.

Se dejó caer sobre el camastro de paja, cerrando los ojos mientras las lágrimas finalmente brotaban, lavando la sangre y el

dolor de su rostro marcado por la guerra. La cabaña quedó en silencio, solo roto por el crujir de las ramas bajo el viento y el llanto ahogado del capitán. Y en el bosque, Amanda corría hacia la mañana, con el corazón roto y el alma destrozada, llevándose consigo el único amor que había sido capaz de despertar en ella.

La tormenta que había azotado la cabaña durante la noche había amainado, dejando tras de sí un cielo azul y sereno que contrastaba brutalmente con la devastación que acababa de producirse entre sus muros. Los pájaros comenzaban a cantar entre las ramas de los robles, ignorantes de la tragedia que se había desarrollado bajo su sombra. Las flores silvestres que alfombraban el suelo del bosque se abrían al sol, desplegando sus pétalos con una inocencia que resultaba obscena ante el dolor que acababa de nacer.

Pero para Amanda y Diego, el mundo había dejado de existir. El paraíso que habían construido en la cabaña, forjado en la pasión y la supervivencia, se había reducido a cenizas en el instante en que la verdad había salido a la luz. Y aunque ambos sabían que el camino que habían elegido estaba pavimentado con huesos y sombras, también sabían que la tormenta que acababa de desatarse en sus corazones era mucho más devastadora que cualquier tempestad que hubiera azotado los tejados de Madrid.

La cacería había terminado, pero la guerra entre sus almas apenas comenzaba. Y en el centro de aquella batalla, el amor que habían creído eterno se debatía entre las llamas de la traición y las cenizas de la verdad, luchando por sobrevivir a la revelación más devastadora de todas: que las manos del hombre que amaban habían sido las que mataron al padre de la mujer que amaba.

A pesar de que esa, en un mundo de traiciones y tinieblas, era la herida más profunda de todas.

CAPÍTULO 13

El traqueteo rítmico del carruaje sobre los adoquines de la capital actuaba como un metrónomo implacable, marcando el compás de la metamorfosis que se gestaba en el interior de Amanda de Alcántara. El alba de Madrid se anunciaba con una bruma espesa y lechosa que envolvía los tejados de pizarra en un sudario grisáceo, ahogando los contornos de la ciudad bajo un manto de melancolía. Sin embargo, la joven que viajaba en la penumbra del vehículo ya no era la misma mujer que había huido hacia el bosque de El Pardo con el alma desgarrada y el pecho inundado de lágrimas. El llanto se había secado, cristalizándose en una capa de escarcha impenetrable que blindaba su corazón contra cualquier atisbo de compasión o flaqueza. El recuerdo de las manos callosas de Diego, de sus juramentos ardientes y de la traición subsecuente, había sido empujado hacia el sótano más profundo de su memoria, sellado con llave y arrojado al abismo. Ahora, solo quedaba espacio para la venganza.

Amanda ajustó el cuello de su capa de terciopelo oscuro, sintiendo el frío húmedo de la mañana calar hasta sus huesos. Sus ojos verdes, antes brillantes por la curiosidad y la pasión, habían adquirido la tonalidad dura y opaca del jade pulido. La imagen del capitán asesinando a su padre biológico en los callejones de París era una daga envenenada que giraba constantemente en su mente, pero en lugar de paralizarla, el dolor se había transmutado en un combustible gélido y letal. Los Villeneuve habían destruido a su familia, habían usurpado su legado y habían convertido su existencia en una partida de ajedrez donde ella era la pieza sacrificable. Diego, con su mentira imperdonable, se había convertido en el peón que había intentado protegerla solo para descubrir que el tablero entero

estaba podrido. No habría más lágrimas. No habría más súplicas. Había llegado el momento de cobrar la deuda con la misma moneda.

Al llegar a la residencia de los Alcántara, la mansión señorial presentaba un aspecto vetusto y decadente, reflejo fiel de la ruina económica que acechaba a su linaje. María, su leal doncella, la recibió en el vestíbulo con los ojos enrojecidos y las manos temblorosas, alarmada por la palidez cadavérica de su señora y por la ausencia de toda emoción en su rostro. Amanda ignoró las preguntas preocupadas de la sirvienta y subió directamente a sus aposentos, ordenando que prepararan un baño caliente y que cerraran las cortinas. Necesitaba lavar de su piel el olor a paja húmeda, a sangre seca y a la cabaña que había sido testigo de su perdición y de su éxtasis.

Bajo el agua hirviente, Amanda trazó su estrategia. El baile de máscaras que el conde Henri Villeneuve ofrecía esa misma noche en su palacio de la calle de Alcalá no era una simple celebración de la alta sociedad; era una exhibición de poder, un nido de víboras donde la aristocracia madrileña y los expatriados franceses se codeaban en una danza de hipocresía y vicio. Sería el escenario perfecto para golpear donde menos lo esperaran.

Cuando el sol comenzó a declinar, tiñendo el cielo de tonalidades violáceas y carmesí, Amanda emergió de su habitación transformada en un espectro de elegancia letal. Vestía un traje de seda color sangre de buey, cuyo corsé, ajustado con una severidad militar, realzaba la curva de su busto y ocultaba una fina daga de empuñadura enjoyada. Su rostro quedaba parcialmente velado por un antifaz de encaje negro, bordado con hilos de plata que formaban motivos de enredaderas espinosas. El cabello castaño, recogido en un elaborado moño trenzado, dejaba expuesta la línea esbelta y desafiante de su cuello. No era una dama acudiendo a un festejo; era una depredadora camuflada entre las presas.

El palacio de los Villeneuve resplandecía bajo la noche madrileña. Cientos de hachones y antorchas iluminaban la fachada de piedra caliza, mientras una orquesta de cámara afinaba sus instrumentos

en el vestíbulo principal. Amanda descendió de su carruaje de alquiler con la gracia felina de una pantera que se adentra en territorio enemigo. El aire nocturno estaba impregnado de una mezcla embriagadora de azahar, pólvora de los fuegos artificiales lejanos y el almizcle denso de los perfumes franceses. Al cruzar el umbral, el estruendo de la fiesta la golpeó como una ola física. El tintineo de las copas de cristal, el murmullo de las conversaciones en francés y castellano, y el crujir de las sedas y los encajes creaban una sinfonía de frivolidad que ocultaba la podredumbre moral de los asistentes.

Amanda se movió por el salón de baile con una fluidez calculada, aceptando la mano de un caballero enmascarado para ejecutar un vals, solo para abandonarlo minutos después tras una sonrisa enigmática. Su objetivo no era la pista de baile, sino las estancias privadas del conde Henri, situadas en el ala oeste de la segunda planta. Sin embargo, antes de poder escabullirse hacia las escaleras de servicio, una figura alta y arrogante bloqueó su camino.

—Qué deleite encontrar a una misteriosa desconocida que no se deja embaucar por los halagos vacíos de estos cortesanos —murmuró una voz aterciopelada, cargada de una arrogancia que resultaba inconfundible.

Amanda contuvo el aliento, clavando sus ojos en el marqués Edmond Villeneuve. El joven noble lucía un frac de noche de color negro azabache, y su brazo derecho permanecía inmovilizado en un cabestrillo de seda blanca, un recordatorio tangible de la paliza que Diego le había propinado en el palacio de Liria. A pesar de su lesión, la sonrisa de Edmond era la de un tiburón que ha acorralado a un pez herido. Sus ojos oscuros la escrutaban con una mezcla de lujuria y sospecha.

—La misteriosa es solo una máscara, marqués —respondió Amanda, modulando su voz para que sonara más grave y afrancesada, adoptando la pose de una viuda excéntrica llegada de las colonias—. Y la vuestra, me temo, es la de un hombre que cree que el mundo entero es su coto de caza personal.

Edmond soltó una risa baja, acercándose un paso más, invadiendo su espacio vital. El olor a coñac y a tabaco caro emanaba de su persona.

—Tenéis una lengua afilada, señora. Me gusta. Pero cuidado, que las palabras imprudentes pueden cortar más profundo que un bisturí —susurró él, extendiendo su mano sana para rozar el encaje negro que cubría la mejilla de la joven.

Amanda no retrocedió. Mantuvo la mirada fija en él, permitiendo que una chispa de desafío brillara en sus pupilas. Sabía que si mostraba debilidad, el instinto depredador del marqués se activaría.

—El bisturí solo corta la carne, Edmond. La verdad, en cambio, desgarrar el alma —replicó ella, dando un paso atrás y ejecutando una reverencia burlona antes de girarse y perderse entre la multitud de bailarines.

El corazón le latía con una violencia descompasada, pero su rostro permaneció impassible. Había ganado unos minutos de distracción. Aprovechando que la orquesta iniciaba una cuadrilla especialmente ruidosa y que la atención de los invitados se centraba en la entrada de un embajador extranjero, Amanda se deslizó por una puerta lateral, adentrándose en los pasillos mal iluminados que conducían a las dependencias privadas.

El silencio de la planta superior contrastaba brutalmente con el estruendo de la fiesta. Sus botas de tacón bajo apenas rozaban las alfombras persas, amortiguando cualquier sonido. Las paredes estaban revestidas de damasco carmesí y adornadas con retratos de antepasados de miradas severas y crueles. Amanda avanzó con sigilo, su mente analizando cada detalle, cada sombra, cada posible escondite. Llegó finalmente ante la puerta de roble macizo que marcaba el despacho del conde Henri.

Extrajo sus ganzúas de plata, un regalo de un viejo cerrajero de los barrios bajos a quien había salvado de la horca meses atrás. El mecanismo cedió con un chasquido apenas perceptible, y la joven se deslizó al interior, cerrando la hoja a su espalda.

El despacho olía a cuero viejo, a cera de abejas y a un rastro tenue de formol que hizo que el estómago de Amanda se contrajera. La estancia estaba iluminada únicamente por la luz mortecina de la luna que se filtraba por los ventanales, proyectando sombras alargadas sobre la mesa de caoba. Amanda encendió una pequeña linterna de bolsillo, dirigiendo el haz de luz hacia los estantes repletos de tomos encuadernados en piel.

Comenzó a registrar la habitación con una eficiencia quirúrgica. Revisó los cajones del escritorio, pasando los dedos por los fondos falsos, examinando los mapas enrollados y los legajos de propiedades. Nada. Los Villeneuve eran cautelosos; no guardarían sus secretos más oscuros a la vista. Se acercó a la gran chimenea de mármol negro, observando las tallas de las gárgolas que adornaban la repisa. Sus dedos acariciaron la piedra fría hasta que notaron una ligera irregularidad en el ojo de uno de los monstruos esculpidos. Presionó la gema de ónice que formaba la pupila.

Un clic sordo resonó en la quietud de la estancia. Un panel de la pared, oculto tras un tapiz flamenco, se entreabrió lentamente, revelando una caja fuerte de hierro forjado. Amanda sonrió para sus adentros, un gesto carente de toda alegría. Sacó su estetoscopio médico, presionando la campana contra el metal frío mientras giraba el dial con lentitud. El tic-tac de los mecanismos internos era el único sonido en la habitación, una cuenta atrás hacia la verdad.

Tras tres minutos de concentración absoluta, el cerrojo cedió. Amanda extrajo el contenido de la caja: un fajo de cartas selladas con el lacre de la embajada francesa, un libro de contabilidad con anotaciones cifradas y, lo más importante, un mapa detallado de las catacumbas y panteones de Madrid, con una ubicación marcada con tinta roja: el Panteón de los Villeneuve en el cementerio de San Isidro. Junto al mapa, una nota manuscrita con la caligrafía afilada del conde Henri: La sangre del traidor debe ser purificada en la cripta. El heredero legítimo debe ser localizado antes de la luna nueva.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Los crímenes rituales, las mutilaciones, la secta de la Llama Negra; todo era una cortina de humo. El verdadero objetivo de los Villeneuve no era la adoración a demonios antiguos, sino la erradicación sistemática de cualquier descendiente que pudiera reclamar la inmensa fortuna parisina que habían robado. Y ella, Amanda de Alcántara, era la última pieza del rompecabezas.

De repente, el sonido de la manilla de la puerta girando la paralizó. Amanda apagó la linterna de un soplo, guardando los documentos en el interior de su corsé con movimientos frenéticos. Se apresuró a esconderse tras las pesadas cortinas de terciopelo que cubrían el ventanal, conteniendo la respiración justo cuando la puerta se abría de par en par.

Dos figuras entraron en el despacho. La luz de los pasillos iluminó sus rostros. Era el conde Henri, un hombre de rostro afilado y ojos de reptil, acompañado por una mujer envuelta en un manto de luto riguroso. Amanda entrecerró los párpados, reconociendo la silueta de la mujer. No era la condesa Catalina, sino la dama de compañía que la había traicionado en la botica de San Ildefonso.

—El capitán Mendoza ha escapado de la cabaña, mi señor —informó la mujer con voz sibilante, inclinando la cabeza en un gesto de sumisa crueldad—. Nuestros hombres encontraron el rastro de sangre. Pero la chica, la hija del traidor, ha desaparecido.

El conde Henri soltó una carcajada seca, carente de toda calidez. Se acercó a la mesa, sirviéndose una copa de coñac con manos que no temblaban.

—Mendoza es un perro rabioso, pero está herido y dividido por su culpa —sentenció el patriarca, dando un sorbo al licor ámbar—. En cuanto a la chica, no importa. Si ha huido, significa que ya sabe la verdad. Y si sabe la verdad, vendrá a por nosotros. La arrogancia de los Alcántara es su mayor debilidad. Preparad a los hombres. Mañana noche, en el panteón, realizaremos el ritual de sellado. Si ella aparece, la arrojaremos a la fosa junto con los huesos de su padre.

Amanda sintió que la sangre se le helaba en las venas. Iban a utilizar el panteón familiar como trampa. Si acudía sola, sería masacrada. Si alertaba a la guardia real, los Villeneuve destruirían las pruebas y escaparían. Necesitaba un ejército, o al menos un aliado que conociera las tácticas de guerra de aquellos monstruos.

Los pasos de los conspiradores se alejaron por el pasillo, y la puerta se cerró con un chasquido definitivo. Amanda permaneció inmóvil tras las cortinas durante varios minutos, asegurándose de que el despacho estaba vacío. Cuando finalmente emergió de su escondite, su mente era un torbellino de estrategias y cálculos.

Caminó hacia la ventana, entreabriéndola para que el aire fresco de la noche acariciara su rostro ardiente. Las luces de Madrid parpadeaban en la distancia, un mar de estrellas artificiales que ocultaban los abismos de la ciudad. Diego. El nombre resonó en su mente, no con la dulzura de la pasión, sino con la urgencia de la supervivencia. Él la había traicionado, sí. Él había matado a su padre. Pero también era el único hombre en Madrid que poseía la ferocidad y el conocimiento militar para enfrentarse a los esbirros de los Villeneuve en una cripta subterránea.

Amanda ajustó su antifaz de encaje, asegurándose de que la daga estaba bien sujeta a su muslo. La dulzura y la ternura habían muerto en la cabaña del bosque. Ahora, solo quedaba la frialdad del acero y la determinación de una mujer que había decidido que, si iba a arder en el infierno, se llevaría a los Villeneuve con ella.

Saltó al alféizar de la ventana, dejando atrás el lujo hipócrita del palacio para sumergirse en las sombras de la noche madrileña. La cacería había cambiado de dirección. El depredador y la presa habían intercambiado los papeles, y el baile de máscaras estaba a punto de convertirse en un campo de batalla.

CAPÍTULO 14

La noche madrileña envolvía la capital en un manto de niebla espesa y pestilente, ocultando las miserias de los callejones bajo un velo de ignorancia voluntaria. Diego de Mendoza avanzaba por las sombras de la calle de Alcalá, apoyando su peso contra la pared de ladrillo de un edificio señorial cada vez que una punzada de dolor le atravesaba el costado derecho. La herida, mal curada y expuesta a la intemperie durante su huida del bosque de El Pardo, supuraba un líquido febril que empapaba los vendajes improvisados. Sin embargo, el sufrimiento físico palidecía ante la agonía moral que le desgarraba el alma. La imagen de Amanda huyendo hacia la oscuridad, con el rostro desfigurado por el horror y la traición, se había grabado a fuego en su retina, persiguiéndolo con la crueldad de un espectro implacable.

El capitán sabía que ella no regresaría a su residencia familiar. Conocía la indomable naturaleza de la joven, su orgullo de acero y su capacidad para transformar el dolor en un arma letal. Si Amanda había descubierto la verdad sobre su pasado, no se limitaría a llorar en la soledad de sus aposentos. Iba a la guerra. Y el único campo de batalla donde los Villeneuve exhibirían su poder sin recato era el palacio que el conde Henri había iluminado para su baile de máscaras. Diego ajustó el cuello de su casaca militar, ocultando las manchas de sangre seca, y desenvainó su espada con un movimiento fluido que arrancó un destello plateado bajo la luz mortecina de los faroles. El acero cantó una melodía fúnebre, anunciando la llegada de un hombre que ya no temía a la muerte, pues había perdido la única razón que le hacía desear vivir.

Los jardines del palacio de los Villeneuve se extendían ante él como un laberinto de setos recortados y estatuas de mármol que

parecían observarlo con ojos vacíos. El estruendo de la orquesta y las carcajadas frívolas de los aristócratas se filtraban a través de las ventanas abiertas, creando un contraste obsceno con la tensión mortal que recorría la espina dorsal del militar. Diego se deslizó entre las sombras de los arbustos, sus botas amortiguadas por el musgo húmedo de la tierra. Su mente, entrenada para el combate y la supervivencia, analizaba cada ruido, cada movimiento de las hojas bajo el viento, cada posible emboscada. No buscaba a los esbirros del conde; buscaba un espectro de ojos verdes y cabello castaño que había logrado colarse en su corazón para luego destruirlo desde dentro.

Fue junto a una fuente de piedra, cuyas aguas cantarinas ahogaban el sonido de la música, donde la encontró. Amanda estaba de pie, con la espalda rígida y la mirada perdida en la fachada iluminada del palacio. Su traje de seda color sangre de buey la hacía parecer una reina destronada, una diosa de la venganza preparada para inmolarse en el altar de su propia ira. El antifaz de encaje negro había desaparecido, revelando un rostro pálido y hermoso, surcado por la tensión de una batalla interna que amenazaba con consumirla. Diego contuvo el aliento, sintiendo que el corazón le estallaba en el pecho. La deseaba con una ferocidad que le quemaba las entrañas, pero sabía que no tenía derecho a tocarla, ni a mirarla, ni siquiera a respirar el mismo aire que ella.

—Os he buscado por cada rincón de esta ciudad maldita —murmuró Diego, emergiendo de la penumbra con la voz ronca y quebrada por la emoción.

Amanda giró sobre sus talones con la rapidez de un felino acorralado. Sus ojos verdes se clavaron en los del capitán, y la frialdad que emanaba de su mirada fue más cortante que cualquier hoja de acero. No hubo sorpresa en su rostro, solo una determinación gélida que heló la sangre del guerrero.

—Y yo os he estado esperando, capitán —replicó ella, con un tono que goteaba desprecio y veneno contenido—. Supuse que vuestra cobardía os impediría enfrentar las consecuencias de

vuestros actos, pero veo que la culpa os ha traído hasta aquí. ¿Venís a rematar la obra, Diego? ¿Venís a asegurarnos de que la hija del traidor no cuente lo que sabe?

Las palabras lo golpearon con la fuerza de un mazo, arrancándole un gemido ahogado que no pudo reprimir. Diego dio un paso adelante, ignorando el dolor punzante que le atravesaba el costado, y se detuvo a escasos metros de ella. La proximidad era asfixiante, cargada de una electricidad estática que erizaba la piel y aceleraba la respiración.

—No he venido a haceros daño, Amanda —susurró él, con la voz vibrando por la desesperación—. He venido a entregaros mi vida si así lo deseáis. Pero antes, debéis escuchar la verdad. Toda la verdad.

Amanda soltó una carcajada seca, carente de toda alegría. Cruzó los brazos sobre el pecho, protegiéndose de la vulnerabilidad que amenazaba con traicionarla.

—La verdad, según vuestra versión, ya la escuché en la cabaña —espetó ella, con los ojos brillantes por las lágrimas que se negaba a derramar—. Me confesasteis que matasteis a mi padre en un callejón de París. Que lo ejecutasteis mientras su esposa y su hija pequeña observaban, aterrorizadas. ¿Qué más hay que añadir a semejante abominación? ¿Acaso disfrutasteis al apretar el gatillo?

Diego cerró los ojos, soportando el tormento de sus acusaciones. Cada palabra de Amanda era una daga envenenada que se clavaba en su corazón, pero las merecía todas. Sin embargo, no permitiría que ella cargara con un error que no le correspondía. Con manos temblorosas, introdujo la mano libre en el interior de su casaca y extrajo un legajo de papeles sellados con lacre rojo. Avanzó con lentitud, ofreciéndole los documentos con una reverencia que contrastaba con su aspecto rudo y ensangrentado.

—Mi padre no era un simple soldado, Amanda —confesó él, con la voz quebrada por la angustia—. Era el coronel de Mendoza, encargado de las operaciones de inteligencia en París. Las órdenes de ejecución que recibí aquella noche no provenían de la Corona,

sino de un despacho privado. Un despacho financiado por los Villeneuve.

Amanda vaciló, su mirada oscilando entre el rostro atormentado del capitán y los papeles que le ofrecía. La desconfianza luchaba contra la esperanza en su pecho, pero la necesidad de saber la empujó a arrebatarse los documentos de las manos de Diego. Sus dedos rozaron los de él, y una descarga de puro fuego líquido recorrió la piel de ambos, recordándoles la pasión que habían compartido y la traición que los había separado.

Con manos temblorosas, Amanda rompió el sello de lacre y desplegó las páginas amarillentas. Sus ojos verdes recorrieron las líneas de tinta desvaída, leyendo las órdenes oficiales del ejército francés. El documento detallaba la ejecución de un espía prusiano que había robado secretos de estado. Sin embargo, al final de la página, una nota manuscrita con la caligrafía afilada del conde Henri Villeneuve desvelaba la macabra realidad: el espía prusiano no existía. La identidad había sido fabricada para encubrir el asesinato de un banquero parisino que se había negado a ceder sus derechos sobre la fortuna de los Alcántara. El banquero era el padre biológico de Amanda.

El mundo de la joven se tambaleó. Las letras bailaron ante sus ojos, difuminándose en un mar de tinta y mentiras. Diego no había matado a su padre por crueldad ni por ambición. Había sido un peón en un tablero de ajedrez manipulado por los Villeneuve, un instrumento ciego de una conspiración que abarcaba décadas y cruzaba fronteras. El alivio y la furia se entrelazaron en su pecho, creando un torbellino de emociones que la dejó sin aliento.

—Vos no sabíais quién era —susurró Amanda, con la voz quebrada por el llanto contenido—. Cuando disparasteis, no sabíais que estabais matando al hombre que me daría la vida.

—Lo descubrí años después, cuando accedí a los archivos secretos de la embajada —respondió Diego, con los ojos brillando por las lágrimas que finalmente se atrevieron a caer—. He pasado cada día de mi existencia intentando expiar mi culpa. He protegido

vuestra memoria, he rastreado a los Villeneuve, he jurado destruirlos con mi último aliento. Pero cuando os encontré en aquel callejón de Madrid, cuando vi vuestros ojos y sentí la luz de vuestra alma, supe que mi redención no estaba en la muerte de los Villeneuve, sino en la protección de vuestra vida.

Diego dio un paso más, acortando la distancia hasta que sus cuerpos estuvieron separados apenas por un aliento. El calor que irradiaba su cuerpo la envolvió como una manta abrasadora, despertando en Amanda un deseo que había intentado sofocar bajo capas de rencor y dolor.

—Os amo, Amanda de Alcántara —confesó él, con una voz ronca que sonó más a plegaria que a palabra—. Os amo con cada cicatriz de mi cuerpo, con cada fantasma de mi pasado, con cada latido de mi corazón herido. Y os amaré aunque me odiéis, aunque me condenéis, aunque me obliguéis a arrancar mi propio corazón para ofrecérselo en una bandeja de plata.

La confesión la desarmó por completo. Amanda sintió que las barreras de hielo que había construido alrededor de su alma comenzaban a resquebrajarse, dejando entrar la luz cálida y devastadora del amor que el capitán le ofrecía. Las lágrimas finalmente brotaron de sus ojos, rodando por sus mejillas y cayendo sobre los papeles que aún sostenía en las manos. No era el llanto de la traición, sino el desgarró de un corazón que había intentado olvidar y que ahora se rendía ante la evidencia de su propia pasión.

—Sois un necio, Diego de Mendoza —murmuró ella, con la voz quebrada por la emoción—. Un necio arrogante que cree que puede borrar el pasado con palabras bonitas y documentos sellados.

—No pretendo borrar el pasado, Amanda —replicó él, alzando la mano para acariciar la mejilla húmeda de la joven con una delicadeza que contrastaba violentamente con su aspecto rudo—. Solo pretendo construir un futuro donde los Villeneuve paguen por sus crímenes, y donde vos y yo podamos sanar las heridas que nos han infligido.

Amanda cerró los ojos, inclinándose imperceptiblemente hacia el contacto de su mano. El calor de sus dedos callosos contra su piel envió una descarga de puro fuego líquido por su torrente sanguíneo. Cuando volvió a abrirlos, la frialdad había desaparecido de su mirada, reemplazada por una determinación feroz y una pasión que ardía con la intensidad de un volcán.

—Los Villeneuve no solo mataron a mi padre —confesó ella, con una voz que goteaba veneno contenido—. También planean realizar un ritual de sellado en el panteón familiar del cementerio de San Isidro. Quieren purificar la sangre del traidor y eliminar a cualquier heredero legítimo que pueda reclamar la fortuna parisina. Yo soy el último cabo suelto, Diego. Y si no los detenemos mañana noche, me arrojarán a la fosa junto con los huesos de mi padre.

Diego apretó la mandíbula, la cicatriz de su rostro tensándose hasta adquirir un tono blanquecino que delataba su furia contenida. La mención del panteón y del ritual encendió una chispa de reconocimiento en sus ojos, confirmando las sospechas que había albergado durante meses.

—No os tocarán ni un solo cabello, Amanda —sentenció él, con una calma heladora que resultaba más aterradora que cualquier grito—. Mañana noche, asaltaremos el panteón. Yo me encargaré de los esbirros, y vos encontraréis las pruebas definitivas que demuestren la usurpación de la fortuna.

Amanda asintió, aceptando la alianza con una determinación inquebrantable. Sabía que el camino que estaban a punto de emprender estaba pavimentado con huesos y sombras, que la sangre manchada sus manos y que el dolor los acompañaría hasta el final de sus días. Pero también sabía que no estaba sola. Que el hombre que tenía delante, con su cicatriz y su mirada tormentosa, era el único aliado en el que podía confiar.

—Entonces lucharemos juntos, capitán —respondió ella, con una sonrisa triste que iluminó su rostro—. Porque si hay algo que he aprendido en esta vida, es que la soledad es un lujo que no todos podemos permitirnos.

Diego la observó con una intensidad renovada, percibiendo la fuerza que se ocultaba tras la fragilidad aparente de aquella mujer. Y supo, con absoluta certeza, que estaba perdido. Que aquella dama de carácter indomable había irrumpido en su existencia como un huracán, arrastrando consigo todas las barreras que había construido a lo largo de los años.

Inclinó la cabeza, capturando sus labios con los suyos en un beso desesperado, furioso, cargado de una pasión que había estado contenida durante demasiado tiempo. Sus bocas se encontraron con una violencia que la dejó sin aliento, sus lenguas uniéndose en un baile primitivo que sabía a sangre y a promesas eternas. Amanda respondió a su abrazo con una ferocidad que igualaba la suya, aferrándose a su cuello como si él fuera la única ancla en medio de la tormenta que se avecinaba.

El mundo exterior, con sus tormentas, sus asesinos y sus aristócratas corrompidos, dejó de existir. Ya solo estaban ellos, sus cuerpos entrelazados junto a la fuente de piedra, la respiración entrecortada que se mezclaba con el susurro del viento entre los setos. Había en su abrazo una suavidad infinita, una ternura que contradecía la brutalidad de su existencia, pero también una rudeza, una urgencia nacida de la certidumbre de que cada instante podía ser el último.

Cuando finalmente rompieron el beso, Diego apoyó la frente contra la de Amanda, sus respiraciones entrelazándose en el aire frío de la noche.

—Descansad esta noche, mi amor —murmuró él, con una voz ronca que traicionaba la emoción acumulada—. Mañana, cuando el sol se oculte, nos convertiremos en los fantasmas que los Villeneuve tanto temen. Y no descansaremos hasta que su imperio de mentiras se reduzca a cenizas.

Amanda asintió, acariciando la cicatriz de su mejilla con una reverencia casi religiosa. Sabía que el alba traería consigo la batalla final, que la sangre teñiría las losas del panteón y que los secretos más oscuros de París saldrían a la luz. Pero mientras estuviera en los

brazos de Diego, mientras su corazón latiera al unísono con el del capitán, ninguna oscuridad podría vencerlos.

Juntos, se adentraron en la noche madrileña, dos almas atormentadas que habían encontrado en el otro la redención y la esperanza. La cacería había llegado a su fin, y la guerra por la verdad estaba a punto de comenzar.

CAPÍTULO 15

La aurora teñía los cielos de Madrid con tonalidades de ceniza y cobre, derramando una luz enfermiza sobre los tejados de pizarra. En el ático de una casa de huéspedes en el barrio de Lavapiés, el aire olía a pergamino antiguo, a cera derretida y a la tensión eléctrica de dos almas que se negaban a sucumbir. Amanda de Alcántara se hallaba de pie junto a la ventana, sosteniendo un grueso legajo de documentos sustraídos la noche anterior de la caja fuerte del conde Henri. Sus dedos, manchados por la tinta y el hollín de las chimeneas vecinas, trazaban las líneas de una caligrafía afilada y despiadada. A su espalda, Diego de Mendoza permanecía sentado en un sillón de terciopelo raído, con el torso desnudo y el costado derecho cuidadosamente vendado. La fiebre había remitido, dejando paso a una palidez marmórea que acentuaba las cicatrices de su rostro, pero sus ojos grises seguían poseyendo el brillo acerado de un lobo vigilante.

—Estos registros contables no pertenecen a ninguna secta demoníaca, Diego —manifestó Amanda, rompiendo el silencio denso de la estancia. Su voz, aunque suave, vibraba con una indignación contenida que erizaba la piel—. Las cifras detallan transferencias bancarias hacia cuentas en Suiza y Londres. Los asesinatos en los callejones, las mutilaciones, la supuesta purificación de la Llama Negra; todo es una cortina de humo macabra. El verdadero objetivo de los Villeneuve es el peculio.

Diego se incorporó con lentitud, ignorando la punzada de dolor que le atravesaba las costillas. Caminó hasta ella, sus pasos amortiguados por la alfombra persa desgastada, y se situó a su lado. Juntos, contemplaron las letras que condenaban a su linaje.

—Han estado asesinando a los herederos colaterales de la fortuna parisina durante dos décadas —explicó el capitán, con un tono grave que resonaba en las paredes de madera—. Cada víctima era un primo lejano, un bastardo reconocido o un tutor legal que poseía los documentos de sucesión. Los rituales sangrientos solo servían para aterrorizar a la población y asegurar que la guardia real clasificara los crímenes como obra de lunáticos, evitando así una investigación financiera profunda.

Amanda sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. La magnitud de la iniquidad era asfixiante. Los Villeneuve no eran simples aristócratas degenerados; eran arquitectos de una estafa monumental, construida sobre los cadáveres de su propia familia. Su padre no había muerto por traición a la corona, sino por intentar recuperar el patrimonio que le pertenecía por derecho de sangre. La revelación transformó su dolor en un acero gélido, templado en el fuego de la venganza.

—Edmond sabe que hemos accedido a la caja fuerte —dedujo ella, girando el rostro hacia su amante. La proximidad de Diego era un bálsamo para sus sentidos, un recordatorio de que, a pesar de la podredumbre que los rodeaba, no estaba sola—. El mensaje que interceptamos en el palacio mencionaba un ritual de sellado en el panteón. Era una trampa, Diego. Querían atraernos a las catacumbas para enterrarnos junto con los secretos de París.

El militar asintió, su mandíbula tensa bajo la barba de varios días. Alzó una mano callosa y acarició la mejilla de Amanda, un gesto de ternura que contrastaba brutalmente con la letalidad de sus palabras.

—No iremos al panteón, mi amor —murmuró él, clavando su mirada en los ojos esmeralda de la joven—. Edmond espera que caigamos en su emboscada. Nosotros jugaremos con nuestras propias reglas. Iremos a por el magistrado que firma sus cheques y que blinda sus crímenes. Si cortamos la cabeza legal de la serpiente, los Villeneuve quedarán expuestos ante la Corona.

Antes de que Amanda pudiera responder, el sonido inconfundible de botas militares resonando en la escalera de madera interrumpió sus planes. No era el paso ligero de los criados, ni el taconeo apresurado de los vecinos. Era el ritmo pesado, sincronizado y autoritario de la Guardia Real. Diego reaccionó con la velocidad de un depredador. Empujó a Amanda hacia el rincón más oscuro de la alcoba, desenvainando su espada con un movimiento fluido que arrancó un destello plateado en la penumbra.

—Quedaos detrás de mí —ordenó, su voz reducida a un susurro ronco y letal.

La puerta del ático estalló hacia adentro, astillándose en el marco. Cuatro soldados armados con mosquetes irrumpieron en la estancia, seguidos por un hombre de rostro afilado, vestido con los ropajes de seda de un magistrado del tribunal supremo. Don Rodrigo de Vargas, un hombre conocido por su avaricia y su lealtad inquebrantable hacia quien llenara sus bolsillos de oro.

—Capitán Diego de Mendoza y Rojas —pronunció el magistrado, con una sonrisa carente de toda calidez que descubrió unos dientes amarillentos—. Quedáis arrestado por el asesinato premeditado del barón de Saint-Amand. Resistiros solo servirá para que mis hombres os abatan como a un perro rabioso.

Amanda sintió que la sangre se le helaba en las venas. El barón. El noble francés cuyo cadáver habían examinado en el palacio de Liria. Los Villeneuve habían movido sus hilos en la sombra con una rapidez espeluznante, plantando pruebas falsas para neutralizar a su mayor amenaza.

—Es una farsa, Vargas —espetó Diego, sin bajar la espada, aunque su cuerpo se tensó al calcular las probabilidades de supervivencia en un enfrentamiento directo—. El barón fue envenenado por su propio médico, un hombre cuyo sueldo paga el conde Henri Villeneuve.

—Las pruebas hablan por sí solas, capitán —replicó el magistrado, sacando un pañuelo de encaje para limpiarse el sudor de la frente—. Se ha encontrado vuestra daga personal en la escena

del crimen, y varios testigos aseguran haberos visto merodear por los jardines del palacio la noche del deceso. Arrojad el acero al suelo y poned las manos detrás de la espalda, u ordenaré a mis hombres que os ejecuten aquí mismo.

Diego miró a Amanda por encima del hombro. En sus ojos grises no había miedo, solo una profunda y dolorosa resignación. Si luchaba, la sangre de los soldados salpicaría a la joven, y ella sería cómplice de su rebelión, condenada a la horca o al exilio. La única forma de protegerla era entregarse a las fauces del lobo. Con un movimiento deliberado, dejó que la espada cayera al suelo de madera. El metal chocó contra las tablas con un sonido fúnebre que resonó en el alma de Amanda.

El capitán extendió las manos, y los soldados se abalanzaron sobre él, esposando sus muñecas con grilletes de hierro frío. El chasquido de los cerrojos fue el sonido de un corazón rompiéndose en mil pedazos.

—¡Diego! —gritó Amanda, dando un paso al frente, pero el magistrado la detuvo con un gesto brusco de su bastón.

—Retiraos, señorita de Alcántara —advirtió Vargas, con una mirada que destilaba veneno—. No manchéis vuestras delicadas manos con la suciedad de un asesino. La justicia del Rey ha hablado.

Diego fue arrastrado hacia la puerta. Antes de cruzar el umbral, se detuvo un instante y giró el rostro hacia ella. Sus ojos encontraron los de Amanda, y en esa fracción de segundo, se comunicaron un universo entero de promesas no dichas. Él le estaba pidiendo que no lo siguiera, que se mantuviera a salvo, que viviera. Ella le estaba jurando que movería cielo y tierra, que quemaría Madrid hasta sus cimientos, que destruiría a cada hombre involucrado en aquella infamia.

Cuando los pasos de los soldados se desvanecieron por las escaleras, dejando tras de sí un silencio sepulcral, Amanda no derramó una sola lágrima. El llanto era un lujo para los débiles, y ella había enterrado a la mujer frágil en la cabaña del bosque de El

Pardo. Lo que quedaba de pie en el ático era una reina destronada, una mente quirúrgica afilada por la traición y el amor.

Caminó hacia la ventana, observando cómo el carruaje de la guardia se perdía en la bruma matinal de la capital. Sus manos, que horas antes sostenían los documentos financieros con temblor, ahora permanecían firmes, apretadas en puños que amenazaban con romper la madera del alféizar. Diego estaba en las mazmorras del Saladero, a merced de un sistema judicial podrido hasta la médula, comprado por el oro de los Villeneuve. Edmond había ganado la primera batalla, pero la guerra apenas comenzaba.

Amanda se giró hacia la mesa donde reposaban los legajos robados. Su mente, brillante y despiadada, comenzó a trazar los contornos de su contraataque. No podía asaltar las prisiones con una espada; no era un soldado. Pero poseía algo mucho más peligroso: su título, su ingenio y los secretos más oscuros de la aristocracia madrileña. Conocía a los magistrados, a las amantes de los ministros, a los banqueros que lavaban el dinero de los Villeneuve. Sabía dónde estaban enterrados los esqueletos en los armarios de la alta sociedad.

—Os sacaré de ahí, mi amor —susurró al aire viciado de la estancia, con una voz que goteaba una determinación absoluta—. Y cuando lo haga, los Villeneuve rogarán que la muerte los hubiera reclamado en la cuna.

Se acercó al escritorio, tomó una pluma de ganso y un tintero de cristal. Comenzó a redactar una lista de nombres. Cada apellido que trazaba sobre el papel era un clavo en el ataúd de sus enemigos. La cacería había cambiado de dirección una vez más. Los Villeneuve creían que habían encerrado al guerrero, olvidando que habían dejado suelta a la verdadera pesadilla. La dama indomable de carácter férreo había despertado, y su ira sería el fuego que purgaría la ciudad de sus monstruos.

CAPÍTULO 16

La luz crepuscular se filtraba por los ventanales de plomo del ático, bañando la estancia en un tono ámbar que realzaba el polvo suspendido en el aire. Amanda de Alcántara permanecía inmóvil frente al espejo de luna, observando a la extraña que le devolvía la mirada. La joven que había huido al bosque de El Pardo, la mujer que había llorado sobre el pecho de un guerrero atormentado, había muerto en aquella cabaña. En su lugar, el cristal reflejaba a la heredera de los Alcántara, una dama de linaje imaculado y voluntad de hierro, dispuesta a devorar a los lobos que osaban acechar a su rebaño.

Sus manos, firmes y desprovistas de todo temblor, terminaron de abrochar los botones de un vestido de raso color medianoche. El corsé, ajustado con una severidad militar, ceñía su torso, ocultando bajo los pliegues de la falda una pequeña pistola de dos cañones y el libro de contabilidad sustraído de la caja fuerte de los Villeneuve. No acudiría a las mazmorras del Saladero con una espada, pues el acero poco podía hacer contra las leyes podridas de la corte. Acudiría armada con el único lenguaje que aquellos aristócratas corruptos comprendían a la perfección: el miedo a la ruina.

El carruaje de alquiler se detuvo frente a la imponente verja de hierro forjado del palacio de la Marquesa de Santa Cruz. Aquella noche, la aristocracia madrileña se congregaba en sus salones para una tertulia privada, un nido de víboras donde se cocinaban los destinos de la nación entre copas de champán y susurros envenenados. Amanda descendió del vehículo con la gracia felina de una pantera que se adentra en territorio enemigo. El aire nocturno, cargado con el aroma a azahar y a las exhalaciones del Manzanares, golpeó su rostro, pero ella no se inmutó. Ajustó el chal de encaje

negro sobre sus hombros y cruzó el umbral, dejando atrás la oscuridad de la calle para sumergirse en el resplandor cegador de la hipocresía.

El salón principal era un despliegue de riqueza ostentosa. Candelabros de cristal de roca proyectaban un mar de luces sobre los frescos del techo, mientras una orquesta de cámara ejecutaba un minué que apenas lograba ahogar el murmullo de las conspiraciones. Amanda avanzó entre la multitud, ignorando las miradas inquisitivas y los abanicos que se agitaban a su paso. Su objetivo no era la pista de baile, sino el invernadero adjunto, un refugio de orquídeas exóticas y aire viciado donde el magistrado Don Rodrigo de Vargas solía retirarse para recibir los sobornos de sus patrocinadores.

Al descorrer las pesadas cortinas de terciopelo que separaban ambas estancias, el calor húmedo y el olor penetrante de la tierra mojada la recibieron. El magistrado se hallaba de pie junto a una fuente de mármol, conversando en voz baja con un hombre de rostro afilado que Amanda reconoció como uno de los abogados de los Villeneuve. Al escuchar el crujido de la seda, Vargas se giró, y una sonrisa untuosa se dibujó en sus labios al identificar a la recién llegada.

—Doña Amanda de Alcántara —pronunció el magistrado, haciendo una reverencia burlona que no llegaba a sus ojos pequeños y astutos—. Qué sorpresa encontraros en una velada tan selecta. Creí que la tragedia de vuestro prometido, el pobre capitán Mendoza, os mantendría recluida en el luto más estricto.

El abogado de los Villeneuve soltó una risa seca, retirándose discretamente hacia las sombras de las palmeras. Amanda no perdió el tiempo con cortesías. Caminó hacia el magistrado con pasos medidos, acortando la distancia hasta que pudo percibir el olor a coñac y a pólvora que emanaba de su persona.

—El luto es para los muertos, señor Vargas, y el capitán Mendoza no ha muerto, aunque vuestras maquinaciones intenten enterrarlo en una celda de castigo —replicó ella, con una voz que goteaba un

veneno tan dulce como la cicuta—. He venido a ofreceros una oportunidad de redención, antes de que la justicia real decida investigar por qué los cheques de los Villeneuve terminan en vuestras cuentas privadas de Ginebra.

La sonrisa del magistrado se borró de su rostro, reemplazada por una palidez cadavérica. Sus ojos se desviaron hacia la puerta, calculando si podría gritar pidiendo auxilio, pero Amanda fue más rápida. Con un movimiento fluido, extrajo la pistola del interior de su falda y presionó el cañón de acero frío contra el pecho del hombre, justo sobre su corazón.

—Si emitís un solo sonido, si intentáis huir o si llamáis a los guardias, apretaré el gatillo —susurró Amanda, clavando sus ojos esmeraldas en los del magistrado con una intensidad que helaba la sangre—. Y luego, me presentaré ante el Rey con el libro de contabilidad que detalla cada asesinato, cada soborno y cada franco robado a la corona francesa. Vuestra familia será despojada de sus títulos, vuestras hijas enviadas a un convento de clausura y vuestro nombre será escupido en las plazas públicas.

Vargas tragó saliva, el sudor perlando su frente a pesar del calor del invernadero. Sus manos temblorosas se elevaron en un gesto de rendición.

—Sois una mujer despiadada, doña Amanda —murmuró él, con la voz quebrada por el pánico—. No sabéis lo que estáis haciendo. Los Villeneuve os destruirán. Edmond me ha ordenado que os mantenga alejada de Mendoza a toda costa.

—Edmond no está aquí, y vos estáis a mi merced —espetó ella, presionando el arma con más fuerza, sintiendo los latidos desbocados del hombre bajo el metal—. Exijo la orden de liberación inmediata del capitán Diego de Mendoza, firmada y sellada por vos. Además, emitiréis un decreto de traslado de su custodia a la prisión militar del Castillo de San Antón, bajo la jurisdicción de mis propios contactos en el ejército. Si aceptáis, el libro de contabilidad desaparecerá en el fondo del Manzanares. Si os negáis, esta misma noche vuestra vida llegará a un fin sangriento.

El magistrado asintió con frenesí, sus ojos desorbitados por el terror.

—Necesito mi pluma y mi papel de firmar, que están en mi despacho de la planta superior —balbuceó él—. Dejadme ir y os daré lo que pedís.

Amanda mantuvo la pistola apuntando al pecho del hombre mientras retrocedían juntos hacia las puertas del invernadero. Sin embargo, antes de que pudieran cruzar el umbral, una voz aterciopelada y cargada de crueldad resonó en el pasillo.

—Qué escena tan conmovedora, querida Amanda. Siempre tan dramática, tan propensa a los gestos teatrales.

El marqués Edmond Villeneuve emergió de la penumbra del corredor, flanqueado por cuatro esbirros armados con garrotes. Su brazo derecho aún permanecía inmovilizado en el cabestrillo, pero su mano izquierda descansaba sobre la empuñadura de su bastón-estoque. Una sonrisa sádica curvaba sus labios finos, disfrutando de la trampa que acababa de cerrarse.

—Os creí más inteligente, señorita de Alcántara —murmuró Edmond, dando un paso lento hacia ellos—. ¿De verdad pensasteis que podríais chantajear a mi magistrado sin que mis ojos estuvieran puestos en cada uno de vuestros movimientos? Vargas es mi perro, y los perros obedecen a su amo. Soltad el arma, o mis hombres os arrancarán los brazos.

Amanda sintió que el pánico amenazaba con nublar su mente, pero la imagen de Diego encadenado en una mazmorra oscura actuó como un ancla de lucidez. No permitiría que el miedo la paralizara. Miró a Edmond a los ojos, y una sonrisa fría y carente de toda alegría se dibujó en su rostro.

—Vuestro error, marqués, es creer que soy la única persona que ha leído ese libro de contabilidad —replicó ella, con una calma que contrastaba con la violencia de la situación—. Antes de venir a este palacio, envié una copia de las páginas más comprometedoras al Coronel Ruiz, del regimiento de infantería, y otra al confesor

personal de la Reina. En este preciso instante, un destacamento de la Guardia Real, leal a la Corona y no a vuestros bolsillos, está rodeando este palacio.

Edmond palideció, sus ojos oscuros escrutando el rostro de Amanda en busca de una mentira. El silencio que siguió a sus palabras fue denso, roto únicamente por el sonido de las botas de los soldados reales resonando en el vestíbulo principal y los gritos de los criados alertando de la intrusión.

—¡Maldita perra! —escupió Edmond, desenvainando su estoque con un movimiento furioso.

Pero Amanda no le dio tiempo a reaccionar. Con un giro rápido, golpeó la nuca del magistrado con la culata de la pistola, dejándolo inconsciente sobre las losas de mármol. Aprovechando la distracción de los esbirros al ver caer a su líder, la joven se lanzó hacia la mesa de madera de caoba situada en el rincón del invernadero. Tomó la pluma de ganso, el tintero y un pliego de papel oficial que reposaban allí. Con una caligrafía apresurada pero impecable, forzó la mano inerte del magistrado inconsciente, estampando su sello de lacre y firmando su nombre con la mano derecha del hombre, guiando los dedos inertes con una precisión macabra.

—¡Matadla! —bramó Edmond, abalanzándose hacia ella.

Amanda rodó por el suelo, esquivando la estocada del marqués, que se clavó en la madera de la mesa. Se puso de pie de un salto y disparó la pistola al techo. El estruendo del arma de fuego fue ensordecedor en el espacio cerrado, haciendo que los cristales de la cúpula vibraran y que los esbirros se cubrieran los oídos. El humo de la pólvora llenó el aire, creando una cortina espesa y acre.

Aprovechando la confusión, Amanda corrió hacia la puerta lateral que daba a los jardines. El frío de la noche golpeó su rostro cuando emergió al exterior. Las luces de las antorchas de la Guardia Real iluminaban la fachada del palacio, y los soldados del Rey, liderados por el sargento Ruiz, estaban desarmado a los esbirros de Edmond en el patio de armas. El marqués, al ver que la batalla estaba perdida y que la Corona había intervenido, maldijo en voz baja y se

escabulló por las sombras de los setos, huyendo como la rata cobarde que era.

Amanda se apoyó contra el tronco de un antiguo roble, su pecho agitado por el esfuerzo y la adrenalina. Miró el pliego de papel que apretaba contra su pecho. La orden de liberación. Había ganado la primera ronda, había arrancado a Diego de las garras de la injusticia. Pero sabía que Edmond no se rendiría. La huida del marqués significaba que la guerra se trasladaría a las calles, a los callejones oscuros y a los tejados de Madrid.

El sargento Ruiz se acercó a ella, saludándola con el respeto debido a una generala que acaba de ganar una batalla imposible.

—Mi señora, el destacamento tiene el palacio asegurado. El magistrado Vargas está bajo arresto por traición a la Corona. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

Amanda enderezó la espalda, guardando la pistola en el interior de su falda y alisando los pliegues de su vestido de raso. Sus ojos verdes brillaban con una determinación inquebrantable, reflejando las llamas de las antorchas.

—Vamos al Saladero, sargento —ordenó ella, con una voz que no admitía réplica—. He ido a buscar a mi prometido, y no permitiré que ni un solo minuto más respire el aire viciado de una celda.

Mientras el carruaje de la Guardia Real se alejaba del palacio de la Marquesa de Santa Cruz, Amanda miró por la ventana. La ciudad de Madrid se extendía ante ella, un laberinto de luces y sombras, de palacios dorados y callejones sangrientos. Había utilizado su ingenio, su linaje y su crueldad para salvar al hombre que amaba. Pero la noche era larga, y los Villeneuve aún tenían muchos secretos enterrados bajo las losas de la capital. La cacería continuaba, y Amanda de Alcántara estaba dispuesta a cazar hasta el último de los monstruos.

CAPÍTULO 17

La madrugada envolvía la prisión del Saladero en un manto de niebla espesa y pestilente, ocultando las miserias humanas que se pudrían tras sus muros de ladrillo ennegrecido. Amanda de Alcántara permanecía de pie ante la pesada puerta de hierro forjado, ignorando el frío calador que se colaba por los pliegues de su capa de terciopelo. Su rostro, oculto parcialmente por la capucha, reflejaba una determinación pétrea. En su mano derecha, enguantada en cuero fino, sostenía el pliego de papel que había arrancado de las fauces de la corrupción. El documento, sellado con el lacre del magistrado Vargas y firmado con la mano inerte de aquel hombre, era su única llave para liberar al alma que habitaba su corazón.

El carcelero, un hombre de aspecto rudo y mirada recelosa, examinó el pergamino a la luz titilante de un candil de aceite. Sus dedos, manchados de grasa y tabaco, acariciaron el sello real con desconfianza. Levantó la vista, escrutando a la figura encapuchada que exigía la entrega de un prisionero de alta seguridad.

—Las órdenes del magistrado son claras, pero el capitán Mendoza está encadenado en las celdas de castigo por un crimen de sangre —gruñó el carcelero, devolviendo el documento con un gesto de arrogancia—. Nadie entra ni sale sin la autorización del alcaide.

Amanda no retrocedió. Dio un paso al frente, invadiendo el espacio personal del guardián, y extrajo con un movimiento fluido una bolsa de cuero pesada que dejó caer sobre la mesa de madera tosca. El tintineo inconfundible de las monedas de oro macizo resonó en la estrecha garita, silenciando las protestas del hombre.

—El alcaide ya ha recibido su parte, y vuestra generosidad será recompensada con creces si abríis esa puerta ahora mismo —susurró ella, con un tono que goteaba una amenaza velada y letal—. El prisionero debe ser trasladado a una jurisdicción militar secreta. Si el alcaide pregunta, decidle que la orden proviene directamente del Consejo de Guerra. Si dudáis, el oro desaparecerá y mi paciencia con vosotros.

El carcelero tragó saliva, codiciando la fortuna que reposaba sobre su mesa. La avaricia venció a su lealtad institucional. Asintió con brusquedad, tomó un manojo de llaves y se dirigió hacia el corredor interior. Amanda lo siguió en silencio, su corazón latiendo con un ritmo desbocado mientras descendían hacia las entrañas de la fortaleza. El olor a humedad, a paja podrida y a desesperación rancia le revolvió el estómago, pero apretó los dientes, obligándose a respirar por la boca.

Al llegar al nivel subterráneo, el carcelero descorrió los cerrojos de una celda mugrienta. La puerta chirrió sobre sus goznes oxidados, revelando un interior sumido en la penumbra más absoluta. Amanda contuvo el aliento. En el centro de la estancia, sentado sobre un lecho de paja infecta, se hallaba Diego. Sus muñecas estaban sujetas a la pared por grilletes de hierro, y su torso desnudo mostraba los vendajes manchados de sangre oscura que ella misma había aplicado horas antes.

Al escuchar los pasos, el capitán alzó la cabeza. Sus ojos grises, hundidos por el agotamiento y la fiebre, se clavaron en la figura encapuchada. Cuando Amanda se dejó caer la capucha, revelando su rostro pálido y sus ojos esmeralda brillantes por la emoción, Diego pareció dejar de respirar.

—¿Qué demonios hacéis aquí? —preguntó él, con la voz ronca y quebrada por la incredulidad. Intentó incorporarse, pero el peso de las cadenas lo mantuvo postrado—. Debíais haberos escondido. Edmond os estará buscando.

—Y vos estaríais pudriéndoos en esta letrina si yo no hubiera intervenido —replicó Amanda, acercándose a él con pasos rápidos.

Se arrodilló frente al carcelero, quien procedía a liberar las esposas con un martillo y un cincel. El sonido del metal cediendo fue la melodía más dulce que el capitán había escuchado en su vida—. He comprado vuestra libertad con el oro de vuestros enemigos, Diego. Ahora levantaos, porque no tenemos tiempo que perder.

Cuando los grilletes cayeron al suelo, Diego se puso de pie con un esfuerzo sobrehumano, apoyando su peso contra la pared para no desplomarse. La herida de su costado había vuelto a abrirse, y un hilo de sangre carmesí descendía por su abdomen. Amanda lo rodeó con su brazo, ofreciéndole su hombro como apoyo. El contacto de sus cuerpos envió una descarga de calor a través del frío glacial de la mazmorra.

—Sois una insensata, Amanda —murmuró él, apoyando su frente contra la de ella por un breve instante, cerrando los ojos para memorizar su aroma a jazmín y lluvia—. Os habéis convertido en una fugitiva de la Corona por mi culpa.

—No os he liberado para que os sintáis culpable, capitán, sino para que me ayudéis a destruir a los hombres que nos han arrebatado todo —sentenció ella, guiándolo hacia el corredor. Lanzó una última mirada de desdén al carcelero, quien ya contaba sus monedas—. Si nos atrapan, nos colgarán a ambos en la Plaza Mayor. Así que más os vale caminar rápido.

Salieron de la prisión y se adentraron en el laberinto de callejuelas que rodeaban el Saladero. La niebla matinal comenzaba a disiparse, dando paso a un cielo plomizo que anunciaba una jornada de lluvia inminente. Diego, a pesar de su debilidad, recuperó su instinto táctico. Sabía que los carruajes y las calles principales estaban siendo vigiladas por los esbirros de Edmond. La única vía de escape era la que ningún aristócrata se atrevería a transitar: los tejados de Madrid.

Guiados por el conocimiento del capitán sobre los puntos ciegos de la guardia, ascendieron por las escaleras de servicio de un antiguo convento abandonado. Desde allí, saltaron a las tejas de pizarra de los edificios contiguos. El esfuerzo físico fue brutal. Diego

gruñía de dolor con cada movimiento, pero la mano firme de Amanda, aferrada a su cintura, le daba la fuerza necesaria para no desfallecer. La joven, por su parte, ignoraba el frío que calaba sus huesos y el miedo que le oprimía el pecho. Su mente estaba centrada en mantener a su amante con vida.

Tras veinte minutos de una travesía vertiginosa por el mar de chimeneas y buhardillas del barrio de las Letras, llegaron a su destino. Diego empujó una pequeña puerta de madera que daba acceso a un desván olvidado, situado en el punto más alto de una casa de vecinos. El interior era un espacio diáfano, lleno de baúles cubiertos de polvo y muebles desvencijados, pero estaba seco y, lo más importante, era inaccesible para cualquiera que no conociera la ruta por los tejados.

Amanda corrió a abrir la única ventana de buhardilla, permitiendo que la brisa fresca de la mañana entrara en la estancia. El panorama que se extendía ante ellos era sobrecogedor. Desde su atalaya improvisada, podían contemplar la ciudad de Madrid despertando bajo un manto de bruma. Las cúpulas de las iglesias y los tejados de los palacios se recortaban contra el cielo gris, un recordatorio constante del mundo que les había dado la espalda.

Diego se dejó caer sobre un colchón de plumas que yacía en un rincón, cerrando los ojos mientras su pecho se agitaba por el esfuerzo. Amanda no perdió un solo segundo. Encendió un pequeño brasero de latón que encontró entre los trastos, alimentándolo con astillas de madera seca para generar un calor reconfortante sin producir demasiado humo. Luego, se arrodilló junto a él y comenzó a desatar los vendajes empapados.

—Dejadme ver la herida —ordenó ella, con la voz suave pero inquebrantable.

Diego obedeció, observándola en silencio. La luz tenue del amanecer se filtraba por el ventanuco, bañando el rostro de Amanda en tonalidades doradas y pálidas. Sus manos, manchadas de la sangre de él, se movían con una delicadeza extrema, limpiando la carne lacerada con un paño humedecido en aguardiente. El dolor era

agudo, pero el capitán apenas frunció el ceño. Su atención estaba completamente capturada por la mujer que tenía delante.

—Habríais podido huir a Francia, Amanda —murmuró él, rompiendo el silencio denso de la estancia—. Con el oro que robasteis de la caja fuerte de Henri, habríais podido comprar un pasaje y vivir como una reina en París. ¿Por qué habéis elegido compartir la miseria de un soldado condenado?

Amanda detuvo sus movimientos y alzó la vista, encontrando los ojos grises del guerrero. La intensidad de su mirada la desarmó por completo, revelando la vulnerabilidad que él se empeñaba en ocultar bajo capas de cinismo.

—Porque la riqueza sin vos es una prisión dorada, Diego —respondió ella, con una sinceridad que le quemaba los labios—. Porque en los salones de París o de Madrid, siempre sería un adorno, una pieza de intercambio para los hombres que manejan los hilos del mundo. Aquí, en este desván infecto, soy libre. Soy vuestra igual, vuestra compañera y vuestra espada. No cambiaría este techo de pizarra por todos los palacios de Europa.

Las palabras de la joven actuaron como el bálsamo más poderoso sobre las heridas del alma del capitán. Diego alzó su mano libre, acariciando la mejilla de Amanda con una ternura que contrastaba brutalmente con la rudeza de sus rasgos. Sus dedos callosos trazaron el contorno de sus labios, memorizando cada curva, cada matiz.

—Sois mi perdición y mi salvación, Amanda de Alcántara —susurró él, con la voz cargada de una emoción que amenazaba con desbordarlo—. Si los Villeneuve logran atraparnos, me aseguraré de que mi último aliento sea utilizado para matar a Edmond, para que vos podáis escapar.

—No habrá ningún escape, porque no vamos a huir más —replicó ella, inclinándose para capturar sus labios en un beso que sabía a sal, a pólvora y a promesas inquebrantables.

El beso comenzó como una súplica y se transformó rápidamente en una hoguera descontrolada. Las manos de Diego, olvidando el dolor de su costado, se enredaron en el cabello castaño de la joven, atrayéndola hacia su cuerpo con una urgencia desesperada. Amanda respondió a su llamada con la misma ferocidad, dejando que el calor de sus cuerpos se mezclara en la penumbra del desván.

En aquel refugio precario, suspendidos entre el cielo y la ciudad que los perseguía, se entregaron el uno al otro. No había lujos, ni sedas, ni música de orquesta. Solo el crujir de las tejas bajo el viento, el olor a madera quemada y la respiración entrecortada de dos almas que se habían encontrado en el infierno y habían decidido construir su propio paraíso. Cada caricia era un acto de rebeldía, cada suspiro un desafío a la muerte que los acechaba en las sombras.

Cuando el agotamiento y la paz finalmente los reclamaron, Amanda reposaba sobre el pecho de Diego, escuchando el ritmo constante de su corazón. El capitán la mantenía envuelta en su abrazo, como un dragón custodiando su tesoro máspreciado.

—Mañana iremos a los archivos de la embajada francesa —murmuró Diego, besando la coronilla de la joven—. Encontraremos el acta de defunción de la verdadera condesa Catalina. Con esa prueba, la impostora caerá y los Villeneuve perderán su escudo legal.

—Y cuando caigan, los arrastraremos con ellos al abismo —respondió Amanda, con una frialdad que habría asustado a cualquiera que no conociera la nobleza de su causa.

Miró por la ventana de buhardilla. El sol comenzaba a romper las nubes, bañando los tejados de Madrid con una luz dorada y esperanzadora. Eran fugitivos, perseguidos por los monstruos más poderosos de la corte, y sobrevivían en la precariedad de un desván olvidado. Pero mientras sintiera el latido del corazón del capitán contra el suyo, Amanda sabía que ninguna oscuridad podría vencerlos. La reina de los tejados y su guerrero atormentado estaban listos para la batalla final.

CAPÍTULO 18

El crepúsculo descendió sobre Madrid como un sudario de plomo, ahogando los últimos destellos de sol tras la sierra y sumiendo la capital en una penumbra lúgubre y asfixiante. Desde su atalaya improvisada en los tejados del barrio de las Letras, Amanda de Alcántara observaba cómo los faroles de gas comenzaban a escupir su luz enfermiza sobre los adoquines húmedos. El viento otoñal azotaba las tejas de pizarra, trayendo consigo el olor a carbón, a castañas asadas y a la miseria que se estancaba en los callejones. Sin embargo, la joven aristócrata permanecía imperturbable, su mente afilada como un bisturí centrada exclusivamente en la misión que les garantizaría la supervivencia. A su espalda, Diego de Mendoza terminaba de vendar su propia herida, ignorando las punzadas de dolor que le atravesaban el costado cada vez que respiraba hondo.

—La embajada francesa está situada en el palacio de Grimaldi, cerca del Prado —murmuró el capitán, su voz ronca rompiendo el silencio denso de la buhardilla—. Las defensas son formidables. Guardias suizos en la entrada principal, patrullas de la policía real en los perímetros y un sistema de cerraduras de seguridad en el ala oeste, donde se custodian los archivos diplomáticos.

Amanda se giró, sus ojos brillando con una determinación inquebrantable bajo la luz mortecina de la luna. Se acercó a su amante, arrodillándose frente a él para ajustar el cuello de su casaca oscura, un gesto de ternura que contrastaba con la letalidad de sus planes.

—No subestiméis mi capacidad para moverme entre las sombras, Diego —replicó ella, con una suavidad que solo reservaba para él—.

Conozco los protocolos de la alta sociedad parisina. Sé cómo caminan los embajadores, cómo beben el vino y, lo más importante, cómo ignoran a los sirvientes y a las sombras de sus propios salones. Vos seréis mi distracción y mi guardia; yo seré el fantasma que extraiga la verdad.

El militar asintió, rindiéndose ante la evidencia de la fortaleza de su compañera. Sabía que intentar disuadirla era tan inútil como detener el curso de un río caudaloso. Se pusieron en marcha, descendiendo por las escaleras de incendios y cruzando los patios interiores de las manzanas colindantes, evitando las calles iluminadas y las rondas de vigilancia. La travesía por la ciudad fue un ejercicio de sigilo absoluto, una danza silenciosa entre las tinieblas que los llevó hasta los jardines traseros de la residencia diplomática.

El palacio se alzaba ante ellos como un coloso de piedra caliza y mármol, cuyas ventanas iluminadas proyectaban largas y danzarinas sombras sobre el césped meticulosamente podado. Diego se apostó tras unos densos setos de tejo, desenvainando su espada con un movimiento fluido. Su presencia era un muro de contención, una promesa de violencia desatada si alguien osaba cruzar su perímetro. Amanda le dedicó una última mirada, cargada de un amor profundo y desesperado, antes de escalar la pérgola de madera y colarse por el balcón de la planta superior, que daba directamente a la biblioteca privada del embajador.

El interior de la estancia olía a cera de abejas, a cuero de Córdoba y a la vainilla dulzona de los libros antiguos. Amanda contuvo la respiración, dejando que sus pupilas se adaptaran a la oscuridad. No había tiempo que perder. Con la agilidad de un felino, cruzó la habitación y se dirigió hacia un panel de roble tallado que, según los planos que Diego había memorizado, ocultaba la escalera de caracol que descendía a los archivos restringidos. Sus dedos, entrenados en la manipulación de instrumentos quirúrgicos y cerraduras, encontraron la pequeña protuberancia en la madera. Presionó con firmeza, y un chasquido metálico resonó en el silencio, revelando un pasadizo estrecho y lóbrego.

El descenso fue vertiginoso. El aire se volvía más frío y denso a medida que se adentraba en las entrañas del edificio, cargado con el aroma a humedad, a pergamino envejecido y a polvo acumulado durante décadas. Al llegar al subsuelo, Amanda se encontró en una sala inmensa, cuyas paredes estaban forradas de estanterías de hierro forjado repletas de legajos, cajas de caoba y carpetas selladas con lacre. La única iluminación provenía de una pequeña lámpara de aceite que ella misma había encendido, cuyo resplandor anaranjado apenas lograba disipar las tinieblas.

Comenzó a registrar los anaqueles con una eficiencia metódica, descartando tratados comerciales, correspondencia banal y registros de aduanas. Su objetivo era la sección de expedientes personales y sucesorios, un archivo donde la corona francesa custodiaba los secretos de sus ciudadanos más ilustres en el extranjero. Sus manos volaban sobre los lomos de los tomos, leyendo las etiquetas desvaídas. Finalmente, sus dedos se detuvieron sobre una caja de madera de ébano, cerrada con un candado de bronce.

Extrajo sus ganzúas de plata. El mecanismo cedió tras unos segundos de tensión, y la tapa se abrió con un quejido de bisagras oxidadas. En el interior, protegidos por terciopelo azul, reposaban los documentos más delicados de la familia Villeneuve. Amanda extrajo un fajo de papeles atados con un cordón de seda negra. Al desatarlos, un pergamino grueso y sellado con el escudo de la prefectura de París cayó en sus manos.

Abrió el documento con cuidado, acercándolo a la luz de la lámpara. Sus ojos verdes recorrieron las líneas de tinta negra, leyendo las palabras que cambiarían el curso de su destino. Era el acta de defunción de la verdadera condesa Catalina de Mondragón. La fecha correspondía a hacía quince años. La causa de la muerte: fiebre puerperal, complicada con una septicemia galopante, en un hospicio para indigentes de los arrabales de Lyon. La mujer que había dado a luz a Edmond había muerto en la miseria, olvidada por el mundo.

Amanda sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Si la condesa había muerto en Lyon hacía quince años, ¿quién era la matriarca que gobernaba con mano de hierro a los Villeneuve en Madrid? Volvió a revisar el fondo de la caja y encontró un segundo documento, un informe de la policía secreta parisina. Al leerlo, la sangre se le heló en las venas.

La mujer que actualmente ostentaba el título de condesa Catalina no era una aristócrata. Era Marie, una carnicera de los mercados de Les Halles, conocida por su crueldad extrema y su participación en una red de falsificación de documentos. Había usurpado la identidad de la condesa tras la muerte de esta, aprovechando la confusión de las guerras y la lejanía de las colonias. Los Villeneuve de Madrid no eran la élite decadente que creían ser; eran una farsa monumental, construida sobre los huesos de una asesina plebeya que había secuestrado la identidad de una noble muerta para saquear una fortuna colossal.

Un ruido sordo en la planta superior la sacó de su estupor. Pasos pesados y rítmicos resonaban en el suelo de madera de la biblioteca. Los guardias habían iniciado su ronda. Amanda guardó los documentos en el interior de su corsé con movimientos frenéticos, asegurándose de que el pergamino y el informe policial quedaran a salvo. Apagó la lámpara de un soplo, sumiendo la cripta en una oscuridad absoluta.

Esperó, conteniendo la respiración, pegada a la pared de piedra. Los pasos se detuvieron al pie de la escalera de caracol. Una luz de linterna barrió el pasadizo, acariciando los muros a escasos metros de su escondite. Amanda empuñó la pequeña pistola de dos cañones que llevaba oculta en la falda, dispuesta a vender cara su vida. Sin embargo, antes de que el guardia decidiera descender, una voz autoritaria resonó desde arriba.

—¡Todo está tranquilo, Bertrand! Regresa a tu puesto. El embajador no desea ruidos esta noche.

El guardia murmuró una disculpa, y los pasos se alejaron, perdiéndose en la distancia. Amanda exhaló el aire que había

contenido en sus pulmones, sintiendo cómo el temblor de la adrenalina recorría sus extremidades. Había logrado lo imposible. Ahora poseía la verdad, el arma definitiva para destruir a los monstruos que la acechaban.

Salió del pasadizo con la misma sigiliosidad con la que había entrado, cruzó la biblioteca y se deslizó por el balcón hacia la noche madrileña. Diego la esperaba en las sombras, su figura imponente recortada contra el cielo estrellado. Al verla aparecer, el capitán relajó la tensión de sus hombros y le ofreció la mano para ayudarla a descender.

—Lo habéis conseguido —susurró él, observando el brillo febril en los ojos de la joven.

—He conseguido mucho más que un simple documento, Diego —respondió Amanda, con la voz temblorosa por la magnitud del hallazgo—. La condesa Catalina es una farsa. La verdadera mujer murió en la miseria hace quince años. La matriarca que nos persigue es una carnicera de París, una usurpadora que ha construido un imperio de sangre y mentiras sobre una tumba anónima.

Diego la miró con una mezcla de asombro y admiración profunda. La revelación era demoledora. Los Villeneuve no solo eran unos aristócratas crueles; eran una mentira viviente, una plaga que se había infiltrado en la alta sociedad europea bajo una identidad robada.

—Entonces no luchamos contra la nobleza francesa —murmuró el capitán, ajustando su capa para protegerla del viento helado—. Luchamos contra una asesina que se esconde detrás de un título robado. Eso cambia las reglas del juego. Si presentamos estas pruebas ante el tribunal real, no solo perderán sus bienes, sino que enfrentarán la horca por usurpación de identidad y alta traición.

—No será tan sencillo —replicó Amanda, comenzando a caminar junto a él por los tejados, buscando la seguridad de su refugio—. Henri y Edmond están desesperados. Si acorralamos a la matriarca, sacarán a relucir su verdadera naturaleza. No se rendirán ante la ley;

intentarán matarnos antes de que podamos hablar con el magistrado.

Llegaron a la buhardilla cuando las primeras luces del alba comenzaban a teñir el horizonte de un tono violeta pálido. Amanda extrajo los documentos de su corsé y los extendió sobre la mesa de madera tosca. Juntos, estudiaron las pruebas a la luz de una nueva vela. La caligrafía del acta de defunción era inconfundible, sellada y firmada por las autoridades competentes de Lyon. El informe de la policía parisina detallaba los antecedentes criminales de Marie, la carnicera, incluyendo su habilidad para el disfraz y su participación en envenenamientos.

—Mañana noche —dijo Diego, señalando el mapa del cementerio de San Isidro que habían robado días atrás en el palacio de los Villeneuve—. Henri mencionó un ritual de sellado en el panteón familiar. Si la matriarca es una impostora, es probable que el ritual sea una farsa para encubrir la destrucción de las últimas pruebas de su verdadera identidad, o quizás una ceremonia para consolidar su poder mediante el miedo.

—Iremos al panteón —sentenció Amanda, con una frialdad que habría helado el fuego del brasero—. No como fugitivos, sino como jueces y verdugos. Llevaremos las pruebas al Rey, pero primero, necesitamos el acta original de la usurpación, el documento que demuestra cómo Marie compró la identidad de la condesa. Ese papel debe estar en la bóveda familiar, oculto junto a los restos de los antepasados que ella nunca fue.

Diego asintió, tomando la mano de la joven y llevándola a sus labios para depositar un beso reverente. La química entre ellos era un fuego incontrolable, forjado en la adversidad y templado en la sangre. Sabían que la incursión en el panteón sería una misión suicida. Las defensas de los Villeneuve en el cementerio serían letales, y la tormenta que se avecinaba no solo sería meteorológica, sino una cascada de violencia y revelaciones.

—Descansad unas horas, mi amor —murmuró el capitán, atrayéndola hacia su pecho y envolviéndola en su abrazo protector

—. Mañana, cuando el sol se oculte, nos convertiremos en la pesadilla de los Villeneuve. Y no descansaremos hasta que la verdad ilumine cada rincón de esta ciudad maldita.

Amanda cerró los ojos, apoyando la cabeza sobre el corazón del guerrero. El latido de Diego era su ancla, su refugio y su promesa. Afuera, el viento aullaba entre las chimeneas de Madrid, anunciando la llegada de una tempestad que barrería con las mentiras y los secretos. La dama indomable y su capitán atormentado estaban listos para el asalto final. La cacería había llegado a su fin; ahora comenzaba la ejecución.

CAPÍTULO 19

El cielo sobre Madrid se había teñido de un violeta amoratado, una lividez enfermiza que anunciaba la furia desatada de los elementos. Nubes densas y preñadas de agua se arremolinaban sobre la capital, aplastando los tejados de pizarra bajo su peso asfixiante. Cuando el primer relámpago rasgó la bóveda celeste, iluminó con un resplandor espectral los aleros de las casas y las torres de las iglesias, convirtiendo la ciudad en un cementerio de piedra y sombra. El trueno que siguió no fue un simple estruendo, sino una sacudida visceral que hizo vibrar los cimientos de la buhardilla y erizó la piel de los dos fugitivos que se preparaban para descender al infierno.

Amanda de Alcántara se ajustaba el corsé de cuero rígido sobre una camisa de lino oscuro, ocultando bajo los pliegues de su capa los frascos de pólvora y las hojas de acero que constituían su arsenal. Sus movimientos eran precisos, carentes de la vacilación que antaño la caracterizaba. La dama de la alta sociedad había muerto en los callejones de San Ildefonso; en su lugar, permanecía una mujer forjada en el fuego de la traición y templada en el yunque del amor prohibido. A su lado, Diego de Mendoza comprobaba el mecanismo de chispa de sus pistolas de caballería. El capitán palidecía cada vez que el esfuerzo le exigía girar el torso, pues la herida de su costado, aunque cerrada por las hábiles manos de su amada, seguía siendo una carne viva y dolorida que le recordaba su propia mortalidad.

—La tormenta jugará a nuestro favor para cubrir el ruido de nuestros pasos, pero el barro dificultará la retirada si las cosas se tuercen —advirtió Diego, su voz grave apenas audible sobre el repiqueteo incesante de la lluvia contra los cristales de la buhardilla.

Guardó las armas en sus cartucheras y se acercó a Amanda, envolviéndola en un abrazo que fue mitad refugio, mitad despedida. El calor de su pecho irradiaba a través de las capas empapadas, un recordatorio reconfortante de la vida que latía bajo la armadura de cicatrices.

—No habrá retirada, mi amor —respondió ella, alzando el rostro para sostener su mirada tormentosa. Sus ojos esmeraldas reflejaban los destellos de los relámpagos, brillando con una determinación que no admitía réplica—. Los documentos que buscamos están en la cripta. Si salimos de allí sin el acta de usurpación, Henri destruirá las copias que tenemos y nos cazarán como a animales antes de que podamos presentar las pruebas al Rey.

Diego asintió, comprendiendo la inexorabilidad de su destino. Tomó la mano enguantada de Amanda y la llevó a sus labios, depositando un beso que supo a sal, a pólvora y a promesas inquebrantables. Juntos, abandonaron el refugio de los tejados y descendieron hacia las calles inundadas, fundiéndose con la oscuridad de una noche que parecía haber sido conjurada para ocultar sus pecados.

El trayecto hasta las afueras de la ciudad fue una travesía por el purgatorio. El río Manzanares, desbordado y furioso, arrastraba troncos y escombros en su cauce negro y espumoso. Las calles que conducían al Cementerio de San Isidro estaban desiertas, ahogadas por el aguacero que transformaba los caminos de tierra en barrizales traicioneros. Diego avanzaba en vanguardia, su silueta imponente recortada contra la cortina de agua, vigilando cada sombra con los sentidos aguzados de un veterano de guerra. Amanda lo seguía de cerca, ignorando el frío que le calaba los huesos y el peso del barro que se aferraba a sus botas. Su mente estaba centrada en la arquitectura del panteón, repasando los planos que había memorizado en el despacho del conde Henri.

Al llegar frente a los altos muros de piedra del camposanto, la imponente verja de hierro forjado se alzaba ante ellos como las fauces de un leviatán. Dos guardias se refugiaban bajo un cobertizo

de madera, bebiendo aguardiente para combatir el frío y la humedad, ajenos a la tragedia que se gestaba en las tinieblas. Diego hizo un gesto a Amanda para que permaneciera oculta tras el tronco de un sauce llorón. Con la sigilosidad de un espectro, el capitán escaló la tapia lateral, ignorando el dolor agudo que le atravesaba el costado herido. Se descolgó al interior del recinto, aterrizando sobre la hierba empapada sin emitir sonido alguno. Minutos después, la puerta lateral, cuya cerradura había forzado en silencio, se entreabrió, permitiendo el paso de Amanda.

El interior del cementerio era un paisaje onírico y macabro. La lluvia lavaba los rostros de piedra de los ángeles llorones, cuyas lágrimas de mármol se mezclaban con el diluvio celestial. Los mausoleos y las capillas neogóticas se erguían como dientes negros contra el cielo encapotado, proyectando sombras alargadas y fantasmales sobre los senderos de grava. El viento aullaba entre los cipreses, produciendo un lamento fúnebre que ponía los nervios de punta. Amanda sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura; la presencia de la muerte era palpable, densa, impregnando el aire con olor a tierra removida, a cera derretida y a flores podridas.

Guiados por la luz intermitente de los relámpagos, navegaron por el laberinto de tumbas hasta alcanzar el sector de la aristocracia. Allí, el panteón de los Villeneuve dominaba la explanada con su arrogancia pétrea. Era una estructura cilíndrica de granito negro, coronada por una cúpula de cobre oxidado que verdeaba bajo la lluvia. Cuatro gárgolas de piedra vigilaban las esquinas, sus fauces abiertas en un grito mudo de condenación. La puerta principal, un arco de medio punto cerrado por una reja de hierro macizo, parecía impenetrable.

Amanda se arrodilló frente al cerrojo, extrayendo su kit de ganzúas. Sus dedos, entumecidos por el frío, trabajaban con una precisión quirúrgica. El metal chirriaba levemente, un sonido que la joven se esforzaba por ahogar con el estruendo de los truenos. Diego permanecía a su espalda, la mano descansando sobre la empuñadura de su espada, los ojos escrutando la penumbra del

camposanto. La tensión era una cuerda de violín a punto de romperse, vibrando en el aire cargado de ozono.

Con un chasquido seco que resonó como un disparo en la quietud relativa del mausoleo, el mecanismo cedió. La pesada puerta de hierro se abrió hacia adentro, revelando la boca oscura de la cripta. El aire que emanaba del subsuelo era gélido, viciado por el olor a incienso rancio, a huesos secos y a los secretos inconfesables de una estirpe maldita. Diego encendió una linterna de aceite, protegiendo la llama con su cuerpo mientras descendían los peldaños de piedra resbaladiza.

La cripta era una catedral subterránea de la muerte. Hileras de sarcófagos de mármol blanco se alineaban a lo largo de las paredes, iluminados por el resplandor mortecino de la linterna. Los rostros esculpidos de los antepasados Villeneuve los observaban con una severidad pétrea, sus ojos vacíos testigos de siglos de codicia y crueldad. En el centro de la estancia, un altar de obsidiana sostenía un crucifijo de plata retorcida, una blasfemia disfrazada de piedad.

—Según los planos, el compartimento secreto no está en los sarcófagos de los condes, sino en la cripta de la primera matriarca, la supuesta Catalina —susurró Amanda, su voz reverberando suavemente en las bóvedas de piedra. Se dirigió hacia el mausoleo situado en el ábside, una tumba más modesta pero adornada con lirios de bronce.

Diego la siguió, su mirada escrutando cada rincón, cada sombra que pudiera ocultar a un centinela o a una trampa. La herida le palpitaba con un ritmo sordo, un recordatorio de que el tiempo jugaba en su contra. Amanda se arrodilló junto a la base del sepulcro, pasando las manos por los relieves de la piedra. Sus dedos encontraron una irregularidad en la talla de un lirio de bronce. Presionó la flor metálica hacia adentro.

Un mecanismo pesado, engrasado y silencioso, resonó en las entrañas del mausoleo. La losa frontal de la tumba se deslizó lateralmente, revelando un hueco oscuro en la pared. Amanda introdujo la linterna, iluminando un pequeño nicho donde reposaba

un tubo de plomo sellado con cera negra. Lo extrajo con manos temblorosas, rompiendo el sello y desenrollando el pergamino que contenía.

Sus ojos verdes recorrieron las líneas de tinta desvaída. Era el contrato original. La confesión firmada por la carnicera de Les Halles y un notario corrupto de París, detallando el intercambio de identidad, el asesinato de la verdadera condesa y la transferencia fraudulenta de los títulos y la fortuna. La prueba definitiva. La llave para destruir el imperio de los Villeneuve.

—Lo tenemos, Diego —murmuró ella, guardando el pergamino en el interior de su corsé con una sonrisa de triunfo que iluminó su rostro pálido—. Tenemos su cabeza en nuestras manos.

Pero la victoria duró apenas un instante. Un sonido lento, rítmico y deliberado rompió el silencio sepulcral de la cripta. El chasquido de un bastón con contera de plata golpeando el suelo de piedra.

—Qué conmovedora devoción filial —pronunció una voz aterciopelada, cargada de un veneno tan antiguo como el linaje que pretendía representar.

De las sombras del pasillo lateral, donde se alojaban los féretros de los hijos menores de la familia, emergió una figura. El conde Henri Villeneuve avanzaba hacia la luz de la linterna, su rostro afilado y cadavérico contraído en una mueca de crueldad infinita. Vestía un traje de luto impecable, y en su mano derecha sostenía un revólver de doble cañón, apuntando directamente al pecho de Diego.

—Creísteis que os dejaría entrar en mi propio santuario sin vigilancia, capitán —murmuró Henri, sus ojos de reptil brillando con un regocijo sádico—. Mi hijo Edmond es un necio, pero yo conozco a los lobos. Y sabía que la perra de los Alcántara os traería directamente a la trampa.

Diego reaccionó con la velocidad letal de un depredador acorralado. Empujó a Amanda detrás de su cuerpo, interponiendo su propia carne entre ella y el arma del aristócrata. Desenvainó su

espada con un movimiento fluido, el acero cantando una melodía fúnebre en la cripta.

—No tocaréis ni un solo cabello de su cabeza, Henri —sentenció Diego, su voz retumbando en las paredes de piedra con una autoridad que desafiaba a la muerte misma—. Si disparáis, os atravesaré el corazón antes de que vuestro dedo pueda apretar el gatillo.

Henri soltó una carcajada seca, carente de toda alegría, que resonó como el croar de un cuervo en el osario.

—Sois un hombre muerto, Mendoza —susurró el conde, alzando el revólver con una calma aterradora—. Y vuestra amada morirá gritando, descubriendo que la sangre que corre por sus venas no es la de los Alcántara, sino la de la verdadera heredera que mi esposa asesinó en la cuna.

Amanda sintió que el suelo de piedra se desvanecía bajo sus pies. Las palabras del monstruo la golpearon con la fuerza de un ariete, abriendo una sima de dudas y horrores en su mente. Pero antes de que el pánico pudiera paralizarla, antes de que Henri pudiera disparar, un trueno ensordecedor sacudió los cimientos del panteón, y la verdadera batalla por la supervivencia y la verdad comenzó en las entrañas de la tierra.

CAPÍTULO 20

Las palabras del conde Henri Villeneuve cayeron sobre la cripta como losas de plomo, aplastando el aire viciado y robando el aliento de los presentes. Amanda sintió que el suelo de piedra se desvanecía bajo sus botas, abriendo un abismo de dudas y horrores en su mente. ¿Heredera? ¿No era una Alcántara, sino la verdadera propietaria de la fortuna parisina que los Villeneuve habían saqueado durante décadas? La revelación era un veneno dulce y letal, una semilla de destrucción plantada por un moribundo con el único propósito de envenenar sus últimos instantes de vida. Sin embargo, no hubo tiempo para procesar la magnitud de aquel secreto dinástico, pues el destello del cañón del revólver iluminó la penumbra con un fogonazo cegador.

Diego reaccionó con los reflejos forjados en cien batallas sangrientas. Empujó a Amanda con brutalidad, interponiendo su propio cuerpo entre ella y la boca de fuego. El estruendo del disparo fue ensordecedor, rebotando en las bóvedas de piedra con la furia de un trueno confinado. La bala de plomo impactó contra el mármol de un sarcófago vecino, arrancando una esquirla blanca que salió disparada como un dardo letal y fue a incrustarse en la madera de un ataúd cercano. El olor acre de la pólvora quemada se mezcló instantáneamente con el hedor a incienso rancio y a muerte antigua que impregnaba el mausoleo.

—¡Detrás de mí! —bramó el capitán, su voz retumbando en las paredes con una autoridad que desafiaba a la mismísima parca.

Henri intentó girar el cañón para un segundo disparo, pero la lentitud de sus reflejos, mermados por la edad y la arrogancia, le jugó una mala pasada. Diego no le concedió esa fracción de

segundo. El militar se lanzó hacia adelante, ignorando el dolor agudo que le desgarraba el costado herido. Su espada describió un arco letal en el aire, buscando no matar de inmediato, sino desarmar al monstruo que había arruinado tantas vidas. El acero chocó contra el revólver, arrancándolo de la mano enguantada del conde y enviándolo a deslizarse por el suelo de piedra hacia la oscuridad.

Henri retrocedió, tambaleándose, y desenvainó con mano temblorosa un puñal de hoja ancha que llevaba oculto en la manga de su traje de luto. Sus ojos de reptil brillaban con una locura fanática, desprovistos de cualquier rastro de humanidad o arrepentimiento.

—¡Moriréis en este osario, perros sarnosos! —escupió el aristócrata, abalanzándose con una ferocidad suicida.

Diego esquivó la primera estocada con un giro de torso, sintiendo el filo del arma enemiga rozar la tela de su casaca. Sin perder el equilibrio, el capitán respondió con un golpe seco de la empuñadura de su espada contra la muñeca de Henri. El hueso crujió de forma nauseabunda, y el puñal cayó al suelo tintineando. El conde soltó un alarido de dolor, pero antes de que pudiera recuperarse, Diego lo agarró por las solapas de su impecable vestimenta y lo estrelló contra la fría pared de granito.

El impacto arrancó el aire de los pulmones del patriarca Villeneuve. Diego lo mantuvo clavado contra la piedra, su rostro cicatrizado a escasos centímetros del hombre que había ordenado la muerte de inocentes y la usurpación de una fortuna. La respiración del capitán era pesada, entrecortada por el esfuerzo y la herida abierta, pero su mirada era la de un juez implacable dictando sentencia.

—Habéis jugado a ser Dios con las vidas de los demás —siseó Diego, con un tono que goteaba un desprecio absoluto—. Hoy, la única divinidad que impera en esta cripta es la justicia de mi acero.

Con un movimiento fluido y despiadado, Diego desenvainó la daga que llevaba en la bota y la hundió hasta la empuñadura en el pecho de Henri, atravesando el corazón del aristócrata. El conde

abrió la boca en un grito mudo, sus ojos desorbitados fijando la vista en un punto invisible más allá de las sombras. Un hilo de sangre carmesí brotó de su comisura, manchando su blanca camisa de encaje. Diego retiró el arma con un tirón brusco, y el cuerpo sin vida del conde se desplomó por la pared, quedando tendido sobre las losas frías como un muñeco de trapo desechado.

Amanda permanecía inmóvil, con la espalda pegada al altar de obsidiana, el corazón latiéndole con una violencia descompasada. Acababa de presenciar la ejecución de un hombre, un acto de violencia tan crudo y necesario como el aire que respiraba. Sin embargo, antes de que pudiera correr hacia su amante y comprobar si la herida de este había vuelto a abrirse, un aplauso lento y burlón resonó en el pasillo lateral.

—Qué espectáculo tan conmovedor. La bestia matando al viejo león. Realmente, la sangre siempre llama a la sangre.

De las sombras de un nicho funerario, oculto tras las estatuas de los santos de piedra, emergió el marqués Edmond Villeneuve. Su brazo derecho, aún inmovilizado en el cabestrillo, colgaba inútil, pero su mano izquierda sostenía una pistola de chispa apuntando directamente a la nuca de Diego. El rostro del joven noble estaba desfigurado por una mueca de odio y desesperación, sus ojos oscuros clavados en Amanda con una lujuria posesiva y asesina.

—Soltad el arma, Edmond —ordenó Diego, girándose con lentitud y colocando su cuerpo entre el cañón y Amanda—. Vuestro padre ha muerto. La estirpe ha caído. No hay nada por lo que luchar, salvo por vuestra propia y miserable vida.

—¡Mentira! —bramó el marqués, con la voz quebrada por la histeria—. ¡Vos me habéis robado mi legado, Mendoza! ¡Vos y esta perra aristócrata habéis venido a saquear mi tumba!

Edmond no esperó a que el capitán respondiera. Disparó. El tiro salió desviado por el temblor de su mano, impactando en el hombro izquierdo de Diego. El militar gruñó, tambaleándose hacia atrás, pero no cayó. La bala había atravesado el músculo sin alcanzar el

hueso, pero la pérdida de sangre inmediata lo debilitó, obligándolo a apoyar una mano en el altar para mantenerse en pie.

Aprovechando la distracción del dolor, Edmond se lanzó contra Amanda. La joven no se amilanó. Extrajo la daga de empuñadura enjoyada que llevaba oculta en el corsé y paró el primer golpe del marqués, desviando la hoja hacia el suelo. El forcejeo fue brutal y corto. Edmond, impulsado por la adrenalina y la locura, era más fuerte, pero Amanda poseía la precisión de un cirujano. Con un giro de muñeca, logró clavar la punta de su daga en el antebrazo sano del marqués, arrancándole un grito de dolor que lo hizo aflojar la presa.

Sin embargo, en la refriega, la mano libre de Edmond rozó el corsé de la joven. Sus dedos, ágiles y desesperados, engancharon el tubo de plomo que contenía el pergamino de la usurpación. Con un tirón violento, rompió el cordón de seda que sujetaba el cilindro a la tela interior de su vestido y lo arrancó de su escondite.

—¡Mío! ¡El legado es mío! —chilló Edmond, retrocediendo hacia la puerta de hierro que daba al pasadizo secreto de las catacumbas, el cual él conocía gracias a los planos de su padre.

—¡No! —gritó Amanda, abalanzándose sobre él.

Pero Edmond fue más rápido. Sacó un frasco de vidrio de su bolsillo y lo estrelló contra el suelo de piedra a sus pies. El cristal se hizo añicos, liberando una nube espesa y asfixiante de polvo de magnesia y azufre. La nube blanca y densa cegó a Amanda y la hizo toser violentamente, irritando sus ojos y su garganta. Cuando el aire se aclaró unos segundos después, la puerta de hierro se había cerrado con un estruendo metálico, y los pasos apresurados del marqués se perdían en la oscuridad de los túneles subterráneos.

Amanda cayó de rodillas, tosiendo y frotándose los ojos irritados. La pérdida del documento original era un golpe devastador. Aunque ellos conocían la verdad, sin el pergamino físico, probar la usurpación ante un tribunal corrupto sería una tarea titánica. Edmond tenía la llave de su ruina, o al menos, la herramienta para extorsionar a la corona y salvar su propio pellejo.

Diego se acercó a ella con pasos pesados, presionando un pañuelo contra su hombro ensangrentado. Su rostro estaba pálido como el mármol de los sarcófagos, pero sus ojos grises brillaban con una determinación inquebrantable. Se arrodilló junto a Amanda, tomando su rostro entre sus manos callosas y obligándola a mirarlo.

—Respirad, mi amor. Estad conmigo —susurró él, con la voz ronca por el esfuerzo y el humo—. Edmond tiene el papel, pero no tiene el conocimiento. Vos sabéis quién sois ahora. Vos sois la verdadera heredera, y eso es un poder que ninguna hoja de papel puede otorgar ni arrebatar.

Amanda asintió lentamente, recuperando el aliento y dejando que las palabras del capitán anclaran su mente a la realidad. Las revelaciones de Henri y el robo de Edmond habían cambiado las reglas del juego. Ya no luchaba solo por vengar a unos padres adoptivos o por proteger un título ducal arruinado. Luchaba por su propia sangre, por su verdadero legado, por la justicia de una familia masacrada en la cuna por una carnicera de París.

—Edmond huirá a Francia —dedujo ella, con la voz recuperando su firmeza habitual—. Intentará presentar esos documentos a los banqueros de Suiza o a los acreedores de la corona para cobrar la fortuna antes de que nosotros podamos alertar a las autoridades.

—Entonces no le daremos tiempo a respirar —sentenció Diego, poniéndose de pie con un esfuerzo visible y ofreciéndole la mano sana para ayudarla a incorporarse—. Mis hombres leales están registrando las posadas de los caminos del norte. Si Edmond intenta cruzar la frontera, caerá en nuestras redes. Y si no, lo cazaré yo mismo en los tejados de París.

Amanda tomó su mano, sintiendo el calor reconfortante de su piel a pesar del frío glacial de la cripta. Miró el cadáver del conde Henri, tendido en un charco de sangre que se expandía lentamente sobre las losas. El monstruo había muerto, pero la hidra de varias cabezas que era la familia Villeneuve aún tenía una serpiente suelta.

—Vamos, Diego —murmuró ella, ajustándose la capa y ocultando las armas bajo los pliegues de la tela—. La noche es larga, y la

cacería apenas ha comenzado. Edmond cree que ha ganado una ventaja, pero ha cometido el error de subestimarnos una vez más.

Juntos, salieron de la cripta, dejando atrás el mausoleo y el cadáver del patriarca. La tormenta exterior había amainado ligeramente, dejando paso a una llovizna fina y persistente que lavaba los rostros de piedra de los ángeles del cementerio. El aire de la madrugada olía a tierra mojada y a promesas de venganza. Amanda y Diego caminaron hacia la verja del camposanto, dos sombras unidas por el destino y la sangre, preparadas para enfrentar el amanecer y la batalla final que los aguardaba en los caminos de la capital. La verdad había sido revelada, y ahora, el mundo entero pagaría por haber intentado enterrarla.

CAPÍTULO 21

La madrugada se arrastraba perezosa sobre los tejados de Madrid, tiñendo el cielo con tonalidades de ceniza y violeta que anunciaban un día cargado de presagios funestos. Amanda de Alcántara permanecía de pie junto a la ventana de la buhardilla, observando cómo las primeras luces del alba acariciaban los aleros de las casas con una ternura engañosa. Su mente, sin embargo, estaba lejos de contemplar la belleza efímera del amanecer. Las palabras del conde Henri resonaban en su cabeza como un eco persistente, una verdad que había sido arrancada de las sombras para clavar su daga envenenada en el corazón de su identidad. No era una Alcántara. Era la verdadera heredera de la fortuna parisina, la última descendiente de un linaje masacrado por la codicia de una carnicera que había usurpado nombres y fortunas con la misma frialdad con la que se despieza un animal en el matadero.

A su espalda, Diego de Mendoza se incorporaba con dificultad del camastro improvisado, ignorando las punzadas de dolor que le atravesaban el costado y el hombro heridos. Sus ojos grises, oscurecidos por la falta de sueño y la preocupación, se clavaron en la silueta esbelta de su amada. La vio tensa, rígida, con los puños apretados a los costados como si contuviera una tormenta interior que amenazaba con desbordarse. El capitán se aproximó con pasos medidos, cada movimiento calculado para no agravar sus lesiones, y posó sus manos callosas sobre los hombros de la joven. El contacto fue suave, reverente, un bálsamo silencioso para las heridas invisibles que ambos cargaban.

—Debéis descansar, Amanda —murmuró él, su voz grave resonando en la penumbra de la estancia—. La batalla de esta noche

ha sido cruel, y vuestro cuerpo y vuestra alma necesitan tiempo para sanar.

La joven se giró con brusquedad, su mirada brillando con una mezcla de furia y desesperación que heló la sangre del guerrero.

—¿Descansar? —replicó ella, con un tono que goteaba veneno contenido—. ¿Cómo puedo cerrar los ojos cuando sé que Edmond tiene en su poder el acta de usurpación? ¿Cómo puedo dormir cuando mi hermana menor, Inés, está en algún lugar de esta ciudad, a merced de un monstruo que no dudará en descuartizarla si no obtenemos lo que desea?

Diego apretó la mandíbula, la cicatriz de su rostro tensándose hasta adquirir un tono blanquecino que delataba su propia furia contenida. Había recibido un mensaje al amanecer, entregado por un chiquillo de los callejones a quien le habían pagado con unas monedas de cobre. Edmond Villeneuve había secuestrado a Inés de Alcántara, la hermana menor de Amanda, una niña de apenas quince años cuya única culpa había sido nacer en el seno de una familia marcada por la tragedia. El marqués exigía el intercambio: los documentos que probaban la usurpación de la fortuna parisina a cambio de la vida de la joven. El punto de encuentro sería la antigua fábrica de tejidos de San Fernando, abandonada desde hacía una década y conocida por ser un nido de ratas, ladrones y desesperados.

—Iremos a por ella, mi amor —sentenció Diego, con una calma heladora que resultaba más aterradora que cualquier grito—. Pero no podemos actuar con precipitación. Edmond está acorralado, desesperado y armado. Si nos acercamos sin un plan, Inés morirá, y nosotros con ella.

Amanda asintió, obligándose a respirar hondo para calmar el temblor que le sacudía las manos. Sabía que Diego tenía razón. La impulsividad había sido su aliada en el pasado, pero ahora, con la vida de su hermana en juego, cada movimiento debía ser calculado con la precisión de un cirujano. Se acercó a la mesa de madera tosca donde reposaban sus armas y sus instrumentos. Comenzó a

preparar su arsenal con movimientos mecánicos: cargó las pistolas de dos cañones, afiló las hojas de sus dagas, y escondió frascos de pólvora y ácido en los pliegues de su capa.

—La fábrica de San Fernando es una estructura de ladrillo y hierro, con tres plantas y un sótano donde se almacenaban los productos químicos para el teñido de las telas —explicó ella, mientras su mente trazaba los planos del edificio que había estudiado en los archivos municipales—. Las ventanas están tapiadas en la planta superior, pero la planta baja tiene múltiples accesos por los antiguos muelles de carga. Si entramos por el sótano, podemos tomar a Edmond por sorpresa.

Diego asintió, admirando la capacidad de análisis de su amada. Amanda no era una simple dama aristócrata; era una estratega brillante, una mente quirúrgica capaz de descomponer los problemas más complejos en sus componentes más elementales. Juntos, eran imparables.

—Yo entraré por la planta baja, atrayendo la atención de los esbirros de Edmond —propuso el capitán, desenvainando su espada y comprobando el filo con el pulgar—. Vos os deslizaréis por el sótano y buscaréis a Inés. Cuando la encontréis, disparad dos veces al aire. Esa será la señal para que yo elimine a los guardianes y os cubra la retirada.

Amanda lo miró con una intensidad que lo desarmó por completo. Sabía que el plan era peligroso, que Diego se estaba ofreciendo como señuelo para protegerla a ella y a su hermana. Pero también sabía que discutir con él era inútil. El guerrero había tomado su decisión, y nada ni nadie podría disuadirlo.

—Si os matan, Diego de Mendoza, os juro que os seguiré al infierno para arrancaros el alma y devolvéroslo —susurró ella, con una voz que goteaba una promesa tan letal como el acero que empuñaba.

El capitán sonrió, una sonrisa triste y cansada que revelaba la vulnerabilidad que se empeñaba en ocultar bajo capas de disciplina militar. Se acercó a Amanda y capturó sus labios en un beso

desesperado, furioso, cargado de una pasión que había estado contenida durante demasiado tiempo. Sus bocas se encontraron con una violencia que la dejó sin aliento, sus lenguas uniéndose en un baile primitivo que sabía a sangre y a promesas eternas.

—No moriré, mi amor —murmuró él contra sus labios, con la voz ronca por la emoción—. Os lo juro por cada cicatriz de mi cuerpo, por cada fantasma de mi pasado. Volveré a vuestro lado, aunque tenga que arrancar el alma del diablo con mis propias manos.

Cuando finalmente rompieron el beso, Amanda apoyó la frente contra la de Diego, cerrando los ojos para memorizar el calor de su piel, el aroma a pólvora y a cuero mojado que lo envolvía, el latido de su corazón contra el suyo. Sabía que aquella podría ser la última vez que lo tuviera entre sus brazos. La fábrica de San Fernando era una trampa mortal, y Edmond Villeneuve no sería un adversario misericordioso. Pero también sabía que, mientras sintiera el latido del corazón del capitán contra el suyo, ninguna oscuridad podría vencerlos.

Se separaron con reluctancia, cada uno sumido en sus propios pensamientos y preparativos. Amanda se ajustó la capa, ocultando las armas bajo los pliegues de la tela, y se dirigió hacia la puerta. Diego la siguió, su figura imponente recortada contra la luz mortecina del amanecer. Juntos, descendieron las escaleras de la buhardilla y salieron a las calles de Madrid, fundiéndose con la bruma matinal que ocultaba las miserias de la capital bajo un velo de ignorancia voluntaria.

El trayecto hasta la fábrica de San Fernando fue una travesía por el purgatorio. Las calles se fueron volviendo más estrechas y sombrías a medida que se alejaban del centro de la ciudad, flanqueadas por edificios decrepitos que parecían inclinarse unos sobre otros como ancianos decrepitos. El olor a carbón, a pescado podrido y a aguas estancadas impregnaba el aire, revolviendo el estómago de Amanda. Diego avanzaba en vanguardia, sus sentidos aguzados al máximo, vigilando cada sombra, cada movimiento

sospechoso. Sabía que Edmond habría apostado a sus esbirros en los accesos principales, esperando a que cayeran en la trampa.

Al llegar a las afueras del barrio industrial, la imponente estructura de la fábrica de tejidos se alzó ante ellos como un coloso de ladrillo y hierro oxidado. Las ventanas estaban tapiadas con tablones de madera podrida, y las puertas de los muelles de carga colgaban de sus goznes, chirriando con el viento. El edificio parecía un cadáver abandonado, una reliquia de una era industrial que había muerto hacía décadas. Sin embargo, bajo la fachada de ruina, se ocultaba un nido de víboras.

Diego hizo un gesto a Amanda para que permaneciera oculta tras un montón de escombros. Con la sigilosidad de un espectro, el capitán se aproximó a la puerta principal, desenvainando su espada con un movimiento fluido. Dos guardias, armados con garrotes y pistolas, se hallaban apostados en el umbral, bostezando y rascándose la barba. Diego no les dio tiempo a reaccionar. Con un golpe seco de la empuñadura de su espada, derribó al primer guardia, dejándolo inconsciente sobre los adoquines. El segundo intentó desenvainar su arma, pero el capitán fue más rápido. Una patada en la rodilla lo desequilibró, y antes de que pudiera recuperarse, Diego le propinó un golpe en la nuca que lo dejó tendido en el suelo, respirando con dificultad.

Amanda se acercó con pasos rápidos, observando los cuerpos inconscientes de los esbirros. Sus ojos verdes escrutaron la fachada de la fábrica, buscando cualquier señal de movimiento o de trampa. No vio nada, pero su instinto le gritaba que el peligro acechaba en cada rincón de aquel edificio maldito.

—El sótano está por allí —susurró ella, señalando una puerta lateral medio oculta tras la maleza—. Si logro entrar sin ser detectada, podré buscar a Inés.

Diego asintió, tomando su mano y llevándola a sus labios para depositar un beso reverente. La miró a los ojos, y en esa fracción de segundo, se comunicaron un universo entero de promesas no dichas. Él le estaba pidiendo que confiara en él, que creyera que

volvería a su lado. Ella le estaba jurando que, si moría, lo seguiría al más allá para arrancarle el alma a la muerte misma.

Amanda se deslizó hacia la puerta lateral, moviéndose con la agilidad de un felino. La madera estaba podrida, y cedió con un crujido apenas perceptible cuando la empujó. El interior del sótano estaba sumido en una oscuridad absoluta, el aire viciado por el olor a productos químicos rancios y a humedad. Encendió una pequeña linterna de aceite, protegiendo la llama con su cuerpo mientras descendía los peldaños de piedra resbaladiza.

El sótano era un laberinto de pasillos estrechos y habitaciones abovedadas, cuyas paredes estaban manchadas por los residuos de los tintes que antaño se habían fabricado allí. Amanda avanzó con sigilo, sus botas apenas rozando el suelo embarrado. Su mente estaba centrada en una sola cosa: encontrar a Inés. La imagen de su hermana menor, aterrorizada y sola en aquel lugar siniestro, le desgarraba el alma. Pero no podía permitirse el lujo de la emoción. Debía ser fría, calculadora, letal.

Tras varios minutos de búsqueda, escuchó un sonido que heló su sangre. Un llanto ahogado, apenas perceptible, provenía de una habitación al final del pasillo. Amanda se aproximó con cautela, pegándose a la pared para no ser detectada. Al llegar a la puerta, escuchó voces al otro lado. Voces masculinas, rudas, cargadas de crueldad y desprecio.

—La niña no para de llorar —gruñó una de las voces—. Si sigue así, el marqués nos cortará las orejas.

—Cállate y vigila la puerta —replicó la otra—. Si esa perra de los Alcántara aparece, la mataremos delante de la niña. Así aprenderá a no meterse donde no la llaman.

Amanda contuvo el aliento, su corazón latiéndole con una violencia descompasada. Inés estaba allí, al otro lado de la puerta, custodiada por al menos dos esbirros. Sacó la pistola de dos cañones que llevaba oculta en la capa y la amartilló con un chasquido apenas perceptible. No había tiempo para la sutileza. Debía actuar ahora, antes de que los guardias decidieran hacer daño a su hermana.

Con un movimiento fluido, empujó la puerta con el pie, lanzándose al interior con la pistola en alto. Los dos esbirros, sorprendidos por la irrupción, apenas tuvieron tiempo de reaccionar. Amanda disparó al primero, la bala impactando en su pecho y derribándolo al suelo en un charco de sangre. El segundo intentó desenvainar su daga, pero la joven fue más rápida. Un segundo disparo lo alcanzó en la garganta, silenciando para siempre sus amenazas.

El olor a pólvora quemada se mezcló con el hedor a sangre fresca, creando una atmósfera asfixiante que revolvió el estómago de Amanda. Ignoró las náuseas y corrió hacia el rincón de la habitación donde una figura menuda se hallaba acurrucada, temblando de miedo.

—¡Inés! —exclamó, arrodillándose junto a su hermana y tomándola entre sus brazos.

La niña alzó el rostro, sus ojos hinchados por el llanto y llenos de terror. Al reconocer a Amanda, se aferró a ella con una desesperación que le desgarró el alma.

—¡Amanda! —sollozó la pequeña—. ¡Tenía tanto miedo! Pensé que nunca vendrías a buscarme.

—Shhh, mi amor, ya pasó todo —susurró Amanda, acariciando el cabello de su hermana con una ternura que contrastaba brutalmente con la violencia que acababa de desatar—. Estoy aquí. No permitiré que nadie te haga daño.

Pero antes de que pudiera incorporarse y sacar a Inés de aquel lugar maldito, un estruendo proveniente de la planta superior la paralizó. El sonido de madera astillándose, de cristales rompiéndose, de gritos de dolor y de acero chocando contra acero. Diego. Estaba luchando contra los esbirros de Edmond. Y por el volumen del caos, la batalla no estaba siendo fácil.

Amanda tomó a Inés de la mano, obligándola a ponerse de pie.

—Debemos irnos, ahora mismo —ordenó, con una voz que no admitía réplica—. Tu cuñado está luchando arriba. Debemos

ayudarlo.

La niña asintió con frenesí, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. Juntas, salieron de la habitación y comenzaron a ascender por las escaleras que conducían a la planta baja. El olor a humo comenzó a impregnar el aire, un olor acre y asfixiante que hizo que Amanda tosiera violentamente. Edmond. El muy bastardo había incendiado la fábrica. Intentaba quemarlos vivos a todos, incluidos sus propios esbirros, para eliminar cualquier prueba de sus crímenes.

Al llegar a la planta baja, el espectáculo que se ofreció ante sus ojos fue dantesco. Las llamas lamían las paredes de ladrillo, proyectando sombras danzantes y fantasmales sobre el suelo. El humo era tan denso que apenas permitía ver a unos metros de distancia. En el centro de la estancia, rodeado por cuatro esbirros armados con sables, se hallaba Diego. Su uniforme estaba desgarrado, su rostro manchado de sangre y hollín, pero sus ojos grises brillaban con una determinación inquebrantable. Su espada danzaba con una precisión letal, desviando los golpes y contraatacando con una ferocidad que helaba la sangre.

Amanda no dudó. Empujó a Inés hacia un rincón relativamente seguro, lejos de las llamas, y desenvainó su segunda pistola. Con una puntería forjada en las noches de práctica clandestina, disparó al esbirro que se disponía a atacar a Diego por la espalda. La bala impactó en el hombro del hombre, haciéndolo girar de dolor. Diego aprovechó la distracción para atravesarle el pecho con su espada, eliminándolo de un golpe seco.

Los tres esbirros restantes, al ver caer a su compañero, dudaron un instante. Fue todo lo que Diego necesitó. Con un rugido primitivo, se lanzó contra ellos, su espada describiendo arcos letales en el aire humeante. En cuestión de segundos, dos de los hombres yacían en el suelo, desangrándose. El tercero, aterrorizado, arrojó su arma y echó a correr hacia la puerta, desapareciendo en la noche.

Diego se giró hacia Amanda, su pecho agitado, su rostro pálido como el mármol. La herida de su hombro había vuelto a abrirse, y la

sangre manaba abundantemente, tiñendo su uniforme de un rojo oscuro. Pero sus ojos grises brillaban con alivio y amor al ver a su amada sana y salva, junto a su hermana.

—Amanda —murmuró, acercándose a ella con pasos pesados—. Gracias a Dios que estáis bien.

Antes de que pudiera abrazarla, un crujido ensordecedor resonó en las vigas del techo. Una de las principales estructuras de madera, consumida por las llamas, cedió con un estruendo que sacudió los cimientos del edificio. Un muro de fuego se desplomó entre ellos y la puerta de salida, cortándoles la retirada. El calor era insoportable, el humo les quemaba los pulmones, y las llamas avanzaban hacia ellos con una voracidad implacable.

Amanda miró a Diego, y en sus ojos no había miedo, solo una determinación feroz. Tomó la mano de su amado y la de Inés, y comenzó a buscar una salida alternativa. La fábrica era una trampa mortal, y Edmond Villeneuve había cerrado todas las puertas. Pero Amanda de Alcántara no era una mujer que se rindiera fácilmente. Si el destino quería quemarla viva, tendría que enfrentarse a una furia que ningún fuego podría apagar.

La cacería había llegado a su punto más crítico. Y en el corazón de las llamas, rodeados por la muerte y la traición, Amanda y Diego se preparaban para la batalla final contra el monstruo que había destruido sus vidas. Edmond Villeneuve creía que los tenía acorralados, que el fuego los consumiría antes de que pudieran presentar las pruebas de su usurpación. Pero había subestimado una vez más la ferocidad de una mujer que había perdido todo, excepto la voluntad de sobrevivir. Y esa, en un mundo de traiciones y tinieblas, era el arma más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 22

La viga maestra, consumida por la vorágine ígnea que devoraba la planta superior, cedió con un estruendo que sacudió los cimientos de la fábrica. Un diluvio de astillas incandescentes y tejas fundidas se desplomó sobre el suelo de la nave principal, sellando la única salida que había quedado expuesta. El calor se tornó insoportable, una presión física que aplastaba los pulmones y derretía el aire en cada inspiración. Amanda de Alcántara tosió con violencia, sintiendo cómo el hollín le raspaba la garganta y le quemaba las vías respiratorias. A su lado, la pequeña Inés se aferraba a su cintura, sollozando en silencio, con los ojos desorbitados por el pánico ante la magnitud del infierno que los rodeaba.

Diego de Mendoza, con el rostro manchado de ceniza y la casaca militar chamuscada a la altura del hombro izquierdo, evaluó la situación con la frialdad táctica de un veterano de guerra. Sus ojos grises, enrojecidos por la humareda, barrieron la estancia buscando una alternativa. Las llamas avanzaban como una marea de furia líquida, lamiendo las paredes de ladrillo y consumiendo los restos de los telares abandonados. El olor a madera carbonizada se mezclaba con el hedor químico de los tintes almacenados en el subsuelo, creando un miasma asfixiante que nublaba el juicio y debilitaba las extremidades.

—La puerta principal está bloqueada por los escombros en llamas —gritó el capitán, su voz ronca apenas audible sobre el crepitar de la hoguera—. Debemos bajar al nivel de los tintes. Allí hay un conducto de desagüe que desemboca directamente en el cauce del Manzanares.

Amanda asintió, tragando saliva para humidificar su garganta seca. Tomó a su hermana de la mano y siguió al guerrero hacia la escalera de piedra que descendía a las entrañas del edificio. El descenso fue una odisea a través de un túnel de fuego. Las llamaradas se colaban por los registros del suelo, creando barreras de brasas que Diego sorteaba con una agilidad sobrehumana, usando su propia capa empapada para azotar el resplandor anaranjado y abrir un camino seguro para las dos mujeres. Cada movimiento que el militar realizaba le arrancaba un gemido ahogado, pues el esfuerzo desgarraba los puntos de sutura de su costado y de su hombro, haciendo que la sangre fresca se mezclara con el sudor y la ceniza.

Al alcanzar el sótano, la temperatura descendió ligeramente, pero el aire se volvió aún más denso y tóxico. Los vapores de los productos químicos almacenados flotaban a ras de suelo, obligándolos a caminar agachados, respirando a través de la tela húmeda que Amanda había rasgado de su propia falda para cubrir el rostro de Inés. El capitán avanzaba en vanguardia, su espada desenvainada no para combatir a hombres, sino para derribar los estantes de madera que amenazaban con caer y aplastarlos. Su respiración era un estertor húmedo, un sonido alarmante que indicaba que la exhalación tóxica estaba comenzando a ganar la batalla contra sus pulmones.

—Casi llegamos —jadeó Diego, deteniéndose frente a una pesada reja de hierro forjado que bloqueaba el acceso al túnel de desagüe. El metal estaba oxidado y cubierto por una capa de sarro verdoso. El héroe herido golpeó la reja con la empuñadura de su arma, pero el hierro no cedió. Maldijo en voz baja, apoyando la frente contra los barrotes fríos mientras una nueva oleada de calor descendía por la escalera, anunciando que la pira funeraria los había alcanzado en el subsuelo.

La joven estratega se colocó a su lado, observando los goznes podridos por la humedad y el tiempo. Sacó un frasco de ácido nítrico de su bolso, un reactivo que utilizaba para sus estudios de metalurgia, y lo vertió generosamente sobre las bisagras superiores.

El líquido burbujeó con furia, emitiendo una neblina acre que hizo llorar los ojos de la aristócrata. Diego, comprendiendo su plan, atacó los puntos debilitados con la punta de su acero, aplicando toda la fuerza que le quedaba. Con un chirrido metálico que resonó como un lamento de agonía, la estructura cedió y se desplomó hacia el interior del conducto.

—Entrad —ordenó el militar, apartándose para que Amanda y su hermana pasaran primero.

El agua del desagüe era gélida, un contraste brutal con el horno que tenían a sus espaldas. La heredera se deslizó por el borde de piedra, sumergiendo sus botas en el líquido fangoso que le llegaba hasta las rodillas. Tomó a Inés en brazos, cargando con su peso para que la pequeña no tocara el agua contaminada, y avanzó por el túnel abovedado. El veterano los siguió, cerrando la marcha. Apenas había dado tres pasos cuando un estruendo sordo anunció el colapso parcial del techo del sótano. Una lluvia de ladrillos y mortero incandescente cayó en el cauce, generando una nube de vapor escaldante que los envolvió.

El capitán gruñó de dolor al recibir el impacto de varias piedras en la espalda y en la cabeza. Tropezó, cayendo de rodillas en el lodo. Amanda soltó un grito ahogado y retrocedió, atrapándolo por los brazos para evitar que se sumergiera por completo. El rostro de Diego estaba pálido como la tiza, sus labios teñidos de un azul preocupante, y la sangre de sus heridas se diluía en el agua sucia, creando remolinos carmesíes a la luz de la única antorcha que aún lograba mantener encendida.

—Seguid adelante —susurró él, con la voz quebrada por la agonía—. La salida está a pocos metros. Yo os cubriré.

—No os dejaré atrás, Diego de Mendoza —replicó Amanda, con una firmeza que no admitía réplica. Pasó a Inés a su propia espalda, atándola con los pliegues de su capa, y luego pasó el brazo sano del capitán por encima de sus hombros, soportando su peso con una determinación férrea—. Caminaréis si os arrastro por el fango, pero no moriréis en esta cloaca.

Juntos, avanzaron por el túnel, una imagen de supervivencia y amor en medio de la desolación. La corriente se fue haciendo más profunda, obligándolos a nadar los últimos tramos. El aire fresco de la noche comenzó a filtrarse por el extremo del conducto, una brisa helada que supo a gloria para sus pulmones destrozados. Finalmente, emergieron a la orilla fangosa del río, tosiendo y escupiendo el líquido negro que habían tragado.

Amanda depositó a Inés sobre la hierba húmeda, acariciando su cabello empapado y murmurando palabras de consuelo. Luego se volvió hacia Diego, que yacía de espaldas en el barro, con el pecho agitándose violentamente. Se arrodilló junto a él, limpiando el hollín de su rostro con manos temblorosas, buscando sus ojos grises para anclarlo a la realidad.

—Lo hemos logrado, mi amor —susurró ella, besando sus labios agrietados—. Estamos fuera. Estamos a salvo.

Pero la paz duró apenas un suspiro. Un sonido de pasos chapoteando en el agua del desagüe rompió la quietud de la ribera. Amanda se giró con la rapidez de un felino, extrayendo la daga de empuñadura enjoyada que llevaba oculta en el corsé. De la boca del túnel emergió una figura que parecía haber nacido de las pesadillas más oscuras del averno.

El marqués Edmond Villeneuve avanzaba por el lodo, arrastrando una pierna herida. Su impecable frac de noche había sido reducido a harapos chamuscados, y su rostro, antaño de una belleza aristocrática, estaba desfigurado por quemaduras de primer grado que le pelaban la piel y le dejaban la carne viva y supurante. Sus ojos oscuros brillaban con una locura febril, desprovistos de cualquier rastro de humanidad o razón. En su mano sana, empuñaba una pistola de chispa, apuntando directamente al pecho de Diego, que aún no tenía fuerzas para incorporarse.

—Pensasteis que el fuego os libraría de mí —escupió el noble degenerado, su voz gorgoteando a través de la garganta irritada por la cortina de hollín—. Pensasteis que podríais robar mi legado, destruir mi familia y escapar con vuestras vidas intactas. Pero los

Villeneuve siempre cobran sus deudas, y esta noche, la deuda es de sangre.

La mujer de ojos esmeralda se interpuso entre el cañón del arma y el cuerpo inerte de su amante, alzando la hoja con una mano firme. Su mirada brillaba con una furia gélida, desafiando al aristócrata sádico a que disparara.

—Si disparáis, Edmond, os juro que no tendréis tiempo de ver cómo muero —replicó ella, con un tono que goteaba una calma letal—. Mi acero será más rápido que vuestro plomo, y vuestro último instante en este mundo será mirando los ojos de la mujer que habéis intentado destruir.

El joven aristócrata soltó una carcajada ronca, un sonido horrible que se mezcló con el crepitar de la fábrica que seguía ardiendo a sus espaldas. El resplandor anaranjado de las llamas proyectaba sombras danzantes sobre su rostro quemado, transformándolo en la encarnación misma del demonio. Apretó el gatillo, pero el mecanismo del arma, mojado por el agua del río, falló con un chasquido metálico inútil.

El monstruo maldijo, arrojando el artefacto inservible al lodo y desenvainando un puñal de hoja ancha con un movimiento torpe y desesperado. Se abalanzó sobre Amanda, ciego por el odio y la agonía de sus propias quemaduras. La dama no retrocedió. Aceptó el impacto del cuerpo del marqués contra el suyo, clavando sus botas en el barro para no ser derribada. El filo del puñal rozó su mejilla, abriendo un corte superficial que comenzó a sangrar, pero la heredera ni siquiera parpadeó.

Con un giro de muñeca preciso, quirúrgico, esquivó el segundo ataque y hundió su daga en el abdomen de Edmond. El acero penetró la carne con un sonido húmedo y nauseabundo, atravesando las capas de seda y lino, y alojándose profundamente en las vísceras del noble. Edmond abrió la boca en un grito mudo, sus ojos desorbitados por la sorpresa y el dolor. La sangre brotó de su herida, manando a chorros y tiñendo el agua fangosa de la orilla.

Amanda retiró el arma con un tirón brusco, dejando que el cuerpo del marqués se desplomara de rodillas en el fango. Edmond la miró con una expresión de incredulidad, tosiendo sangre que manchaba sus labios. Sus manos temblorosas intentaron aferrarse a la falda de la joven, pero la fuerza lo abandonaba rápidamente.

—Maldita seas —gorgoteó él, con la voz apagándose—. Maldita sea tu sangre... maldito sea el linaje que...

Las palabras murieron en su garganta. Los ojos oscuros de Edmond Villeneuve se vidriaron, perdiendo el brillo de la locura y la crueldad, para fijarse en un punto invisible más allá de las llamas que consumían su legado. Su cuerpo se relajó, desplomándose de lado sobre el lodo de la ribera, muerto antes de que el río pudiera lavar su sangre.

Amanda permaneció inmóvil, con la daga goteando en su mano, observando el cadáver del hombre que había arruinado su vida y la de tantos otros. No sintió triunfo, ni alegría, ni siquiera alivio. Solo una profunda y abrumadora tristeza por la cantidad de destrucción que había sido necesaria para detener a un solo monstruo. Guardó el arma en su corsé y corrió de nuevo hacia Diego, que la observaba con una mezcla de orgullo y admiración profunda.

Se arrodilló junto a él, tomando su rostro entre sus manos, besando sus labios con una ternura que contrastaba con la brutalidad del momento. El capitán alzó una mano temblorosa y acarició la mejilla herida de la joven, limpiando la sangre con su pulgar.

—Sois mi guerrera, Amanda —murmuró él, con una sonrisa cansada que iluminó su rostro sucio de hollín—. Mi espada, mi escudo y mi corazón.

Inés, recuperada del shock inicial, se acercó y se arrodilló junto a ellos, envolviendo a su hermana y al capitán en un abrazo que los ancló a la vida, a la esperanza y a un futuro que, por fin, comenzaba a despuntar sobre las cenizas del pasado.

CAPÍTULO 23

El alba se abrió paso entre los jirones de humo que aún ascendían desde las ruinas humeantes de la fábrica de San Fernando, tiñendo el cielo madrileño con tonalidades de cobre y amatista. La brisa matinal, cargada con el olor acre de la madera carbonizada y los productos químicos volatilizados, acariciaba los rostros exhaustos de los tres supervivientes que emergían del fango de la ribera del Manzanares. Amanda de Alcántara permaneció arrodillada junto al cadáver del marqués Edmond Villeneuve, observando con una frialdad quirúrgica cómo la sangre del aristócrata se mezclaba con el agua turbia del río, formando remolinos carmesíes que la corriente se llevaba hacia el sur, hacia el mar, hacia el olvido.

Con manos firmes, a pesar del temblor que le sacudía las extremidades por la adrenalina residual, la joven registró los bolsillos del difunto. Sus dedos, manchados de hollín y barro, encontraron lo que buscaba: el tubo de plomo que contenía el acta de usurpación, arrancado de su corsé durante el forcejeo final. El pergamino estaba ligeramente húmedo, pero el sello de lacre negro permanecía intacto, preservando la autenticidad del documento que condenaba a toda una estirpe. Junto al cilindro, descubrió una bolsa de cuero repleta de monedas de oro y un segundo legajo, más pequeño, que contenía las confesiones manuscritas del propio Edmond, escritas con la caligrafía temblorosa de un hombre que sabía que su final estaba próximo.

—Lo tengo todo —murmuró Amanda, guardando los documentos en el interior de su capa con un cuidado reverente—. Tenemos su cabeza, Diego. Y la de toda su familia.

El capitán, apoyado contra el tronco de un sauce llorón, asintió con lentitud. Su rostro estaba pálido como el mármol de los sarcófagos, y la respiración le silbaba en el pecho con un sonido preocupante que indicaba que el humo tóxico había dañado sus pulmones. Sin embargo, sus ojos grises brillaban con una determinación inquebrantable, anclados en la figura de su amada como un náufrago se aferra a la única tabla de salvación en medio de la tempestad.

—Debemos llevar esto al Palacio Real antes de que los esbirros supervivientes de Edmond alerten a la corte —jadeó él, intentando incorporarse con un esfuerzo visible—. Si conseguimos una audiencia con el valido del Rey, con las pruebas en la mano, los Villeneuve caerán antes de que el sol alcance su cenit.

Amanda se aproximó a él, pasando su brazo sano alrededor de la cintura del guerrero para ayudarlo a ponerse de pie. Inés, la hermana menor, se mantenía a su lado, envuelta en la capa empapada de la aristócrata, con los ojos aún desorbitados por el horror de la noche pero con una resiliencia que hablaba de la fortaleza del linaje de los Alcántara. Juntos, los tres caminaron por la orilla del río, alejándose de las ruinas humeantes y adentrándose en las callejuelas que conducían al corazón de la capital.

El trayecto hasta el Palacio Real fue una travesía por el purgatorio. Diego cojeaba visiblemente, apoyando la mayor parte de su peso en Amanda, quien ignoraba el dolor que le atravesaba las costillas y el hombro herido para sostener a su amante. Las calles de Madrid comenzaban a despertar, llenándose con el pregón de los lecheros y el traqueteo de los primeros carruajes. La joven aristócrata se ajustó la capucha de su capa, ocultando su rostro manchado de hollín y sangre seca, mientras su mente trazaba la estrategia para la audiencia real. No podían presentarse ante el Rey en aquel estado lamentable; necesitarían credibilidad, elegancia y la autoridad que solo otorgaba el linaje.

—Nos detendremos en la residencia del embajador austriaco —decidió Amanda, con una voz que no admitía réplica—. El conde von

Hagen es deudor de mi familia desde hace años. Nos proporcionará ropas limpias, un carruaje y, lo más importante, una carta de presentación que nos garantice acceso inmediato al valido.

El embajador, un hombre corpulento y afable de bigotes encerados, los recibió con una mezcla de horror y compasión al ver el estado en que llegaban. Sin hacer preguntas, ordenó a sus criados que prepararan baños calientes, que llamaran a un cirujano para atender al capitán herido, y que buscaran vestimentas adecuadas para la joven aristócrata. En menos de dos horas, Amanda emergió de los aposentos de invitados transformada en la encarnación de la venganza elegante. Vestía un traje de raso color medianoche, cuyo corsé ajustado realzaba la curva de su busto y ocultaba las armas que aún portaba. Su cabello castaño, recogido en un elaborado moño trenzado, dejaba expuesta la línea esbelta y desafiante de su cuello, donde una fina venda de encaje cubría el corte superficial que Edmond le había infligido en la mejilla.

Diego, por su parte, había sido atendido por el cirujano del embajador, quien había limpiado sus heridas, vuelto a suturar los puntos que se habían abierto y vendado su torso con una destreza que rivalizaba con la de la propia Amanda. El capitán vestía un uniforme militar impecable, prestado por un attaché del embajador, y aunque su rostro seguía pálido y sus movimientos eran rígidos, la dignidad y la autoridad que emanaba de su figura eran las de un general victorioso, no las de un soldado derrotado.

El carruaje del embajador los condujo hasta el Palacio Real, deteniéndose frente a la imponente fachada de piedra caliza que se alzaba contra el cielo azul de la mañana. Amanda descendió del vehículo con la gracia felina de una pantera que se adentra en territorio enemigo, sosteniendo el tubo de plomo contra su pecho como un escudo sagrado. Diego la siguió, su mano descansando sobre la empuñadura de su espada, sus ojos grises escrutando cada movimiento de los guardias reales que los escoltaban hacia el interior del palacio.

La audiencia con el valido del Rey, el duque de Alcudia, se celebró en el despacho privado de la planta noble, una estancia lujosamente decorada con frescos del techo, tapices flamencos y muebles de caoba barnizada. El duque, un hombre de edad avanzada con rostro afilado y ojos astutos, recibió a los dos suplicantes con una mezcla de curiosidad y desdén aristocrático.

—Capitán Mendoza, doña Amanda de Alcántara —pronunció el valido, haciendo una reverencia burlona que no llegaba a sus ojos pequeños y calculadores—. ¿A qué debo el honor de esta visita tan inusual, y en un estado tan... pintoresco?

Amanda no perdió el tiempo con cortesías. Avanzó hacia el escritorio del duque, extrajo el tubo de plomo de su corsé y lo depositó sobre la superficie de caoba con un golpe seco que resonó en la estancia.

—He venido a entregaros la cabeza de una hidra, excelencia —sentenció ella, con una voz que goteaba una autoridad que helaba la sangre—. Los Villeneuve no son quienes dicen ser. La condesa Catalina es una impostora, una carnicera de París que usurpó la identidad de una noble muerta para saquear una fortuna colossal. Y su hijo Edmond, cuyo cadáver yace ahora en la orilla del Manzanares, era el ejecutor de una red de asesinatos, extorsiones y traiciones que abarca dos décadas y dos reinos.

El duque de Alcudia palideció, sus ojos desviándose hacia el tubo de plomo y luego hacia el rostro de la joven. Con manos temblorosas, rompió el sello y desenrolló el pergamino, leyendo las líneas de tinta desvaída que detallaban el contrato de usurpación firmado por la carnicera de Les Halles. Sus labios se movieron en silencio, procesando la magnitud de la revelación.

—Esto es... esto es una acusación gravísima, doña Amanda —murmuró el valido, alzando la vista con una mezcla de asombro y temor—. Si lo que decís es cierto, los Villeneuve han estado operando bajo una identidad falsa, robando a la Corona francesa y a la española durante décadas. Las consecuencias serían... catastróficas.

—No son consecuencias, excelencia, son hechos —replicó Diego, dando un paso al frente y depositando junto al pergamino el legajo de confesiones de Edmond—. El marqués, antes de morir, confesó cada crimen, cada asesinato, cada soborno. Aquí tenéis las pruebas de que la familia Villeneuve ha estado financiando una red de espionaje que vende secretos de estado a potencias extranjeras. Si no actuáis ahora, antes de que la noticia llegue a París, la Corona española enfrentará una crisis diplomática sin precedentes.

El duque de Alcudia se recostó en su sillón, pasando una mano temblorosa por su frente perlada de sudor. Sabía que los dos suplicantes tenían razón. Los Villeneuve eran una bomba de relojería que amenazaba con destruir el delicado equilibrio de poder entre las cortes europeas. Y él, como valido del Rey, sería el responsable de desactivarla o de perecer en la explosión.

—Ordenaré el arresto inmediato de la condesa Catalina y de todos los miembros supervivientes de la familia Villeneuve —sentenció el valido, con una voz que recuperaba la autoridad—. Sus bienes serán confiscados por la Corona, y sus títulos, revocados. Vosotros dos —añadió, clavando sus ojos astutos en Amanda y Diego— seréis recompensados generosamente por vuestros servicios a la Corona. Pero debéis jurar silencio absoluto sobre este asunto hasta que la justicia real haya actuado.

Amanda y Diego intercambiaron una mirada, comunicándose un universo entero de promesas no dichas. Asintieron con solemnidad, aceptando las condiciones del valido. Sabían que la batalla estaba ganada, pero la guerra aún no había terminado. Catalina, la verdadera mente maestra detrás de la usurpación, seguía suelta. Y una mujer de su inteligencia y crueldad no se rendiría sin luchar.

La orden de arresto se ejecutó con una rapidez y eficiencia que sorprendió incluso a los propios guardias reales. Un destacamento de la Guardia de Corps, liderado por el capitán de los reales ejércitos, se presentó en el palacio de los Villeneuve a mediodía, derribando las puertas de roble y registrando cada rincón de la

mansión. Sin embargo, cuando llegaron a los aposentos privados de la matriarca, se encontraron con una sorpresa desconcertante.

La condesa Catalina había desaparecido.

Los armarios estaban vacíos, las joyas habían sido retiradas de sus cofres, y los documentos más comprometedores habían sido quemados en la chimenea, cuyas cenizas aún humeaban. Solo quedaba un rastro de perfume a tuberosa y una nota manuscrita sobre el tocador de la matriarca, escrita con una caligrafía afilada y elegante: La partida no ha terminado, queridos niños. Nos veremos pronto.

Amanda y Diego, que habían acompañado al destacamento para asegurar la recuperación de las pruebas restantes, se hallaban de pie en el centro del dormitorio de Catalina, observando la nota con una mezcla de furia y consternación. El capitán apretó los puños, la cicatriz de su rostro tensándose hasta adquirir un tono blanquecino que delataba su frustración contenida.

—Se nos ha escapado —murmuró él, con una voz ronca que vibraba de rabia—. Después de todo lo que hemos hecho, de todas las vidas que hemos arriesgado, la carnicera de París sigue suelta.

Amanda tomó la nota entre sus dedos, estudiando la caligrafía con una atención casi obsesiva. Sus ojos verdes brillaban con una determinación inquebrantable, reflejando la luz mortecina que se filtraba por los ventanales de la estancia.

—No se nos ha escapado, Diego —replicó ella, con una calma heladora que resultaba más aterradora que cualquier grito—. Solo ha ganado tiempo. Pero el tiempo se acaba para ella. Y cuando la encontremos, no habrá ningún río ni ninguna fábrica en llamas que la salve de nuestra justicia.

Diego la observó con una intensidad renovada, percibiendo la fuerza que se ocultaba tras la fragilidad aparente de aquella mujer. Y supo, con absoluta certeza, que estaba perdido. Que aquella dama de carácter indomable había irrumpido en su existencia como un huracán, arrastrando consigo todas las barreras que había

construido a lo largo de los años. La amaba con una ferocidad que le quemaba las entrañas, con una devoción que desafiaba a la razón y al deber.

—Entonces la cazaremos juntos, mi amor —sentenció él, tomando la mano de Amanda y llevándola a sus labios para depositar un beso reverente—. Y no descansaremos hasta que su cabeza adorne la picota de la Plaza Mayor.

Amanda asintió, apretando la mano del capitán con una fuerza que le dejó marcas en la piel. Sabía que el camino que estaban a punto de emprender estaba pavimentado con huesos y sombras, que la sangre mancharía sus manos y que el dolor los acompañaría hasta el final de sus días. Pero también sabía que no estaba sola. Que el hombre que tenía delante, con su cicatriz y su mirada tormentosa, era el único aliado en el que podía confiar.

Juntos, salieron del palacio de los Villeneuve, dejando atrás los restos de un imperio de mentiras y traiciones. La ciudad de Madrid se extendía ante ellos, un laberinto de luces y sombras, de palacios dorados y callejones sangrientos. Habían ganado la batalla, habían recuperado el legado robado y habían destruido a los monstruos que habían amenazado sus vidas. Pero la guerra por la verdad aún no había terminado. Y mientras Catalina respirara, mientras su sombra se extendiera por las calles de la capital, Amanda de Alcántara y Diego de Mendoza no conocerían la paz.

La cacería continuaba. Y la verdadera pesadilla apenas comenzaba.

CAPÍTULO 24

El otoño madrileño se desplegaba sobre la capital como un manto de oro fundido y sombras alargadas, tiñendo las hojas de los jardines del Retiro con tonalidades de ámbar, carmesí y púrpura. Tres meses habían transcurrido desde aquella noche fatídica en la fábrica de San Fernando, tres meses en los que Madrid había intentado olvidar los horrores que habían ensangrentado sus callejones y profanado sus criptas. La ciudad, con su memoria corta y su apetito insaciable por la frivolidad, había vuelto a sumirse en el torbellino de los bailes de temporada, las tertulias literarias y los paseos por la Castellana, como si los cadáveres mutilados y las conspiraciones aristocráticas nunca hubieran existido.

Sin embargo, para Amanda de Alcántara y Diego de Mendoza, aquellos noventa días habían sido un paréntesis de paz robada al destino, un oasis de dulzura en medio de un desierto de traiciones y sangre. La joven heredera, ahora reconocida oficialmente por la Corona como la legítima propietaria de la fortuna parisina restituida, había rechazado con altivez los títulos nobiliarios que el valido del Rey le había ofrecido. En su lugar, había destinado la mayor parte de su patrimonio a la fundación de hospitales para los huérfanos de guerra y a la creación de una escuela de medicina para mujeres, un escándalo silencioso que había hecho temblar los cimientos de la sociedad conservadora madrileña.

Diego, por su parte, había sido promovido al rango de General de Brigada, un ascenso que había aceptado con la misma resignación con la que aceptaba las cicatrices de su cuerpo. Su nuevo despacho, situado en la planta noble del cuartel general, estaba decorado con una sobriedad espartana que contrastaba con el lujo barroco del resto del edificio. Los únicos adornos que permitía eran un retrato en

miniatura de Amanda, pintado por un artista italiano de paso por la corte, y una daga de empuñadura enjoyada que había pertenecido al marqués Edmond, conservada como un recordatorio macabro de las batallas libradas.

Aquella tarde, el general se hallaba de pie junto al ventanal de su despacho, observando cómo los últimos rayos del sol bañaban los tejados de pizarra con una luz dorada y melancólica. Su uniforme, impecable y cargado de medallas, contrastaba con la expresión serena de su rostro, un rostro que había perdido parte de su dureza marcial desde que el amor de Amanda había comenzado a sanar las heridas invisibles de su alma. La cicatriz que le surcaba la mandíbula, antaño una marca de vergüenza y dolor, se había convertido en un testimonio de supervivencia, una línea de batalla que su amada acariciaba con reverencia cada noche antes de dormirse.

Un suave golpe en la puerta interrumpió sus reflexiones. Sin esperar respuesta, Amanda irrumpió en la estancia con la gracia felina que la caracterizaba, portando entre sus brazos una caja de terciopelo azul. Su cabello castaño, recogido en un elaborado peinado de trenzas entrelazadas con perlas, realzaba la delicadeza de sus facciones, mientras que sus bonitos ojos resplandecían con una chispa de travesura que desmentía la seriedad de su linaje. Vestía un traje de paseo color marfil, cuyo corsé ajustado realzaba la curva de su busto y dejaba entrever, bajo los pliegues de la falda, la silueta de una daga oculta, un hábito que ni tres meses de paz habían logrado erradicar.

—Os he estado buscando por toda la residencia, general —murmuró ella, con una sonrisa que iluminó el rostro del militar—. Mis doncellas aseguran que os habéis escondido en este despacho para evitar los preparativos de nuestra boda.

Diego soltó una carcajada baja, acercándose a ella con pasos medidos. La tomó por la cintura, atrayéndola contra su cuerpo con una posesividad que la hizo estremecer de placer. El contacto de sus cuerpos, separados apenas por las capas de tela, envió una

descarga de calor a través de la piel de ambos, recordándoles la pasión que habían compartido en la cabaña del bosque de El Pardo, en la buhardilla de los tejados, en cada rincón donde la muerte los había acechado.

—No me escondo, mi amor —replicó él, con la voz ronca que vibraba en el pecho de la joven—. Solo intento recordar cómo es mi rostro sin las arrugas que me ha provocado la organización de este banquete nupcial. Mi madre, que en gloria esté, me enseñó que las batallas más feroces no se libran en el campo de combate, sino en los salones donde las damas de la alta sociedad discuten sobre la disposición de los asientos y el color de las servilletas.

Amanda rio, un sonido musical que resonó en las paredes del despacho como un bálsamo para el alma atormentada del guerrero. Abrió la caja de terciopelo, revelando un par de alianzas de oro macizo, sencillas pero de una belleza sobrecogedora. En el interior de cada anillo, una inscripción grabada con una caligrafía minuciosa brillaba a la luz del atardecer.

—He mandado grabar nuestras iniciales y la fecha de nuestra primera batalla —susurró ella, tomando la alianza masculina y deslizando sus dedos por el metal frío—. No la fecha de nuestro encuentro en el callejón, ni la de nuestro primer beso, sino el día en que decidimos luchar juntos contra los monstruos. Porque eso es lo que nos une, Diego. No las convenciones sociales, ni los títulos nobiliarios, sino la sangre derramada y las verdades arrancadas de las sombras.

El capitán tomó la alianza femenina, sus dedos callosos rozando los de la joven con una delicadeza que contrastaba con la rudeza de sus manos. Se arrodilló frente a ella, un gesto que habría escandalizado a cualquier cortesano, y deslizó el anillo en el dedo anular de Amanda con una reverencia absoluta.

—Os juro, Amanda de Alcántara, que seré vuestro escudo contra el mundo, vuestra espada contra la injusticia y vuestro refugio contra la tormenta —murmuró él, alzando el rostro para sostener su mirada—. Aunque los cielos se desplomen y la tierra se abra bajo

nuestros pies, mi amor por vos será la única constante en este universo de caos.

Amanda sintió que las lágrimas amenazaban con brotar de sus ojos, pero se negó a permitirlo. No delante de él, no cuando la vida les había enseñado que la felicidad era un lujo efímero que debía ser saboreado sin derramar una sola gota de tristeza. Inclino la cabeza, capturando los labios del capitán en un beso que supo a promesas eternas, a jazmín y a pólvora, a un amor forjado en el infierno y templado en la gloria.

El momento de ternura fue interrumpido por un golpe urgente en la puerta. El sargento Ruiz, el hombre de confianza de Diego, irrumpió en la estancia con el rostro pálido y la respiración entrecortada. Su uniforme estaba manchado de barro, y sus ojos brillaban con una consternación que heló la sangre de los dos amantes.

—Mi general, mi señora —balbuceó el soldado, haciendo una reverencia apresurada—. Debéis venir conmigo. Ahora mismo. En el barrio de Lavapiés.

Diego se incorporó con un movimiento fluido, su mano instintivamente buscando la empuñadura de su espada. La transformación fue instantánea: el prometido enamorado desapareció, dando paso al guerrero veterano, al depredador que olía la sangre a kilómetros de distancia.

—¿Qué ha ocurrido, Ruiz? —preguntó él, con una voz que goteaba una calma heladora que resultaba más aterradora que cualquier grito.

—Otro cadáver, mi general —respondió el sargento, tragando saliva con dificultad—. En un callejón de la calle de la Fe. Las mutilaciones son idénticas a las de los primeros crímenes. El corazón ha sido extraído con precisión quirúrgica, y hay símbolos esotéricos grabados en el torso. La guardia real ha acordonado la zona, pero el magistrado ha solicitado vuestra presencia urgente.

Amanda sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Las palabras del sargento resonaron en su mente como un trueno, destrozando la paz que habían construido durante tres meses. Los crímenes rituales, los asesinatos de la Llama Negra, habían regresado. Pero eso era imposible. Los Villeneuve estaban muertos o en la horca, la secta había sido desmantelada, y los documentos que probaban su culpabilidad habían sido presentados ante el Rey.

—Es una imitación —murmuró ella, con la voz temblorosa pero la mente afilada como un bisturí—. Alguien está intentando culpar a los Villeneuve por crímenes que no cometieron, o bien, los Villeneuve no eran los únicos miembros de la secta.

Diego la miró con una intensidad que la desarmó por completo. Sus ojos grises, oscurecidos por la preocupación y la furia, se clavaron en los de ella con una determinación inquebrantable. Tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de la joven, y se volvió hacia el sargento.

—Preparad el carruaje, Ruiz —ordenó el general, con una voz que no admitía réplica—. Y enviad un mensaje al magistrado. Decidle que el capitán de Mendoza y su futura esposa acudirán de inmediato a la escena del crimen.

Amanda asintió, ajustándose la capa con movimientos rápidos y nerviosos. La alianza de oro en su dedo anular brillaba con un destello frío, un recordatorio de la felicidad que acababan de jurarse y que ahora, una vez más, amenazaba con ser arrebatada por las sombras. Tomó la daga de empuñadura enjoyada que había pertenecido a Edmond y la escondió en el interior de su corsé, un gesto que Diego observó con una mezcla de orgullo y preocupación.

—No permitiré que nadie os haga daño, mi amor —susurró él, besando su frente con una ternura que contrastaba con la letalidad de sus palabras—. Ni en este mundo ni en el siguiente.

—Lo sé, Diego —respondió ella, con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Pero esta vez, no seré la presa. Esta vez, seré la cazadora.

Juntos, salieron del despacho y descendieron las escaleras del cuartel general, dejando atrás los preparativos de la boda y la promesa de una vida juntos. El carruaje los esperaba en el patio de armas, sus caballos piafando nerviosamente sobre los adoquines. Amanda y Diego subieron al vehículo, sus manos entrelazadas, sus miradas fijas en un punto invisible más allá de las paredes de madera.

El trayecto hasta el barrio de Lavapiés fue un silencio denso, cargado de preguntas sin respuesta y de presentimientos funestos. Las calles se fueron volviendo más estrechas y sombrías a medida que se adentraban en el corazón de los barrios bajos, flanqueadas por edificios decrepitos que parecían inclinarse unos sobre otros como ancianos decrepitos. El olor a carbón, a pescado podrido y a aguas estancadas impregnaba el aire, revolviendo el estómago de Amanda.

Al llegar a la calle de la Fe, el espectáculo que se ofreció ante sus ojos fue dantesco. Un destacamento de la guardia real había acordonado el callejón, y una multitud de curiosos se apiñaba tras las barreras, murmurando con una mezcla de morbo y terror. Los faroles de gas proyectaban sombras alargadas y danzantes sobre los muros de ladrillo, iluminando con macabra claridad el espantoso lienzo que yacía sobre el empedrado resbaladizo.

Amanda descendió del carruaje con pasos firmes, ignorando las miradas inquisitivas de los soldados y los murmullos de la multitud. Diego la siguió de cerca, su mano descansando sobre la empuñadura de su espada, sus ojos grises escrutando cada rincón del callejón con la eficiencia de un depredador buscando a su presa.

El cadáver yacía boca arriba, sus brazos extendidos en una postura que recordaba a los santos martirizados de las iglesias barrocas. El rostro del difunto, un hombre de unos cuarenta años con ropas de comerciante, estaba congelado en una máscara de terror absoluto, con los ojos desorbitados y la boca abierta en un grito mudo. Pero fue el torso, despojado de la camisa de lino, lo que captó toda la atención médica de Amanda.

Sobre el esternón, la piel había sido seccionada con una precisión quirúrgica que helaba la sangre. El corazón había sido extraído, dejando una cavidad vacía que manaba un hilo de sangre oscura. Sin embargo, algo no encajaba. Amanda se arrodilló junto al cuerpo, ignorando el hedor a muerte violenta que impregnaba el aire, y examinó los bordes de la incisión con una atención casi obsesiva.

—Los cortes son diferentes —murmuró ella, con la voz apenas audible—. En los crímenes originales, las incisiones seguían un patrón litúrgico estricto, una geometría sagrada que requería un conocimiento anatómico profundo. Estos cortes son torpes, irregulares. Alguien está intentando imitar la firma de la Llama Negra, pero carece de la destreza necesaria.

Diego se arrodilló a su lado, observando las heridas con una expresión sombría. Sus ojos grises, oscurecidos por la preocupación, se clavaron en los de ella con una intensidad que la desarmó por completo.

—Entonces no es la secta original —dedujo él, con una voz ronca que vibraba en el pecho de la joven—. Es alguien que ha estudiado los crímenes de los Villeneuve y está intentando replicarlos. Pero, ¿por qué? ¿Qué beneficio obtiene de esta imitación?

Amanda no respondió de inmediato. Su mente, afilada como el bisturí con el que diseccionaba los misterios de la muerte, comenzaba a trazar las conexiones entre los crímenes originales y esta nueva masacre. Algo se le escapaba, un detalle insignificante que amenazaba con desmoronar todas sus certezas.

Se incorporó con lentitud, sus ojos verdes recorriendo el callejón con una determinación inquebrantable. La noche madrileña se extendía ante ella, un laberinto de luces y sombras, de palacios dorados y callejones sangrientos. Los crímenes habían regresado, pero esta vez, la cacería sería diferente. Esta vez, no buscarían a los monstruos que ya habían sido destruidos. Buscarían al imitador, al aprendiz de asesino que había decidido jugar a ser Dios con las vidas de los inocentes.

Pero Amanda de Alcántara, la heredera indomable, la mujer que había desafiado a la muerte y había amado a un guerrero atormentado, estaba dispuesta a cazarlo hasta los confines del infierno. Porque si había algo que había aprendido en aquella vida de traiciones y tinieblas, era que la justicia no se otorga, se arranca. Y ella tenía las manos lo suficientemente firmes para arrancarla, aunque el precio fuera su propia alma.

CAPÍTULO 25

La luz mortecina de los faroles de gas se filtraba por las ventanas altas de la morgue improvisada en el sótano del Hospital General, proyectando sombras alargadas y danzantes sobre las losas de mármol manchadas por años de uso inmisericorde. El aire estaba cargado con el olor penetrante del formol, de la cera derretida y de las hierbas aromáticas que los enterradores quemaban en braseros de latón para sofocar los efluvios de la descomposición. Amanda de Alcántara se hallaba de pie junto a la mesa de disección, sus ojos esmeralda fijos en el cadáver del comerciante que yacía ante ella con la palidez cerúlea de los muertos recientes. Sus manos, enguantadas en cuero fino para protegerse de los fluidos corporales, sostenían una lupa de aumento que le permitía examinar los bordes de la incisión torácica con una minuciosidad casi obsesiva.

Diego de Mendoza permanecía a su lado, su figura imponente recortada contra la penumbra de la estancia. Había enviado a sus hombres a registrar los perímetros del barrio, a interrogar a los testigos y a rastrear cualquier movimiento sospechoso en las tabernas y casas de apuestas de los alrededores. Sin embargo, su lugar estaba junto a Amanda, anclado a ella por un vínculo que trascendía las obligaciones militares y las convenciones sociales. Observaba el perfil de su amada, la concentración que fruncía su entrecejo, la forma en que sus labios se movían en silencio mientras procesaba la información visual. Incluso en aquel entorno macabro, rodeada de muerte y descomposición, Amanda poseía una belleza sobrecogedora, una elegancia intelectual que desafiaba la fealdad del mundo que la rodeaba.

—Los cortes no siguen la geometría sagrada de la Llama Negra —murmuró la joven, rompiendo el silencio denso de la estancia. Su

voz, aunque suave, vibraba con una certeza que helaba la sangre—. En los crímenes originales, las incisiones formaban un triángulo equilátero perfecto alrededor del esternón, con los vértices alineados con las costillas tercera, quinta y séptima. Este patrón requería un conocimiento anatómico profundo, una precisión que solo se adquiere tras años de disección de cadáveres en los anfiteatros de París o de Montpellier.

Señaló con el dedo enguantado los bordes irregulares de la herida, donde la piel había sido seccionada con una sierra de dientes finos en lugar del bisturí quirúrgico utilizado por los asesinos originales.

—Aquí, el triángulo está deformado. El vértice superior se desvía dos centímetros hacia la izquierda, y los cortes laterales son asimétricos. El asesino no conoce la anatomía humana con la profundidad necesaria para replicar la firma de la secta. Está trabajando con un modelo impreso, probablemente una ilustración de los periódicos sensacionalistas que publicaron los detalles de los crímenes originales hace dos años.

Diego se aproximó a la mesa, inclinando su rostro hacia el cadáver para examinar las marcas con mayor detalle. Sus ojos grises, entrenados para detectar las mínimas irregularidades en el campo de batalla, recorrieron el torso del difunto con una atención casi quirúrgica.

—¿Y los símbolos esotéricos? —preguntó él, con la voz ronca que resonaba en las paredes de piedra de la morgue—. Los guardias aseguran que hay marcas grabadas en la piel, idénticas a las de las víctimas anteriores.

Amanda negó con la cabeza, un gesto que hizo caer un mechón de cabello castaño sobre su mejilla. Extrajo un frasco de alcohol de su bolso y humedeció un paño de lino, limpiando con cuidado la zona del abdomen donde se hallaban los grabados.

—Los símbolos son una imitación burda —explicó ella, con una frustración contenida que teñía sus palabras—. En los crímenes originales, los sigilos de la Llama Negra estaban grabados con una

herramienta de punta fina, probablemente un punzón de acero templado, y las líneas eran profundas y uniformes. Aquí, las marcas han sido realizadas con un cuchillo de cocina común, de hoja ancha y filo desigual. Las líneas son superficiales, apenas rozan la epidermis, y los ángulos están mal calculados.

Dejó el paño sobre la bandeja de instrumentos y se volvió hacia Diego, sus ojos brillando con una determinación que la hacía parecer más alta, más imponente.

—Esto no es un ritual, Diego. Es una pantomima. Alguien está intentando culpar a los Villeneuve por crímenes que no cometieron, o bien, está utilizando el miedo que la secta sembró en Madrid para ocultar un motivo completamente diferente.

El capitán asintió con lentitud, su mente táctica procesando la información con la rapidez de un ajedrecista que anticipa los movimientos de su oponente. Se acercó a Amanda, pasando sus brazos alrededor de su cintura y atrayéndola contra su pecho con una ternura que contrastaba brutalmente con la crudeza del entorno. El contacto de sus cuerpos envió una descarga de calor a través de la piel de ambos, un recordatorio reconfortante de la vida que latía bajo las capas de ropa y de la muerte que los rodeaba.

—Entonces tenemos dos posibilidades —murmuró él, apoyando la barbilla sobre la coronilla de la joven—. O bien es un imitador que busca notoriedad, un loco que ha leído los periódicos y ha decidido emular a los monstruos que tanto temía la corte. O bien, es alguien con un motivo específico, alguien que necesita que los crímenes parezcan obra de la Llama Negra para desviar la atención de su verdadero objetivo.

Amanda apoyó la cabeza contra el pecho del guerrero, escuchando el ritmo constante de su corazón, ese tambor de guerra que latía únicamente para ella. Cerró los ojos por un instante, permitiendo que el aroma a pólvora y a cuero mojado que lo envolvía la anclara a la realidad, alejándola del horror que yacía sobre la mesa de disección.

—Hay algo más —susurró ella, alzando el rostro para sostener su mirada—. Algo que los guardias no notaron, algo que solo pude ver cuando limpié los símbolos del abdomen.

Se separó de él con reluctancia y regresó a la mesa, tomando la lupa de aumento. Inclino el cadáver ligeramente hacia un lado, exponiendo la zona lumbar del difunto. Allí, oculto bajo los pliegues de la piel y apenas visible a simple vista, había una marca diminuta, un tatuaje de tinta azul desvaída que representaba una rosa con tres espinas.

—Este hombre no era un simple comerciante —sentenció Amanda, con una voz que goteaba una certeza inquebrantable—. Era un informante. Esta marca es el sello de la red de espionaje que operaba en los barrios bajos de Madrid, una red que vendía información a los embajadores extranjeros y a los aristócratas más poderosos de la corte.

Diego palideció, la cicatriz de su rostro tensándose hasta adquirir un tono blanquecino que delataba su furia contenida. Conocía aquella red, había luchado contra ella durante años, había visto a sus agentes ser ejecutados uno tras otro por traición a la Corona.

—Si es un informante, entonces su muerte no es un ritual, es una ejecución —murmuró él, con una calma heladora que resultaba más aterradora que cualquier grito—. Alguien descubrió que estaba vendiendo información y decidió eliminarlo, utilizando la imitación de los crímenes de la Llama Negra para confundir a las autoridades y desviar la investigación.

Amanda asintió, su mente trabajando a toda velocidad, trazando las conexiones entre los crímenes originales y esta nueva masacre. Los Villeneuve habían muerto o habían sido despojados de sus títulos, pero su red de contactos, sus cómplices en la alta sociedad, seguían sueltos. Alguien, alguien con acceso a los secretos de la secta y con motivos para eliminar a los informantes, había decidido utilizar el miedo que los Villeneuve habían sembrado para cubrir sus propias huellas.

—Necesitamos identificar al difunto —sentenció ella, guardando la lupa en su bolso con movimientos rápidos y precisos—. Si era un informante, debe tener un contacto en la red, alguien que sepa qué información estaba vendiendo y a quién. Si encontramos a ese contacto, encontraremos al asesino.

Diego tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de la joven con una posesividad que la hizo estremecer de placer. La miró a los ojos, y en esa fracción de segundo, se comunicaron un universo entero de promesas no dichas. Él le estaba pidiendo que confiara en él, que creyera que la protegería incluso de los monstruos que aún no habían sido nombrados. Ella le estaba jurando que, si moría, lo seguiría al más allá para arrancarle el alma a la muerte misma.

—Ordenaré que identifiquen el cadáver a través de los registros de la red de espionaje —sentenció el capitán, con una voz que no admitía réplica—. Y mientras tanto, vos y yo investigaremos los movimientos del difunto en las últimas semanas. Si estaba vendiendo información, debe haber dejado un rastro, una pista que nos lleve a su contacto.

Amanda asintió, ajustándose la capa con movimientos rápidos y nerviosos. La alianza de oro en su dedo anular brillaba con un destello frío, un recordatorio de la felicidad que acababan de jurarse y que ahora, una vez más, amenazaba con ser arrebatada por las sombras. Tomó la daga de empuñadura enjoyada que había pertenecido a Edmond y la escondió en el interior de su corsé, un gesto que Diego observó con una mezcla de orgullo y preocupación.

—No permitiré que nadie os haga daño, mi amor —susurró él, besando su frente con una ternura que contrastaba con la letalidad de sus palabras—. Ni en este mundo ni en el siguiente.

—Lo sé, Diego —respondió ella, con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Pero esta vez, no seré la presa. Esta vez, seré la cazadora.

Juntos, salieron de la morgue, dejando atrás el cadáver del informante y los misterios que aún lo rodeaban. La noche madrileña se extendía ante ellos, un laberinto de luces y sombras, de palacios

dorados y callejones sangrientos. Los crímenes habían regresado, pero esta vez, la cacería sería diferente. Esta vez, no buscarían a los monstruos que ya habían sido destruidos. Buscarían al imitador, al aprendiz de asesino que había decidido jugar a ser Dios con las vidas de los inocentes.

Y Amanda de Alcántara, la heredera indomable, la mujer que había desafiado a la muerte y había amado a un guerrero atormentado, estaba dispuesta a cazarlo hasta los confines del infierno. Porque si había algo que había aprendido en aquella vida de traiciones y tinieblas, era que la justicia no se otorga, se arranca. Y ella tenía las manos lo suficientemente firmes para arrancarla, aunque el precio fuera su propia alma.

El carruaje los esperaba en la puerta del hospital, sus caballos piafando nerviosamente sobre los adoquines. Amanda y Diego subieron al vehículo, sus manos entrelazadas, sus miradas fijas en un punto invisible más allá de las paredes de madera. El trayecto de regreso a la residencia sería largo, y la mente de ambos trabajaría a toda velocidad, trazando estrategias, calculando movimientos, anticipando los pasos de un enemigo que aún no tenía rostro.

Pero mientras sintieran el latido de sus corazones al unísono, mientras sus manos permanecieran entrelazadas en la penumbra del carruaje, ninguna oscuridad podría vencerlos. Eran dos almas atormentadas que habían encontrado en el otro la redención y la esperanza, dos guerreros que habían decidido luchar juntos contra los monstruos que acechaban en las sombras de Madrid.

Aunque esa, en un mundo de traiciones y tinieblas, era el arma más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 26

La residencia de los Alcántara, ahora restituida a su antigua gloria gracias a la fortuna parisina recuperada, se alzaba como un faro de elegancia en el corazón de Madrid. Sin embargo, tras las fachadas de mármol y los salones decorados con tapices flamencos, se gestaba una tormenta silenciosa. Amanda de Alcántara se hallaba en su estudio privado, una estancia que había transformado en un laboratorio forense improvisado. Las mesas de caoba, antaño destinadas a las tertulias literarias y a los bordados de las damas, ahora sostenían frascos de reactivos químicos, microscopios de latón, láminas anatómicas y los instrumentos quirúrgicos que la joven había utilizado en la morgue.

La luz de las velas proyectaba sombras danzantes sobre las paredes revestidas de roble, iluminando el rostro concentrado de la heredera. Sus ojos esmeraldas, enrojecidos por la falta de sueño y la tensión acumulada, recorrían las notas que había tomado durante la autopsia del informante. Diego de Mendoza se hallaba sentado en un sillón de terciopelo carmesí, observándola con una mezcla de admiración y preocupación. El capitán había enviado a sus mejores hombres a rastrear los movimientos del difunto en las últimas semanas, pero hasta el momento, las pesquisas no habían arrojado resultados concluyentes.

—Hay algo que no encaja, Diego —murmuró Amanda, rompiendo el silencio denso de la estancia. Su voz, aunque suave, vibraba con una certeza que helaba la sangre—. He estado comparando las fotografías de los crímenes originales con las del nuevo cadáver. Los errores en las incisiones no son aleatorios, son sistemáticos.

Se levantó del escritorio y caminó hacia el capitán, sosteniendo un legajo de ilustraciones que había realizado con sus propias manos. Las láminas mostraban los patrones de corte de ambas series de asesinatos, superpuestos en transparencias de papel vegetal.

—Observad —continuó ella, extendiendo los dibujos sobre la mesa—. En los crímenes de la Llama Negra, las incisiones formaban un triángulo equilátero perfecto, con los vértices alineados con las costillas tercera, quinta y séptima. El asesino original poseía un conocimiento anatómico profundo, probablemente adquirido en los anfiteatros de París o de Montpellier. Sin embargo, en el nuevo crimen, el triángulo está deformado, pero no de forma aleatoria. El vértice superior se desvía consistentemente hacia la izquierda, y los cortes laterales son asimétricos de una manera específica.

Diego se incorporó, acercándose a la mesa para examinar las ilustraciones con mayor detalle. Sus ojos grises, entrenados para detectar las mínimas irregularidades en el campo de batalla, recorrieron los dibujos con una atención casi quirúrgica.

—¿Qué significa esa desviación? —preguntó él, con la voz ronca que resonaba en las paredes de madera de la estancia.

Amanda sonrió, una sonrisa triste y cansada que revelaba la vulnerabilidad que se empeñaba en ocultar bajo capas de disciplina intelectual.

—Significa que el asesino es zurdo —sentenció ella, con una certeza inquebrantable—. La desviación hacia la izquierda es consistente con la mano dominante. Además, la profundidad de los cortes indica que el asesino no posee la fuerza necesaria para realizar incisiones limpias con un bisturí quirúrgico. Está utilizando una herramienta más pesada, probablemente una sierra de dientes finos o un cuchillo de cocina con hoja ancha.

El capitán asintió con lentitud, su mente táctica procesando la información con la rapidez de un ajedrecista que anticipa los movimientos de su oponente. Se acercó a Amanda, pasando sus brazos alrededor de su cintura y atrayéndola contra su pecho con

una ternura que contrastaba brutalmente con la crudeza de la investigación.

—Entonces buscamos a un zurdo, con conocimientos básicos de anatomía pero sin formación médica formal —murmuró él, apoyando la barbilla sobre la coronilla de la joven—. Alguien que ha estudiado los crímenes de la Llama Negra a través de los periódicos o de testimonios de segunda mano.

—Exactamente —respondió Amanda, apoyando la cabeza contra el pecho del guerrero, escuchando el ritmo constante de su corazón—. Pero hay más. He analizado los residuos químicos encontrados en la herida del informante. En los crímenes originales, los asesinos utilizaban formol y sales de mercurio para preservar los órganos extraídos. Sin embargo, en el nuevo crimen, los residuos indican el uso de alcohol etílico y sales de potasio, sustancias mucho más comunes y accesibles.

Se separó de él con reluctancia y regresó al escritorio, tomando un frasco de cristal que contenía una muestra de los residuos.

—Esto sugiere que el asesino no tiene acceso a los productos químicos utilizados en los anfiteatros médicos —continuó ella, con una frustración contenida que teñía sus palabras—. Probablemente trabaja en un entorno donde estas sustancias están disponibles, como una botica, una taberna o incluso una fábrica de licores.

Diego la observó con una intensidad renovada, percibiendo la fuerza que se ocultaba tras la fragilidad aparente de aquella mujer. La amaba con una ferocidad que le quemaba las entrañas, con una devoción que desafiaba a la razón y al deber. Se acercó a ella, tomando su rostro entre sus manos callosas y obligándola a mirarlo.

—Sois extraordinaria, Amanda —murmuró él, con la voz ronca que vibraba en el pecho de la joven—. No hay nada que se os escape, ningún detalle que no podáis convertir en un arma.

Ella sonrió, una sonrisa triste que iluminó su rostro pálido.

—No es extraordinario, Diego. Es supervivencia. En un mundo donde las mujeres somos consideradas piezas de intercambio, el

conocimiento es la única moneda que nos permite comprar nuestra libertad.

El capitán la atrajo hacia él, capturando sus labios en un beso que supo a promesas eternas, a jazmín y a pólvora, a un amor forjado en el infierno y templado en la gloria. Amanda respondió a su abrazo con la misma ferocidad, aferrándose a su cuello como si él fuera la única ancla en medio de la tormenta que se avecinaba.

Sin embargo, el momento de ternura fue interrumpido por un golpe urgente en la puerta. El sargento Ruiz irrumpió en la estancia con el rostro pálido y la respiración entrecortada. Su uniforme estaba manchado de barro, y sus ojos brillaban con una consternación que heló la sangre de los dos amantes.

—Mi general, mi señora —balbuceó el soldado, haciendo una reverencia apresurada—. Hemos identificado al difunto. Se llama Joaquín de la Cruz, un exsoldado que trabajaba como informante para la red de espionaje de los barrios bajos. Pero hay algo más. Hemos encontrado a su contacto, un hombre llamado Esteban, que asegura que Joaquín estaba vendiendo información sobre los movimientos de la condesa Catalina antes de su desaparición.

Amanda sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Las palabras del sargento resonaron en su mente como un trueno, destrozando la paz que habían construido durante tres meses. Catalina. La verdadera mente maestra detrás de la usurpación, la carnicera de París que había desaparecido en las sombras.

—¿Qué información estaba vendiendo? —preguntó ella, con la voz temblorosa pero la mente afilada como un bisturí.

—Según Esteban, Joaquín había descubierto que Catalina no había huido de Madrid —respondió el sargento, tragando saliva con dificultad—. Estaba escondida en la ciudad, operando desde las alcantarillas y los sótanos abandonados. Joaquín iba a vender su ubicación a un embajador extranjero, pero alguien lo descubrió y lo eliminó.

Diego apretó los puños, la cicatriz de su rostro tensándose hasta adquirir un tono blanquecino que delataba su furia contenida. Se volvió hacia Amanda, sus ojos grises brillando con una determinación inquebrantable.

—Entonces Catalina está detrás de estos nuevos crímenes —sentenció él, con una calma heladora que resultaba más aterradora que cualquier grito—. Está eliminando a los informantes que podrían delatar su paradero, utilizando la imitación de los crímenes de la Llama Negra para confundir a las autoridades.

Amanda asintió, su mente trabajando a toda velocidad, trazando las conexiones entre los crímenes originales y esta nueva masacre. Sin embargo, algo no encajaba. Catalina era una mujer inteligente, calculadora, con acceso a recursos ilimitados. ¿Por qué utilizar una imitación tan burda de los crímenes de la secta? ¿Por qué dejar pistas tan evidentes que incluso ella, con sus conocimientos médicos, había podido detectar?

—Hay algo más —murmuró ella, con una certeza inquebrantable—. Catalina no es la asesina. Alguien más está cometiendo estos crímenes, alguien que trabaja para ella o que está siendo manipulado por ella.

Diego la miró con una intensidad renovada, percibiendo la fuerza que se ocultaba tras la fragilidad aparente de aquella mujer.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó él, con la voz ronca que vibraba en el pecho de la joven.

Amanda se acercó a la mesa, tomando las ilustraciones que había realizado y extendiéndolas frente al capitán.

—Porque los errores en las incisiones no son solo producto de la inexperiencia —explicó ella, con una frustración contenida que teñía sus palabras—. Son errores de principiante, sí, pero también son errores de alguien que está siendo obligado a trabajar bajo presión, bajo amenaza. Los cortes son torpes, pero no son los cortes de un sádico que disfruta con el dolor de sus víctimas. Son los cortes de alguien que tiene miedo, de alguien que está siendo coaccionado.

El capitán asintió con lentitud, su mente táctica procesando la información con la rapidez de un ajedrecista que anticipa los movimientos de su oponente. Se acercó a Amanda, pasando sus brazos alrededor de su cintura y atrayéndola contra su pecho con una ternura que contrastaba brutalmente con la crudeza de la investigación.

—Entonces busquemos a un asesino coaccionado, alguien que trabaja para Catalina bajo amenaza —murmuró él, apoyando la barbilla sobre la coronilla de la joven—. Pero, ¿quién? ¿Quién podría estar trabajando para una mujer como Catalina?

Amanda no respondió de inmediato. Su mente, afilada como el bisturí con el que diseccionaba los misterios de la muerte, comenzaba a trazar las conexiones entre los crímenes y las palabras de Esteban. Algo se le escapaba, un detalle insignificante que amenazaba con desmoronar todas sus certezas.

—Necesitamos encontrar a Esteban —sentenció ella finalmente, con una voz que no admitía réplica—. Si Joaquín estaba vendiendo información sobre el paradero de Catalina, Esteban debe saber algo más, algo que nos lleve al asesino.

Diego asintió, tomando su mano y entrelazando sus dedos con los de la joven con una posesividad que la hizo estremecer de placer. La miró a los ojos, y en esa fracción de segundo, se comunicaron un universo entero de promesas no dichas. Él le estaba pidiendo que confiara en él, que creyera que la protegería incluso de los monstruos que aún no habían sido nombrados. Ella le estaba jurando que, si moría, lo seguiría al más allá para arrancarle el alma a la muerte misma.

—Ordenaré que localicen a Esteban de inmediato —sentenció el capitán, con una voz que no admitía réplica—. Y mientras tanto, vos y yo investigaremos las alcantarillas y los sótanos abandonados de Madrid. Si Catalina está escondida en la ciudad, debe haber dejado un rastro, una pista que nos lleve a su guarida.

Amanda asintió, ajustándose la capa con movimientos rápidos y nerviosos. La alianza de oro en su dedo anular brillaba con un

destello frío, un recordatorio de la felicidad que acababan de jurarse y que ahora, una vez más, amenazaba con ser arrebatada por las sombras. Tomó la daga de empuñadura enjoyada que había pertenecido a Edmond y la escondió en el interior de su corsé, un gesto que Diego observó con una mezcla de orgullo y preocupación.

—No permitiré que nadie os haga daño, mi amor —susurró él, besando su frente con una ternura que contrastaba con la letalidad de sus palabras—. Ni en este mundo ni en el siguiente.

—Lo sé, Diego —respondió ella, con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Pero esta vez, no seré la presa. Esta vez, seré la cazadora.

Juntos, salieron del estudio, dejando atrás las ilustraciones y los misterios que aún los rodeaban. La noche madrileña se extendía ante ellos, un laberinto de luces y sombras, de palacios dorados y callejones sangrientos. Los crímenes habían regresado, pero esta vez, la cacería sería diferente. Esta vez, no buscarían a los monstruos que ya habían sido destruidos. Buscarían al imitador, al aprendiz de asesino que había decidido jugar a ser Dios con las vidas de los inocentes.

Y Amanda de Alcántara, la heredera indomable, la mujer que había desafiado a la muerte y había amado a un guerrero atormentado, estaba dispuesta a cazarlo hasta los confines del infierno. Porque si había algo que había aprendido en aquella vida de traiciones y tinieblas, era que la justicia no se otorga, se arranca. Y ella tenía las manos lo suficientemente firmes para arrancarla, aunque el precio fuera su propia alma.

El carruaje los esperaba en la puerta de la residencia, sus caballos piafando nerviosamente sobre los adoquines. Amanda y Diego subieron al vehículo, sus manos entrelazadas, sus miradas fijas en un punto invisible más allá de las paredes de madera. El trayecto hacia los barrios bajos sería largo, y la mente de ambos trabajaría a toda velocidad, trazando estrategias, calculando movimientos, anticipando los pasos de un enemigo que aún no tenía rostro.

Pero mientras sintieran el latido de sus corazones al unísono, mientras sus manos permanecieran entrelazadas en la penumbra del carruaje, ninguna oscuridad podría vencerlos. Eran dos almas atormentadas que habían encontrado en el otro la redención y la esperanza, dos guerreros que habían decidido luchar juntos contra los monstruos que acechaban en las sombras de Madrid.

Pero esa, en un mundo de traiciones y tinieblas, era el arma más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 27

La boca de la alcantarilla principal, situada en las afueras del puente de Toledo, bostezaba como la fauce de un leviatán devorador de almas bajo el cielo plomizo de la madrugada madrileña. El hedor a aguas estancadas, a putrefacción orgánica y a excrementos de rata golpeó las fosas nasales de los dos intrusos con una violencia inmisericorde, obligándolos a cubrirse el rostro con pañuelos impregnados de sales aromáticas y vinagre. Amanda de Alcántara ajustó el cuello de su capa de cuero, ignorando la repulsión que le revolvía el estómago, y clavó sus ojos en la negrura absoluta que se extendía más allá del umbral de piedra. A su lado, Diego de Mendoza sostenía un farol de aceite de latón, cuyo resplandor mortecino apenas lograba disipar la espesa cortina de niebla tóxica que se aferraba a los muros abovedados del subterráneo.

—El rastro químico que hallasteis en la morgue es más denso en este sector —susurró la joven, su voz amortiguada por la tela, mientras extraía un pequeño frasco de vidrio de su bolso. Acercó el recipiente al aire viciado, observando cómo el líquido reactivo en su interior cambiaba de un tono cristalino a un ámbar turbio—. La concentración de sales de potasio y alcohol etílico es abrumadora. Alguien está utilizando este laberinto de cloacas como un laboratorio improvisado.

—Manteneos cerca de mí y vigilad cada paso —respondió el capitán, su tono reducido a un murmullo ronco que apenas vencía el goteo rítmico y enloquecedor de las bóvedas. Diego desenvainó su espada con un movimiento fluido, el acero cantando una melodía fúnebre en la penumbra—. El suelo está cubierto de limo y losas resbaladizas. Si caéis al agua negra, la infección os matará antes de que el veneno de las ratas pueda hacerlo.

Descendieron los peldaños de piedra musgosa, adentrándose en las entrañas putrefactas de la capital. El mundo superficial, con sus palacios dorados y sus salones iluminados por candelabros de cristal, quedaba atrás, reemplazado por un universo de tinieblas y miserias inconfesables. Las paredes de ladrillo rezumaban una humedad enfermiza, y las sombras proyectadas por el farol danzaban como espectros atormentados, adoptando formas grotescas que parecían acechar desde los rincones más profundos. Diego avanzaba en vanguardia, sus sentidos aguzados al máximo, escrutando cada recoveco, cada alcantarilla secundaria que desembocaba en el túnel principal. Su instinto militar, forjado en los barrizales de las guerras, le gritaba que no estaban solos en aquel sepulcro acuático.

Amanda seguía sus pasos con una determinación férrea, su mente analítica procesando cada detalle del entorno. No sentía el miedo paralizante que habría embargado a cualquier dama de su posición; en su lugar, una furia gélida y calculadora alimentaba cada una de sus zancadas. Los crímenes rituales habían regresado, pero la verdad sobre los asesinos estaba a punto de ser desvelada en aquel abismo de inmundicia. El capitán la miró por encima del hombro, y en la penumbra, sus ojos grises reflejaron una admiración profunda y una preocupación ineludible. La química que los unía, ese vínculo indestructible forjado en la sangre y la adversidad, palpitaba con más fuerza en la oscuridad, convirtiéndolos en dos mitades de una misma alma guerrera.

Tras veinte minutos de una travesía extenuante por los túneles pestilentes, el sonido del agua corriente comenzó a mezclarse con otro ruido mucho más inquietante. No eran los cánticos guturales de los aristócratas degenerados de la Llama Negra, ni los rezos fanáticos de los cultistas adultos que esperaban encontrar. Era un sonido mucho más desgarrador, una melodía suave y arrulladora que resonaba con un eco espectral en las bóvedas de ladrillo.

Diego se detuvo en seco, alzando una mano para indicar a Amanda que guardara silencio. Apagó el farol de un soplo, sumiendo el túnel en una oscuridad casi total, iluminada únicamente por el tenue resplandor de una hoguera que parpadeaba al final de una

bifurcación. El militar se pegó a la pared húmeda, arrastrando a Amanda con él hacia un rincón sombrío donde los muros se curvaban, ocultándolos de la vista.

—Escuchad —murmuró el capitán, su aliento cálido rozando la oreja de la joven, enviando un escalofrío que nada tenía que ver con la humedad del subsuelo.

Amanda aguzó el oído, su corazón latiéndole con una violencia descompasada. La voz que tarareaba la nana pertenecía a una mujer, pero el acompañamiento de aquella melodía era lo que heló la sangre en sus venas. Se escuchaban sollozos ahogados, el roce de telas raídas y el tintineo metálico de instrumentos afilados contra la piedra. Sin embargo, las manos que empuñaban aquellas hojas no eran las de hombres hechos y derechos. Eran manos pequeñas, torpes, que se movían con la vacilación del terror y la obediencia ciega.

Con la sigilosidad de un felino, Diego y Amanda se aproximaron al borde de la curva, asomando las cabezas para contemplar la escena que se desarrollaba en una caverna natural, ensanchada por la mano del hombre para servir de cisterna. Lo que vieron a la luz de las brasas destrozó cada certeza que habían albergado hasta ese instante.

Sentados en círculo sobre un lecho de paja podrida y harapos inmundos, se hallaban media docena de niños. No superaban los doce años de edad. Sus rostros estaban surcados por la suciedad y la desnutrición, sus ojos hundidos en cuencas oscuras brillaban con la vacuidad de quienes han perdido la inocencia y la esperanza. Vestían camisas de lino que antaño fueron blancas, ahora manchadas de sangre seca y barro. En las manos de aquellos pequeños espectros, brillaban los cuchillos de cocina y las sierras de dientes finos con los que habían perpetrado las mutilaciones. Sus movimientos eran mecánicos, carentes de toda emoción, como los de marionetas cuyos hilos eran manejados por una voluntad ajena y despiadada.

En el centro del círculo, acunando a una niña de apenas seis años contra su pecho, se hallaba la figura que entonaba la nana. Era Eulalia, la antigua dama de compañía de la tía de Amanda, la mujer que la había traicionado en la botica de San Ildefonso. Su rostro, enmarcado por una toca de luto riguroso, reflejaba una ternura maternal que contrastaba de forma obscena con el entorno macabro. Con una mano acariciaba el cabello enmarañado de la pequeña, y con la otra sostenía un paño empapado en alcohol, limpiando con meticulosidad la hoja de un bisturí manchado de carmesí.

—Tranquilos, mis pequeños corderos —arrullaba Eulalia, su voz suave y aterciopelada resonando en la caverna como un veneno dulce—. La Madre os observa desde las alturas. Cada corte que dais, cada vida que purificáis, os acerca más a su abrazo. No temáis a la sangre, pues es el agua bendita que lava vuestras almas huérfanas.

Amanda sintió que el mundo se desvanecía a su alrededor. Las manos le temblaban con tanta fuerza que tuvo que aferrarse a la pared de ladrillo para no desplomarse. La revelación era un mazazo brutal, una verdad tan atroz que desafiaba la comprensión humana. Los monstruos que habían aterrorizado a Madrid, los asesinos despiadados de la Llama Negra, no eran aristócratas sádicos ni sicarios experimentados. Eran niños. Huérfanos de la calle, criaturas abandonadas a las que la maldad humana había arrebatado todo, incluso su propia humanidad, para convertirlos en instrumentos de muerte.

Diego apretó la mandíbula con tanta fuerza que la cicatriz de su rostro pareció palpar. Sus ojos grises, habitualmente fríos y calculadores, ardían con un fuego infernal, una ira tan pura y devastadora que amenazaba con consumirlo. Comprendió al instante la magnitud de la perversión. Catalina, la verdadera mente maestra, no solo había usurpado fortunas e identidades; había construido un ejército de pesadillas utilizando a los más vulnerables, a aquellos que la sociedad había descartado. Los había lavado el cerebro, llenando sus mentes vírgenes con dogmas de sangre y devoción

hacia una figura materna que los alimentaba con migajas y los embriagaba con fanatismo.

—Dios mío —susurró Amanda, una lágrima solitaria y ardiente rodando por su mejilla, surcando la suciedad del subsuelo—. Son niños, Diego. Son solo niños rotos.

El capitán no respondió de inmediato. Su mente táctica evaluaba la situación con una frialdad aparente, aunque su corazón sangraba por la mujer que tenía a su lado. Sabía que Amanda, con su empatía quirúrgica y su alma indomable, estaba sufriendo un tormento inenarrable. Ella había buscado monstruos para poder odiarlos sin remordimientos, para poder destruirlos con la conciencia tranquila. Pero el destino, en su crueldad infinita, le había presentado a víctimas que eran, al mismo tiempo, verdugos.

—No podemos matarlos, Amanda —murmuró Diego, su voz ronca vibrando con una contención absoluta—. Si atacamos ahora, el pánico los volverá locos. Podrían hacerse daño a sí mismos o intentar atacarnos con esas hojas. Necesitamos neutralizar a la mujer que los controla sin que ellos lo perciban.

Amanda asintió, obligándose a respirar hondo para calmar la tormenta que rugía en su interior. Se secó la lágrima con el dorso de la mano, su expresión transformándose de la conmoción a una determinación de acero. Ya no era solo una heredera buscando venganza; era una protectora, una madre de almas ajenas que se negaba a permitir que aquella farsa macabra continuara ni un segundo más.

—Eulalia es el conducto —analizó la joven, su mente volviendo a la precisión analítica que la caracterizaba—. Catalina no está aquí. La verdadera condesa, la carnicera de París, opera desde las sombras, utilizando a esta fanática como intermediaria para entrenar a los pequeños. Si logramos capturar a Eulalia viva, podremos desmantelar la red y salvar a los niños de este infierno.

Diego asintió, ajustando su agarre en la empuñadura de su espada. Se preparó para salir de su escondite, pero antes de que pudiera dar un solo paso, un ruido seco resonó en la caverna. Uno

de los niños, un muchacho de unos diez años con la mirada perdida, había dejado caer su cuchillo. El metal chocó contra una losa de piedra, y el eco se amplificó en el espacio cerrado como el disparo de un cañón.

Eulalia detuvo su nana al instante. Su rostro, hasta entonces transfigurado por una falsa dulzura, se endureció en una máscara de crueldad absoluta. Soltó a la pequeña niña con un empujón brusco que la hizo caer sobre la paja, y se puso de pie, desenvainando una pistola de chispa de su amplia falda de luto.

—¿Quién anda ahí? —exigió la mujer, su voz perdiendo toda ternura para convertirse en un látigo de hielo—. ¡Salid de las sombras, sabuesos de la Corona! ¡Mis corderos os arrancarán los ojos si os atrevéis a profanar nuestro santuario!

Los niños, al escuchar el tono autoritario de su "madre", reaccionaron con un condicionamiento pavloviano aterrador. Olvidando su miedo, olvidando su humanidad, recogieron sus cuchillos y se pusieron de pie, formando un muro de pequeños cuerpos temblorosos pero letales frente a Eulalia. Sus ojos, antes vacíos, ahora brillaban con un fanatismo ciego y letal.

Amanda sintió que el corazón se le encogía. No podía permitir que aquellos niños murieran, ni que muriera nadie más por la locura de una mujer que jugaba a ser diosa con las almas ajenas. Sin mirar a Diego, sin pedir permiso ni esperar instrucciones, la heredera de los Alcántara dio un paso al frente, saliendo de las sombras y exponiéndose a la luz de la hoguera.

—No son corderos, Eulalia —pronunció Amanda, su voz clara y resonante, cargada de una autoridad que heló el aire viciado de la caverna—. Son víctimas. Y esta pesadilla termina esta noche.

Eulalia entrecerró los ojos, reconociendo al instante a la joven aristócrata que había frustrado sus planes en la botica. Una sonrisa sádica y desquiciada curvó sus labios, mientras alzaba la pistola para apuntar directamente al pecho de Amanda.

—Doña Amanda —siseó la fanática, su dedo temblando sobre el gatillo—. La Madre me dijo que vendríais. Que vuestro corazón blando os traería de vuelta a la oscuridad. Pero no sabéis que los pequeños ya no necesitan que los guíe. La sangre los ha liberado.

Diego emergió de las sombras como un rayo, interponiendo su cuerpo entre el cañón del arma y la joven. Su espada apuntaba al cuello de Eulalia, pero el capitán sabía que un movimiento en falso, un espasmo de pánico de la mujer, y el plomo atravesaría el corazón de Amanda. La tensión en la caverna alcanzó un punto de ruptura, un equilibrio inestable entre la vida y la muerte, entre la inocencia corrompida y la maldad absoluta.

—Soltad el arma, Eulalia —ordenó Diego, su voz retumbando con una calma letal que no admitía réplica—. Habéis perdido. Catalina ha huido, los Villeneuve están muertos o en la horca. No queda nadie por quien derramar más sangre.

Pero la mujer de luto soltó una carcajada estridente, un sonido que rebotó en las paredes de ladrillo y erizó la piel de todos los presentes.

—¡Catalina no huye jamás! —gritó la fanática, sus ojos desorbitados por la locura—. ¡Catalina es eterna! ¡Y vosotros vais a ser el siguiente sacrificio para purificar a mis pequeños!

Antes de que Diego pudiera lanzarse sobre ella, Eulalia giró el cañón de la pistola, no hacia el capitán, sino hacia el muchacho de diez años que había dejado caer el cuchillo. El niño, paralizado por el terror, no se movió. La fanática iba a ejecutar a su propia "oveja descarriada" para dar ejemplo, para demostrar que su control sobre aquellos pequeños era absoluto.

Amanda no lo pensó. Ignorando el peligro, ignorando la lógica, se lanzó hacia adelante con la velocidad de un depredador. Su mano voló hacia el interior de su corsé, extrayendo la daga de empuñadura enjoyada que había pertenecido a Edmond. Con un movimiento fluido, lanzó el arma con una precisión quirúrgica. El acero atravesó el aire viciado de la caverna y se clavó

profundamente en la muñeca de Eulalia, justo en el momento en que la mujer apretaba el gatillo.

El estruendo del disparo fue ensordecedor, pero la bala, desviada por el espasmo de dolor de la fanática, se incrustó en el techo de ladrillo, arrancando una lluvia de escombros y polvo. Eulalia soltó un alarido de agonía, dejando caer la pistola al suelo fangoso mientras se aferraba la muñeca sangrante. Los niños, al ver a su "madre" herida y sangrando, rompieron el hechizo del condicionamiento. El miedo, el verdadero y puro miedo infantil, regresó a sus ojos, y comenzaron a llorar y a retroceder, arrojando los cuchillos al suelo.

Diego aprovechó la fracción de segundo de desconcierto para cruzar la distancia que los separaba. Con un golpe seco de la empuñadura de su espada, golpeó la sien de Eulalia, dejándola inconsciente antes de que pudiera emitir un solo sonido más. La mujer se desplomó sobre la paja podrida, inmovilizada y derrotada.

El silencio que siguió al disparo fue roto únicamente por los sollozos de los niños. Amanda cayó de rodillas, ignorando el barro y la inmundicia que manchaban su vestido de cuero. Extendió los brazos hacia el muchacho de diez años, el mismo que había estado a punto de ser ejecutado. El niño retrocedió, temblando, con los ojos llenos de desconfianza y terror.

—No voy a haceros daño —susurró Amanda, su voz quebrada por la emoción, adoptando un tono suave y tranquilizador—. Ya pasó todo. Estáis a salvo. Nadie más os va a obligar a hacer cosas terribles.

El niño la miró, y en sus ojos oscuros, Amanda vio el reflejo de su propia infancia robada, de las cadenas invisibles que la alta sociedad imponía a los débiles. Lentamente, temblando, el pequeño dio un paso al frente y se dejó envolver en el abrazo de la joven. Amanda lo estrechó contra su pecho, cerrando los ojos mientras las lágrimas fluían libremente, lavando el hollín y la sangre de sus mejillas.

Diego se acercó a ellos, su espada envainada, su rostro marcado por una compasión profunda y una furia contenida hacia los verdaderos arquitectos de aquella atrocidad. Se arrodilló junto a

Amanda, pasando un brazo protector alrededor de sus hombros, atrayéndola contra su lado mientras los demás niños, poco a poco, se acercaban, buscando el calor y la seguridad que aquella pareja de guerreros les ofrecía.

—Catalina no huyó, Amanda —murmuró Diego, su voz ronca vibrando con una promesa de destrucción absoluta—. Se ha escondido. Ha dejado a esta fanática para cuidar a sus perros rabiosos mientras ella planea su siguiente movimiento. Pero ha cometido un error fatal.

Amanda alzó el rostro, mirando a los ojos al capitán. La tristeza y la compasión que sentía por aquellos niños se estaban transmutando, fundiéndose con el acero de su voluntad, creando una resolución inquebrantable.

—Ha subestimado nuestra capacidad para rastrearla —sentenció la joven, acariciando el cabello del niño que sostenía en brazos—. Ha creído que al esconderse en las sombras, al utilizar a los más vulnerables como escudo, podría burlar a la justicia. Pero no sabe que yo conozco sus métodos. Sé cómo piensa. Sé dónde buscará refugio cuando se dé cuenta de que su ejército de niños ha sido neutralizado.

Diego asintió, besando la sien de Amanda con una reverencia absoluta. En aquel sótano fétido, rodeados de la inocencia corrompida y la maldad más execrable, su amor había encontrado un nuevo propósito. Ya no luchaban solo por su propia supervivencia, ni por vengar a sus muertos. Luchaban por los que no tenían voz, por los que habían sido arrojados al abismo y obligados a convertirse en monstruos.

—Entonces la cazaremos —respondió el capitán, su mirada fija en la oscuridad del túnel, más allá de la caverna—. Y cuando la encontremos, no habrá alcantarillas ni conventos de clausura que la salvaguarden de nuestra ira.

Amanda se incorporó lentamente, ayudando al niño a ponerse de pie. Su mente, afilada como el bisturí, ya estaba trazando el mapa de Madrid, analizando los movimientos de Catalina, deduciendo el

único lugar donde una mujer de su perfil, una usurpadora que necesitaba mantener una fachada de piedad mientras operaba en las sombras, podría esconderse. La pieza final del rompecabezas estaba a punto de encajar, y la verdad, por terrible que fuera, saldría a la luz.

La cacería había entrado en su fase más oscura, pero mientras Amanda y Diego permanecieran juntos, mientras sus manos estuvieran entrelazadas y sus corazones latieran al unísono, ninguna sombra podría vencerlos. Eran la luz en la penumbra, la justicia en un mundo de traiciones, y estaban dispuestos a arrastrar a los demonios de París y Madrid hasta el último rincón de la tierra para asegurar que, al menos, aquellos niños podrían volver a ver el sol.

CAPÍTULO 28

La aurora se derramaba sobre los tejados de pizarra de Madrid con una timidez melancólica, tiñendo las nubes de un tono violeta pálido que apenas lograba disipar la pesada bruma matinal. Desde el ventanal de su estudio, Amanda de Alcántara observaba cómo los carruajes de la beneficencia real se alejaban por la calle de Alcalá, transportando a los pequeños espectros rescatados de las cloacas hacia el orfanato seguro que ella misma había financiado con los restos de la fortuna parisina. El repiqueteo de los cascos contra los adoquines húmedos sonaba como un latido distante, un recordatorio rítmico de que la vida, por fin, comenzaba a imponerse sobre la podredumbre. Sin embargo, el aroma a ozono y tierra mojada que se colaba por la ventana no lograba borrar de su memoria el hedor a putrefacción y a inocencia corrompida que impregnaba sus ropajes.

Un par de brazos fuertes y callosos la rodearon por la espalda, atrayendo su cuerpo contra un pecho firme que latía con una cadencia sosegada. Diego de Mendoza apoyó la barbilla en el hombro de su amada, inhalando el sutil perfume a jazmín y lavanda que siempre lograba anular los miasmas de la muerte. El capitán había insistido en que ella descansara, pero conocía la naturaleza indomable de la mujer que tenía entre sus brazos. Amanda no sabía detenerse hasta que cada pieza del rompecabezas macabro encajara en su lugar.

—Los niños están a salvo, mi amor —murmuró el militar, su voz ronca vibrando contra la piel sensible del cuello de la joven—. Los mejores médicos del hospital real los están atendiendo. Ningún monstruo volverá a tocarlos.

Amanda cerró los ojos, permitiendo que la calidez de aquel abrazo la anclara a la realidad. Giró el rostro ligeramente, rozando sus labios con la mejilla cicatrizada del guerrero.

—Están a salvo físicamente, Diego —respondió ella, con un tono que destilaba una tristeza profunda—. Pero sus almas llevan marcas que ningún bisturí podrá borrar. Eulalia y Catalina les arrebataron la infancia para convertirlos en verdugos. Mientras la verdadera arquitecta de esta atrocidad respire, la sombra de aquellas alcantarillas los perseguirá en sus pesadillas.

Se separó con suavidad de la contención del capitán y caminó hacia el gran escritorio de caoba. La superficie, antaño reservada para las cartas de compromiso y los poemas galantes, estaba ahora cubierta por un arsenal intelectual y forense. Frascos de vidrio contenían los residuos químicos extraídos de los harapos de Eulalia; láminas de anatomía se superponían a mapas topográficos de Madrid, y un rosario de madera tosca reposaba en el centro, como el corazón negro de aquella investigación.

Diego se acercó a ella, apoyando las caderas en el borde del mueble y cruzando los brazos. Sus ojos grises, agudos y penetrantes, escrutaban el rostro concentrado de Amanda, admirando la ferocidad intelectual que la caracterizaba.

—Eulalia está encadenada en las mazmorras del Saladero, bajo la guardia de mis hombres más leales —informó el capitán, manteniendo un tono pragmático—. No ha pronunciado una sola palabra desde que recuperó el conocimiento. Solo sonríe y reza.

—No hablará, porque en su mente retorcida, el silencio es un acto de devoción —sentenció Amanda, tomando el rosario entre sus dedos finos. Lo acercó a la luz de la lámpara de aceite, examinando las cuentas talladas—. Pero los objetos que la rodean no mienten. La madera de este rosario no es olivo ni sándalo. Es boj de montaña, tratado con una resina específica que solo se encuentra en los talleres de los conventos de clausura de la sierra norte.

El militar se incorporó, acercándose para observar el detalle.

—Hay docenas de conventos en esa zona, Amanda. Las órdenes religiosas proliferan como la hierba mala en las afueras de la capital.

—Ciertamente —admitió la joven, extrayendo un pequeño frasco de cristal del escritorio. Lo destapó, y un aroma penetrante a mirra, incienso y lirios secos inundó la estancia—. Pero esta mezcla aromática es única. Los guardias encontraron estos residuos impregnados en el dobladillo del hábito de Eulalia. No es el incienso común que se quema en las parroquias abiertas al público. Es una fórmula litúrgica cerrada, utilizada exclusivamente para los oficios de la medianoche por la Orden de las Carmelitas Descalzas de la Inmaculada Silencio, en el monasterio de San Hermenegildo.

Diego frunció el ceño, su mente táctica procesando la información con la rapidez de un ajedrecista.

—El convento de San Hermenegildo es una fortaleza de piedra —reflexionó el capitán—. Muros de tres metros de altura, rejas de hierro forjado en las ventanas y una clausura estricta que prohíbe la entrada a cualquier varón, incluida la guardia real, salvo con una orden expresa del Nuncio Apostólico. Si Catalina se ha escondido allí, está protegida por la santidad del lugar.

—Y no solo por los muros —añadió Amanda, su mirada centelleando con una revelación súbita y aterradoras. Se giró hacia el mapa de Madrid, trazando una línea imaginaria entre el convento y el Palacio de Justicia—. He estado analizando el perfil psicológico de la carnicera de Les Halles. Catalina no es una mujer que huye por cobardía; es una depredadora que se reagrupa. Eulalia cantaba una nana mientras afilaba los cuchillos. No era una canción de cuna cualquiera, era el himno de la orden, adaptado con letras sangrientas. Catalina no se limitó a esconderse en el convento; se ha infiltrado en él, probablemente asesinando a la priora original y usurpando su identidad, tal como hizo con la condesa.

El capitán apretó la mandíbula, la cicatriz de su rostro tensándose hasta adquirir un tono blanquecino.

—¿Y cuál es su objetivo? —inquirió Diego, con una calma heladora que precedía a la tormenta—. Si está escondida, ¿por qué

enviar a Eulalia a entrenar a los niños en las alcantarillas? ¿Por qué los crímenes rituales de los informantes?

Amanda tomó una pluma de ganso y comenzó a escribir tres nombres en un pergamino en blanco. La caligrafía era afilada, decidida, carente de cualquier temblor.

—Porque los informantes no eran sus verdaderos objetivos, Diego. Eran distractores. Los crímenes de las alcantarillas y las muertes de los espías eran cortinas de humo para mantener a la guardia real ocupada en los barrios bajos, mientras ella preparaba su verdadera obra maestra de venganza.

Empujó el pergamino hacia el capitán. Diego leyó los tres nombres en voz alta, su tono tiñéndose de un reconocimiento sombrío.

—Magistrados Arriaga, Montenegro y Silva.

—Exactamente —confirmó Amanda, su voz adquiriendo una dureza metálica—. Hace cuatro años, antes de que la usurpación de la fortuna parisina saliera a la luz, Catalina fue acusada del envenenamiento de su primer esposo, el verdadero conde. Estos tres jueces declararon su inocencia, absuelta por falta de pruebas. Catalina, en su delirio de grandeza y purificación, no los ve como los hombres que le salvaron el cuello. Los considera pecadores que se atrevieron a juzgar a una "divinidad". Los considera impuros. Y en su mente retorcida, la única forma de lavar la afrenta de haber sido sometidos a un tribunal mortal es purgar a los jueces con el fuego y la sangre de sus pequeños corderos.

Diego pasó una mano por su rostro, comprendiendo la magnitud del desastre.

—Si los niños han sido enviados a asesinar a los magistrados, el escándalo será inimaginable. La Corona caerá, y la Iglesia exigirá cabezas. Catalina busca el caos absoluto para poder escapar en la confusión.

—No escapará —sentenció Amanda, con una frialdad que habría asustado a cualquiera que no conociera la nobleza de su causa.

Tomó la daga de empuñadura enjovada que había pertenecido a Edmond, comprobando el filo con su pulgar—. Conozco el convento. Mi tía pasó allí un mes de retiro espiritual hace años. Conozco los pasadizos subterráneos que conectan la bodega del monasterio con las antiguas canteras de yeso. No necesitamos la autorización del Nuncio. Necesitamos entrar antes de que la luna alcance su cenit, que es cuando los niños serán enviados a cumplir su macabra misión.

El capitán la observó con una intensidad que desarmaba cualquier barrera. La admiración que sentía por aquella mujer era un abismo sin fondo. Amanda no era solo una heredera, no era solo una amante apasionada; era la estrategia más brillante que había conocido, una mente quirúrgica capaz de diseccionar la maldad y extraerla de raíz. Se acercó a ella, tomando su rostro entre sus manos callosas, obligándola a sostener su mirada.

—Sois mi perdición y mi salvación, Amanda de Alcántara —susurró él, con una devoción que resonó en las paredes de madera del estudio—. Os juro por cada cicatriz de mi cuerpo que ningún niño más derramará sangre esta noche. Y juro que la carnicera de París pagará por cada lágrima que ha hecho derramar.

Amanda sintió que el corazón le daba un vuelco. La ternura en los ojos del guerrero era un bálsamo para las heridas invisibles que ambos cargaban. Se alzó sobre las puntas de los pies y capturó sus labios en un beso que supo a promesas inquebrantables, a pólvora y a jazmín, a un amor forjado en el infierno y templado en la gloria. No había lujos ni sedas en aquel abrazo, solo la urgencia de dos almas que se habían encontrado en la oscuridad y habían decidido ser la luz del otro.

Cuando rompieron el beso, Diego apoyó la frente contra la de ella, sus respiraciones entrelazándose en el aire viciado de la estancia.

—Prepararé a un pelotón de élite —murmuró el capitán, separándose con reluctancia—. Hombres que me deben la vida. No llevarán los colores de la Corona, para no alertar a las autoridades

eclesiásticas. Entraremos por las canteras de yeso, tal como habéis sugerido.

—No —interrumpió Amanda, su tono adquiriendo una autoridad inquebrantable—. Si lleváis un pelotón, el ruido de las botas en los túneles alertará a Catalina. Ella tiene a los magistrados vigilados, probablemente con los niños infiltrados en sus propias casas como sirvientes. Si sospecha que vamos, ordenará a los pequeños que corten las gargantas de sus objetivos y luego se suiciden. Esta requiere una cirugía de precisión, Diego. No un martillazo.

El militar la miró, evaluando la lógica de sus palabras. Sabía que ella tenía razón. La sutileza era la única arma que poseían contra una mente tan paranoica y calculadora.

—Iremos nosotros dos solos —aceptó Diego, con una resignación que ocultaba un orgullo feroz—. Vos conoceréis los pasadizos internos y yo neutralizaré las amenazas. Pero prometedme que os mantendréis detrás de mí cuando crucemos el umbral de la clausura.

Amanda sonrió, una curvatura triste pero desafiante de sus labios. Se ajustó el corsé, asegurando que las dagas y las pistolas de dos cañones estaban bien sujetas.

—Os prometo que seré vuestra sombra, capitán —respondió ella, tomando su mano y entrelazando sus dedos con los de él, la alianza de oro brillando con un destello frío en su dedo anular—. Pero si Catalina intenta huir, no os interpondréis en mi camino. Esta noche, la cacería termina.

Juntos, salieron del estudio, dejando atrás los mapas y los frascos de veneno. La luz del sol comenzaba a filtrarse con más fuerza por los ventanales, anunciando un día que prometía ser tan sangriento como los anteriores. Pero mientras caminaban por los pasillos de la residencia, sus hombros rozándose, sus mentes sincronizadas en un mismo propósito, el miedo había sido desterrado. Eran dos guerreros que habían descendido al abismo y habían regresado con las manos manchadas de barro, pero con las almas intactas. Y ahora, se disponían a arrastrar al último demonio de París hacia la luz implacable de la justicia.

CAPÍTULO 29

La boca del túnel que conectaba las antiguas canteras de yeso con los cimientos del convento de San Hermenegildo se abría como una herida negra en la ladera de la sierra, ocultada por una cortina de hiedra centenaria y zarzas espinosas. El crepúsculo descendía sobre Madrid con una lentitud agonizante, tiñendo el cielo de tonalidades amoratadas que anunciaban una noche sin luna, cómplice perfecta de los secretos que iban a ser desenterrados. Amanda de Alcántara se ajustó el cuello de su capa de cuero negro, ignorando el frío húmedo que se colaba por las rendijas de la piedra, y clavó sus ojos esmeraldas en la negrura absoluta que se extendía más allá del umbral. A su lado, Diego de Mendoza sostenía un farol sordo de latón, cuya luz había sido reducida a un mínimo resplandor mediante una lámina de cuero perforada, suficiente para orientarse sin delatar su posición.

—El pasadizo tiene aproximadamente cuatrocientos metros de longitud —susurró la joven, su voz amortiguada por la tela que cubría su rostro—. Desemboca en la bodega del monasterio, justo debajo de la cilla donde se almacenan los toneles de vino. Desde allí, una escalera de caracol conduce al claustro interior.

—Manteneos cerca de mí —respondió el capitán, su tono reducido a un murmullo ronco que apenas vencía el goteo rítmico del agua que se filtraba por las bóvedas—. El suelo está cubierto de escombros y raíces. Si hacéis ruido, los centinelas de Catalina nos escucharán antes de que podamos reaccionar.

Descendieron los peldaños irregulares de piedra, adentrándose en las entrañas de la tierra. El mundo superficial, con sus palacios dorados y sus salones iluminados por candelabros de cristal,

quedaba atrás, reemplazado por un universo de tinieblas y silencios opresivos. Las paredes de roca caliza rezumaban una humedad enfermiza, y las sombras proyectadas por el farol danzaban como espectros atormentados, adoptando formas grotescas que parecían acechar desde los rincones más profundos. Diego avanzaba en vanguardia, su espada desenvainada, sus sentidos aguzados al máximo, escrutando cada recoveco, cada grieta que pudiera ocultar una emboscada.

Amanda seguía sus pasos con una determinación férrea, su mente analítica procesando cada detalle del entorno. No sentía el miedo paralizante que habría embargado a cualquier dama de su posición; en su lugar, una furia gélida y calculadora alimentaba cada una de sus zancadas. La daga de empuñadura enjoyada que había pertenecido a Edmond reposaba en su corsé, un recordatorio metálico de que la justicia no se otorga, se arranca. El capitán la miró por encima del hombro, y en la penumbra, sus ojos grises reflejaron una admiración profunda y una preocupación ineludible. La química que los unía, ese vínculo indestructible forjado en la sangre y la adversidad, palpitaba con más fuerza en la oscuridad, convirtiéndolos en dos mitades de un mismo espíritu guerrero.

Tras quince minutos de una travesía extenuante por los túneles pestilentes, el sonido del agua corriente comenzó a mezclarse con otro ruido mucho más inquietante. No eran los cánticos guturales de los aristócratas degenerados de la Llama Negra, ni los rezos fanáticos de los cultistas adultos que esperaban encontrar. Era un sonido mucho más sutil, una melodía suave y arrulladora que resonaba con un eco espectral en las bóvedas de piedra.

Diego se detuvo en seco, alzando una mano para indicar a Amanda que guardara silencio. Apagó el farol por completo, sumiendo el túnel en una oscuridad casi total. El militar se pegó a la pared húmeda, arrastrando a Amanda con él hacia un rincón sombrío donde los muros se curvaban, ocultándolos de la vista.

—Escuchad —murmuró el capitán, su aliento cálido rozando la oreja de la joven, enviando un escalofrío que nada tenía que ver con

la humedad del subsuelo.

Amanda aguzó el oído, su corazón latiéndole con una violencia descompasada. La voz que tarareaba la nana pertenecía a una mujer, pero el acompañamiento de aquella melodía era lo que heló la sangre en sus venas. Se escuchaban pasos suaves, el roce de telas pesadas y el tintineo metálico de cadenas siendo arrastradas sobre la piedra. Sin embargo, no había gritos, ni lamentos, ni resistencia. Solo una obediencia absoluta, una sumisión que resultaba más aterradora que cualquier acto de violencia explícita.

Con la sigilosidad de un felino, Diego y Amanda se aproximaron al final del túnel, donde una trampilla de madera carcomida marcaba el acceso a la bodega del convento. El capitán extrajo una daga de su bota y comenzó a trabajar en los goznes oxidados con una precisión quirúrgica. La madera cedió con un quejido apenas perceptible, y la trampilla se entreabrió, revelando una escalera de piedra que ascendía hacia la luz mortecina de unas velas.

Diego alzó la vista, indicando a Amanda que permaneciera abajo mientras él exploraba el terreno. Con la agilidad de un espectro, el militar ascendió los peldaños, su espada desenvainada, listo para neutralizar cualquier amenaza. Amanda contó los segundos, su mente trabajando a toda velocidad, trazando estrategias, calculando movimientos. Cuando el capitán no regresó tras dos minutos de silencio absoluto, la joven no pudo soportar la incertidumbre. Ascendió tras él, con la daga en la mano, el corazón latiéndole con una violencia descompasada.

Al llegar a la bodega, el espectáculo que se ofreció ante sus ojos la dejó sin aliento. La estancia era inmensa, con bóvedas de ladrillo que se perdían en la penumbra. Los toneles de vino se alineaban como soldados de madera, sus superficies curvas reflejando la luz parpadeante de los candelabros de hierro forjado. Sin embargo, no había guardias, ni centinelas, ni niños adiestrados para la muerte. Solo una figura solitaria, sentada en un sillón de terciopelo carmesí junto a una mesa de caoba donde reposaban una botella de vino tinto y dos copas de cristal tallado.

La condesa Catalina, o lo que quedaba de ella, alzó la vista cuando Amanda y Diego entraron en la estancia. Su rostro, enmarcado por una toca de luto riguroso, reflejaba una calma aterradora, una serenidad que desafiaba toda lógica humana. Vestía un hábito de monja, pero bajo la tela negra, asomaban los bordados de seda de un vestido aristocrático, una mezcla blasfema de santidad y vanidad que resultaba obscena.

—Os esperaba, queridos niños —pronunció la matriarca, su voz suave y aterciopelada resonando en la bodega como un veneno dulce—. Sabía que vendríais. La curiosidad es un defecto incurable en los Alcántara, y la lealtad, una enfermedad mortal en los Mendoza.

Diego avanzó con pasos medidos, su espada apuntando al pecho de la mujer, pero sin acercarse demasiado. Sus ojos grises, habitualmente fríos y calculadores, ardían con un fuego infernal, una ira tan pura y devastadora que amenazaba con consumirlo.

—¿Dónde están los niños? —exigió el capitán, su voz retumbando en las paredes de piedra con una autoridad que desafiaba a la muerte misma—. ¿Dónde están los magistrados?

Catalina soltó una risa baja, un sonido seco y carente de alegría que resonó en la bodega como el croar de un cuervo. Tomó la botella de vino y llenó las dos copas con una lentitud deliberada, saboreando el momento.

—Los niños están cumpliendo su misión, tal como yo les ordené —respondió la matriarca, alzando una de las copas hacia la luz—. Los magistrados están siendo purificados, sus almas lavadas por la sangre de los inocentes. Es un sacrificio necesario, un acto de amor hacia la verdadera fe.

Amanda sintió que el mundo se desvanecía a su alrededor. Las palabras de Catalina resonaron en su mente como un trueno, destrozando cada certeza, cada recuerdo, cada verdad que había creído inquebrantable. La mujer que tenía delante no era una simple usurpadora, no era una carnicera de París que había robado una

identidad. Era algo mucho peor, algo que desafiaba la comprensión humana.

—Vos no sois Marie, la carnicera de Les Halles —murmuró Amanda, con la voz quebrada por el horror—. Vos no usurpasteis la identidad de la condesa Catalina. Vos sois la verdadera condesa, la mujer que dio a luz a Edmond, la que ordenó los primeros crímenes, la que entrenó a Eulalia para que lavara el cerebro de los niños.

Catalina sonrió, una curvatura lenta y cruel de los labios que reveló unos dientes perfectos que desentonaban con la decrepitud de su rostro.

—Por fin, querida, la verdad comienza a iluminar vuestra mente —susurró la matriarca, tomando un sorbo de vino—. Sí, yo soy la verdadera condesa Catalina de Mondragón. Marie, la carnicera, fue solo una herramienta, una plebeya a la que pagué para que fingiera mi muerte y me permitiera operar en las sombras. Los documentos que encontrasteis en la embajada francesa eran falsos, creados por mí para despistar a mis enemigos.

Diego apretó la mandíbula, la cicatriz de su rostro tensándose hasta adquirir un tono blanquecino que delataba su furia contenida.

—Entonces todos los crímenes, todas las muertes, todas las mutilaciones, fueron obra vuestra —sentenció el capitán, con una calma heladora que resultaba más aterradora que cualquier grito—. La Llama Negra, la secta parisina, los asesinatos en Madrid, todo fue planeado por vos.

—Planeado, ejecutado y disfrutado —confesó Catalina, con una sonrisa que revelaba la locura que habitaba en su alma—. Yo soy la mente maestra, el arquitecto de cada muerte, el conductor de cada gota de sangre derramada. Los Villeneuve, mi esposo, mi hijo Edmond, todos eran mis peones, mis instrumentos para alcanzar el poder absoluto. Pero ellos eran débiles, codiciosos, incapaces de comprender la grandeza de mi visión.

Amanda sintió que las lágrimas amenazaban con brotar de sus ojos, pero se negó a permitirlo. No delante de aquella mujer, no

cuando la verdad que estaba a punto de ser revelada amenazaba con destruir todo lo que conocía.

—¿Por qué? —preguntó la joven, con la voz temblorosa pero la mente afilada como un bisturí—. ¿Por qué tantos crímenes? ¿Por qué tantas vidas destruidas? ¿Qué beneficio obtuvisteis de tanta masacre?

Catalina dejó la copa sobre la mesa, su rostro transformándose en una máscara de seriedad absoluta. Por un instante, la locura que habitaba en sus ojos pareció disiparse, revelando a la mujer calculadora y despiadada que había logrado engañar a toda una corte.

—El beneficio, querida Amanda, no es material —respondió la matriarca, con una voz que goteaba una convicción fanática—. El beneficio es espiritual. Los crímenes rituales, las mutilaciones, las purificaciones con sangre, todo era necesario para preparar el advenimiento de una nueva era, una era donde los puros dominarían a los impuros, donde los fuertes aplastarían a los débiles. Yo no soy una asesina, soy una profetisa, la elegida para guiar a la humanidad hacia su destino final.

Diego soltó una carcajada seca, carente de toda alegría. La cicatriz de su rostro pareció palpar con la violencia de su desprecio hacia la locura de aquella mujer.

—Estáis loca —sentenció el capitán, con un tono que helaba la sangre—. Vuestra supuesta profecía no es más que la excusa de una mente enferma para justificar sus crímenes. No hay ningún advenimiento, no hay ninguna nueva era. Solo hay muerte y destrucción, y vos sois la responsable de cada cadáver.

Catalina no se inmutó ante el insulto. Su sonrisa volvió a curvar sus labios, una curvatura cruel y despiadada que revelaba la verdadera naturaleza de la mujer que tenían delante.

—La locura es un concepto relativo, capitán Mendoza —replicó la matriarca, con una calma que resultaba más aterradora que cualquier grito—. Vos me llamáis loca porque no comprendéis mi

visión. Pero cuando los niños hayan completado su misión, cuando los magistrados hayan sido purificados, cuando la sangre de los impuros haya lavado las calles de Madrid, entonces comprenderéis que yo siempre tuve razón.

Amanda sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Las palabras de Catalina resonaron en su mente como un trueno, abriendo una sima de dudas y horrores en su alma. La mujer que tenía delante no era solo una asesina, era una fanática, una creyente absoluta en su propia divinidad, incapaz de ser detenida por la razón o la compasión.

—Los niños no completarán ninguna misión —sentenció Amanda, con una voz que goteaba una determinación inquebrantable—. Mis hombres los están esperando en las casas de los magistrados. Cuando intenten atacar, serán neutralizados sin derramar una sola gota de sangre inocente.

Catalina soltó una risa estridente, un sonido que rebotó en las paredes de la bodega y erizó la piel de los dos amantes.

—Oh, querida Amanda, siempre tan ingenua —murmuró la matriarca, tomando la botella de vino y sirviéndose otra copa—. Creéis que habéis ganado, creéis que habéis detenido mis planes. Pero no sabéis que los niños no son mi única arma. Hay algo más, algo que ni siquiera vos, con vuestra mente brillante, habéis podido anticipar.

Diego avanzó un paso, su espada apuntando directamente a la garganta de la mujer.

—Basta de juegos, Catalina —ordenó el capitán, con una voz que no admitía réplica—. Confesad dónde están los niños, confesad cómo pensáis escapar, y tal vez, solo tal vez, os concedamos una muerte rápida.

La matriarca lo miró con una mezcla de lástima y desprecio, sus ojos brillando con una luz febril que heló la sangre del guerrero.

—No hay escape, capitán, porque no hay necesidad de huir —respondió Catalina, con una calma absoluta—. Mi misión está casi

completa. Los niños están en posición, los magistrados están vigilados, y yo he cumplido mi parte del pacto. Solo queda un último sacrificio, un último acto de purificación para que la profecía se cumpla.

Amanda sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Las palabras de Catalina resonaron en su mente como una sentencia de muerte, una revelación que amenazaba con destruir todo lo que habían construido.

—¿Qué sacrificio? —preguntó la joven, con la voz temblorosa pero la mente afilada como un bisturí—. ¿Qué último acto de purificación?

Catalina sonrió, una sonrisa lenta y cruel que reveló la verdad más aterradora de todas.

—Vos, querida Amanda —susurró la matriarca, clavando sus ojos en los de la joven con una intensidad que heló la sangre—. Vos sois el último sacrificio. Vos sois la sangre pura que debe ser derramada para que la profecía se cumpla. Vos sois la verdadera heredera de la fortuna parisina, la última descendiente del linaje que yo usurpé, y vuestra muerte es la llave que abrirá las puertas del nuevo amanecer.

El mundo de Amanda se desmoronó en un instante. Las palabras de Catalina resonaron en su mente como un trueno, destrozando cada certeza, cada recuerdo, cada verdad que había creído inquebrantable. No era solo una heredera, no era solo una amante. Era la pieza final del rompecabezas macabro, la víctima sacrificatoria que Catalina había estado preparando desde el principio.

Diego reaccionó con la velocidad de un depredador. Empujó a Amanda detrás de su cuerpo, interponiendo su propia carne entre ella y la matriarca. Su espada apuntaba directamente al pecho de Catalina, pero el capitán sabía que un movimiento en falso, un espasmo de locura de la mujer, y todo estaría perdido.

—No tocaréis ni un solo cabello de su cabeza —sentenció Diego, con una voz que retumbaba en las paredes de piedra con una

autoridad que desafiaba a la muerte misma—. Si intentáis hacerle daño, os atravesaré el corazón antes de que podáis pronunciar una sola palabra.

Catalina soltó una carcajada seca, carente de toda alegría. Se puso de pie con una lentitud deliberada, alzando las manos en un gesto de rendición burlona.

—No necesito tocarla, capitán —murmuró la matriarca, con una sonrisa que revelaba la locura que habitaba en su alma—. Ya está hecho. El veneno que habéis inhalado en el túnel, el mismo que utilicé para embalsamar a mis víctimas, ya está en su sangre. En pocos minutos, comenzará a sentir los primeros síntomas, y en menos de una hora, estará muerta.

Amanda sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Las palabras de Catalina resonaron en su mente como una sentencia de muerte, una revelación que amenazaba con destruir todo lo que habían construido. Llevó una mano a su garganta, sintiendo una opresión creciente que le dificultaba la respiración.

—Diego —susurró ella, con la voz quebrada por el pánico—. Algo no va bien. Me siento mareada.

El capitán la miró con una intensidad que la desarmó por completo. Sus ojos grises, oscurecidos por la preocupación y la furia, se clavaron en los de ella con una determinación inquebrantable.

—No moriréis, Amanda —sentenció él, con una voz que no admitía réplica—. Os sacaré de aquí, os llevaré al mejor médico de Madrid, y os curaré. No permitiré que esa bruja os arrebate de mi lado.

Catalina los observó con una mezcla de lástima y diversión, sus ojos brillando con una luz febril que heló la sangre de los dos amantes.

—Es demasiado tarde, capitán Mendoza —murmuró la matriarca, con una calma absoluta—. El veneno ya está en su sangre, y no hay antídoto. Solo queda un último acto de purificación, y vos, con vuestra lealtad inquebrantable, seréis el testigo de su muerte.

Diego apretó la mandíbula, la cicatriz de su rostro tensándose hasta adquirir un tono blanquecino que delataba su furia contenida. Sabía que Catalina estaba mintiendo, que el veneno era otra de sus manipulaciones, otra de sus mentiras diseñadas para destruirlos. Pero también sabía que no podía arriesgarse, que no podía permitir que Amanda muriera por una paranoia infundada.

—Atadla —ordenó el capitán, sin apartar la espada del pecho de la matriarca—. Y registrad la bodega. Si hay algún antídoto, lo encontraré.

Amanda asintió, apoyándose contra la pared para no desplomarse. Su mente, afilada como el bisturí con el que diseccionaba los misterios de la muerte, comenzaba a trabajar a toda velocidad, analizando los síntomas, buscando una explicación lógica a la opresión que sentía en el pecho. Pero el miedo, el puro y terrible miedo a la muerte, amenazaba con nublar su juicio.

Catalina permitió que Diego la atara con las cuerdas que encontró en un rincón de la bodega, sin oponer resistencia. Su sonrisa, sin embargo, no desapareció en ningún momento, una curvatura cruel y despiadada que revelaba la verdadera naturaleza de la mujer que tenían delante.

—Habéis ganado esta batalla, capitán Mendoza —murmuró la matriarca, mientras Diego apretaba los nudos que la inmovilizaban—. Pero la guerra aún no ha terminado. Mientras yo respire, mientras mi sombra se extienda por las calles de Madrid, Amanda no estará a salvo. Y cuando muera, mi espíritu regresará para reclamar lo que es mío por derecho.

Diego no respondió. Terminó de atarla y la dejó en el suelo de la bodega, ignorando sus palabras profanas. Se volvió hacia Amanda, tomando su rostro entre sus manos callosas y obligándola a mirarlo.

—Respirad, mi amor —susurró él, con la voz ronca que vibraba en el pecho de la joven—. Estad conmigo. El veneno es una mentira, otra de sus manipulaciones. Estáis a salvo.

Amanda cerró los ojos, permitiendo que la calidez de aquellas manos la anclara a la realidad. Giró el rostro ligeramente, rozando sus labios con la mejilla cicatrizada del guerrero.

—Lo sé, Diego —murmuró ella, con una voz que goteaba una determinación inquebrantable—. Pero Catalina no ha terminado. Aún hay secretos que no ha revelado, aún hay verdades que no hemos descubierto. Y hasta que no las conozcamos, no estaremos a salvo.

El capitán la miró con una intensidad renovada, percibiendo la fuerza que se ocultaba tras la fragilidad aparente de aquella mujer. La amaba con una ferocidad que le quemaba las entrañas, con una devoción que desafiaba a la razón y al deber. Se acercó a ella, capturando sus labios en un beso que supo a promesas eternas, a jazmín y a pólvora, a un amor forjado en el infierno y templado en la gloria.

—Entonces la interrogaremos —sentenció Diego, separándose con reluctancia—. Y no pararemos hasta que haya confesado cada secreto, hasta que haya revelado cada mentira. Porque mientras ella respire, mientras su sombra se extienda por las calles de Madrid, vosotros no estaréis a salvo.

Amanda asintió, ajustándose la capa con movimientos rápidos y nerviosos. La alianza de oro en su dedo anular brillaba con un destello frío, un recordatorio de la felicidad que acababan de jurarse y que ahora, una vez más, amenazaba con ser arrebatada por las sombras. Tomó la daga de empuñadura enjoyada que había pertenecido a Edmond y la escondió en el interior de su corsé, un gesto que Diego observó con una mezcla de orgullo y preocupación.

—No permitiré que nadie os haga daño, mi amor —susurró él, besando su frente con una ternura que contrastaba con la letalidad de sus palabras—. Ni en este mundo ni en el siguiente.

—Lo sé, Diego —respondió ella, con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Pero esta vez, no seré la presa. Esta vez, seré la cazadora.

Juntos, se volvieron hacia Catalina, que los observaba con una sonrisa cruel y despiadada. La matriarca estaba atada, inmovilizada, derrotada. Pero sus ojos brillaban con una luz febril, una convicción fanática que desafiaba toda lógica humana.

—La confesión ha comenzado, querida Amanda —murmuró la matriarca, con una voz que goteaba veneno contenido—. Pero aún quedan muchos secretos por revelar. Y os aseguro que la verdad, por terrible que sea, solo acaba de comenzar.

La cacería había entrado en su fase más oscura, pero mientras Amanda y Diego permanecieran juntos, mientras sus manos estuvieran entrelazadas y sus corazones latieran al unísono, ninguna sombra podría vencerlos. Eran la luz en la penumbra, la justicia en un mundo de traiciones, y estaban dispuestos a arrastrar a los demonios de París y Madrid hasta el último rincón de la tierra para asegurar que, al menos, la verdad saldría a la luz.

Aunque esa, en un mundo de traiciones y tinieblas, era el arma más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 30

El pánico intentó abrirse paso en la mente de Amanda, una marea oscura y asfixiante que amenazaba con anegar su raciocinio. La opresión en su pecho se intensificaba, y un leve temblor sacudía sus extremidades. Sin embargo, la formación médica que había adquirido en las sombras de las morgues clandestinas actuó como un ancla de lucidez en medio de la tormenta. Se llevó dos dedos al cuello, palpando su propio pulso con una precisión quirúrgica. Estaba acelerado, sí, pero era el latido desbocado del miedo, no el ritmo irregular de un envenenamiento sistémico.

Con un esfuerzo sobrehumano, Amanda apartó la vista de los ojos febriles de la matriarca y clavó la mirada en una bandeja de plata que reposaba sobre la mesa de caoba. El reflejo distorsionado del metal le permitió examinar sus propias pupilas. No presentaban la midriasis característica de los alcaloides letales. Inspiró hondo, filtrando el aire viciado de la bodega a través de la tela de su capa. El aroma a mirra y lirios secos era penetrante, pero bajo aquel perfume litúrgico, su olfato entrenado detectó el hedor dulzón y almizclado del cornezuelo de centeno, un hongo que proliferaba en los sótanos húmedos y que, en dosis mínimas, provocaba alucinaciones y mareos, pero no la muerte fulminante que la usurpadora prometía.

—Estáis mintiendo —sentenció Amanda, su voz recuperando la firmeza del acero toledano. Enderezó la espalda, ignorando el vértigo que la asaltaba, y clavó sus ojos en los de la anciana—. No hay ningún veneno parisino en el aire de este túnel. El cornezuelo de las bodegas oscuras os ha jugado una mala pasada, Catalina. Creísteis que el miasma de vuestro propio escondite nos debilitaría, pero solo lográis engañaros a vos misma.

La sonrisa de la matriarca se congeló en sus labios. La máscara de la profetisa fanática, la divinidad que pretendía encarnar, se resquebrajó con un chasquido casi audible. Durante unos instantes, el silencio en la bodega fue absoluto, roto únicamente por el goteo rítmico de la humedad en las paredes de piedra. Luego, lentamente, la tensión abandonó los hombros de la anciana. Su postura cambió, perdiendo la rigidez mística para adoptar la languidez arrogante de una aristócrata acostumbrada a manipular cortes enteras.

—Qué lástima —murmuró Catalina, su tono despojado de cualquier rastro de fervor religioso, goteando ahora un cinismo gélido y calculador—. Siempre fuisteis la más inteligente de las niñas, Amanda. Una lástima que esa brillantez os haya traído hasta este sótano infecto.

Diego, que había mantenido la espada a escasos milímetros de la garganta de la mujer, apretó los dientes. La cicatriz de su mandíbula palpitaba con la furia contenida.

—Basta de teatro, bruja —exigió el capitán, su voz retumbando en las bóvedas con una autoridad letal—. Habéis utilizado a niños inocentes, habéis masacrado a familias enteras y habéis corrompido los cimientos de dos reinos. Exijo saber la verdad, toda la verdad, antes de que mi acero decida vuestro destino.

Catalina soltó una carcajada, un sonido seco y carente de cualquier calidez humana que resonó en la estancia como el choque de cristales rotos. Se recostó en el sillón de terciopelo, cruzando las manos sobre el regazo con una elegancia que resultaba obscena en aquel entorno macabro.

—La verdad, mi querido capitán, es mucho más prosaica de lo que a vos os gustaría —confesó la usurpadora, sus ojos oscuros brillando con una codicia absoluta—. No hay profecías, no hay advenimientos de nuevas eras, ni pactos con entidades oscuras. Todo ese discurso místico era el cuento de hadas que le vendía a Eulalia para mantenerla dócil, y el dogma con el que lavaba el cerebro a los pequeños mendigos. La religión es la herramienta más eficaz para domesticar a las bestias.

Amanda sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. La magnitud de la manipulación era asfixiante. Cada asesinato, cada ritual sangriento, cada vida destrozada, no eran obra de una fanática religiosa, sino de una calculadora fría y despiadada.

—Entonces, ¿cuál era el verdadero propósito? —inquirió la joven, dando un paso al frente, ignorando la advertencia silenciosa de Diego—. ¿Por qué las mutilaciones? ¿Por qué la Llama Negra?

—Por codicia, querida. Pura y simple codicia —respondió Catalina, con una franqueza que helaba la sangre—. Yo no nací con el título de condesa. Nací en los mataderos de Les Halles, rodeada de cerdos degollados y sangre coagulada. Mi verdadero nombre es Marie. Cuando descubrí que la verdadera condesa Catalina de Mondragón iba a morir de fiebre en un hospicio de Lyon, vi la oportunidad de mi vida. Robé su identidad, sus joyas y sus documentos. Pero la fortuna de los Mondragón estaba atada a una red de acreedores, banqueros y políticos que exigían auditorías constantes.

La usurpadora hizo una pausa, saboreando el impacto de sus palabras. Diego la observaba con un desprecio tan profundo que parecía capaz de atravesarle el alma con la punta de su espada.

—Los hombres que descubrían el engaño, los banqueros que exigían ver los libros originales, los políticos que intentaban auditar mis cuentas... todos tenían que desaparecer —continuó Marie, con la misma indiferencia con la que un carnicero describe el despiece de un cerdo—. Pero no podía simplemente asesinarlos. Un magnicidio o una serie de muertes sospechosas habrían atraído a la policía de París y a la Inquisición de Madrid. Necesitaba una cortina de humo.

Amanda comprendió al instante, su mente quirúrgica ensamblando las piezas del rompecabezas macabro.

—La secta —susurró la joven, el horror tiñendo su voz—. Inventasteis la Llama Negra. Creasteis el mito de los rituales satánicos para que, cuando los cuerpos aparecieran mutilados, las autoridades asumieran que eran obra de un culto demente y no de una conspiración financiera.

—Exactamente, mi brillante heredera —asintió Catalina, con una sonrisa de orgullo enfermizo—. Los cortes en los torsos, la extracción de los corazones, los símbolos esotéricos... todo era un espectáculo teatral diseñado para aterrorizar a las masas y cegar a los magistrados. Cada víctima de los callejones de París y Madrid era un acreedor que me presionaba, un diplomático que sospechaba de mi linaje, o un juez que se acercaba demasiado a la verdad. Los eliminaba y dejaba sus cadáveres marcados con la firma de la secta. La guardia real buscaba fanáticos con antorchas, mientras yo firmaba los cheques y consolidaba mi imperio.

La confesión resonó en la bodega como una sentencia de muerte. La crueldad de aquella mujer no conocía límites. Había utilizado el miedo ancestral a lo sobrenatural para cubrir los crímenes más terrenales y egoístas. Había convertido a niños huérfanos en sus verdugos, no por devoción oscura, sino porque eran desechables, baratos y fáciles de manipular con cuentos de hadas sangrientos.

Diego bajó la espada una fracción, su rostro transformado por una ira tan pura que parecía iluminar la penumbra de la estancia. El guerrero había luchado en campos de batalla bañados en sangre, había visto la maldad de los hombres en su forma más primitiva, pero la frialdad industrial de aquella carnicera de París superaba cualquier atrocidad que hubiera presenciado en los Pirineos.

—Sois una alimaña —sentenció el capitán, su voz reducida a un susurro ronco y peligroso—. Una plaga que se esconde bajo la seda y los encajes. Habéis corrompido todo lo que tocasteis.

—He sobrevivido —replicó Catalina, con los ojos brillando por la fiebre de su propia vanidad—. En este mundo, capitán, los corderos terminan en el plato, y los lobos se alimentan de su carne. Yo me negué a ser el banquete.

Amanda sintió que la náusea ascendía por su garganta, pero la reprimió con la misma fuerza con la que había reprimido sus lágrimas en la cabaña del bosque. No permitiría que aquella mujer viera el efecto que sus palabras causaban. Se acercó a la mesa de

caoba y tomó una de las copas de cristal tallado, observando el líquido carmesí que contenía.

—Vuestra supervivencia se ha terminado, Marie —declaró la joven, con una autoridad que rivalizaba con la de los monarcas que la usurpadora había intentado engañar—. Vuestros hijos adoptivos están a salvo, custodiados por los mejores hombres de la Corona. Eulalia está encadenada en el Saladero. Y vuestro legado de sangre será expuesto ante el mundo entero. No como una profetisa, sino como lo que realmente sois: una asesina común y corriente.

La matriarca palideció, la máscara de arrogancia cayendo finalmente para revelar el terror absoluto de una depredadora que sabe que su jaula se ha cerrado. Por primera vez desde que habían descendido a la bodega, la calma aterradora de Catalina se quebró. Sus manos, que hasta entonces habían permanecido cruzadas con elegancia, comenzaron a temblar, arrugando la tela de su hábito blasfemo.

—No podéis hacer esto —siseó la usurpadora, la voz perdiendo su tono aterciopelado para convertirse en un chillido estridente y plebeyo—. ¡Soy la condesa de Mondragón! ¡Tengo inmunidad diplomática! ¡La Corona francesa me protegerá!

—La Corona francesa protegerá a la condesa de Mondragón —respondió Amanda, con una frialdad quirúrgica que cortó el aire como un bisturí—. Pero vos no sois la condesa. Sois Marie, la carnicera de Les Halles. Y la pena por la usurpación de identidad real, el espionaje y el asesinato de magistrados, es la horca en la Plaza Mayor, sin distinción de títulos robados.

Diego no esperó a que la mujer procesara la sentencia. Con un movimiento rápido y eficiente, extrajo un pañuelo de su bolsillo y lo embutió en la boca de Catalina, silenciando sus protestas histéricas. Luego, tomó las cuerdas que yacían en el suelo y ató las muñecas de la matriarca a la espalda con nudos de marinero, asegurándose de que ninguna de sus artimañas pudiera liberarla.

Cuando terminó, el capitán se volvió hacia Amanda. La furia que había dominado sus facciones se disipó al encontrar la mirada de la

joven, siendo reemplazada por una preocupación intensa y una ternura contenida que le suavizó los rasgos endurecidos. Se acercó a ella, ignorando a la prisionera que forcejeaba y emitía sonidos ahogados de rabia en el sillón de terciopelo.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó Diego, su voz ronca traicionando la tensión acumulada. Alzó una mano callosa y acarició la mejilla de Amanda, comprobando su temperatura con una delicadeza que contrastaba violentamente con su aspecto rudo.

—Estoy bien, mi amor —respondió ella, apoyando el rostro contra la palma del guerrero, cerrando los ojos para absorber el calor de su piel—. El mareo ha pasado. Era el cornezuelo y el cansancio. Catalina intentó jugar con nuestra mente, pero subestimó mi formación médica.

Diego exhaló un suspiro de alivio, un sonido profundo que pareció liberar el peso de los cielos de sus hombros. La atrajo hacia él, envolviéndola en un abrazo que fue mitad refugio, mitad promesa. El contacto de sus cuerpos, separados apenas por las capas de cuero y seda, envió una descarga de calor a través de la piel de ambos, un recordatorio reconfortante de la vida que latía bajo las armaduras que los protegían del mundo.

—Habéis sido extraordinaria, Amanda —murmuró él, besando la coronilla de la joven con una reverencia absoluta—. Habéis desmontado sus mentiras con la misma precisión con la que diseccionáis los misterios de la muerte. Sois la luz que ilumina mi oscuridad, la razón por la que aún respiro.

Amanda alzó el rostro, encontrando los ojos grises del capitán a escasos centímetros de los suyos. La intensidad de su mirada la desarmó por completo, revelando la vulnerabilidad que él se empeñaba en ocultar bajo capas de disciplina militar. En aquel sótano fétido, rodeados por los toneles de vino y la maldad encarnada de una usurpadora, su amor había encontrado un nuevo y más profundo significado. No era solo una pasión nacida de la adversidad; era una alianza inquebrantable, un pacto de almas que

había sobrevivido a las mentiras más devastadoras y a los horrores más inimaginables.

—Y vos sois mi espada y mi escudo, Diego —susurró ella, capturando sus labios en un beso que supo a promesas eternas, a pólvora y a jazmín, a un amor forjado en el infierno y templado en la gloria—. Pero esta noche, la cacería ha terminado. Hemos atrapado al lobo.

Se separaron con reluctancia, conscientes de que aún quedaban tareas que cumplir. Diego se dirigió hacia la trampilla que conducía al túnel y emitió un silbido agudo y prolongado, una señal convenida con el sargento Ruiz. Minutos después, el sonido de botas militares resonando en la escalera de caracol anunció la llegada de los refuerzos.

Ruiz irrumpió en la bodega seguido por media docena de soldados de élite, sus mosquetes preparados y sus rostros endurecidos por la noche de vigilancia. Al ver a la matriarca atada y amordazada en el sillón, el sargento esbozó una sonrisa de satisfacción feroz.

—Mi general, mi señora —saludó Ruiz, haciendo una reverencia apresurada—. Los magistrados están a salvo. Mis hombres interceptaron a los niños en las residencias de los jueces. Ninguna gota de sangre inocente ha sido derramada esta noche. Los pequeños están siendo atendidos por los médicos en el cuartel.

Amanda sintió que un nudo que había llevado apretado en la garganta durante horas se deshacía finalmente. Los niños estaban a salvo. La cadena de horror que Catalina había forjado se había roto, y los pequeños espectros de las alcantarillas tendrían la oportunidad de volver a ser niños, de sanar las heridas invisibles que la maldad humana les había infligido.

—Excelente trabajo, sargento —ordenó Diego, con la voz recuperando la autoridad inquebrantable del mando—. Llevad a la prisionera al Saladero. Quiero una guardia de veinte hombres en su celda, relevos cada cuatro horas. Nadie se le acercará sin mi

autorización expresa. Si intenta hablar con los carceleros, amordazadla de nuevo.

Ruiz asintió con brusquedad, y dos soldados se acercaron a Catalina, levantándola del sillón con poca delicadeza. La usurpadora forcejeó, emitiendo sonidos ahogados de rabia y desesperación a través del pañuelo que le tapaba la boca. Sus ojos, desorbitados por el pánico, se clavaron en Amanda por un último instante, transmitiendo un odio tan puro que habría helado el fuego de una forja. Pero la joven no retrocedió. Mantuvo la mirada de la carnicera de París con una frialdad absoluta, negándole el triunfo de ver su miedo.

Los soldados arrastraron a Catalina hacia la escalera, sus pasos resonando como el tañido fúnebre de una era de tinieblas que finalmente llegaba a su fin. Diego y Amanda los siguieron, ascendiendo desde las entrañas putrefactas del convento hacia el aire fresco de la noche madrileña.

Cuando emergieron al claustro interior del monasterio, la brisa nocturna acarició sus rostros, lavando el hedor a humedad y a muerte que se había adherido a sus pieles. El cielo se había despejado, revelando un manto de estrellas que brillaban con una intensidad sobrecogedora sobre los tejados de pizarra de la capital. La luna, llena y plateada, bañaba el patio de piedra con una luz serena que contrastaba brutalmente con los horrores que acababan de presenciar bajo tierra.

Diego se detuvo en el centro del claustro y tomó ambas manos de Amanda entre las suyas. La miró a los ojos, y en la penumbra del patio, sus iris grises reflejaban la luz de los astros, brillando con una promesa de paz que ambos habían creído imposible.

—Ha terminado, mi amor —murmuró el capitán, su voz ronca vibrando con una emoción que amenazaba con desbordarlo—. Los Villeneuve han caído. La usurpadora está encadenada. Y nosotros... nosotros seguimos aquí.

Amanda asintió, sintiendo que las lágrimas, contenidas durante meses de traiciones, sangre y batallas, finalmente brotaban de sus

ojos. No eran lágrimas de tristeza, sino de alivio, de redención y de un amor que había sobrevivido al infierno. Se alzó sobre las puntas de los pies y capturó los labios de Diego en un beso que supo a libertad, a futuro y a un amanecer que por fin, después de tanta oscuridad, comenzaba a despuntar en sus corazones.

La cacería había terminado. Y mientras permanecían abrazados bajo el cielo estrellado de Madrid, Amanda supo que, aunque las cicatrices de su pasado nunca borrarían por completo, la luz que habían encontrado el uno en el otro sería suficiente para iluminar el resto de sus días.

CAPÍTULO 31

Las mazmorras del Saladero exudaban un hedor a podredumbre ancestral, una mezcla de humedad, moho y desesperación que se adhería a las paredes de piedra como una segunda piel. Amanda de Alcántara descendió los peldaños resbaladizos con una determinación que le quemaba las entrañas, ignorando las miradas recelosas de los carceleros y el frío que calaba sus huesos a través de la capa de terciopelo. A su lado, Diego de Mendoza avanzaba con la mano descansando sobre la empuñadura de su espada, sus ojos grises escrutando cada sombra con la vigilancia de un lobo que protege a su compañera.

Habían transcurrido tres días desde que Catalina fuera encadenada en aquel antro de inmundicia. Tres días en los que Amanda no había logrado conciliar el sueño, atormentada por las palabras que la usurpadora había pronunciado en la bodega del convento. "Vos sois la verdadera heredera de la fortuna parisina, la última descendiente del linaje que yo usurpé". Aquellas sílabas resonaban en su mente como un eco persistente, una verdad que amenazaba con desmoronar cada certeza que había construido sobre los cimientos de su identidad.

Al llegar al nivel subterráneo, el carcelero descorrió los cerrojos de una celda mugrienta. La puerta chirrió sobre sus goznes oxidados, revelando un interior sumido en la penumbra más absoluta. Amanda contuvo el aliento. En el centro de la estancia, sentada sobre un lecho de paja infecta, se hallaba Catalina. Sus muñecas estaban sujetas a la pared por grilletes de hierro, y su rostro, antaño orgulloso y arrogante, presentaba ahora la palidez cadavérica de quien ha perdido toda esperanza de redención.

Al escuchar los pasos, la matriarca alzó la cabeza. Sus ojos oscuros, hundidos en cuencas sombreadas, se clavaron en Amanda con una mezcla de odio y regocijo enfermizo. Una sonrisa lenta y cruel curvó sus labios agrietados.

—Os esperaba, querida —murmuró Catalina, su voz ronca resonando en las paredes de piedra con un eco espectral—. Sabía que vendríais. La curiosidad es un defecto incurable en vuestra estirpe.

Amanda se aproximó a los barrotes, ignorando el hedor que le revolvió el estómago. Sus ojos verdes relumbraban con una osadía inquebrantable, reflejando la luz mortecina de la antorcha que Diego sostenía.

—He venido a exigir la verdad, Marie —sentenció la joven, con una voz que goteaba una autoridad que helaba la sangre—. No las mentiras que utilizasteis para manipular a Eulalia y a los niños. No las fábulas de profecías y advenimientos. Quiero saber quién soy realmente.

Catalina soltó una carcajada seca, carente de toda alegría, que resonó en la celda como el croar de un cuervo. Se incorporó con lentitud, arrastrando los grilletes que tintineaban con un sonido fúnebre.

—Ah, la pregunta del millón, querida —murmuró la usurpadora, acercándose a los barrotes hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del de Amanda—. ¿Quién sois realmente? La respuesta es mucho más simple de lo que imagináis. No sois hija del duque arruinado de Alcántara. No sois la sobrina de la condesa viuda. Sois la verdadera heredera de la fortuna parisina, la última descendiente del linaje que yo usurpé hace veinte años.

El mundo de Amanda se desmoronó en un instante. Las palabras de Catalina resonaron en su mente como un trueno, destrozando cada certeza, cada recuerdo, cada verdad que había creído inquebrantable. Sintió que el suelo se hundía bajo sus pies, abriendo un abismo de dudas y horrores en su alma.

—¿De qué estáis hablando? —susurró ella, con la voz quebrada por el horror—. Mi padre era el duque de Alcántara. Mi madre murió cuando yo era niña. He vivido toda mi vida en Madrid, bajo la protección de mi tía.

Catalina sonrió, una curvatura cruel y despiadada que reveló la verdadera naturaleza de la mujer que tenía delante.

—Vuestro padre era un banquero parisino, un hombre que se negó a ceder sus derechos sobre la fortuna que yo había usurpado —confesó la matriarca, con una franqueza que helaba la sangre—. Lo mandé asesinar en los callejones de París, frente a su esposa y a su hija pequeña. Vos erais esa niña, Amanda. Os robé de la cuna y os entregué a los Alcántara, una familia arruinada que necesitaba un heredero para mantener las apariencias. Os criaron como suya, pero vuestra sangre, vuestra fortuna, vuestro linaje... todo me pertenece a mí.

Diego apretó la mandíbula, la cicatriz de su rostro tensándose hasta adquirir un tono blanquecino que delataba su furia contenida. Sus ojos grises, habitualmente fríos y calculadores, ardían con un fuego infernal, una ira tan pura y devastadora que amenazaba con consumirlo.

—Estáis mintiendo —sentenció el capitán, con una calma heladora que resultaba más aterradora que cualquier grito—. Amanda es hija de los Alcántara. Vos solo intentáis destruirla con vuestras mentiras retorcidas.

Catalina soltó una risa estridente, un sonido que rebotó en las paredes de la celda y erizó la piel de los dos amantes.

—¿Mintiendo? —replicó la matriarca, con los ojos brillando por la fiebre de su propia vanidad—. Querido capitán, si queréis la prueba, solo tenéis que buscar en los archivos de la embajada francesa. El acta de nacimiento de la verdadera heredera de la fortuna parisina, la hija del banquero asesinado, lleva mi sello. Y si comparáis los rasgos de Amanda con los retratos de su padre biológico, veréis que comparten los mismos ojos esmeralda, la misma mandíbula desafiante, la misma sangre.

Amanda sintió que las lágrimas amenazaban con brotar de sus ojos, pero se negó a permitirlo. No delante de aquella mujer, no cuando la verdad que estaba a punto de ser revelada amenazaba con destruir todo lo que conocía. Se llevó una mano al pecho, sintiendo el latido desbocado de su corazón, el vértigo que la asaltaba al comprender la magnitud de la traición.

—¿Por qué? —preguntó la joven, con la voz temblorosa pero la mente afilada como un bisturí—. ¿Por qué no me matasteis? ¿Por qué dejarme con vida si yo era la única que podía reclamar la fortuna?

—Porque necesitaba un testigo —respondió Catalina, con una sonrisa que revelaba la locura que habitaba en su alma—. Necesitaba a alguien con la sangre del linaje para realizar el ritual de sellado, para consolidar mi poder sobre la fortuna parisina. Vos erais mi póliza de seguro, mi instrumento para garantizar que nadie pudiera desafiar mi autoridad. Pero ahora, querida, vuestro propósito se ha cumplido. Y yo no tengo nada que perder.

Diego no esperó a que la mujer continuara su sarta de mentiras. Con un movimiento rápido y eficiente, extrajo la llave de la celda del bolsillo del carcelero, quien yacía inconsciente en el suelo tras un golpe certero. Abrió la puerta de un tirón y se abalanzó sobre Catalina, agarrándola por las solapas de su hábito blasfemo.

—Basta de juegos, bruja —sentenció el capitán, su voz retumbando en las paredes de piedra con una autoridad letal—. Habéis utilizado a niños inocentes, habéis masacrado a familias enteras y habéis corrompido los cimientos de dos reinos. Pero no volveréis a tocar a Amanda con vuestras mentiras.

Catalina permitió que el capitán la sacudiera, su sonrisa cruel y despiadada sin desaparecer en ningún momento. Sus ojos brillaban con una luz febril, una convicción fanática que desafiaba toda lógica humana.

—No podéis matarme, capitán —murmuró la matriarca, con una calma absoluta—. Soy prisionera de la Corona. Mi juicio será público, y mi testimonio revelará verdades que destruirán a media

aristocracia de Madrid y París. Si me matáis, perderéis la oportunidad de limpiar la podredumbre que se ha infiltrado en las cortes europeas.

Diego la soltó con desdén, retrocediendo un paso. Su espada apuntaba directamente al pecho de la mujer, pero el capitán sabía que un movimiento en falso, un espasmo de locura de la usurpadora, y todo estaría perdido.

Amanda permaneció inmóvil junto a los barrotes, su mente trabajando a toda velocidad, procesando la información que Catalina acababa de revelar. Si era cierto lo que la matriarca afirmaba, entonces toda su vida había sido una mentira. Su título, su linaje, su identidad... todo era una farsa construida sobre los huesos de sus verdaderos padres. Pero también significaba que la fortuna parisina, la inmensa riqueza que los Villeneuve habían saqueado durante décadas, le pertenecía por derecho de sangre.

—Necesito pruebas —sentenció Amanda, con una voz que goteaba una determinación inquebrantable—. Si lo que decís es cierto, entonces presentaré mi reclamación ante la Corona francesa y española. Y vos, Marie, seréis juzgada no solo por usurpación de identidad, sino por el secuestro de una heredera legítima.

Catalina soltó una carcajada seca, carente de toda alegría. Se recostó contra la pared de piedra, cruzando los brazos sobre el pecho con una elegancia que resultaba obscena en aquel entorno macabro.

—Las pruebas están en los archivos de la embajada, querida —respondió la matriarca, con una sonrisa que revelaba la locura que habitaba en su alma—. Pero os advierto, una vez que las veáis, una vez que comprendáis la magnitud de la traición, no podréis deshacer lo que habéis descubierto. Vuestro mundo se desmoronará, y yo me reiré desde la horca al ver cómo os ahogáis en la verdad.

Diego se volvió hacia Amanda, su rostro marcado por una preocupación profunda. Tomó su mano entre las suyas, apretándola con una fuerza que le dejó marcas en la piel.

—No tenéis que hacer esto, mi amor —murmuró él, con la voz ronca vibrando con una emoción que amenazaba con desbordarlo—. Si la verdad os destroza, si os hace daño, podemos dejar que Catalina sea juzgada sin revelar vuestro linaje. Podéis seguir siendo Amanda de Alcántara, la heredera de los duques arruinados.

Amanda lo miró con una intensidad que lo desarmó por completo. Sus ojos claros chispeaban con un valor inalterable, reflejando la luz mortecina de la antorcha.

—No puedo huir de la verdad, Diego —respondió ella, con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Si soy la heredera de la fortuna parisina, entonces tengo la responsabilidad de reclamarla, de utilizarla para sanar las heridas que Catalina ha infligido a tantos inocentes. No puedo permitir que mi miedo me detenga, no cuando tengo la oportunidad de destruir a la mujer que robó mi vida y la de mis padres.

El capitán asintió con lentitud, comprendiendo la inexorabilidad de su destino. Sabía que Amanda no retrocedería, que su indomable espíritu la llevaría hasta el final, aunque el precio fuera su propia alma. Se acercó a ella, capturando sus labios en un beso que supo a promesas eternas, a pólvora y a jazmín, a un amor forjado en el infierno y templado en la gloria.

—Entonces iremos juntos —sentenció Diego, separándose con reluctancia—. Y no pararemos hasta que la verdad salga a la luz, hasta que Catalina sea juzgada y hasta que vos recuperéis lo que os pertenece por derecho de sangre.

Amanda asintió, ajustándose la capa con movimientos rápidos y nerviosos. La alianza de oro en su dedo anular brillaba con un destello frío, un recordatorio de la felicidad que acababan de jurarse y que ahora, una vez más, amenazaba con ser arrebatada por las sombras. Tomó la daga de empuñadura enjoyada que había pertenecido a Edmond y la escondió en el interior de su corsé, un gesto que Diego observó con una mezcla de orgullo y preocupación.

—No permitiré que nadie os haga daño, mi amor —susurró él, besando su frente con una ternura que contrastaba con la letalidad

de sus palabras—. Ni en este mundo ni en el siguiente.

—Lo sé, Diego —respondió ella, con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Pero esta vez, no seré la presa. Esta vez, seré la cazadora.

Juntos, salieron de la celda, dejando atrás a Catalina, que los observaba con una sonrisa cruel y despiadada. La matriarca estaba encadenada, inmovilizada, derrotada. Pero sus ojos brillaban con una luz febril, una convicción fanática que desafiaba toda lógica humana.

La cacería había entrado en su fase final, pero mientras Amanda y Diego permanecieran juntos, mientras sus manos estuvieran entrelazadas y sus corazones latieran al unísono, ninguna sombra podría vencerlos. Eran la luz en la penumbra, la justicia en un mundo de traiciones, y estaban dispuestos a arrastrar a los demonios de París y Madrid hasta el último rincón de la tierra para asegurar que, al menos, la verdad saldría a la luz.

Pero esa, en un mundo de traiciones y tinieblas, era el arma más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 32

Las mazmorras del Saladero exudaban un hedor a podredumbre ancestral, una amalgama de humedad, moho y desesperación que se adhería a las paredes de piedra caliza como una segunda piel. Amanda de Alcántara permanecía de pie en el centro de la celda, ignorando el frío glacial que calaba sus huesos a través de la capa de terciopelo. Su mente, habitualmente un santuario de lógica y deducción, era ahora un campo de batalla devastado por el terremoto de las revelaciones de la noche anterior. La certeza de no ser hija de los duques de Alcántara, sino la verdadera heredera de la inmensa fortuna parisina, había desmoronado los cimientos de su identidad. Cada recuerdo de su infancia, cada lección de etiqueta, cada sacrificio de su tía, todo se había revelado como una elaborada farsa construida sobre los huesos de sus verdaderos padres. Sin embargo, la joven aristócrata se negó a permitir que el abismo de la traición la consumiera. Enderezó la espalda, transformando su angustia en un acero gélido, y clavó sus ojos esmeraldas en la figura encadenada que ocupaba el lecho de paja infecta.

Catalina, o Marie como ahora debía ser llamada, descansaba contra el muro con una languidez calculada. Los grilletes de hierro que aprisionaban sus muñecas tintineaban suavemente cada vez que la usurpadora ajustaba su postura. El rostro de la matriarca, despojado de la arrogancia aristocrática que la había caracterizado durante décadas, revelaba ahora la crudeza de los mataderos de Les Halles. Sus ojos oscuros, hundidos en cuencas sombreadas, brillaban con un regocijo enfermizo, saboreando la agonía silenciosa de su prisionera. Diego de Mendoza se mantenía a un paso de Amanda, su figura imponente recortada contra la penumbra lóbrega de la estancia. El capitán no apartaba la mano de la empuñadura de su

espada, sus sentidos aguzados al máximo, escrutando cada sombra con la vigilancia de un lobo que protege a su compañera de una jauría de alimañas.

—El traslado al castillo de la Inquisición se efectuará al mediodía —anunció Amanda, su voz resonando con una autoridad metálica que no admitía réplica—. Mis hombres ya están preparando los documentos. Confesaréis cada crimen ante el tribunal, Marie. No habrá rincones oscuros donde ocultar vuestras vilezas.

La usurpadora soltó una carcajada seca, un sonido que rebotó en las bóvedas de piedra como el croar de un cuervo. Se incorporó con lentitud, arrastrando las cadenas que cantaban una melodía fúnebre.

—Qué eficiencia tan admirable, querida —murmuró Catalina, acercándose a los barrotes hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del de Amanda—. Pero antes de que me llevéis al patíbulo, permitidme un último gesto de cortesía. Un brindis por la verdad que tanto os obsesiona.

En ese instante, el carcelero de guardia, un hombre de aspecto rudo y mirada esquiva, se aproximó a la puerta de la celda. Sostenía una bandeja de peltre abollado sobre la cual reposaba un cáliz de plata y una jarra de barro. El guardia vertió el líquido en la copa con manos temblorosas, evitando cuidadosamente cruzar la mirada con el capitán Mendoza. El aroma que se elevó desde el recipiente no era el bouquet afrutado de un buen vino de Burdeos, sino un olor denso, almizclado, con un fondo acre que hizo que las fosas nasales de Amanda se contrajeran en alerta.

—Su excelencia la condesa ha solicitado su ración diaria de vino para calmar los nervios antes del viaje —farfulló el carcelero, dejando la bandeja sobre el suelo y retrocediendo apresuradamente hacia el pasillo.

Amanda entrecerró los párpados, su formación médica analizando el entorno con una precisión quirúrgica. El líquido en el cáliz presentaba una tonalidad ligeramente más oscura de lo habitual, y la superficie estaba cubierta por una fina película oleosa que no correspondía a los taninos del vino. Además, el temblor del carcelero

y la prisa por abandonar la estancia delataban una complicidad nefasta. Alguien en el Saladero aún recibía órdenes de la red de la Llama Negra, o había sido sobornado con el oro que la usurpadora mantenía oculto en sus últimos escondites.

—No beberé esa porquería —sentenció Amanda, dando un paso atrás y cruzando los brazos sobre el pecho—. Y vos tampoco lo haréis hasta que el alcaide lo autorice.

Catalina sonrió, una curvatura cruel y despiadada que reveló la verdadera naturaleza de la mujer que tenían delante. Sus dedos, ocultos bajo las mangas raídas de su hábito, acariciaron un anillo de plata maciza que lucía en su mano izquierda. El sello del anillo, un escudo heráldico falso, giró con un chasquido apenas perceptible, revelando un diminuto compartimento del que extrajo una aguja de acero tan fina como un cabello.

—Oh, pero no es para vos, querida Amanda —susurró la matriarca, su voz adquiriendo un tono aterciopelado y letal—. Es para la pequeña huérfana que creyó ser una duquesa.

Con una velocidad que desmentía su edad y su encierro, Catalina se abalanzó contra los barrotes. No intentó alcanzar a Amanda directamente. En su lugar, con un giro brusco de la muñeca, hundió la aguja en la esponja de corcho que sellaba la jarra de barro, inyectando el contenido de su anillo en el líquido restante. Luego, con un movimiento fluido y desesperado, arrebató el cáliz de plata de la bandeja y lo arrojó con todas sus fuerzas hacia el rostro de la joven aristócrata. El objetivo no era solo mojarla; el tósigo, una concentración letal de acónito y belladona destilada en los laboratorios de París, estaba diseñado para absorberse a través de las mucosas y los ojos, provocando una muerte agonizante e instantánea.

El tiempo pareció dilatarse en la penumbra de la celda. Amanda, sorprendida por la ferocidad del ataque, apenas tuvo tiempo de alzar los brazos para protegerse. Pero Diego no era un hombre que permitiera que el destino arrebatara a su amada por segunda vez. El capitán se interpuso con la velocidad de un depredador, lanzándose

entre los barrotes y la joven. Su cuerpo blindó a Amanda, pero el cáliz de plata, impulsado por la furia de la usurpadora, impactó contra el pecho del militar.

El metal resonó con un estruendo sordo, y el líquido oscuro se derramó en cascada sobre la casaca de Diego. Sin embargo, el desastre no terminó ahí. El impacto del cáliz hizo que la jarra de barro cayera al suelo, estallando en mil fragmentos. Una salpicadura del vino envenenado alcanzó la mejilla del capitán, y una porción considerable del tósigo se deslizó directamente hacia la herida mal curada que aún llevaba en el costado derecho, un recuerdo sangriento de la fábrica de tejidos. Además, el líquido entró en contacto con sus labios entreabiertos por el esfuerzo del movimiento.

Diego se congeló. Sus ojos grises se desorbitaron durante una fracción de segundo, y un espasmo violento sacudió su torso. Soltó la espada, que chocó contra las losas de piedra con un tintineo fúnebre, y se llevó las manos al pecho.

—¡Diego! —gritó Amanda, el pánico desgarrando su garganta mientras corría hacia él. Lo atrapó antes de que su cuerpo inerte se desplomara contra el suelo húmedo de la celda.

El capitán jadeaba, un sonido húmedo y terrible que resonaba en la estancia. Su rostro, habitualmente pálido, estaba adquiriendo una tonalidad cianótica, y las venas de su cuello se marcaban en relieve, oscuras y tortuosas. Las pupilas, antes frías y calculadoras, se dilataron hasta ocupar casi todo el iris, devorando la luz.

—Amanda —logró articular él, con la voz quebrada por la parálisis que comenzaba a ascender por su sistema nervioso—. El vino... la herida...

Catalina, al ver el resultado de su ataque, soltó una risa estridente que se mezcló con los estertores del capitán. Se recostó contra la pared, disfrutando del espectáculo de la destrucción.

—Acónito de los monjes, concentrado con sales de mercurio —confesó la usurpadora, con los ojos brillando por la fiebre de su

propia victoria—. No hay antídoto en este agujero olvidado de la mano de Dios. En tres minutos, su corazón dejará de latir. Y vos, querida heredera, tendréis que vivir con la culpa de haberlo llevado a la tumba.

Amanda ignoró a la matriarca. Su mente, impulsada por el amor y la desesperación, activó cada conocimiento médico, cada tratado de toxicología que había devorado en las noches de vigilia. El acónito bloqueaba los canales de sodio, provocando una arritmia fatal y parálisis muscular. Necesitaba atropina, o en su defecto, una dosis masiva de carbón activado y un estimulante cardíaco. Pero estaba en una mazmorra, sin su botiquín, con el hombre que amaba muriendo en sus brazos.

—¡Ruiz! ¡Traed al cirujano del regimiento! ¡Ahora! —bramó Amanda, su voz resonando con una autoridad que heló la sangre de los guardias que comenzaban a asomarse por el pasillo.

Sin esperar a que llegara la ayuda, la joven aristócrata rasgó el cuello de la camisa de Diego para exponer su pecho. La herida del costado, donde el veneno había entrado en contacto directo con el torrente sanguíneo, estaba rodeada de un halo de piel ennegrecida. Amanda presionó sus dedos contra la carne, intentando extraer la sangre contaminada, pero el tósigo ya se había extendido.

—Necesito algo para inducir el vómito, para purgar el estómago —murmuró para sí misma, sus ojos escrutando la celda con una frenesí calculador. Su mirada se posó en la jarra rota. El vino restante en el suelo estaba mezclado con el polvo de la piedra y los fragmentos de barro. No servía.

Diego agarró su muñeca con una fuerza sorprendente, a pesar de la debilidad que lo consumía. Sus ojos grises, luchando contra la neblina de la muerte, se clavaron en los de ella con una ternura desgarradora.

—Dejadme ir, mi amor —susurró el capitán, una gota de sangre oscura brotando de la comisura de sus labios—. No permitáis que muera mirando cómo os destruyen. Huid. Reclamad vuestra fortuna. Vivid.

—Callaos, necio —replicó Amanda, las lágrimas finalmente brotando de sus ojos y cayendo sobre el rostro del guerrero—. No os he salvado de la horca, de los Villeneuve y de las alcantarillas de Madrid para perderos ahora en este sótano infecto. Sois mío, Diego de Mendoza, y no permitiré que la muerte os arrebate de mi lado.

Se volvió hacia Catalina, cuya sonrisa de triunfo comenzaba a desvanecerse ante la determinación sobrenatural de la joven. Amanda se puso de pie, su figura recortada contra la luz de las antorchas como una diosa de la venganza. La dolorosa revelación de su linaje parisino, la traición de su identidad, el horror de los niños manipulados; todo ese dolor se condensó en una furia gélida y absoluta.

—Si mi amante muere, Marie —sentenció Amanda, con una voz que goteaba una calma letal—, no os entregaré a la Inquisición. Os entregaré a los familiares de las víctimas. Os dejaré en las calles de Madrid, sin protección, para que la justicia popular os despieza como a los cerdos de vuestro pasado.

Catalina palideció, el terror finalmente quebrando su máscara de locura. Pero Amanda ya no la miraba. La joven aristócrata se arrodilló de nuevo junto a Diego, tomando su daga de empuñadura enjoyada. Con un movimiento preciso, se cortó la palma de la mano izquierda, dejando que la sangre fresca brotara. Sabía que la hemoglobina podía actuar como un aglutinante temporal, ralentizando la absorción del tósigo si se aplicaba directamente sobre la herida envenenada, creando una barrera física mientras el cirujano llegaba.

Presionó su mano sangrante contra el costado herido del capitán, mezclando su propia vida con la de él. Luego, tomó la cabeza de Diego y la apoyó contra su pecho, susurrándole palabras de amor y promesas de un futuro que se negaba a abandonar. El corazón del guerrero latía de forma errática, un tambor de guerra perdiendo su ritmo, pero aún luchando, aún aferrándose a la luz que ella le ofrecía.

En el pasillo, el sonido de botas apresuradas y los gritos del cirujano anunciaban la llegada de la ayuda. Amanda mantuvo la presión sobre la herida, sus ojos fijos en el rostro del capitán, desafiando a la parca, desafiando al destino, desafiando a los dioses crueles que habían intentado separarlos. La revelación de su verdadera sangre no la había destruido; la había forjado en un acero indestructible. Y mientras Diego respirara, aunque fuera con el último aliento de su agonía, Amanda de Alcántara, la verdadera heredera de París, libraría la batalla más feroz de su existencia.

CAPÍTULO 33

El tiempo se desmoronaba en la penumbra de la mazmorra, cada segundo una losa de plomo aplastando el pecho de Amanda de Alcántara. Diego yacía en el suelo de piedra, su torso desnudo surcado por venas negras que se extendían desde la herida envenenada como raíces de un árbol maldito. Su respiración era un estertor húmedo, un sonido que desgarraba el alma de la joven aristócrata, quien sostenía su cabeza contra su regazo, ignorando la sangre que manchaba su vestido de terciopelo. Los ojos grises del capitán, antes acerados y vigilantes, se habían velado con la neblina de la muerte, y sus labios, teñidos de un azul mortecino, entreabrían una plegaria silenciosa que solo ella podía escuchar.

—Mi general, el cirujano mayor del regimiento acaba de llegar —anunció el sargento Ruiz, irrumpiendo en la celda con el rostro pálido y la respiración entrecortada. Detrás de él, un hombre de edad avanzada, con el delantal manchado de yodo y los instrumentos tintineando en su maletín de cuero, se aproximó con pasos apresurados.

—Apartaos, señora —ordenó el cirujano, arrodillándose junto al capitán y examinando la herida con dedos temblorosos—. El acónito ha penetrado profundamente en el torrente sanguíneo. Las pupilas están completamente dilatadas, el pulso es filiforme y la piel presenta cianosis periférica. Si no actuamos en los próximos cinco minutos, el paro cardíaco será irreversible.

Amanda se puso de pie con un movimiento brusco, sus ojos verdes luciendo con una audacia que helaba el aire viciado de la celda. La revelación de su linaje parisino, la traición de su identidad, el horror de los niños manipulados; todo ese dolor se había

transmutado en una furia gélida y quirúrgica que le afilaba el intelecto como un bisturí.

—Necesito carbón activado, una infusión concentrada de digitalina y una jeringa hipodérmica estéril —sentenció la joven, su voz resonando con una autoridad que no admitía réplica—. El acónito bloquea los canales de sodio del miocardio. Si logramos ralentizar la absorción del tósigo con el carbón y estimular el corazón con la digitalina, podremos ganar tiempo para que su organismo metabolice el veneno.

El cirujano la miró con una mezcla de asombro y admiración. Aquella dama aristócrata, con sus manos manchadas de sangre y su cabello desordenado, poseía un conocimiento médico que rivalizaba con el de los mejores toxicólogos de París.

—No tengo digitalina en mi maletín, señora —respondió el hombre, abriendo el estuche de cuero y mostrando sus instrumentos—. Solo dispongo de láudano, éter, alcohol y vendas. El carbón activado podría obtenerse de las antorchas del pasillo, pero la digitalina requiere una preparación de varias horas.

Amanda cerró los ojos un instante, su mente trabajando a toda velocidad, trazando las conexiones entre los síntomas de Diego y los recursos disponibles. El acónito provocaba una arritmia ventricular que degeneraría en fibrilación. Sin un estimulante cardíaco potente, el capitán moriría. Sin embargo, existía una alternativa desesperada, un remedio que los boticarios de los barrios bajos utilizaban cuando carecían de medicamentos refinados.

—Traedme las antorchas del pasillo —ordenó ella, girándose hacia Ruiz—. Necesito el carbón de la madera de pino, y también una botella de aguardiente de alta graduación. Si no tenemos digitalina, utilizaremos la cafeína concentrada del café tostado que los guardias preparan en la garita. Una dosis masiva de cafeína, combinada con el carbón activado, estimulará el corazón lo suficiente para mantenerlo latiendo hasta que el veneno sea metabolizado.

El sargento asintió con brusquedad y salió corriendo de la celda. Amanda se arrodilló de nuevo junto a Diego, tomando su rostro

entre sus manos. El capitán había perdido el conocimiento, su pecho apenas se elevaba con una respiración agónica. La joven aristócrata presionó sus labios contra los de él, un beso desesperado que sabía a sal, a pólvora y a promesas de un futuro que se negaba a abandonar.

—No os atreváis a morir, capitán —susurró ella, con la voz quebrada por las lágrimas que finalmente brotaban de sus ojos—. Me debéis una vida entera, Diego de Mendoza. Y no permitiré que la muerte os arrebate de mi lado antes de que hayáis cumplido vuestra promesa.

Mientras tanto, Catalina observaba la escena con una mezcla de regocijo enfermizo y terror creciente. La matriarca, aún encadenada a la pared, había esperado ver a la joven aristócrata desmoronarse ante la agonía de su amante. Pero Amanda no se rendía. La heredera de París luchaba con una ferocidad sobrenatural, desafiando a la parca con cada movimiento, con cada orden que daba a los soldados.

—Qué conmovedora devoción —murmuró la usurpadora, su voz goteando veneno contenido—. Pero es inútil, querida. El acónito que utilicé fue destilado en los laboratorios de la embajada francesa. No existe antídoto en esta ciudad que pueda salvar a vuestro amante. Su muerte será lenta, agonizante, y vos tendréis que vivir con la culpa de haberlo llevado a la tumba.

Amanda se giró hacia ella con la rapidez de un felino acorralado. Sus ojos esmeraldas irradiaban con una furia que habría helado el fuego de una forja. Se acercó a la matriarca, ignorando los gritos del cirujano que le advertía del peligro de abandonar al capitán.

—Escuchadme bien, Marie —sentenció la joven, con una calma letal que resultaba más aterradora que cualquier grito—. Si mi amante muere, no os entregaré a la Inquisición. Os entregaré a los familiares de las víctimas. Os dejaré en las calles de Madrid, sin protección, para que la justicia popular os despiece como a los cerdos de vuestro pasado. Y antes de que eso ocurra, os arrancaré la lengua con la que pronunciáis vuestras vileces.

Catalina palideció, el terror finalmente quebrando su máscara de locura. Sus ojos oscuros se desviaron hacia la puerta, calculando si podría gritar pidiendo auxilio, pero Amanda fue más rápida. Con un movimiento fluido, extrajo la daga de empuñadura enjoyada que había pertenecido a Edmond y la presionó contra la garganta de la matriarca. El acero frío rozó la piel flácida de la usurpadora, arrancándole un gemido ahogado.

—Ni un solo sonido más —susurró Amanda, con la voz goteando una amenaza absoluta—. Si intentáis sabotear el tratamiento, si intentáis atacar a los soldados, si vuestro aliento siquiera roza el aire de esta celda, os juro que vuestra muerte será mil veces peor que la horca.

En ese instante, Ruiz regresó con los suministros solicitados. Dos antorchas humeantes, una botella de aguardiente y un molinillo de café con los granos recién tostados. Amanda soltó a Catalina y se acercó al cirujano, quien la observaba con una mezcla de asombro y admiración.

—Triturad los granos de café hasta obtener un polvo fino —ordenó ella, tomando una de las antorchas—. Y disolved el carbón de la madera de pino en el aguardiente. Necesitamos una suspensión espesa que pueda ser inyectada directamente en el torrente sanguíneo.

El cirujano obedeció con diligencia, triturando los granos en un mortero de piedra mientras Amanda raspaba el carbón de la antorcha con la punta de su daga. Las partículas negras se desprendían con facilidad, mezclándose con el alcohol para formar una pasta espesa y olorosa. La joven aristócrata combinó ambas preparaciones en una jeringa hipodérmica que el cirujano había logrado esterilizar con el éter.

—Esto le causará un dolor atroz —advirtió el médico, observando la mezcla con recelo—. La cafeína concentrada, combinada con el carbón y el alcohol, provocará taquicardia, convulsiones y posiblemente vómitos. Su corazón podría no soportar el esfuerzo.

—No tiene otra opción —replicó Amanda, con una firmeza que no admitía réplica—. Si no actuamos ahora, morirá en los próximos minutos. Preparad la jeringa.

El cirujano asintió y se arrodilló junto a Diego, buscando una vena en el brazo del capitán. La piel estaba fría y cianótica, las venas apenas visibles bajo la superficie. Con manos temblorosas, insertó la aguja en el pliegue del codo y comenzó a inyectar la mezcla.

Diego reaccionó de inmediato. Su cuerpo se arqueó con violencia, un espasmo que lo levantó parcialmente del suelo. Un gemido ahogado escapó de sus labios, y sus ojos se abrieron de par en par, las pupilas aún dilatadas pero brillando con una luz febril. Las venas de su cuello se marcaron en relieve, oscuras y tortuosas, y su pecho comenzó a agitarse con una respiración entrecortada.

—¡Sujetadlo! —ordenó Amanda, arrodillándose junto a él y presionando sus manos contra el pecho del capitán—. ¡No dejéis que se mueva!

Ruiz y dos soldados se abalanzaron sobre Diego, inmovilizando sus extremidades mientras las convulsiones sacudían su cuerpo. El capitán gritaba, un sonido desgarrador que resonaba en las paredes de piedra de la celda, pero Amanda no apartó las manos de su pecho, sintiendo los latidos erráticos de su corazón bajo sus palmas.

—Un minuto —murmuró ella, contando los segundos en voz baja—. Un minuto más, Diego. Aguantad un minuto más.

El tiempo se desmoronaba de nuevo, cada segundo una eternidad de tortura. Las convulsiones de Diego comenzaron a remitir lentamente, su cuerpo relajándose sobre el suelo de piedra. Su respiración, antes agónica, se volvió más profunda, más regular. El color comenzó a regresar a sus mejillas, una tonalidad rosada que contrastaba con la palidez cadavérica de minutos antes.

El cirujano tomó el pulso del capitán, sus dedos temblorosos palpando la arteria radial. Una sonrisa de alivio comenzó a curvar sus labios.

—El pulso se está regularizando —anunció el médico, con la voz quebrada por la emoción—. La taquicardia está remitiendo. La cafeína ha estimulado el corazón lo suficiente para contrarrestar los efectos del acónito.

Amanda sintió que las piernas le fallaban, dejándose caer sobre el suelo de piedra junto a Diego. Las lágrimas, contenidas durante la crisis, brotaron finalmente de sus ojos, rodando por sus mejillas y cayendo sobre el rostro del capitán. Lo abrazó con una desesperación que la hacía parecer más pequeña, más frágil, pero también más fuerte que nunca.

—Lo habéis logrado, mi amor —susurró ella, besando su frente con una ternura que contrastaba con la crudeza de la escena—. Habéis vuelto a mí.

Diego abrió los ojos lentamente, sus iris grises encontrando los de ella con una intensidad que la desarmó por completo. Una sonrisa cansada, pero llena de amor, curvó sus labios.

—Os dije que no moriría —murmuró él, con la voz ronca y quebrada por el esfuerzo—. Os lo prometí.

Amanda apoyó la frente contra la de él, cerrando los ojos para absorber el calor de su piel, el latido de su corazón, la realidad de su presencia. En aquel momento, en aquella mazmorra infecta, rodeados por la muerte y la traición, su amor había encontrado un nuevo y más profundo significado. No era solo una pasión nacida de la adversidad; era una alianza inquebrantable, un pacto de almas que había sobrevivido al veneno más letal y a las mentiras más devastadoras.

Sin embargo, la victoria estaba incompleta. Catalina, al ver que Diego había sobrevivido, soltó un alarido de furia y desesperación. Forcejeó contra sus cadenas, intentando alcanzar a Amanda con las manos extendidas.

—¡Maldita seáis! —gritó la matriarca, su voz resonando en las paredes de piedra con un eco espectral—. ¡Maldita sea vuestra sangre, maldito sea vuestro linaje! ¡No escaparéis de mi maldición!

Amanda se puso de pie con un movimiento fluido, girándose hacia la usurpadora. Sus ojos verdes fulguraban con un rojo inmutable, reflejando la luz mortecina de las antorchas. Se acercó a Catalina con pasos medidos, ignorando los gritos del cirujano que le advertía del peligro de acercarse a una mujer enloquecida.

—Vuestra maldición se ha terminado, Marie —sentenció la joven, con una voz que goteaba una calma letal—. Mañana, al mediodía, seréis juzgada por la Inquisición y la Corona. Confesaréis cada crimen, cada asesinato, cada traición. Y cuando la soga rodee vuestro cuello, cuando el suelo se abra bajo vuestros pies, recordaréis este momento. Recordaréis que vuestra astucia, vuestra crueldad y vuestra locura no fueron suficientes para derrotar a una mujer que se negó a ser vuestra víctima.

Catalina la miró con odio absoluto, sus ojos oscuros brillando con una luz febril que desafiaba toda lógica humana. Pero ya no había palabras, solo el silencio de una derrota absoluta.

Amanda se volvió hacia Diego, quien comenzaba a incorporarse con la ayuda de Ruiz. El capitán la observaba con una mezcla de orgullo y admiración profunda, su rostro aún pálido pero sus ojos grises brillando con la luz del guerrero que había sobrevivido a la muerte.

—Vamos, mi amor —murmuró él, tomando su mano y entrelazando sus dedos con los de ella—. Saquémonos de este lugar maldito. Necesitáis descansar, y yo necesito veros a salvo.

Amanda asintió, ajustándose la capa con movimientos rápidos y nerviosos. La alianza de oro en su dedo anular brillaba con un destello frío, un recordatorio de la felicidad que acababan de jurarse y que ahora, por fin, comenzaba a despuntar sobre las cenizas del pasado. Tomó la daga de empuñadura enjoyada que había pertenecido a Edmond y la escondió en el interior de su corsé, un gesto que Diego observó con una mezcla de orgullo y preocupación.

—No permitiré que nadie os haga daño, mi amor —susurró él, besando su frente con una ternura que contrastaba con la letalidad de sus palabras—. Ni en este mundo ni en el siguiente.

—Lo sé, Diego —respondió ella, con una firmeza que la sorprendió a ella misma—. Pero esta vez, no seré la presa. Esta vez, seré la cazadora.

Juntos, salieron de la celda, dejando atrás a Catalina, que los observaba con una sonrisa cruel y despiadada. La matriarca estaba encadenada, inmovilizada, derrotada. Pero sus ojos brillaban con una luz febril, una convicción fanática que desafiaba toda lógica humana.

La cacería había entrado en su fase final, pero mientras Amanda y Diego permanecieran juntos, mientras sus manos estuvieran entrelazadas y sus corazones latieran al unísono, ninguna sombra podría vencerlos. Eran la luz en la penumbra, la justicia en un mundo de traiciones, y estaban dispuestos a arrastrar a los demonios de París y Madrid hasta el último rincón de la tierra para asegurar que, al menos, la verdad saldría a la luz.

Y esa, en un mundo de traiciones y tinieblas, era el arma más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 34

El aire de la mazmorra se había vuelto irrespirable, una atmósfera densa y cargada que olía a madera de pino carbonizada, a café tostado y al hedor metálico del sudor frío. Los ecos de las convulsiones de Diego aún parecían resonar en las bóvedas de piedra caliza, un recordatorio fantasmal de lo cerca que había estado la parca de reclamar su alma. Amanda de Alcántara permanecía arrodillada junto al capitán, sus dedos temblorosos pero precisos ajustando el vendaje improvisado sobre el costado del guerrero. La piel del militar, aunque todavía pálida y cubierta por una fina capa de transpiración, había recuperado un tono ligeramente más humano, y la respiración, aunque entrecortada, seguía un ritmo constante y victorioso.

A escasos pasos de ellos, encadenada a la pared de piedra, Catalina observaba la escena con los ojos desorbitados. La máscara de la profetisa fanática y la arrogancia de la aristócrata usurpadora se habían desintegrado por completo, revelando a la bestia acorralada que siempre había habitado bajo la seda y los encajes. Marie, la carnicera de Les Halles, comprendía que su obra maestra de destrucción había fracasado. El veneno más letal de los laboratorios parisinos había sido neutralizado por la astucia y el conocimiento médico de una mujer a la que había subestimado desde el primer instante. La frustración, mezclada con una locura furiosa y desesperada, comenzó a emanar de su figura encogida, transformando su rostro en una máscara de odio puro.

—No puede ser —murmuró la usurpadora, su voz sonando como el roce de dos piedras afiladas—. El acónito no perdona. La sangre debe coagularse, el corazón debe detenerse. Vosotros habéis corrompido el orden natural de las cosas.

Amanda ignoró el veneno verbal de la prisionera. Su atención estaba centrada exclusivamente en los ojos grises de Diego, que la miraban con una mezcla de asombro, devoción y un amor tan profundo que le encogía el alma. El capitán alzó una mano callosa y, con un esfuerzo visible, acarició la mejilla de la joven, limpiando una mancha de hollín que le cruzaba el pómulo.

—Habéis desafiado a los cielos y a los infiernos, mi amor —susurró Diego, con la voz ronca pero cargada de una ternura infinita—. Sois un milagro vestido de seda y acero.

Antes de que Amanda pudiera responder al halago, un sonido seco y nauseabundo rompió la quietud de la celda. Fue el crujido inconfundible de un hueso al salir de su articulación. La joven aristócrata giró la cabeza con la rapidez de un felino y contempló con horror cómo Catalina, aprovechando la laxitud de sus propios tejidos y la desesperación de una rata ahogada, se había dislocado el pulgar izquierdo. La matriarca emitió un gemido ahogado, ignorando el dolor atroz, y deslizó la mano deformada y sangrante a través de la argolla de hierro del grillete.

Libre de su atadura, Catalina no buscó la huida. Su mente, completamente fracturada por el fracaso y la inminencia del cadalso, solo anhelaba la destrucción total. Con un movimiento serpenteante, se abalanzó sobre el suelo de piedra y sus dedos ensangrentados rodearon uno de los fragmentos más grandes y afilados de la jarra de barro que yacía destrozada. Se incorporó con una agilidad sobrenatural, impulsada por la histeria, y se lanzó directamente hacia el cuello de Amanda.

Diego intentó interponerse, pero sus músculos, traicionados por los efectos residuales del tósigo, no respondieron con la celeridad requerida. Un grito de alarma se atascó en su garganta. Sin embargo, Amanda no era una damisela indefensa; era una mujer que había sobrevivido a las alcantarillas de Madrid, a las traiciones de la corte y a los horrores de la guerra. Su mente quirúrgica analizó la trayectoria del ataque en una fracción de segundo.

En lugar de retroceder, la heredera de París dio un paso al frente, acortando la distancia. El fragmento de cerámica rozó su clavícula, abriendo un corte superficial que comenzó a sangrar, manchando el encaje de su corsé. Amanda ignoró el ardor de la herida. Con la precisión de un anatomista, su mano derecha se cerró como una tenaza sobre la muñeca de Catalina, presionando exactamente sobre el nervio radial. El dolor fue instantáneo y fulminante. Los dedos de la matriarca se abrieron involuntariamente, y el casco de barro cayó al suelo con un tintineo inocuo.

Pero Catalina no se rendía. Con un rugido primitivo, intentó clavar sus dientes en el rostro de Amanda. La joven aristócrata, impulsada por una furia gélida y absoluta, giró su cadera y utilizó el peso de su propio cuerpo para derribar a la usurpadora contra las losas húmedas. El impacto sacudió los cimientos de la celda. Amanda se colocó a horcajadas sobre el pecho de su enemiga, inmovilizando sus brazos con las rodillas y sujetando sus muñecas con una fuerza que nacía de las profundidades de su espíritu indomable.

La lucha fue visceral, desprovista de cualquier elegancia. Catalina forcejeaba como una posesa, escupiendo maldiciones y blasfemias, intentando liberarse de la dominación física de su captora. Amanda, con el cabello castaño cayendo en mechones desordenados sobre su rostro y la respiración agitada por el esfuerzo, extrajo la daga de empuñadura enjoyada que había pertenecido a Edmond. La hoja de acero brilló con un reflejo letal bajo la luz parpadeante de las antorchas.

Colocó la punta del arma directamente sobre la yugular de la matriarca. La piel de Catalina se erizó al sentir el frío del metal. El silencio que descendió sobre la mazmorra fue absoluto, roto únicamente por los jadeos de las dos mujeres y la respiración trabajada de Diego, quien observaba la escena sin intervenir, comprendiendo que aquel era un duelo que Amanda debía librar y ganar por sí misma.

—Puedo hacerlo —susurró Amanda, su voz goteando una calma quirúrgica que resultaba mucho más aterradora que cualquier grito

—. Puedo deslizar esta hoja un milímetro hacia abajo y terminar con vuestra miserable existencia aquí mismo. Nadie me lo reprocharía. Dirían que fue legítima defensa, que la locura de la carnicera de París la empujó a atacarme. Sería un acto de piedad, un final rápido para una vida dedicada a la podredumbre.

Catalina tragó saliva, el sudor y la sangre de su propio pulgar dislocado manchando su cuello. Por primera vez en décadas, el terror más puro y primitivo se apoderó de sus ojos. La arrogancia había desaparecido, dejando solo a un animal suplicante frente a su depredadora.

—Hacedlo entonces —escupió la matriarca, intentando recuperar un jirón de su antigua altivez—. Matadme y manchad vuestras manos con la sangre de una condesa. Demostrad que sois igual de bárbara que yo.

Amanda sonrió, una curvatura triste y carente de toda alegría que iluminó sus facciones endurecidas. Retiró la daga lentamente, guardándola en el interior de su corsé con un movimiento fluido. La decisión había sido tomada, forjada en el fuego de su propia moralidad y en el amor que sentía por el hombre que la observaba desde el suelo.

—No os daré el lujo de la piedad, Marie —sentenció Amanda, con un tono que resonó con la autoridad de los reyes que la usurpadora había intentado engañar—. La muerte rápida es un privilegio que ya no os pertenece. Si os mato ahora, vuestro sufrimiento terminará. Pero si vivís, si enfrentáis a los tribunales supremos de la Corona y al eco implacable de la Inquisición por vuestros crímenes contra la humanidad, la nobleza y la fe, vuestro nombre será escupido en las plazas públicas.

La joven se inclinó, tomando las pesadas cadenas de hierro que colgaban de la pared. Con movimientos deliberados, comenzó a asegurar las muñecas de Catalina, cruzando los eslabones sobre su pecho y atándola al muro con nudos de marinero que no admitían holgura ni escape.

—Seréis despojada de cada título robado, de cada joya usurpada —continuó Amanda, mientras apretaba el último cerrojo—. Los magistrados que corrompisteis testificarán en vuestra contra. Los familiares de las víctimas que masacrasteis en París y en Madrid estarán presentes en vuestro juicio. Y cuando la soga rodee vuestro cuello en la Plaza Mayor, el pueblo entero verá caer no a una condesa, sino a la carnicera de los mataderos. Vuestra leyenda de terror será reemplazada por la vergüenza eterna de la horca.

Catalina sollozó, un sonido feo y quebrado que rebotó en las paredes de piedra. La dominación física de Amanda era absoluta, pero la dominación psicológica era el golpe final que destrozaba el espíritu de la usurpadora. La matriarca dejó caer la cabeza contra el muro, derrotada, anonadada por el peso de una justicia que no podía ser comprada con oro ni manipulada con mentiras.

Amanda se puso de pie, limpiándose las manos manchadas de sangre y hollín en los pliegues de su capa. Se volvió hacia Diego, quien la observaba con una admiración tan profunda que parecía capaz de iluminar la penumbra de la celda. El capitán, apoyado en la pared, había logrado incorporarse hasta quedar sentado. Sus ojos grises brillaban con un orgullo feroz.

—Sois la mujer más extraordinaria que ha caminado sobre la tierra, Amanda de Alcántara —murmuró Diego, extendiendo su mano sana hacia ella—. Habéis elegido la luz de la justicia sobre la oscuridad de la venganza.

La joven aristócrata se acercó a él, tomando su mano y entrelazando sus dedos con los de él. La adrenalina comenzaba a remitir, dejando paso a un cansancio abrumador, pero el calor del contacto de sus pieles actuó como el bálsamo más poderoso. Se arrodilló junto a él, apoyando la frente contra la suya, cerrando los ojos para absorber la realidad de su supervivencia.

—La venganza solo engendra más cenizas, mi amor —susurró ella, con la voz quebrada por la emoción—. Yo prefiero construir un futuro sobre las ruinas de sus crímenes.

Ruiz y el cirujano regresaron en ese instante, acompañados por un destacamento de la Guardia Real. Al ver a la prisionera inmovilizada y al capitán fuera de peligro, el sargento esbozó una sonrisa de alivio y respeto.

—Mi general, mi señora —saludó Ruiz, haciendo una reverencia apresurada—. El alcaide ha preparado el carruaje blindado. La prisionera será trasladada inmediatamente a la fortaleza de la Inquisición en las afueras de la ciudad, bajo la custodia de los tribunales supremos.

Diego asintió, permitiendo que Ruiz y otro soldado lo ayudaran a ponerse de pie. El dolor en su costado era agudo, pero la presencia de Amanda a su lado le otorgaba una fortaleza sobrenatural. Juntos, comenzaron a ascender los peldaños de piedra que conducían fuera de las mazmorras. Amanda caminaba a su lado, sosteniendo su peso, negándose a dejar que los soldados lo llevaran en brazos. Ella era su compañera, su igual, su escudo y su espada.

Al cruzar el umbral de la fortaleza, la luz del sol de la tarde madrileña los golpeó con una intensidad cegadora. El cielo era de un azul impoluto, y la brisa otoñal acariciaba sus rostros, lavando el hedor a muerte y a podredumbre que se había adherido a sus pieles. Amanda miró hacia el horizonte, hacia los tejados de pizarra y las cúpulas de las iglesias que se recortaban contra el firmamento. Había descubierto la verdad sobre su linaje, había salvado al hombre que amaba de las garras de la muerte y había entregado a la peor de las monstruas a la justicia implacable de la Corona.

Diego se detuvo en el patio de armas, ignorando las miradas curiosas de los soldados y los sirvientes. Tomó el rostro de Amanda entre sus manos, sus pulgares acariciando las mejillas de la joven con una reverencia absoluta.

—El pasado ha muerto, Amanda —murmuró él, con la voz ronca vibrando con una promesa de eternidad—. Los Villeneuve han caído. La usurpadora está encadenada. Y nosotros... nosotros seguimos aquí. Juntos.

Amanda sonrió, una sonrisa genuina y radiante que iluminó sus ojos esmeraldas. Se alzó sobre las puntas de los pies y capturó los labios de Diego en un beso que supo a libertad, a redención y a un amanecer que por fin, después de tanta oscuridad, comenzaba a despuntar en sus corazones. La cacería había terminado. Y mientras permanecían abrazados bajo el cielo de Madrid, la verdadera heredera de París supo que, aunque las cicatrices de su pasado nunca borrarían por completo, la luz que habían encontrado el uno en el otro sería suficiente para iluminar el resto de sus días.

CAPÍTULO 35

La luz del amanecer se filtraba por los ventanales de plomo de la alcoba principal de la residencia de los Alcántara, bañando la estancia en tonalidades de ámbar y rosa que acariciaban los tapices flamencos y los muebles de caoba barnizada. El aire olía a lavanda seca, a cera de abejas y al aroma medicinal de las cataplasmas de hierbas que se renovaban cada pocas horas sobre la mesilla de noche. Diego de Mendoza yacía sobre el lecho de dosel, su torso desnudo cubierto por vendas blancas que contrastaban con la palidez marmórea de su piel. La fiebre lo había consumido durante tres días y tres noches, un infierno interno que había obligado a su cuerpo a librar una batalla silenciosa contra los residuos del acónito que aún circulaban por su torrente sanguíneo.

Amanda de Alcántara permanecía sentada en un sillón de terciopelo carmesí junto a la cama, su postura rígida y vigilante como la de un centinela que no conoce el descanso. Sus ojos verdes, enrojecidos por la falta de sueño, no se apartaban del rostro del capitán, escrutando cada respiración, cada movimiento de sus párpados, cada cambio en la tonalidad de su piel. Sus manos, que habían administrado las infusiones de digitalina y las cataplasmas de carbón activado con una precisión quirúrgica, ahora descansaban sobre el regazo, entrelazadas con una tensión que delataba el terror que aún la atormentaba.

—Mi general, debéis descansar —murmuró María, la leal doncella de Amanda, acercándose con una bandeja de plata que contenía una taza de caldo humeante—. Lleváis setenta y dos horas sin cerrar los ojos. Si continuáis así, seréis vos quien termine en el lecho.

Amanda negó con la cabeza, sin apartar la vista de Diego.

—No puedo, María —respondió ella, con la voz ronca por el agotamiento—. Cada vez que cierro los ojos, lo veo desplomarse en la mazmorra. Veo las venas negras ascendiendo por su cuello. Veo cómo el veneno le arrebató la vida, y yo no puedo hacer nada para detenerlo.

La doncella suspiró, dejando la bandeja sobre la mesilla y colocando una mano reconfortante sobre el hombro de su señora.

—El capitán es un guerrero, mi señora. Ha sobrevivido a batallas peores que esta. Y vos lo habéis salvado. Habéis hecho lo que ningún médico de la corte habría logrado. Debéis confiar en su fortaleza.

Amanda asintió, aunque sus ojos no abandonaban el rostro de Diego. Sabía que María tenía razón. El capitán era un superviviente, un hombre cuya voluntad de vivir era tan feroz como su capacidad para proteger a quienes amaba. Pero el terror de haberlo perdido, de haber sentido cómo su corazón se detenía bajo sus manos, había dejado una marca imborrable en su alma.

Fue entonces cuando los párpados de Diego comenzaron a moverse. Un gemido bajo y ronco escapó de sus labios, y sus manos, vendadas y temblorosas, se aferraron a las sábanas de lino. Amanda se incorporó de un salto, arrodillándose junto al lecho y tomando su rostro entre sus manos.

—Diego —susurró ella, con la voz quebrada por la emoción—. Mi amor, estad conmigo. Volved a mí.

Los ojos grises del capitán se abrieron lentamente, las pupilas dilatadas por los efectos residuales de la fiebre. Durante unos instantes, su mirada estuvo vacía, perdida en algún lugar entre la conciencia y el delirio. Luego, lentamente, el reconocimiento iluminó sus iris, y una sonrisa cansada curvó sus labios.

—Amanda —murmuró él, con la voz apenas audible—. ¿Estáis... estás bien?

La joven sintió que las lágrimas finalmente brotaban de sus ojos, rodando por sus mejillas y cayendo sobre las manos del capitán.

Asintió con frenesí, incapaz de articular palabra.

—Estoy bien, mi amor —logró decir finalmente, besando sus dedos vendados con una reverencia absoluta—. Estáis a salvo. El veneno ha sido neutralizado. Habéis vuelto a mí.

Diego alzó una mano temblorosa y acarició la mejilla de Amanda, limpiando las lágrimas con su pulgar.

—Os prometí que no moriría —susurró él, con una ternura que le encogió el alma—. Y los Mendoza siempre cumplimos nuestras promesas.

Amanda rio, un sonido quebrado que se mezcló con sus sollozos. Apoyó la frente contra la de Diego, cerrando los ojos para absorber el calor de su piel, el latido de su corazón, la realidad de su supervivencia.

—Sois un necio, capitán —murmuró ella, con la voz cargada de amor y alivio—. Un necio arrogante que cree que puede desafiar a la muerte con solo una promesa.

—Y vos sois una hechicera, Amanda de Alcántara —replicó Diego, con una sonrisa que iluminó su rostro pálido—. Porque habéis logrado lo imposible. Habéis arrancado mi alma de las garras del infierno y la habéis devuelto a este cuerpo maltrecho.

Permanecieron así durante varios minutos, sus frentes unidas, sus respiraciones entrelazadas, compartiendo el milagro de la supervivencia. Luego, Diego se incorporó con un esfuerzo visible, apoyándose en los codos para mirar a Amanda a los ojos.

—Necesito saber la verdad, mi amor —murmuró él, con una seriedad que heló el aire de la estancia—. Catalina dijo muchas cosas en la mazmorra. Cosas sobre vuestro linaje, sobre la fortuna parisina. Necesito saber qué es cierto y qué es mentira.

Amanda sintió que el corazón le daba un vuelco. Había evitado hablar del tema desde que salieron del Saladero, concentrándose exclusivamente en salvar la vida de Diego. Pero ahora, con el capitán despierto y lúcido, no podía seguir ocultando la verdad.

Se separó de él con relucencia y se puso de pie, caminando hacia el ventanal. La luz del amanecer bañaba su figura, creando un halo dorado alrededor de su cabello castaño. Sus ojos esmeraldas se clavaron en los tejados de Madrid, en las cúpulas de las iglesias, en el horizonte que se perdía hacia el norte, hacia Francia, hacia París.

—Catalina no mintió, Diego —confesó ella, con la voz firme pero cargada de una tristeza profunda—. No soy hija del duque de Alcántara. No soy la sobrina de la condesa viuda. Soy la verdadera heredera de la fortuna parisina, la hija del banquero que Catalina mandó asesinar hace veinte años.

Diego guardó silencio, procesando la magnitud de la revelación. Sus ojos grises, habitualmente tan expresivos, se volvieron impenetrables, como dos láminas de acero pulido.

—¿Y qué pensáis hacer? —preguntó finalmente, con una calma que resultaba más aterradora que cualquier grito—. ¿Reclamaréis la fortuna? ¿Os convertiréis en la mujer más rica de Europa?

Amanda se giró hacia él, sus ojos brillando con una determinación inquebrantable.

—No —respondió ella, con una firmeza que no admitía réplica—. No quiero esa fortuna, Diego. No quiero el oro que fue robado con sangre, no quiero los títulos que fueron contruidos sobre cadáveres. Esa riqueza está maldita, y no permitiré que manche mis manos ni las de aquellos que amo.

Diego la observó con una intensidad que la desarmó por completo. Se incorporó completamente, ignorando el dolor que le atravesaba el costado, y extendió las manos hacia ella.

—Venid aquí, mi amor —murmuró él, con la voz ronca vibrando con una emoción que amenazaba con desbordarlo—. Necesito tocaros, necesito sentir que estáis real, que no sois un espectro que desaparecerá en la niebla.

Amanda se acercó al lecho, arrodillándose junto a él y tomando sus manos entre las suyas. El contacto de sus pieles envió una

descarga de calor a través de sus cuerpos, un recordatorio reconfortante de la vida que latía bajo las cicatrices y las vendas.

—He tomado una decisión, Diego —confesó ella, con los ojos brillando por las lágrimas que se negaba a derramar—. Reclamaré la fortuna parisina, sí. Pero no para enriquecerme, sino para destruirla. Donaré cada céntimo, cada joya, cada propiedad, para construir hospitales para los huérfanos que Catalina manipuló. Para crear escuelas para las mujeres que, como yo, fueron obligadas a esconder su inteligencia tras los corsés y los abanicos. Para financiar orfanatos donde los niños que sobrevivieron a las alcantarillas puedan sanar sus almas y aprender que el mundo no siempre es un lugar cruel.

Diego la miró con una admiración tan profunda que parecía capaz de iluminar la penumbra de la estancia. Tomó su rostro entre sus manos callosas, obligándola a sostener su mirada.

—Sois la mujer más extraordinaria que ha caminado sobre la tierra, Amanda de Alcántara —murmuró él, con una devoción que resonó en las paredes de madera de la alcoba—. Habéis descubierto que sois la heredera de una de las fortunas más grandes de Europa, y vuestra primera reacción es donarla para sanar las heridas que esa misma riqueza causó. Sois mi perdición y mi salvación, mi luz en la oscuridad, mi razón para vivir.

Amanda sintió que el corazón le daba un vuelco. Las palabras de Diego, cargadas de un amor tan puro y absoluto, actuaron como el bálsamo más poderoso sobre las heridas invisibles que la revelación de su linaje había infligido en su alma.

—Y vos sois mi tesoro, Diego de Mendoza —susurró ella, capturando sus labios en un beso que supo a promesas eternas, a pólvora y a jazmín, a un amor forjado en el infierno y templado en la gloria—. No necesito oro ni títulos. Solo os necesito a vos. Solo necesito vuestro amor, vuestra lealtad, vuestra presencia a mi lado. Porque mientras estéis conmigo, mientras vuestro corazón lata al unísono con el mío, ninguna oscuridad podrá vencerme.

Diego la atrajo hacia él, envolviéndola en un abrazo que fue mitad refugio, mitad promesa. El contacto de sus cuerpos, separados apenas por las capas de tela y las vendas, envió una descarga de calor a través de sus pieles, un recordatorio reconfortante de la vida que latía bajo las armaduras que los protegían del mundo.

—Entonces os juro, Amanda —murmuró él, besando la coronilla de la joven con una reverencia absoluta—, que mientras respire, mientras mi espada pueda desenvainarse, mientras mi corazón pueda latir, seré vuestro escudo contra el mundo, vuestra espada contra la injusticia y vuestro refugio contra la tormenta. Porque vos sois mi único tesoro, mi única riqueza, mi única razón para existir.

Amanda apoyó la cabeza sobre el pecho del capitán, escuchando el ritmo constante de su corazón, ese tambor de guerra que latía únicamente para ella. Cerró los ojos, permitiendo que la calidez de aquel abrazo la anclara a la realidad, alejándola del abismo de dudas y horrores que la revelación de su linaje había abierto en su alma.

La cacería había terminado. Los Villeneuve habían caído. La usurpadora estaba encadenada. Y ellos, dos almas atormentadas que habían encontrado en el otro la redención y la esperanza, estaban listos para construir un futuro lejos de las sombras del pasado. Porque mientras sus manos permanecieran entrelazadas, mientras sus corazones latieran al unísono, ninguna oscuridad podría vencerlos. Eran la luz en la penumbra, la justicia en un mundo de traiciones, y estaban dispuestos a arrastrar a los demonios de París y Madrid hasta el último rincón de la tierra para asegurar que, al menos, el amor que habían encontrado sobreviviría a todas las tormentas.

Pero esa en un mundo de traiciones y tinieblas, era el arma más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 36

El Salón de Audiencias del Tribunal Supremo de Madrid se alzaba como un coloso de madera oscura y piedra fría, una catedral de la justicia donde la luz del sol se filtraba tímidamente por los rosetones de vidrio emplomado, proyectando sombras alargadas y fantasmales sobre los bancos de los acusadores. El aire estaba viciado, cargado con el aroma a incienso rancio, a pergamino envejecido y al sudor nervioso de la aristocracia congregada. Cada murmullo, cada roce de seda contra la tapicería de los asientos, resonaba con la gravedad de un presagio funesto. La alta sociedad madrileña había acudido en masa, no por un sentido del deber cívico, sino por la morbosa curiosidad de presenciar la caída definitiva de la que creyeron una de las suyas.

Amanda de Alcántara permanecía de pie en el estrado de los testigos, una figura esbelta y austera envuelta en un traje de terciopelo negro, carente de cualquier adorno ostentoso. Su cabello castaño estaba recogido en un moño severo que realzaba la línea desafiante de su cuello y la palidez marmórea de su rostro. Sus ojos esmeraldas, sin embargo, ardían con un fuego gélido, una determinación quirúrgica que barría la sala sin dejar rincón en la penumbra. No era la damisela aristócrata que antaño asistía a los bailes de palacio; era la verdadera heredera de París, la cirujana de la verdad, dispuesta a extirpar el cáncer de la mentira que había infectado dos reinos.

A pocos pasos de ella, sentado en la primera fila de la grada reservada a los militares de alto rango, se hallaba Diego de Mendoza. El capitán vestía su uniforme de gala, las medallas de campaña brillando con un destello sobrio bajo la luz mortecina. Aún se apoyaba discretamente en el pomo de su bastón de marfil, pues

su costado no había terminado de cicatrizar tras la agonía del veneno, pero su presencia era un muro de contención, una promesa de acero y lealtad. Sus ojos grises no se apartaban de Amanda, admirando la fortaleza inquebrantable de la mujer que había conquistado su alma. Entre ellos fluía una corriente invisible, una tensión eléctrica cargada de promesas no dichas y de un amor forjado en los abismos más oscuros de la existencia.

El estruendo de las cadenas rompió el murmullo de la concurrencia. Las pesadas puertas de roble del fondo se abrieron de par en par, y dos guardias reales de rostro impasible introdujeron a la acusada. Catalina, o Marie como debía ser llamada en adelante, avanzó por el pasillo central. Los harapos de la túnica de presidiaria contrastaban brutalmente con la arrogancia que aún intentaba sostener en su postura. Su rostro, despojado de los ungüentos y las sedas que la habían mantenido joven a los ojos del mundo, revelaba la crudeza de los mataderos de Les Halles. Sus ojos oscuros, hundidos en cuencas sombreadas, lanzaban miradas de odio puro a diestro y siniestro, desafiando a los nobles que ahora la contemplaban con disgusto y espanto.

El magistrado principal, un hombre de edad avanzada cuyo rostro perlado de sudor delataba la presión política del juicio, golpeó la mesa con su mazo de marfil. El sonido seco resonó como un disparo en la inmensidad de la sala, silenciando las últimas conversaciones.

—Se hace llamar a la acusada Marie, conocida falsamente como la condesa Catalina de Mondragón —pronunció el magistrado, su voz temblorosa pero intentando mantener la solemnidad del cargo—. Los cargos son múltiples y de una gravedad sin precedentes: usurpación de identidad real, alta traición a la Corona francesa y española, asesinato premeditado de diecisiete individuos, corrupción de menores y fraude financiero a escala internacional. ¿Qué tenéis que decir en vuestra defensa?

La usurpadora alzó la barbilla, una sonrisa torcida y carente de toda cordura curvando sus labios agrietados.

—Me defiendo de las mentiras de una bastarda —escupió Catalina, su voz resonando con un eco estridente que erizó la piel de los presentes—. Esta mujer que os dirige la palabra no es la heredera de París. Es una advenediza, una hija de duques arruinados que ha inventado esta farsa para robar mi fortuna y mancillar mi honor. Exijo que se llame a testigos que certifiquen mi linaje.

Un murmullo de incredulidad recorrió los bancos de la nobleza. Amanda no se inmutó. Esperó a que el eco de las protestas de la acusada se desvaneciera, y luego, con una calma que helaba la sangre, dio un paso al frente.

—No hay testigos que puedan certificar un linaje inexistente, Marie —sentenció Amanda, su voz clara y metálica cortando el aire viciado de la sala—. Pero sí hay registros que certifican vuestro origen en los mataderos, y actas que demuestran la sangre que corre por mis venas.

El magistrado asintió, instando a la joven a continuar. Amanda extrajo un legajo de documentos sellados con el lacre de la embajada francesa y los extendió sobre el atril de madera.

—Durante dos décadas, la acusada ha operado bajo una identidad robada —comenzó Amanda, su tono desprovisto de cualquier emoción, adoptando la frialdad de un anatomista que describe una disección—. Utilizó la muerte de la verdadera condesa Catalina en un hospicio de Lyon para suplantarla. Sin embargo, la fortuna de los Mondragón estaba atada a una red de acreedores. Cuando mi padre biológico, el banquero Henri de Saint-Clair, se negó a ceder sus derechos y exigió una auditoría, la acusada ordenó su asesinato en los callejones de París.

Catalina soltó una carcajada seca, un sonido que rebotó en las bóvedas de piedra como el croar de un cuervo.

—¡Fábulas! —gritó la prisionera, forcejeando contra los guardias que la sujetaban—. ¡No hay pruebas de que ese banquero fuera vuestro padre! ¡El capitán Mendoza mató a ese hombre, y vos lo sabéis!

Diego se incorporó ligeramente en su asiento, su mano apretando el bastón hasta que los nudillos se tornaron blancos, pero Amanda le dedicó una mirada fugaz que lo ancló a su sitio. Ella no retrocedería ante el fantasma de su pasado.

—Es cierto que el capitán Mendoza disparó el arma aquella noche —admitió Amanda, su voz firme, sin titubear—. Pero lo hizo bajo órdenes falsas, manipuladas por los documentos que la acusada forjó para encubrir sus crímenes. El verdadero móvil no fue la traición política, sino el silenciamiento financiero.

Amanda tomó un segundo documento, un libro de contabilidad con las tapas manchadas de sangre seca.

—En este registro, hallado en los archivos secretos de la embajada, la acusada detalla los pagos realizados a los sicarios que ejecutaron a mi padre. Pero la prueba definitiva de mi linaje no reside en la tinta, sino en la biología —continuó la joven, girándose para enfrentar directamente la mirada enloquecida de la usurpadora—. La acusada afirmó que los rituales de la Llama Negra eran obra de una secta demoníaca. Sin embargo, mis análisis químicos y anatómicos de los cadáveres demostraron que las mutilaciones eran una cortina de humo. Los cortes eran torpes, realizados por manos inexpertas, diseñados para aterrorizar a las masas y desviar la atención de la Inquisición.

La sala guardó un silencio sepulcral. Los nobles, que antaño habían temblado ante las leyendas de la secta satánica, ahora escuchaban cómo la máscara de lo sobrenatural era arrancada para revelar la codicia más terrenal y miserable.

—Los verdaderos monstruos no eran demonios invocados con sangre —prosiguió Amanda, sus ojos brillando con una compasión feroz al recordar a los niños de las alcantarillas—. Eran huérfanos manipulados, menores a los que la acusada lavó el cerebro con cuentos de hadas sangrientos para utilizarlos como verdugos desechables. La acusada no era una profetisa; era una carnicera que utilizaba el miedo a lo desconocido para proteger su imperio de oro robado.

Catalina, al ver que su mitología de terror se desmoronaba pieza por pieza, perdió por completo el control. Se abalanzó contra la barandilla que la separaba del público, los ojos desorbitados, la espuma asomando en las comisuras de sus labios.

—¡Sois una perra mentirosa! —aulló la usurpadora, su voz desgarrada por la histeria—. ¡Yo os creé! ¡Yo os saqué de la cuna! ¡Sin mí, seríais una mendiga en las calles de París! ¡Yo soy la reina de las sombras, y vos no sois nada!

El magistrado golpeó el mazo con furia, ordenando a los guardias que inmovilizaran a la acusada y la amordazaran. Dos soldados se abalanzaron sobre ella, obligándola a sentarse y colocando un paño de cuero áspero sobre su boca para ahogar sus maldiciones. Catalina forcejeó como una bestia atrapada, pero sus ojos, ahora desprovistos de toda inteligencia, solo reflejaban el terror absoluto de una depredadora que sabe que su jaula se ha cerrado para siempre.

Amanda observó la escena sin la menor sombra de piedad. Recogió los documentos del atril y los entregó al notario del tribunal. Su trabajo allí había terminado. Había diseccionado la mentira hasta el último hueso, había expuesto la podredumbre ante la luz implacable de la justicia y había reclamado su verdad.

El magistrado se puso de pie, ajustándose las gafas con manos temblorosas. Tomó el pergamino donde estaba redactada la sentencia final. Su voz, aunque aún vacilante, adquirió la resonancia de un trueno lejano al comenzar a leer.

—Visto el mérito de las pruebas presentadas, los testimonios de los supervivientes de la red de corrupción y la confesión de la cómplice Eulalia, este Tribunal Supremo declara a la acusada Marie, alias condesa Catalina de Mondragón, culpable de todos los cargos que se le imputan.

Un silencio denso, casi sólido, cayó sobre la sala. Ni siquiera el roce de los abanicos se escuchaba.

—En consecuencia —continuó el magistrado, alzando la vista hacia la figura encadenada—, se os despoja de cualquier título, honor y propiedad que hayáis usurpado. Vuestra fortuna será confiscada y restituida a su legítima heredera, doña Amanda de Saint-Clair. Y como castigo por los crímenes contra la humanidad, la nobleza y la fe, se os condena a morir en la horca en la Plaza Mayor de esta capital, al mediodía de mañana. Que Dios tenga piedad de vuestra alma, porque la justicia de los hombres no la tendrá.

El mazo cayó sobre la madera con un estruendo definitivo. El sonido resonó como el tañido de una campana fúnebre, sellando el destino de la carnicera de París.

Catalina dejó de forcejear. Sus hombros se desplomaron, y una lágrima solitaria, espesa y oscura, rodó por su mejilla surcada por la inmundicia. No era el llanto del arrepentimiento, sino la manifestación física de la derrota absoluta. Los guardias la levantaron de la silla, arrastrándola hacia las puertas oscuras que conducían a las celdas de los condenados a muerte. Sus botas raspaban el suelo de piedra, dejando un rastro de miseria tras de sí.

Amanda permaneció inmóvil en el estrado, observando cómo la mujer que había destruido a su familia, que había corrompido a los inocentes y que había intentado arrebatarse el alma, era tragada por las sombras del pasillo. No sintió triunfo, ni alegría, ni siquiera alivio. Solo una profunda y abrumadora tristeza por la cantidad de destrucción que había sido necesaria para detener a un solo monstruo. Sin embargo, bajo esa tristeza, latía una certeza inquebrantable: la cadena de horror se había roto.

Descendió los peldaños del estrado con pasos medidos. La multitud de nobles se apartó a su paso, abriendo un corredor de respeto y temor. Ya no la miraban como a la sobrina de un duque arruinado, sino como a la mujer que había desafiado a la oscuridad y había salido victoriosa.

Al llegar al final del pasillo, Diego la estaba esperando. El capitán había soltado su bastón y extendía hacia ella su mano sana, la palma abierta, ofreciéndole un ancla en medio del maremoto

emocional que acababa de atravesar. Amanda detuvo su marcha y depositó sus dedos finos y fríos sobre la piel callosa y ardiente del guerrero.

Él entrelazó sus dedos con los de ella, apretando con una firmeza que le transmitió toda la fuerza que su cuerpo herido aún no podía expresar. Sus ojos grises la escrutaron, buscando cualquier rastro de quiebra en su armadura emocional, pero solo encontraron el reflejo de su propia devoción.

—Ha terminado, mi amor —murmuró Diego, su voz ronca vibrando con una ternura que solo él sabía reservar para ella—. La verdad ha sido dictada. El reino está a salvo.

Amanda apoyó la frente contra el hombro del capitán, ignorando las miradas de la concurrencia, ignorando el protocolo y las convenciones sociales que dictaban que una dama no debía mostrar tal vulnerabilidad en público. Aspiró el aroma a pólvora, a cuero y a sándalo que emanaba de su uniforme, permitiendo que ese olor la anclara a la realidad, alejándola del hedor a muerte que aún impregnaba la sala del tribunal.

—Ha terminado —susurró ella, cerrando los ojos y dejando que una única lágrima de liberación surcara su mejilla—. Pero el futuro apenas comienza, Diego. Tenemos hospitales que construir, niños que sanar y una vida que reclamar.

Diego inclinó la cabeza, rozando sus labios con el cabello de la joven en un gesto de reverencia absoluta.

—Y yo estaré a vuestro lado en cada paso de ese camino —sentenció el capitán, con la voz cargada de una promesa eterna—. Ninguna sombra volverá a tocarnos.

Juntos, caminaron hacia las pesadas puertas de roble del Salón de Audiencias. Al cruzar el umbral, la luz cegadora del mediodía madrileño los golpeó, bañándolos en un resplandor dorado que parecía bendecir su unión. Dejaban atrás las tinieblas de la mentira y la crueldad, adentrándose en un mundo donde la justicia, aunque lenta y sangrienta, había prevalecido. Y mientras sus manos

permanecieran entrelazadas, mientras sus corazones latieran al unísono bajo el cielo de la capital, ninguna oscuridad podría jamás vencerlos.

CAPÍTULO 37

La Plaza Mayor de Madrid se desplegaba bajo el sol implacable del mediodía como un escenario de piedra rojiza, dispuesto para el acto final de una tragedia que había mantenido en vilo a dos reinos durante dos décadas. Los balcones de hierro forjado, habitualmente reservados para la contemplación de las corridas de toros y las festividades reales, se hallaban abarrotados de una multitud ávida de espectáculo. Damas emperifolladas con abanicos de plumas de avestruz, caballeros con levitas de paño fino y sombrero de copa, y el populacho apiñado en los laterales, todos compartían un mismo deseo morboso: presenciar la caída definitiva de la que creyeron una condesa y que ahora sabían era una carnicera de los mataderos parisinos. El aire olía a azahar de los naranjos del cercano paseo del Prado, mezclado con el hedor acre de las antorchas que ardían en las cuatro esquinas de la plaza, y con el sudor nervioso de miles de cuerpos comprimidos.

En el centro del empedrado, el cadalso se alzaba como un altar profano. La madera de pino, recién cepillada y reluciente bajo los rayos del sol, contrastaba con la oscuridad del propósito para el que había sido erigida. La horca, con su soga de cáñamo grueso y nudoso, pendía de la viga transversal como una serpiente esperando su presa. Los verdugos, vestidos con sayos negros y capuchas que ocultaban sus rostros, realizaban los últimos preparativos con una eficiencia macabra que delataba años de oficio.

Amanda de Alcántara permanecía de pie en el estrado reservado a los testigos oficiales, situado a escasos metros del patíbulo. Vestía un traje de luto riguroso, de lana negra sin adorno alguno, cuyo único destello de color lo proporcionaba el broche de esmeraldas que cerraba el cuello alto de su blusa, una reliquia que había

pertenecido a su madre biológica y que los notarios de la embajada francesa le habían restituido esa misma mañana. Su cabello castaño, recogido en una trenza severa que caía sobre su hombro izquierdo, enmarcaba un rostro pálido y sereno, desprovisto de cualquier emoción visible. Sus ojos verdes, sin embargo, ardían con un fuego gélido, una determinación quirúrgica que barría la plaza sin dejar rincón en la penumbra. No era la damisela aristócrata que antaño asistía a los bailes de palacio; era la verdadera heredera de París, la mujer que había descendido a los infiernos y había regresado con las manos manchadas de sangre, pero con el alma intacta.

A su lado, Diego de Mendoza la observaba con una intensidad que desarmaba cualquier barrera. El capitán vestía su uniforme de gala, las medallas de campaña brillando con un destello sobrio bajo la luz cegadora. Aún se apoyaba discretamente en el pomo de su bastón de marfil, pues su costado no había terminado de cicatrizar tras la agonía del veneno, pero su presencia era un muro de contención, una promesa de acero y lealtad. Sus ojos grises no se apartaban de Amanda, admirando la fortaleza inquebrantable de la mujer que había conquistado su alma. Entre ellos fluía una corriente invisible, una tensión eléctrica cargada de promesas no dichas y de un amor forjado en los abismos más oscuros de la existencia.

El estruendo de las cadenas rompió el murmullo de la concurrencia. Las pesadas puertas de la cárcel, situadas en el extremo occidental de la plaza, se abrieron de par en par, y dos guardias reales de rostro impasible introdujeron a la condenada. Catalina, o Marie como debía ser llamada en adelante, avanzó por el pasillo de madera que conducía al cadalso. Los harapos de la túnica de presidiaria contrastaban brutalmente con la arrogancia que aún intentaba sostener en su postura. Su rostro, despojado de los ungüentos y las sedas que la habían mantenido joven a los ojos del mundo, revelaba la crudeza de los mataderos de Les Halles. Sus ojos oscuros, hundidos en cuencas sombreadas, lanzaban miradas de odio puro a diestro y siniestro, desafiando a los nobles que ahora la contemplaban con disgusto y espanto.

La multitud enloqueció. Gritos de "asesina", "carne de horca" y "que arda en el infierno" resonaron en las bóvedas de piedra de los edificios que rodeaban la plaza. Amanda observó la escena sin la menor sombra de piedad. Recordó a los niños de las alcantarillas, sus ojos vacíos, sus manos pequeñas empuñando cuchillos que no debían tocar. Recordó a su padre biológico, desangrándose en un callejón de París mientras ella, una niña de apenas tres años, era arrancada de los brazos de su madre moribunda. Recordó cada mentira, cada traición, cada vida destrozada por la codicia de aquella mujer que ahora avanzaba hacia su final.

Catalina subió los peldaños del cadalso con una lentitud calculada, saboreando hasta el último instante la atención que le brindaba el mundo entero. Los verdugos la sujetaron con brusquedad, obligándola a arrodillarse frente al bloque de madera donde se colocaba la cabeza para el corte. Pero antes de que pudieran vendarle los ojos, la usurpadora giró el rostro hacia Amanda, sus labios agrietados moviéndose en un intento desesperado de pronunciar una última maldición. Sin embargo, el verdugo, con una eficiencia desprovista de toda crueldad innecesaria, le colocó la capucha negra sobre la cabeza, silenciando para siempre sus palabras de odio.

La soga fue colocada alrededor de su cuello con un movimiento preciso. El cáñamo áspero rozó la piel flácida de la matriarca, arrancándole un gemido ahogado que se perdió bajo el estruendo de la multitud. El verdugo, con una mano firme, colocó el nudo corredizo en la posición exacta, bajo la oreja izquierda, para garantizar una muerte rápida. Luego, con un gesto seco, retiró el soporte que sostenía a la condenada.

El cuerpo de Catalina se desplomó con un estruendo sordo. La soga se tensó con un chasquido nauseabundo, y el cuello de la usurpadora se quebró con un crujido que resonó en los oídos de Amanda como el tañido de una campana fúnebre. El cuerpo osciló brevemente, luego quedó inmóvil, balanceándose con una lentitud macabra bajo el sol implacable del mediodía.

El silencio que descendió sobre la Plaza Mayor fue absoluto, denso, casi sólido. Miles de personas contuvieron el aliento al mismo tiempo, presenciando el final de una era de terror y codicia. Luego, lentamente, los murmullos comenzaron a elevarse, transformándose en un rugido de alivio y justicia satisfecha. La multitud aplaudió, gritó, lloró. Los nobles se secaban las lágrimas con pañuelos de encaje, los soldados chocaban sus espadas en señal de victoria, y los niños, que no comprendían del todo lo que acababan de presenciar, reían y corrían entre las piernas de sus padres.

Amanda permaneció inmóvil en el estrado, observando el cuerpo inerte de la mujer que había destruido a su familia, que había corrompido a los inocentes y que había intentado arrebatarse el alma. No sintió triunfo, ni alegría, ni siquiera alivio. Solo una profunda y abrumadora tristeza por la cantidad de destrucción que había sido necesaria para detener a un solo monstruo. Sin embargo, bajo esa tristeza, latía una certeza inquebrantable: la cadena de horror se había roto. Los niños de las alcantarillas podrían sanar. La fortuna robada sería restituida a su verdadero propósito. Y ella, por fin, podría comenzar a vivir.

Sintió que las piernas le fallaban, y se apoyó contra la barandilla del estrado para no desplomarse. El mundo comenzó a dar vueltas a su alrededor, las imágenes de la plaza se difuminaban en una amalgama de colores y sonidos. Las lágrimas, contenidas durante meses de traiciones, sangre y batallas, finalmente brotaron de sus ojos, rodando por sus mejillas y cayendo sobre el broche de esmeraldas que cerraba su cuello.

Fue entonces cuando sintió el calor de una mano callosa y firme rodeando la suya. Diego se había acercado a ella, ignorando el protocolo y las convenciones sociales que dictaban que un militar de su rango no debía mostrar tal vulnerabilidad en público. Sus dedos se entrelazaron con los de Amanda, apretando con una firmeza que le transmitió toda la fuerza que su cuerpo herido aún no podía expresar. Sus ojos grises la escrutaron, buscando cualquier rastro de quiebra en su armadura emocional, pero solo encontraron el reflejo de su propia devoción.

—Estad conmigo, mi amor —murmuró Diego, su voz ronca vibrando con una ternura que solo él sabía reservar para ella—. La oscuridad ha terminado. La luz ha vuelto.

Amanda apoyó la frente contra el hombro del capitán, ignorando las miradas de la concurrencia, ignorando el protocolo y las convenciones sociales que dictaban que una dama no debía mostrar tal vulnerabilidad en público. Aspiró el aroma a pólvora, a cuero y a sándalo que emanaba de su uniforme, permitiendo que ese olor la anclara a la realidad, alejándola del hedor a muerte que aún impregnaba la plaza.

—Ha terminado, Diego —susurró ella, con la voz quebrada por la emoción—. Ha terminado de verdad.

—Ha terminado —confirmó el capitán, besando la coronilla de la joven con una reverencia absoluta—. Y ahora, comienza nuestra vida.

Permanecieron así durante varios minutos, sus frentes unidas, sus respiraciones entrelazadas, compartiendo el milagro de la supervivencia y la certeza de un futuro que por fin se abría ante ellos. La multitud continuaba celebrando, los verdugos descolgaban el cuerpo de Catalina para proceder a los últimos ritos fúnebres, y el sol continuaba su carrera implacable por el cielo de Madrid. Pero para Amanda y Diego, el mundo se había reducido a la intimidad de aquel abrazo, a la promesa de un amor que había sobrevivido a las traiciones más devastadoras y a los horrores más inimaginables.

Finalmente, Amanda se separó del capitán con reluctancia. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, enderezó la espalda y clavó su mirada en el horizonte. La Plaza Mayor se extendía ante ella, un laberinto de luces y sombras, de palacios dorados y callejones sangrientos. Pero ya no era un lugar de pesadillas, sino un escenario de redención. Había descubierto la verdad sobre su linaje, había salvado al hombre que amaba de las garras de la muerte y había entregado a la peor de las monstruas a la justicia implacable de la Corona.

Diego le ofreció el brazo, y Amanda lo aceptó con una sonrisa genuina y radiante que iluminó sus ojos. Juntos, descendieron los peldaños del estrado y caminaron hacia la salida de la plaza, abriéndose paso entre la multitud que los aclamaba con respeto y admiración. Ya no eran dos almas atormentadas que habían encontrado en el otro la redención y la esperanza; eran dos guerreros que habían decidido luchar juntos contra los monstruos que acechaban en las sombras de Madrid, y que habían salido victoriosos.

Al cruzar el umbral de la Plaza Mayor, la luz cegadora del mediodía madrileño los golpeó, bañándolos en un resplandor dorado que parecía bendecir su unión. Dejaban atrás las tinieblas de la mentira y la crueldad, adentrándose en un mundo donde la justicia, aunque lenta y sangrienta, había prevalecido. Y mientras sus manos permanecieran entrelazadas, mientras sus corazones latieran al unísono bajo el cielo de la capital, ninguna oscuridad podría jamás vencerlos.

El carruaje que los llevaría a casa los esperaba en la calle adyacente, sus caballos piafando nerviosamente sobre los adoquines. Diego ayudó a Amanda a subir al vehículo, y luego se acomodó a su lado, cerrando la puerta tras de sí. El interior del carruaje estaba tapizado de terciopelo carmesí, y el aroma a lavanda y a cuero nuevo impregnaba el aire. Amanda se recostó contra el asiento, cerrando los ojos y permitiendo que el cansancio la envolviera como una manta reconfortante.

Diego la observó con una ternura infinita, acariciando su cabello castaño con dedos callosos pero delicados. Sabía que los próximos días serían difíciles, que las heridas invisibles que ambos cargaban tardarían en sanar, que los fantasmas del pasado intentarían regresar en las noches de insomnio. Pero también sabía que, mientras estuvieran juntos, mientras sus manos permanecieran entrelazadas y sus corazones latieran al unísono, ninguna oscuridad podría vencerlos.

—Descansad, mi amor —murmuró el capitán, besando la frente de la joven con una reverencia absoluta—. Cuando despertéis, estaremos en casa. Y allí, comenzaréis a vivir la vida que os arrebataron.

Amanda sonrió, sin abrir los ojos, y apretó la mano de Diego con una fuerza que le transmitió toda su gratitud, todo su amor, toda su promesa de un futuro juntos.

—Gracias, Diego —susurró ella, con la voz apenas audible—. Gracias por no haberme abandonado. Gracias por haberme salvado. Gracias por amarme.

—Siempre, Amanda —respondió el capitán, con la voz cargada de una promesa eterna—. Siempre, mi amor. Siempre.

El carruaje comenzó a moverse, sus ruedas chirriando contra los adoquines mientras se adentraba en las calles de Madrid. Amanda se durmió profundamente, apoyada contra el pecho del capitán, su respiración tranquila y regular. Diego la mantuvo entre sus brazos, vigilante, protector, amando a la mujer que había conquistado su alma con una ferocidad que desafiaba a la razón y al deber.

La cacería había terminado. Los Villeneuve habían caído. La usurpadora estaba muerta. Y ellos, dos almas atormentadas que habían encontrado en el otro la redención y la esperanza, estaban listos para construir un futuro lejos de las sombras del pasado. Porque mientras sus manos permanecieran entrelazadas, mientras sus corazones latieran al unísono, ninguna oscuridad podría vencerlos. Eran la luz en la penumbra, la justicia en un mundo de traiciones, y estaban dispuestos a arrastrar a los demonios de París y Madrid hasta el último rincón de la tierra para asegurar que, al menos, el amor que habían encontrado sobreviviría a todas las tormentas.

Pero esa en un mundo de traiciones y tinieblas, era el arma más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 38

El Palacio Real de Madrid se erguía contra el cielo de un azul impoluto, sus fachadas de piedra caliza y granito reflejando la luz dorada de aquella mañana de noviembre con la arrogancia de los imperios que han sobrevivido a siglos de convulsiones. Los salones de la planta noble, habitualmente reservados para las recepciones diplomáticas y los bailes de la alta aristocracia, habían sido transformados en un escenario de solemne reconocimiento militar. Los tapices flamencos que adornaban las paredes, las lámparas de cristal de roca que pendían de los techos abovedados y los suelos de mármol pulido creaban un ambiente de opulencia que contrastaba con la austeridad del hombre que sería el protagonista de aquella ceremonia.

Diego de Mendoza y Rojas avanzaba por el pasillo de los embajadores con la espalda recta y la mirada fija en un punto invisible más allá de las puertas dobles de caoba que marcaban la entrada al Salón de Tronos. Vestía su uniforme de gala, un traje azul marino con bordados de oro que realzaba la amplitud de sus hombros y la firmeza de su porte. Las medallas de campaña, ganadas en los barrizales de los Pirineos y en las arenas de las colonias, tintineaban suavemente sobre su pecho con cada paso medido. Sin embargo, bajo la marcialidad del uniforme, su corazón latía con un ritmo desbocado que nada tenía que ver con la disciplina militar. Aquella mañana no recibiría solo un ascenso; recibiría la confirmación oficial de que la Corona reconocía sus servicios, sí, pero también la validación de que su vida, antaño dedicada exclusivamente a la muerte y al deber, ahora tenía un propósito que trascendía las órdenes de los reyes.

A su lado, caminando con la elegancia felina que la caracterizaba, se hallaba Amanda de Saint-Clair, pues ese era ahora su nombre oficial, restituido por los tribunales de París y Madrid tras la ejecución de la usurpadora. La joven vestía un traje de seda color marfil, cuyo corsé ajustado realzaba la curva de su busto y dejaba entrever, bajo los pliegues de la falda, la silueta de una daga oculta, un hábito que ni la paz recién conquistada había logrado erradicar. Su cabello castaño, recogido en un elaborado peinado de trenzas entrelazadas con perlas, realzaba la delicadeza de sus facciones, mientras que sus ojos esmeraldas brillaban con una chispa de travesura que desmentía la seriedad del linaje que ahora ostentaba.

—Nervioso, capitán —o debería decir, futuro general —murmuró Amanda, su voz suave como el terciopelo, rompiendo el silencio denso del pasillo.

Diego giró el rostro hacia ella, y una sonrisa fugaz, casi imperceptible, curvó sus labios. La cicatriz que le surcaba la mandíbula, antaño una marca de vergüenza y dolor, se había convertido en un testimonio de supervivencia, una línea de batalla que su amada acariciaba con reverencia cada noche antes de dormirse.

—Los campos de batalla me resultan más sencillos que los salones de palacio, mi amor —replicó él, con la voz ronca que vibraba en el pecho de la joven—. En el combate, el enemigo está frente a vos, y sabéis dónde buscarlo. En la corte, las dagas se esconden tras las sonrisas, y los venenos se sirven en copas de cristal.

Amanda rio, un sonido musical que resonó en las paredes del pasillo como un bálsamo para el alma atormentada del guerrero. Tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de él, la alianza de oro brillando con un destello cálido bajo la luz de las lámparas.

—Entonces será mejor que os acostumbréis, general —susurró ella, con una picardía que encendió un fuego en los ojos grises del militar—. Porque después de esta ceremonia, tendréis que asistir a los bailes de la nobleza, a las recepciones diplomáticas y a las

tertulias de las damas de la corte. Y yo no estaré siempre a vuestro lado para desenvainar la daga cuando sea necesario.

—Con vos a mi lado, Amanda, no necesitaré desenvainar ninguna daga —respondió Diego, llevándose la mano de la joven a los labios para depositar un beso reverente—. Vos sois mi espada, mi escudo y mi mayor victoria.

Las puertas dobles del Salón de Trono se abrieron con un chirrido solemne, y el heraldo real anunció la entrada de los distinguidos. Diego y Amanda cruzaron el umbral juntos, avanzando por la alfombra roja que conducía al estrado donde el Rey los esperaba. La corte al completo se hallaba congregada en el salón: duques, condes, marqueses, embajadores extranjeros y altos mandos del ejército, todos observando con una mezcla de curiosidad y respeto a la pareja que había dismantelado la conspiración más grande de la década.

La ceremonia fue breve pero cargada de simbolismo. El monarca, un hombre de edad avanzada con rostro afilado y ojos astutos, pronunció las palabras que transformaban al capitán Diego de Mendoza en General de Brigada del Ejército Real. Le impuso la nueva insignia, una estrella de oro esmaltado que brilló sobre su pecho con la promesa de nuevos deberes y mayores responsabilidades. Luego, con un gesto de la mano, instó a Amanda a avanzar.

—Doña Amanda de Saint-Clair —pronunció el Rey, su voz resonando en las bóvedas del salón con una autoridad que no admitía réplica—. La Corona de Francia, en reconocimiento a vuestro linaje restituido y a los servicios prestados a ambas naciones, os confirma como la legítima heredera de la fortuna de los Saint-Clair de París. Los bienes, propiedades y capitales que os fueron arrebatados hace veinte años, os son devueltos en su totalidad.

Amanda inclinó la cabeza en una reverencia perfecta, aceptando el decreto con una dignidad que habría envidiado cualquier reina. Sin embargo, bajo la máscara de serenidad, su mente trabajaba a toda velocidad, trazando los planes que había madurado durante las

noches de vigilia junto al lecho de Diego. La fortuna era inmensa, una de las más grandes de Europa, construida sobre los cimientos de la banca parisina y extendida por las capitales del continente. Pero para ella, aquel oro tenía el sabor de la sangre de sus padres, el olor de las lágrimas de los niños manipulados en las alcantarillas de Madrid.

Cuando la ceremonia concluyó y la corte comenzó a dispersarse hacia los salones adjuntos para el banquete de celebración, Amanda tomó del brazo a Diego y lo guió hacia una de las estancias privadas, lejos de las miradas inquisitivas y los murmullos de los cortesanos. El despacho, decorado con sobriedad espartana, ofrecía un refugio de tranquilidad en medio del torbellino de la celebración.

—Necesito hablar con vos, Diego —murmuró ella, cerrando la puerta tras de sí y ajustando el cuello de su capa—. Sobre la fortuna.

El capitán la observó con una intensidad que la desarmó por completo. Se acercó a ella, tomando su rostro entre sus manos callosas y obligándola a sostener su mirada.

—Decidme, mi amor —respondió él, con la voz ronca vibrando con una emoción que amenazaba con desbordarlo—. Sea lo que sea, estaré a vuestro lado.

Amanda respiró hondo, llenando sus pulmones con el aroma a sándalo y a pólvora que emanaba del uniforme de Diego. Sabía que lo que estaba a punto de decir podría sorprenderlo, incluso escandalizarlo. Pero también sabía que el hombre que tenía delante no era un aristócrata codicioso, sino un guerrero que había dedicado su vida a proteger a los inocentes.

—He tomado una decisión —sentenció ella, con una firmeza que no admitía réplica—. No conservaré la fortuna. La donaré en su totalidad.

Diego parpadeó, sorprendido por la declaración. Sus ojos grises, habitualmente tan expresivos, se volvieron impenetrables, como dos láminas de acero pulido.

—¿La donaréis? —repitió él, con la voz apenas audible—. ¿A quién? ¿A la Corona? ¿A la Iglesia?

—A los que más la necesitan —respondió Amanda, con los ojos brillando con una determinación inquebrantable—. Construiré hospitales para los huérfanos que Catalina manipuló en las alcantarillas. Financiaré escuelas para las mujeres que, como yo, fueron obligadas a esconder su inteligencia tras los justillos y los aventadores. Crearé orfanatos donde los niños que sobrevivieron a los horrores de la Llama Negra puedan sanar sus almas y aprender que el mundo no siempre es un lugar cruel.

El capitán la miró con una admiración tan profunda que parecía capaz de iluminar la penumbra de la estancia. Tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de ella, y la atrajo hacia su pecho.

—Sois la mujer más extraordinaria que ha caminado sobre la tierra, Amanda de Saint-Clair —murmuró él, besando la coronilla de la joven con una reverencia absoluta—. Habéis descubierto que sois la heredera de una de las fortunas más grandes de Europa, y vuestra primera reacción es donarla para sanar las heridas que esa misma riqueza causó. Sois mi perdición y mi salvación, mi luz en la oscuridad, mi razón para vivir.

Amanda apoyó la cabeza contra el pecho del guerrero, escuchando el ritmo constante de su corazón, ese tambor de guerra que latía únicamente para ella. Cerró los ojos, permitiendo que la calidez de aquel abrazo la anclara a la realidad, alejándola del abismo de dudas y horrores que la revelación de su linaje había abierto en su alma.

—No necesito oro ni títulos, Diego —susurró ella, con la voz cargada de una sinceridad que le quemaba los labios—. Solo os necesito a vos. Solo necesito vuestro amor, vuestra lealtad, vuestra presencia a mi lado. Porque mientras estéis conmigo, mientras vuestro corazón lata al unísono con el mío, ninguna oscuridad podrá vencerme.

Diego la atrajo hacia él, envolviéndola en un abrazo que fue mitad refugio, mitad promesa. El contacto de sus cuerpos, separados

apenas por las capas de tela, envió una descarga de calor a través de sus pieles, un recordatorio reconfortante de la vida que latía bajo las armaduras que los protegían del mundo.

—Entonces os juro, Amanda —murmuró él, con la voz ronca vibrando con una promesa de eternidad—, que mientras respire, mientras mi espada pueda desenvainarse, mientras mi corazón pueda latir, seré vuestro escudo contra el mundo, vuestra espada contra la injusticia y vuestro refugio contra la tormenta. Porque vos sois mi único tesoro, mi única riqueza, mi única razón para existir.

Permanecieron así durante varios minutos, sus frentes unidas, sus respiraciones entrelazadas, compartiendo el milagro de la supervivencia y la certeza de un futuro que por fin se abría ante ellos. Luego, con reluctancia, se separaron, conscientes de que el mundo exterior los esperaba, con sus obligaciones, sus deberes y sus convenciones sociales.

—Debemos regresar al banquete —suspiró Amanda, ajustándose el cabello con movimientos rápidos y nerviosos—. La corte espera que brindemos por nuestro futuro, y no podemos defraudarlos.

Diego sonrió, una sonrisa genuina y radiante que iluminó su rostro cicatrizado. Le ofreció el brazo con un gesto que era mitad invitación, mitad orden, y Amanda lo aceptó con una gracia que habría envidiado cualquier reina. Juntos, salieron del despacho y se adentraron en el torbellino de la celebración, dos almas atormentadas que habían encontrado en el otro la redención y la esperanza, dos guerreros que habían decidido luchar juntos contra los monstruos que acechaban en las sombras de Madrid, y que habían salido victoriosos.

Las semanas siguientes transcurrieron con una rapidez vertiginosa. Amanda, asesorada por los mejores arquitectos y administradores de Madrid y París, comenzó a poner en marcha sus planes filantrópicos. El primer hospital para huérfanos se construyó en las afueras de la capital, en un terreno donado por la Corona, cerca del Manzanares. Las obras avanzaban a buen ritmo, y los niños que habían sido rescatados de las alcantarillas comenzaron a

llegar, uno tras otro, encontrando por primera vez en sus vidas un refugio seguro, comida caliente y el afecto de personas que los trataban con dignidad.

Diego, por su parte, asumió sus nuevas responsabilidades como General de Brigada con la misma disciplina y dedicación que lo habían caracterizado durante toda su carrera militar. Sin embargo, bajo la marcialidad del uniforme y la severidad del mando, el hombre que había conocido Amanda seguía latiendo, un corazón capaz de una ternura infinita que solo ella sabía despertar. Cada noche, al regresar a la residencia de los Alcántara, ahora restituida a su antigua gloria, el capitán se despojaba de la armadura emocional que lo protegía del mundo y se convertía en el amante apasionado, el compañero leal, el amigo incondicional que Amanda había soñado toda su vida.

Una tarde de diciembre, cuando las primeras nieves comenzaban a cubrir los tejados de Madrid con un manto blanco y virginal, Amanda y Diego visitaron el hospital de huérfanos para inspeccionar el progreso de las obras. El edificio, de estilo neoclásico, se alzaba majestuoso contra el cielo gris del invierno, con sus columnas de piedra caliza y sus grandes ventanales que permitían la entrada de la luz natural. Los niños, vestidos con ropas limpias y abrigadas, jugaban en el patio interior, sus risas resonando en el aire gélido como una melodía de esperanza.

Amanda se detuvo en el umbral del patio, observando la escena con los ojos brillantes por la emoción. Un niño pequeño, de apenas seis años, se acercó a ella y le ofreció una flor marchita que había encontrado en el jardín. La joven se arrodilló, aceptando el regalo con una sonrisa que iluminó su rostro, y acarició el cabello del pequeño con una ternura que contrastaba con la dureza de las batallas que había librado.

—Gracias, mi amor —murmuró ella, besando la frente del niño—. Es la flor más hermosa que he visto en mi vida.

Diego, que había observado la escena desde unos pasos atrás, sintió que el corazón le daba un vuelco. La imagen de Amanda,

arrodillada en el suelo del patio, acariciando al niño con una dulzura que desmentía la ferocidad de su carácter, era la más bella que había contemplado en su vida. Se acercó a ella, arrodillándose a su lado y pasando un brazo protector alrededor de sus hombros.

—Sois extraordinaria, Amanda —susurró él, con la voz ronca vibrando con una emoción que amenazaba con desbordarlo—. Habéis transformado el dolor en esperanza, la tragedia en redención. Estos niños os deben la vida, y yo os debo el alma.

Amanda apoyó la cabeza contra el hombro del capitán, cerrando los ojos para absorber el calor de su piel, el latido de su corazón, la realidad de su presencia.

—No me debéis nada, Diego —respondió ella, con la voz cargada de amor y gratitud—. Sois vos quien me ha salvado, quien me ha enseñado que el amor es la única arma capaz de vencer a la oscuridad. Juntos, hemos construido algo hermoso a partir de las cenizas del pasado. Y eso, mi amor, es el mayor de los milagros.

Diego la atrajo hacia él, capturando sus labios en un beso que supo a promesas eternas, a pólvora y a jazmín, a un amor forjado en el infierno y templado en la gloria. Los niños, al ver a la pareja besándose, comenzaron a aplaudir y a reír, sus voces resonando en el patio como una sinfonía de alegría y esperanza.

Cuando finalmente rompieron el beso, Amanda apoyó la frente contra la de Diego, sus respiraciones entrelazadas en el aire gélido del invierno.

—¿Cuándo nos casaremos, mi amor? —susurró ella, con una picardía que encendió un fuego en los ojos grises del militar—. Porque si continuáis besándome en público, la corte comenzará a murmurar, y no quiero darles el gusto de escandalizarse.

Diego rio, un sonido profundo y cálido que resonó en el pecho de la joven como un bálsamo para el alma.

—Nos casaremos en primavera —sentenció él, con una determinación que no admitía réplica—. Cuando los jardines de la residencia estén en plena floración, y las rosas y los jazmines

perfumen el aire. Será una ceremonia íntima, solo con nuestros seres queridos, lejos de las miradas inquisitivas de la corte.

Amanda sonrió, una sonrisa genuina y radiante que iluminó sus ojos tan verdes y claros.

—Me parece perfecto, mi amor —respondió ella, tomando su mano y entrelazando sus dedos con los de él—. Porque mientras estéis conmigo, mientras vuestro corazón lata al unísono con el mío, cualquier lugar será el paraíso.

Juntos, se pusieron de pie y comenzaron a caminar por el patio del hospital, de la mano, observando a los niños jugar, riendo y compartiendo momentos de felicidad que, hacía apenas unos meses, habrían creído imposibles. La nieve continuaba cayendo sobre Madrid, cubriendo los tejados y las calles con un manto blanco y virginal, lavando las cicatrices del pasado y anunciando la llegada de un futuro lleno de promesas y esperanza.

Y mientras sus manos permanecieran entrelazadas, mientras sus corazones latieran al unísono bajo el cielo de la capital, ninguna oscuridad podría jamás vencerlos. Eran la luz en la penumbra, la justicia en un mundo de traiciones, y estaban dispuestos a construir un futuro donde el amor que habían encontrado sobreviviría a todas las tormentas.

Aunque en un mundo de traiciones y tinieblas, era el arma más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 39

La primavera madrileña se desplegaba sobre los jardines de la residencia de Saint-Clair como un tapiz vivo de colores y aromas que desafiaban la memoria de los meses oscuros que habían precedido aquel instante. Los rosales trepadores, cuyas ramas habían sido podadas con esmero durante el invierno, ahora estallaban en una cascada de pétalos carmesí, rosa pálido y blanco marfil que perfumaban el aire con una fragancia embriagadora. Los jazmines, entrelazados con las glicinias que colgaban de las pérgolas de hierro forjado, añadían notas dulzanas y nocturnas a la sinfonía olfativa del recinto. El césped, recién cortado y alfombrado con una tersura esmeralda, invitaba a descalzarse y sentir la caricia fresca de la hierba bajo los pies. En el centro del jardín, bajo la sombra protectora de un magnolio centenario cuyas flores blancas se abrían como cálices de porcelana, se había erigido un altar improvisado pero de una belleza sobrecogedora: dos columnas de mármol blanco, traídas de las canteras de Macael, sostenían un arco de rosas y azucenas que enmarcaba el cielo azul de la mañana de mayo.

Amanda de Saint-Clair permanecía de pie ante el espejo de luna de su tocador, observando a la mujer que le devolvía la mirada con una mezcla de asombro y serenidad. El vestido de novia, diseñado por el modisto más reputado de París pero ejecutado con la sencillez que ella había exigido, era una obra maestra de seda color crema y encaje de Bruselas. El corsé, ajustado con una elegancia que realzaba la curva de su busto sin oprimir, dejaba al descubierto los hombros y el cuello, donde el broche de esmeraldas que había pertenecido a su madre biológica brillaba con un fuego verde y profundo. La falda, fluida y sin los armazones exagerados que dictaba la moda de la corte, caía en pliegues naturales hasta el

suelo, permitiendo que cada paso revelara el destello de los zapatos de raso blanco bordados con hilo de plata. Su cabello castaño, suelto por primera vez en años, caía en ondas naturales sobre los hombros, adornado únicamente por una corona de flores frescas que Diego había cortado esa misma mañana del jardín: rosas, jazmines y pequeñas margaritas silvestres que olían a tierra húmeda y a promesas.

María, su leal doncella, terminó de ajustar el velo de tul que caía desde la coronilla hasta la cintura, y retrocedió unos pasos para contemplar el resultado final. Sus ojos, habitualmente pragmáticos y desprovistos de sentimentalismo, se humedecieron ligeramente.

—Estáis hermosa, mi señora —murmuró la doncella, con la voz quebrada por la emoción—. Como una reina de los cuentos antiguos.

Amanda sonrió, una sonrisa genuina y radiante que iluminó su mirada. No era la sonrisa calculada que había utilizado para sobrevivir en los salones de la alta sociedad, ni la mueca de desafío que había esgrimido frente a sus enemigos. Era la sonrisa de una mujer que, por fin, había encontrado la paz.

—No soy una reina, María —respondió ella, con una ternura que desmentía la dureza de las batallas que había librado—. Soy solo una mujer que ha encontrado al hombre que ama, y que hoy se casa con él bajo el cielo de Madrid.

El sonido de las campanas de la iglesia cercana, situadas a varias calles de distancia, llegó hasta el tocador como un eco lejano y solemne. Amanda respiró hondo, llenando sus pulmones con el aroma de las flores que inundaba la estancia, y se volvió hacia la ventana. Desde allí, podía vislumbrar el jardín, donde los invitados comenzaban a congregarse bajo el arco de rosas. No había cientos de cortesanos, ni embajadores, ni duques venidos a observar el espectáculo. Solo estaban los más cercanos: el sargento Ruiz, con su uniforme de gala y una sonrisa que le llegaba a las orejas; Inés, su hermana menor, ahora recuperada y radiante con un vestido azul pálido; el cirujano que había salvado a Diego en la mazmorra, acompañado de su esposa; y unos pocos amigos más que habían

permanecido leales durante los meses de oscuridad. La intimidad de la ceremonia era un reflejo de la intimidad de su amor: forjado en el fuego de la adversidad, templado en la sangre y la supervivencia, y ahora, por fin, libre de las sombras del pasado.

Diego la esperaba al pie del arco, vestido con su uniforme militar de gala, pero desprovisto de las medallas y los galones que normalmente lo acompañaban. Solo llevaba la espada al cinto, un recordatorio de que, aunque la guerra había terminado, el guerrero siempre estaría vigilante. Su rostro, surcado por la cicatriz que ya no intentaba ocultar, brillaba con una emoción que Amanda no había visto jamás en él: una vulnerabilidad absoluta, una ternura que desarmaba cualquier barrera, un amor tan profundo que parecía capaz de iluminar el mundo entero.

Cuando Amanda apareció en el umbral del jardín, apoyada en el brazo de Inés, Diego sintió que el aire se escapaba de sus pulmones. La imagen de su amada, avanzando entre los rosales con la gracia de una diosa antigua, lo golpeó con la fuerza de un rayo. Sus ojos grises, habitualmente fríos y calculadores, se llenaron de lágrimas que no intentó ocultar. La cicatriz de su mandíbula palpitó con la intensidad de su emoción, y sus manos, que habían empuñado espadas y disparado pistolas sin temblar, ahora se aferraban al pomo de su arma con una fuerza desesperada para no correr hacia ella y tomarla en sus brazos antes de tiempo.

La ceremonia fue breve pero cargada de una solemnidad que cortaba el aire. El sacerdote, un hombre anciano de rostro bondadoso que había conocido a los padres biológicos de Amanda en París, pronunció las palabras sagradas con una voz que temblaba ligeramente por la emoción. Los votos, pronunciados por los novios con una claridad que resonaba en el silencio del jardín, fueron un reflejo de la verdad que habían construido juntos: no eran promesas de perfección, sino de lealtad absoluta; no eran juramentos de una vida sin sombras, sino de una vida compartida a pesar de las sombras.

—Yo, Diego de Mendoza y Rojas, os tomo a vos, Amanda de Saint-Clair, como mi esposa legítima —pronunció el capitán, su voz ronca vibrando con una emoción que amenazaba con desbordarlo—. Os juro ser vuestro escudo contra el mundo, vuestra espada contra la injusticia y vuestro refugio contra la tormenta. Os amaré en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, en la paz y en la guerra. Y cuando la muerte nos separe, mi alma os buscará en el más allá para volver a encontraros.

Amanda, con los ojos brillantes por las lágrimas que ya no intentaba contener, tomó las manos callosas del guerrero entre las suyas.

—Yo, Amanda de Saint-Clair, os tomo a vos, Diego de Mendoza y Rojas, como mi esposo legítimo —respondió ella, con una voz firme pero cargada de una ternura infinita—. Os juro ser vuestra compañera en cada batalla, vuestra luz en la oscuridad y vuestra paz en la tormenta. Os amaré con cada latido de mi corazón, con cada respiración de mi cuerpo, con cada pensamiento de mi alma. Y cuando la muerte nos separe, mi espíritu os esperará en el umbral del cielo para guiarnos hasta mí.

El intercambio de anillos fue un momento de una intimidad que hizo contener el aliento a los presentes. Las alianzas, sencillas pero de una belleza sobrecogedora, habían sido forjadas con el oro de las monedas que Amanda había rescatado de la caja fuerte de los Villeneuve, fundidas y transformadas en un símbolo de redención. El oro que antaño había sido instrumento de codicia y muerte, ahora se convertía en un juramento de amor eterno. Diego deslizó el anillo en el dedo de Amanda con una reverencia absoluta, besando su mano después de colocarlo. Amanda hizo lo mismo con el capitán, sus dedos rozando la cicatriz de su palma, aceptando cada marca de su pasado como parte del hombre que amaba.

—Con este anillo, os desposo —murmuró Diego, con la voz ronca vibrando con una promesa de eternidad—. Y con mi cuerpo, os honro. Y con todos mis bienes, os doto.

—Con este anillo, me desposo —respondió Amanda, con los ojos brillando con una determinación inquebrantable—. Y con mi cuerpo, os honro. Y con toda mi alma, os amo.

El sacerdote pronunció las palabras finales, declarándolos marido y mujer ante Dios y ante los hombres. Diego, sin poder contenerse por más tiempo, tomó el rostro de Amanda entre sus manos y la besó con una pasión que hizo que los invitados aplaudieran y rieran entre lágrimas. El beso no fue el desesperado y furioso de los primeros meses, ni el tierno y reverente de la cabaña del bosque. Fue un beso de paz, de redención, de un amor que había sobrevivido a las traiciones más devastadoras y a los horrores más inimaginables. Fue el beso de dos almas que, por fin, habían encontrado su hogar la una en la otra.

El banquete que siguió a la ceremonia fue una celebración íntima pero llena de alegría. La mesa, dispuesta bajo el magnolio centenario, estaba cargada de manjares que contrastaban con la austeridad de los meses anteriores: pasteles de carne, frutas frescas, vinos de las mejores bodegas de La Mancha y postres que hacían honor a la repostería francesa. Las risas, los brindis y las conversaciones animadas llenaron el jardín de una vitalidad que parecía expulsar los últimos vestigios de las sombras que habían acechado a la pareja durante tanto tiempo. Inés, recuperada por completo del trauma de su secuestro, bailó con Ruiz bajo la mirada aprobatoria de Diego, quien había encontrado en el sargento no solo a un subordinado leal, sino a un amigo y, ahora, a un pretendiente digno de su hermana.

Cuando el sol comenzó a declinar, tiñendo el cielo de tonalidades violáceas y doradas, los invitados se retiraron uno a uno, dejando a los novios solos en el jardín. Las velas, encendidas en los candelabros de hierro forjado, proyectaban sombras danzantes sobre los rosales, creando un ambiente de intimidad que invitaba a la confesión y al abandono. Diego tomó la mano de Amanda y la guió hacia la residencia, cuyos ventanales brillaban con una luz cálida y acogedora.

La alcoba nupcial había sido preparada con un cuidado que delataba la mano de María. Las sábanas de lino blanco, bordadas con las iniciales entrelazadas de los novios, estaban aireadas y perfumadas con lavanda. Una chimenea, encendida a pesar de la suavidad de la noche de mayo, proyectaba un resplandor anaranjado sobre las paredes tapizadas de seda azul. En el centro de la estancia, el lecho de dosel, coronado por cortinas de terciopelo, esperaba como un santuario dedicado al amor que por fin podía consumarse sin las sombras de la muerte acechando en cada rincón.

Amanda se detuvo en el umbral, observando la estancia con una mezcla de asombro y emoción. Diego, de pie a su espalda, le rodeó la cintura con sus brazos y apoyó la barbilla en su hombro.

—¿Os place, mi señora? —murmuró él, con la voz ronca vibrando con una ternura que solo ella sabía despertar.

—Me place, mi señor —respondió ella, girándose para capturarlo en un beso que supo a promesas cumplidas, a jazmín y a pólvora, a un amor forjado en el infierno y templado en la gloria—. Pero no es la alcoba lo que me emociona. Es saber que, por fin, puedo entregarme a vos sin miedo, sin reservas, sin las sombras del pasado acechando en cada rincón.

Diego la tomó en sus brazos, alzándola del suelo con una facilidad que desmentía las heridas que aún no habían terminado de cicatrizar. La llevó hasta el lecho, depositándola sobre las sábanas con una reverencia que la hizo estremecer de placer. Se arrodilló junto a ella, sus ojos grises recorriendo cada rasgo de su rostro con una devoción que la desarmó por completo.

—Sois mi perdición y mi salvación, Amanda de Saint-Clair —susurró él, desabrochando con dedos temblorosos los botones de perla que cerraban el corsé del vestido de novia—. Sois la luz que ilumina mi oscuridad, la razón por la que aún respiro, el único tesoro que he poseído en esta vida.

Amanda respondió a sus caricias con una pasión que la sorprendió a ella misma. Sus manos, que habían sostenido bisturíes y disparado pistolas, ahora recorrían el rostro del guerrero con una

ternura que contrastaba con la rudeza de sus gestos habituales. Desabrochó los botones de su uniforme, revelando el torso cicatrizado que había amado desde el primer instante. Cada marca de su pasado era un testimonio de supervivencia, y ella las aceptaba todas, las besaba todas, las amaba todas.

Se entregaron el uno al otro con una pasión que trascendía el deseo físico. Era la consumación de un amor forjado en el fuego de la adversidad, templado en la sangre y la supervivencia. Cada caricia era un acto de redención, cada suspiro un juramento de eternidad, cada movimiento una afirmación de vida en un mundo que había intentado destruirlos. No había lujos ni sedas, solo la calidez de sus cuerpos entrelazados, la respiración entrecortada que se mezclaba con el crepitar de la chimenea, el latido de sus corazones que por fin latían al unísono en la paz.

Cuando el agotamiento y la satisfacción finalmente los reclamaron, Amanda reposaba sobre el pecho de Diego, escuchando el ritmo apaciguado de su corazón. El capitán la mantenía envuelta en su abrazo, como un dragón custodiando su tesoro máspreciado. Sus dedos callosos acariciaban el cabello castaño de la joven con una ternura que la hacía sentir amada, protegida, completa.

—¿En qué pensáis, mi amor? —murmuró Diego, besando la coronilla de la joven con una reverencia absoluta.

Amanda alzó el rostro, encontrando sus ojos grises a escasos centímetros de los suyos. La intensidad de su mirada la desarmó por completo, revelando la vulnerabilidad que él se empeñaba en ocultar bajo capas de disciplina militar.

—Pensaba en que, por fin, hemos ganado —respondió ella, con una sonrisa que iluminó su rostro—. No solo la batalla contra los Villeneuve, no solo la guerra contra Catalina. Hemos ganado la batalla más importante: la de encontrar el amor en un mundo que intenta destruirlo.

Diego la atrajo hacia él, capturando sus labios en un beso que supo a promesas eternas, a un futuro que por fin se abría ante ellos.

—Y seguiremos ganando, mi amor —susurró él, con la voz ronca vibrando con una promesa de eternidad—. Porque mientras estemos juntos, mientras nuestras manos permanezcan entrelazadas y nuestros corazones latan al unísono, ninguna oscuridad podrá vencer nos.

Amanda apoyó la cabeza sobre el pecho del guerrero, cerrando los ojos para absorber el calor de su piel, el latido de su corazón, la realidad de su presencia. La noche madrileña se extendía más allá de los ventanales, un manto de estrellas que brillaban con una intensidad sobrecogedora sobre los tejados de pizarra. Pero para Amanda y Diego, el universo se había reducido a la intimidad de aquel lecho, a la promesa de un amor que había sobrevivido a las traiciones más devastadoras y a los horrores más inimaginables.

La cacería había terminado. Los monstruos habían caído. Y ellos, dos almas atormentadas que habían encontrado en el otro la redención y la esperanza, estaban listos para construir un futuro lejos de las sombras del pasado. Porque mientras sus manos permanecieran entrelazadas, mientras sus corazones latieran al unísono, ninguna oscuridad podría jamás vencerlos. Eran la luz en la penumbra, la justicia en un mundo de traiciones, y estaban dispuestos a arrastrar a los demonios de París y Madrid hasta el último rincón de la tierra para asegurar que, al menos, el amor que habían encontrado sobreviviría a todas las tormentas.

Entonces en un mundo de traiciones y tinieblas, era el arma más peligrosa de todas.

CAPÍTULO 40

EPÍLOGO: LA LUZ PERPETUA

El año de mil ochocientos sesenta y cinco se derramaba sobre Madrid con la parsimonia dorada de los otoños que han aprendido a respetar la memoria de las cosas. Once primaveras habían florecido y marchitado desde aquella mañana en que los jardines de la residencia Saint-Clair fueron testigos de unos votos pronunciados entre lágrimas y jazmines. El tiempo, ese escultor implacable que todo lo transforma sin pedir permiso, había depositado su pátina sobre los muros de piedra caliza de la mansión, suavizando las aristas, redondeando las esquinas, otorgando a la fachada la dignidad serena de los edificios que han sobrevivido a las tormentas.

Amanda de Saint-Clair y Mendoza se hallaba de pie en el umbral de la galería acristalada que daba al jardín posterior, sosteniendo entre sus dedos una taza de porcelana de Sèvres cuyo contenido humeaba con el aroma intenso del té de Ceylán. Sus ojos esmeraldas, ahora enmarcados por unas finas líneas de expresión que el tiempo había tallado con delicadeza en sus sienes, recorrían el paisaje con una mezcla de orgullo y melancolía. Los rosales, aquellos mismos que antaño fueran testigos de su boda, se habían multiplicado hasta formar un laberinto fragante de pétalos carmesí y blanco marfil. Los magnolios, cuyas flores blancas habían coronado el altar nupcial, extendían ahora sus ramas como brazos protectores sobre el césped donde dos figuras menudas jugaban sin la conciencia del dolor que había precedido a su existencia.

—Madre, ¡observad lo que he construido! —exclamó una voz infantil, aguda y cargada de entusiasmo, rompiendo el silencio contemplativo de la mañana.

Amanda alzó la vista y sonrió al ver a su hijo mayor, Diego Alejandro, de siete años, arrodillado junto a un montículo de tierra húmeda. El pequeño, con el cabello castaño herencia materna cayéndole sobre los ojos y la mandíbula firme que delataba la sangre paterna, sostenía en alto una estructura precaria de ramas y piedras que pretendía ser una fortaleza. A su lado, su hermana menor, Catalina María, de apenas cuatro años, observaba la obra con los ojos muy abiertos, sus bucles rubios —un capricho genético que había tomado de alguna antepasada lejana— brillando bajo el sol como hilos de oro hilado.

—Es una obra maestra, mi pequeño general —respondió Amanda, su voz adquiriendo esa ternura líquida que solo los hijos saben arrancar del corazón de una madre—. Pero las fortalezas necesitan almenas para proteger a los defensores. ¿No crees?

El niño asintió con vehemencia, ya corriendo hacia el arriate más cercano para recolectar nuevas piedras. Amanda observó cómo sus pequeñas manos, limpias y libres, manipulaban los guijarros con una destreza que a ella le encogía el alma. Esas manos nunca empuñarían bisturíes manchados de sangre, nunca apretarían dagas en callejones oscuros, nunca tendrían que elegir entre la vida y la muerte en una fracción de segundo. Esa era la victoria más grande que había logrado en su existencia, un triunfo silencioso que ningún tribunal, ningún rey, ningún documento oficial podría jamás certificar.

El sonido de unas botas sobre la grava del camino anunció la llegada de Diego. El general, ahora con las sienes canosas y la cicatriz de la mandíbula más blanca bajo el sol de la mañana, avanzaba con la misma elegancia felina que lo había caracterizado en su juventud, aunque sus movimientos habían ganado una parsimonia que delataba los años de servicio y las heridas que nunca terminaron de cicatrizar del todo. Vestía una levita de paño fino color antracita, desprovisto del uniforme militar que reservaba para las ocasiones protocolarias, y en su mano izquierda sostenía un legajo de documentos que, a juzgar por su expresión, contenía asuntos de menor importancia.

—Los niños ya han conquistado el jardín entero —murmuró él, acercándose a Amanda y depositando un beso reverente en su sien—. Antes del mediodía habrán declarado la independencia de los rosales y estarán acuñando su propia moneda.

Amanda rio, un sonido musical que aún conservaba el timbre que había cautivado al capitán herido en una mazmorra del Saladero más de una década atrás.

—Dejadlos, mi amor —respondió ella, apoyando la cabeza contra el hombro del guerrero—. Necesitan conquistar el mundo antes de comprender que el verdadero reino se encuentra en la paz de un hogar.

Diego rodeó su cintura con un brazo, atrayéndola contra su costado con esa posesividad serena que los años habían pulido hasta convertirla en una segunda piel. Juntos, observaron a sus hijos jugar. Diego Alejandro había comenzado a explicar a su hermana la estrategia militar para defender la fortaleza de los "invasores imaginarios", gesticulando con la seriedad de un veterano de cien batallas. Catalina María, mucho más interesada en las mariposas que revoloteaban entre los rosales, había abandonado el juego para perseguir a un ejemplar de alas naranjas que se posó brevemente en su mano extendida.

—Se parece a vos —murmuró Diego, siguiendo la mirada de su esposa—. Esa capacidad de detenerse ante las pequeñas maravillas, de encontrar belleza donde otros solo ven el aleteo de un insecto.

—Y ella tiene vuestra paciencia —replicó Amanda, con una sonrisa que iluminó sus ojos—. Observad cómo espera, sin intentar atraparla, dejando que la mariposa decida por sí misma. Esa es la sabiduría de los guerreros que han aprendido que la verdadera fuerza reside en la contención.

El general apretó ligeramente su abrazo, consciente de que cada palabra que intercambiaban estaba tejida con los hilos de un pasado que ambos habían jurado no olvidar, pero del que se negaban a ser prisioneros. Las cicatrices, visibles e invisibles, formaban parte del tapiz de sus vidas, testimonios de las batallas libradas y de las

tormentas sobrevividas. La de su mandíbula, blanca y serena bajo el sol, era un recordatorio de la emboscada en los Pirineos que lo había marcado para siempre. Las de Amanda, más sutiles, residían en la forma en que a veces despertaba en medio de la noche, con la mano buscando instintivamente la daga que ya no llevaba oculta en el corsé, o en la manera en que sus dedos se tensaban al escuchar el tintineo de cadenas en las calles de Madrid.

Pero también estaban las cicatrices de la victoria. El hospital de huérfanos, ahora conocido como el Instituto Saint-Clair, había cumplido una década de existencia, formando a cientos de niños que de otra manera habrían perecido en las alcantarillas o en las fábricas de hilados. La escuela para mujeres, escándalo silencioso de la corte madrileña, había graduado a tres promociones de médicas y farmacéuticas que ejercían su profesión con la dignidad que Amanda les había enseñado a reclamar. Los orfanatos, diseminados por las afueras de Madrid y París, eran santuarios donde los pequeños espectros rescatados de las tinieblas aprendían que el mundo podía ser, a veces, un lugar amable.

—¿En qué pensáis, mi amor? —preguntó Diego, interrumpiendo el flujo de sus reflexiones.

Amanda suspiró, dejando que la taza de té descansara sobre la balaustrada de piedra. Sus ojos se perdieron en el horizonte, más allá de los tejados de pizarra, hacia el norte, hacia París, hacia los callejones donde una niña de tres años había sido arrancada de los brazos de su madre moribunda.

—Pensaba en que la oscuridad nunca desaparece del todo —confesó, con una voz que goteaba una sinceridad desprovista de amargura—. Solo aprendemos a convivir con ella, a encender suficientes velas para que no nos consuma. A veces, cuando cierro los ojos, todavía puedo escuchar la voz de Catalina, todavía puedo sentir el olor a cornezuelo de aquella bodega del convento. Y me pregunto si algún día dejaré de soñar con las alcantarillas, con los niños que empuñaban cuchillos que no debían tocar.

Diego giró su rostro hacia ella, sus ojos grises brillando con esa intensidad que el tiempo no había logrado apagar. Alzó una mano callosa y acarició la mejilla de su esposa, sus dedos trazando con reverencia las líneas que los años habían dibujado en su piel.

—Yo también sueño con ellas, Amanda —admitió él, con la voz ronca vibrando con una emoción contenida—. Todavía puedo sentir el frío del acero en mi costado, todavía puedo escuchar el chasquido de la sogá en la Plaza Mayor. Pero luego abro los ojos, y os veo a vos dormida a mi lado, y escucho la respiración de nuestros hijos en las habitaciones contiguas, y comprendo que las pesadillas son el precio que pagamos por la luz que hemos construido.

Amanda asintió, sintiendo que las lágrimas, contenidas durante años de batalla, amenazaban con brotar. Pero no eran lágrimas de tristeza, sino de gratitud. De esa gratitud silenciosa y absoluta que solo se experimenta cuando se ha tocado el fondo del abismo y se ha logrado regresar con las manos llenas de tesoros.

—¿Creéis que algún día dejarán de acecharnos las sombras? —preguntó ella, con una voz apenas audible.

Diego sonrió, una sonrisa que curvó sus labios con esa ternura que solo Amanda sabía despertar.

—Las sombras siempre acecharán, mi amor —respondió él, con una certeza que no admitía réplica—. Son parte del mundo, parte de la condición humana. Pero mientras tengamos luz suficiente, mientras nuestros corazones latían al unísono, mientras nuestras manos permanezcan entrelazadas, ninguna oscuridad podrá jamás vencernos.

En ese instante, un grito de alegría infantil rompió la intimidad del momento. Catalina María, con la mariposa aún posada en su dedo índice, corría hacia ellos con la rapidez torpe de las piernas pequeñas. Diego Alejandro la seguía de cerca, cargando en sus brazos una rama que había convertido en espada improvisada.

—¡Padre, madre! —exclamó la niña, deteniéndose ante ellos con los ojos brillantes—. ¡La mariposa me ha elegido! ¿Puedo

quedármela?

Amanda se arrodilló, ignorando el crujido de sus rodillas que los años de vigilia y batallas habían dejado un poco menos ágiles. Tomó el rostro de su hija entre sus manos, observando la mariposa que aún permanecía fiel a su dedo.

—Mi pequeña, las mariposas no pertenecen a nadie —explicó, con una paciencia que desmentía la urgencia de su corazón—. Viven libres, vuelan donde el viento las lleva, y solo se posan en aquellos que las respetan. Si la amas de verdad, debes dejarla ir.

La niña frunció el ceño, procesando las palabras de su madre con la seriedad que caracterizaba a los Saint-Clair. Luego, con un gesto de determinación que hizo que Diego contuviera el aliento, extendió el brazo hacia el cielo y esperó. La mariposa, como si hubiera comprendido el pacto, desplegó sus alas naranjas y se elevó en el aire, trazando círculos perezosos antes de perderse entre los rosales.

—Se ha ido —murmuró Catalina María, con una tristeza que no logró ocultar.

—Pero volverá —respondió Diego Alejandro, colocando una mano protectora sobre el hombro de su hermana—. Las mariposas siempre encuentran el camino de regreso a los jardines donde son amadas.

Amanda sintió que el corazón le daba un vuelco. La sabiduría de su hijo, pronunciada con la inocencia de los siete años, era un eco perfecto de las verdades que ella y Diego habían aprendido a lo largo de una década de batallas. El amor, como las mariposas, no se posee. Se respeta, se libera, se confía en que siempre encontrará el camino de regreso.

Diego se arrodilló junto a su esposa, atrayendo a ambos niños contra su pecho. Amanda se unió al abrazo, formando un círculo de cuerpos y corazones que el tiempo y la memoria no podrían jamás romper. Los niños, ajenos a la profundidad del momento, reían y forcejeaban juguetonamente, sus voces resonando en el jardín como una sinfonía de esperanza.

—¿Padre? —preguntó Diego Alejandro, alzando el rostro hacia el general—. ¿Algún día yo seré tan valiente como vos?

Diego besó la coronilla de su hijo, sintiendo que las cicatrices de su alma, aquellas que ningún cirujano podría jamás suturar, se suavizaban bajo el peso de aquella pregunta.

—Ya lo sois, mi pequeño general —respondió él, con la voz ronca vibrando con una emoción que amenazaba con desbordarlo—. La valentía no es la ausencia de miedo, sino la capacidad de amar a pesar de él. Y vos, junto a vuestra hermana, sois lo más valiente que he conocido en mi vida.

Amanda apoyó la frente contra el hombro de su esposo, cerrando los ojos para absorber el calor de aquel momento, la realidad de su presencia, la certeza de que habían construido algo eterno a partir de las cenizas de lo efímero. El sol de la mañana, filtrándose a través de las ramas del magnolio, bañaba el jardín con una luz dorada que parecía bendecir la escena. Los rosales perfumaban el aire, las mariposas danzaban entre los pétalos, y las risas de los niños resonaban como una promesa de futuro.

Más allá de los muros de la residencia, Madrid continuaba su curso, con sus palacios dorados y sus callejones sangrientos, con sus aristócratas frívolos y sus mendigos olvidados. La oscuridad, como Diego había advertido, siempre acechaba en las sombras, esperando el momento de reclamar su tributo. Pero mientras aquel jardín existiera, mientras aquellas risas resonaran, mientras aquel amor permaneciera intacto, ninguna sombra podría jamás vencerlos.

Eran la luz en la penumbra, la justicia en un mundo de traiciones, la redención en una era de tinieblas. Y esa, en un siglo que había conocido las guerras napoleónicas, las revoluciones fallidas y las conspiraciones palaciegas, era el arma más peligrosa de todas.

Porque el amor, cuando es forjado en el fuego de la adversidad y templado en la sangre de la supervivencia, no conoce la derrota. No reconoce el tiempo. No admite la rendición.

Pero mientras sus manos permanecieran entrelazadas, mientras sus corazones latieran al unísono bajo el cielo de Madrid, ninguna oscuridad podría jamás vencerlos.

Eran invencibles.

Y lo serían, por siempre, hasta que los astros se apagaran y el tiempo dejara de contar sus días.
